



DANI VIERA

PREDATORS

Militar, bruta, malhablada y espontánea

DANI VERA

RIEB

Título: Reb.

© 2019 Dani Vera.

De la corrección: 2019, Elisa Mayo.

De la maquetación: 2019, Roma García.

De la composición de la cubierta: 2019, Roma García.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no

reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

*A mis dos ángeles en el cielo,
Por educarme para ser la mujer que soy hoy.*

Prólogo

—Oficial Eme, ¿me escuchas? Cambio... Oficial Eme, ¿me escuchas? Cambio... Oficial Eme, ¿me escuchas?... ¡Eme, coño! ¡¿Me escuchas?! George, ¿lo divisas por algún lado? —¡Me cago en la puta! Llevamos aquí poco más de tres meses para localizar a Faith, un oficial del ejército americano que han secuestrado. Nos han enviado para realizar el intercambio en un operativo que se ha torcido desde el principio—. Tony, Taylor, Eric... localizadlos. ¡Ya!

Esta situación me está matando. Llevamos apostados en esta calle arenosa toda la mañana. El calor y el cansancio, por no dormir bien los últimos días organizando todo el operativo estratégico, está haciendo estragos en nosotros. La sequedad del ambiente marchita nuestras gargantas. Tengo arena hasta en las bragas. Pero a pesar de todas las contrariedades, seguimos adelante. El fracaso no se baraja. No podemos llegar a saber si los rebeldes han torturado a Faith. Tenemos que sacarlo de Yemen con vida. Esa es nuestra consigna. No podemos fracasar. Me lo repito una y otra vez mientras, con los prismáticos, busco el objetivo. No sé dónde se han metido mis compañeros, pero desde luego no están dónde deberían.

Realizo una nueva visualización con los prismáticos. Nada. La arenosa calle está demasiado silenciosa. No hay niños jugando ni los típicos carros. Nada. Este silencio absoluto me está poniendo nerviosa. El sudor resbala a través de mis sienes. El calor es pegajoso e insoportable.

—Oficial Eme, ¿me escuchas? Cambio. Oficial George, ¿lo ves?

¿Alguien los ve por algún sitio?

Me muevo con sigilo desde detrás del vehículo amarillo en el que estoy escondida. Dos pasos a la derecha. Paro. Compruebo. Dos más. Vuelvo a parar y comprobar. Sin rebeldes a la vista, pero tampoco están mis compañeros. Vuelvo a realizar la comprobación a través de los prismáticos y veo como Tony desciende ágilmente por la fachada del edificio que tengo enfrente para llegar hasta la ventana del tercer piso donde, según nuestras investigaciones, mantienen encerrado a Faith. Espero que lo encontremos con vida.

Hace una semana, mandamos a un falso repartidor de comida para que observase qué se veía desde la puerta. Hemos podido meternos en el piso superior gracias a los dólares. Pagamos a la familia que vivía allí y han convivido mis compañeros George y Tony con ellos durante una semana. De esta forma, sabemos la distribución del piso y, sobre todo, los posibles escondites. Hemos puesto micrófonos por los que escuchábamos lo que ocurría en el piso inferior, aunque el resultado fue tan negativo como mis notas de primaria. Un silencio tan sepulcral nos hizo pensar que estábamos equivocados hasta que una noche oímos un leve lamento amortiguado, probablemente, por una almohada. Desde entonces, nuestro único objetivo ha sido entrar allí.

En un principio, cuando llegamos, debíamos hacer un intercambio. Sencillo. Esa era nuestra misión. Entregábamos un camión con víveres y petróleo para los rebeldes insurrectos a cambio del oficial americano. Pero falló el operativo, principalmente, porque se dieron cuenta de que dentro del camión con los víveres había un localizador para averiguar dónde se encontraba su campamento. No solo no encontramos el campamento de los rebeldes, sino que se llevaron a Faith y lo cambiaron de localización; así que tuvimos que comenzar desde el principio. Todo este tiempo ha sido una labor tediosa. Cuando creíamos que ya lo habíamos localizado, lo cambiaban de campamento. El localizador en el camión supuso una fuerte discusión con mi superior y un arresto de tres días por gritarle. Pero no estaba de acuerdo con el plan y sabía, desde un principio, que estaba destinado al fracaso.

Tony, con un fuerte impulso de su musculado cuerpo, se estrella contra la ventana, haciendo añicos el cristal y penetrando en la profundidad del piso con el machete en una mano. A partir de ahí lo pierdo de vista. Escucho por el equipo de transmisión (vulgarmente llamado por nosotros el *pinganillo...*),

diversos ruidos propios del ataque; caídas de muebles y algún que otro grito.

—¡Taylor, Eric! ¡Entrad! ¡Ya!

El estruendo de la puerta derribada se escucha a través del auricular que llevamos puesto. Más gritos, más ruido, más golpes... Y, de repente, el silencio. Siento como algo se mueve detrás de mí. Algo sutil, pero el pelo de la nuca me grita «peligro». En un movimiento, me giro, empuño mi arma y se la coloco a un rebelde en la sien.

—Suelta ese machete. ¡Ya! —Y sin más, disparo.

Dejo al insurrecto tirado en el arenal; la sangre corre como un río rebujada con la arena, formando un charco alrededor de su cabeza. Lo miro, y lo único que siento es hastío. Con la respiración aún agitada y las pulsaciones a mil, el hedor a sangre mezclada con la arena hace que una fuerte arcada me sobrevenga. Respiro profundamente mientras escucho como mis compañeros me dicen que, por fin, han localizado a Faith y está sano y salvo.

—Recuento, chicos.

—Todos bien, capitán.

Una hora después, tras ducharnos, cambiarnos, comer y beber algo, estamos en la cantina del campamento americano en Yemen, a la espera de poder hablar con mi comandante esa misma tarde para poder regresar a la base.

—Eme, ¿dónde coño te habías metido? ¡El operativo es para seguirlo! ¡Es transcendental que todos sigamos al pie de la letra todas las indicaciones! ¡Es de vital importancia, joder! —grito, dando un fuerte puñetazo en la mesa.

Después de encontrar al oficial, nos reunimos todos. Eme se había quedado rezagado porque había visto algo sospechoso en la otra parte de la calle, además de parecerle inaudito el silencio tan absoluto que se respiraba en aquella parte de Yemen. Parecía que algo se estaba fraguando. Pero tuvo la mala suerte de que el *pinganillo* se estropeó justo en ese momento. Por lo que ni escuchaba ni le escuchábamos. Eso provocó todo lo posterior.

Tras varios minutos de bronca, los dejo bebiendo y me voy a mi oficina con un botellín de agua en la mano. Conecto el ordenador, busco mi lista de reproducción y el sonido de la guitarra con los primeros acordes de *Thunderstruck* inundan las paredes de mi despacho. Durante una hora me afo en realizar el informe del operativo que debo enviar a mi superior. Si todo marcha en condiciones, mañana, a estas horas, estaremos de camino a nuestros hogares con el oficial Faith.

En todo el campamento americano el ambiente es de algarabía porque es domingo. Todos, a estas horas, están descansando; algunos en la cantina, otros en las salas habilitadas para ello. Muchos, con sus portátiles, hablando con sus familiares vía Skype. El ambiente, a pesar de estar en zona de conflicto, es relajado. Tenemos algunos soldados de guardia, lo que hace que nos sintamos protegidos en ese pequeño campamento que durante tres meses ha sido casi un hogar. El pitido del ordenador me vuelve a la realidad. Le doy otro trago al agua, abro el programa de videoconferencia y la cara cansada de mi comandante aparece en la pantalla.

—Capitán Wilson. Enhorabuena por el éxito del operativo. Como sabe, debe mandarme el informe lo antes posible. ¿Está realizando ya los cambios para el regreso? Debe presentarse en la base para la semana que viene. La esperamos. Buen trabajo.

—Gracias, señor. Ya estamos ultimando los detalles para el regreso. Los oficiales están hoy de descanso. El oficial Faith está en la enfermería. Lo ha examinado el médico del campamento y no tiene lesiones, solo las psicológicas propias del encierro y una fuerte deshidratación y desnutrición que ya está siendo tratada. Se lo incluyo todo en el informe que le enviaré dentro de unos minutos. Estoy terminando de redactarlo, señor.

—De acuerdo, lo espero. Descanse, capitán Wilson.

—A sus órdenes, señor.

Tras enviar el informe, me voy a mi pabellón, donde descanso en mi pequeña litera durante un par de horas. Ya está todo preparado para que salgamos rumbo a América a las seis de la mañana del día siguiente. Va a ser un viaje largo, con varias escalas, para recorrer los casi doce mil kilómetros de distancia que nos separan de nuestro hogar. En definitiva, un coñazo el que nos queda por delante.

A las cuatro de la mañana, comienza a sonar *Blind Man*, de Aerosmith, en la alarma del despertador. La apago rápidamente para que mis compañeras no se despierten. En total, somos seis mujeres las que nos encontramos en este campamento, pero mis compañeras son oficiales; yo soy la única con rango de capitán. A pesar de todo, he congeniado bien con ellas, ya que, al poder convivir, se han dado cuenta de que no soy tan altiva como la mitad de los capitanes que nos encontramos a menudo. Soy la única que me voy hoy. Me

levanto de la cama, me visto con ropa de deporte y me voy a correr campo a través, hasta el perímetro de la base, como hago todas las mañanas desde que estoy aquí, con Eme. El oficial Emerson es un buen amigo mío, además de pertenecer a mi escuadrón. Tanto aquí como en América, nos gusta entrenar juntos y practicar deportes de riesgo.

Tras una hora entrenando, entramos en la cantina. Desayunamos rápidamente, mientras charlamos sobre mil cosas en general y ninguna en particular, y quedamos media hora más tarde en el helicóptero que nos llevará al hangar, donde se encuentra el avión, y comenzar el interminable viaje de regreso.

Llego rápidamente al barracón, me doy una ducha, me afeito las piernas rápidamente, me visto con el uniforme de calle y, a la hora en punto, estoy con Eme y los chicos en el hangar para regresar a casa. Cuando llegue, necesito coger cita urgentemente para depilarme.

El viaje de regreso lo hacemos prácticamente en silencio. La mayoría de nosotros llevamos los auriculares con música. Ahora mismo suena música pop en los míos. Aunque me encanta el *heavy*, también me gusta el pop español de los ochenta y noventa. Me recuerda los años de mi adolescencia, a mis veranos en España. Me recuerdan a las fiestas en la playa con las amigas de la infancia. Aunque puede parecer contradictorio que te guste el *heavy* y el pop; lo uno no quita a lo otro, ya que me trasladan a una época muy feliz de mi vida. Una época que huele a mar, a salitre y a playa. A tranquilidad, a hogar. Huele a barbacoas, a pasarlo bien y a estar en familia. Durante horas me abstraigo del mundo, recreando escenas de aquella época en las que mamá untaba pan con mantequilla o Nocilla para la merienda, a pesar de que mi padre, militar americano, recto donde los haya, le recriminara constantemente la alimentación; a lo que mi madre contestaba, con su dulce voz, que la alimentación mediterránea era la más completa.

Cuando llego a mi casa vacía de Nueva York, después del largo viaje, le mando un sencillo mensaje a mamá, informándola de que ya he llegado. Apago el móvil y, en la oscuridad y soledad de mi apartamento, me meto en la cama a dormir, al menos, quince horas seguidas. Lo necesito.

Capítulo 1

Abro un botellín de cerveza y, mientras escucho el típico sonido del gas, cojo el mando a distancia y me siento en el sofá. Hace veinte días que llegué de la misión de Yemen. Me presenté en la base y mi comandante me dio la alegre noticia de mi ascenso. Ya tengo treinta y ocho años. No es que sea vieja, pero ya no tengo edad para recorrer medio mundo en el campo de batalla. Llevo muchos años en el ejército y me he ganado cada galón que llevo, con mucho trabajo, mucho sudor y, sobretodo, con los diferentes destinos que he tenido y las veinticinco misiones que he realizado. He estado en todos y cada uno de los puntos calientes que hay a lo largo del mundo. En todas y cada una de las zonas de conflicto.

Antes de irme de misión a Yemen, realicé un curso que superé con la mejor calificación de mi promoción para poder ascender. Ahora se hace efectivo mi ascenso y me destinan a la academia militar de West Point, a unos ochenta kilómetros de Nueva York. Tengo que presentarme en la academia en diez días, pero antes debo realizar la mudanza y, a decir verdad, estoy vaga. Aún no he guardado nada y tengo que cerrar el que ha sido mi hogar hasta el momento. Este pequeño apartamento lo compré, hace ya unos años, con los ahorros de las misiones y, aunque no tiene ningún lujo y es diminuto, para mí es suficiente; un particular paraíso donde evadirme. Lo que más me gustó es su azotea, que es privada. Desde allí, puedo contemplar las estrellas de noche. Tengo un pequeño sofá, una mesa de centro y muchas plantas a las que trato de cuidar; aunque he de reconocer que no se me da nada bien. En verano, salgo

buscando el frescor de la noche. En invierno, aunque hace frío, a veces, me paso allí horas meditando o, incluso, haciendo ejercicio. Todo un lujo en la ciudad.

En ocasiones, vienen mis amigos Eme, George, Tony, Eric y Taylor. Los invito a tomar unas birras, pedimos algo de comida rápida y hablamos durante horas. Como hoy, que van a venir para cenar, tomarnos unas cervezas y despedirnos. Ellos son parte de mi escuadrón, pero también son mis amigos, sobre todo Eme. Mañana, nos vamos a California donde practicaremos surf y escalada.

Casi siempre visto con ropa deportiva y cómoda. Generalmente, vaqueros, camisetas básicas y zapatillas de deporte. Entiendo lo básico de maquillaje y mi peinado no me quita el sueño. Yo misma suelo cortarme el pelo, aunque lo llevo corto a la altura de los hombros por razones de comodidad. Me hago una pequeña coleta y listo. Me ducho y no hace falta ni usar el secador. Al llevar tanto tiempo en el ejército, las amigas las he dejado por el camino. No tengo ninguna. Aunque tampoco me importa, extraño a mis amigas de España. A pesar de que no son muchas las que me quedan por la lejanía. Cada una de nosotras tomó un rumbo diferente en la vida. La mayor parte del tiempo no puedo hablar de mi trabajo, ya que casi en su totalidad son misiones secretas en lugares lejanos en zonas de conflicto y, aunque, oficialmente, voy en campaña humanitaria, la realidad dista mucho. Debido a mi trabajo, la mayor parte del tiempo me la paso en la base o en países involucrados en conflictos bélicos, por lo que no he aprendido a cocinar. Pero tampoco me gusta, que conste. No es santo de mi devoción. Y debo reconocer que soy un desastre para esos menesteres. Menos mal que donde me han destinado hay buenos restaurantes de cocina rápida. Aunque yo, con una buena hamburguesería, una pizzería y un chino, me conformo. En esta misma calle hay tres locales de estos muy buenos.

pero que hayas pedido bastante comida.

Reb

No te preocupes. He pedido pizza para seis días. Espero que vengáis con hambre.

ha.

Me río cuando lo leo porque, realmente, no se fían de mis proezas culinarias. Y es que no las tengo. Como he dicho antes, para qué cocinar si tengo veinte mil restaurantes en esta ciudad.

Tony

Pues espero que la nevera la tengas hasta arriba de birras. Tengo sed. Acabo de terminar de entrenar. Me ducho y voy. Tardo media hora.

George

Llego en cinco minutos, estoy aparcando.

Reb

Te comerás las pizzas frías. Están a punto de llegar. Espabila, que tardas en ducharte más que yo.

Tony

Tú no cuentas. Eres como uno de nosotros. El gen femenino se te perdió por el camino. Creo que ni te depilas.

Reb

¿Depilar? ¿Eso qué es?

Tony

Jajajaja.

George

Jajajaja.

Dejo al grupo que siga riéndose, mientras voy cambiando de canal, sin muchas ganas de ver nada en particular; solo por el simple hecho de hacer tiempo mientras llegan. Cinco minutos más tarde, el timbre de la puerta inunda mis oídos. Me levanto, abro y me encuentro a mi maravilloso George en la puerta, tan guapo como siempre. La verdad es que tengo suerte porque estoy rodeada de hombretones guapísimos y maravillosos. Todo mi escuadrón muy bien podría figurar en un calendario de bomberos *buenorros*; bueno, en este caso, militares. Y cuando están de maniobras, sudorosos... pueden protagonizar el sueño húmedo de cualquier fémica. Aunque no funciona conmigo. Hace mucho tiempo que no mantengo ninguna relación con ningún hombre. Tan solo idilios esporádicos de una noche de ligue, fuera de mi ámbito laboral. ¿Por qué? Ellos, al principio, me atrajeron, pero nunca mezcló el trabajo con el placer. Con el tiempo, hemos estrechado lazos y se

han convertido en grandes amigos. Nos reímos y confiamos los unos en los otros, y eso es muy importante a la hora de entregar tu vida en una misión.

—¿Qué tal, Capi?

—Pasa.

—¿Soy el primero en llegar?

—El primerito. Ya sabemos que tienes hambre. Las pizzas están a punto de llegar.

Le dejo paso a George que, con su sonrisa de depredador, entra y se sienta directamente en el sofá de mi apartamento.

—¿Ya sabes dónde te destinan?

—Sí, voy a West Point —contesto rápidamente.

—Uau. ¿West Point? ¿Sabes que allí solo tienes al teniente coronel como tu superior? Tienes suerte. Vas a estar allí de maravilla.

Le paso una cerveza, la abre y chocamos los botellines.

—Te voy a extrañar, lo sabes ¿verdad?

—Sí, pero ya no tenemos edad para ir por medio mundo pegando tiros —le contesto con media sonrisa.

—Tienes edad para dejar esta mierda, casarte y tener unos pimpollos bien bonitos —me contesta, riéndose, el muy capullo.

—¡Qué horror! ¡Por Dios, yo no sabría qué hacer con críos! Sabes que soy un desastre. Seguro que termino olvidándolos en el súper. Creo que aún no estoy preparada para ello. Aunque, algún día, me entrará la vena maternal y mi abuela Mara estará más que contenta. Y mi madre ni te cuento. Está loca porque tenga una niña correteando por su casa. Incluso construyó una piscina para los peques. Aunque aún no la ha estrenado nadie. Creo que no pierden la fe.

Los dos terminamos riéndonos a carcajadas, mientras escuchamos como vuelve a sonar el timbre de mi casa. Con un rápido movimiento, me levanto del sofá y abro la puerta. Frente a ella se encuentran Eme y Tony que entran en casa con paso decidido, se dirigen al frigorífico y abren unos botellines de cerveza.

—Sabía que llegaría antes que las pizzas —me dice Tony, riéndose.

—Sí, tú no te des prisa para ver a tu amiga y despedirte de ella —le digo, riendo.

—¡Oye, que te vas a un destino mejor, no a la guerra!

—¡Si se fuese a la guerra, nosotros iríamos con ella, *mamonazo!* —

exclama Eme con su bonita sonrisa, dándole un empujón a Tony.

Ambos están bromeando. Se pasan todo el día igual.

Cuando ya han llegado todos, pizzas incluidas, nos vamos a la azotea. Hace una maravillosa noche y la temperatura es ideal para comer y tomar las birras allí. Pongo música y la voz del cantante de Metallica, con su *Am I Evil*, inunda mis oídos. Mis amigos me miran con aprobación, sonrían y siguen a lo suyo. Por estos pequeños detalles me consideran una más entre ellos. Nunca los he tratado como si fueran subordinados, sino como iguales. En las misiones, nunca impongo mi voluntad, sino que organizamos el operativo entre todos, a pesar de que ellos me llaman «Capi». Y ellos siempre me han aceptado, a pesar de que el ejército es un mundo, principalmente, masculino. He sabido llevarlos a mi terreno, con mi tesón, mi esfuerzo y mi trabajo diario. Aunque los principios no fueron bien. Se negaban a que les mandase una mujer, y les demostré de sobra mi valía, en el campo de batalla, pero sobre todo en el día a día. Creo que pensaron que estaba ahí por *ser hija de...*, pero, con el tiempo, se dieron cuenta de que mi padre no tiene nada que ver con mi nombramiento. Me he ganado a pulso su respeto por mi trabajo. Nos sentamos en la zona de la mesa, cada uno por donde puede y comenzamos a charlar tranquilamente de las últimas anécdotas, mientras devoramos las pizzas con salsa barbacoa.

—Y entonces, aquí, la Capi, fingió ser una damisela en apuros. El chico nadaba rápido, eso no hay quien se lo discuta, pero era un poco torpe con la tabla. Tendríais que ver la cara de Reb —contaba Eme entre risas—. Cuando llegó a ella, una ola gigantesca lo cubrió por completo y casi se ahoga. Esta arpía seguía fingiendo que se ahogaba, mientras que el pobre chico lo hacía de verdad.

—No era un chico, era solo un poco más joven que nosotros —continuaba narrando yo—. Pero sí que es verdad que se ahogaba. Al final, me dio pena, el pobre, y fui a rescatarlo.

—Joder, Capi, cómo te pasas. ¿Por qué finges?

—Ya os lo he dicho. Los hombres no estáis preparados para alguien como yo. En cuanto veis que os puedo tumbar de un solo movimiento o que soy mejor en casi cualquier deporte de riesgo, os hacéis caquita encima. Así no hay manera de echar un polvo en condiciones. ¡Joder! ¿Os creéis que por ser mujer ya tengo que estar en apuros si viene una ola? —exclamo, riéndome.

—¿Y echaste el polvo? —me pregunta George, riéndose a carcajadas.

—¡No! ¡Ese es el problema! Mirad, con nuestra profesión, a un hombre se le dice que es valiente, que sirve a nuestra patria y nos protege. Que sea militar y tenga el cuerpo cultivado, se le dice que está bueno, así como vosotros... Si tiene una cicatriz, es sexi. La tiene por cumplir con su deber. En cambio, a las mujeres, vale... que seamos militares, pero siempre que tengamos un trabajo administrativo, que no vayamos a primera línea. Si es así, es que somos unos marimachos que no queremos responsabilidades. Si tenemos el cuerpo cultivado, más de lo mismo, e incluso se nos acusa de cosas peores. Sabéis de sobra lo que me ha costado llegar hasta aquí. Incluso, vosotros mismos no me lo pusisteis demasiado fácil, al principio. He demostrado con creces que las mujeres podemos llegar al lugar que nos dé la gana, igual que un hombre. ¡Por favor, que todavía hay mucho machismo en este mundo! ¡Espabilad, que estamos en el siglo XXI!

Pasamos media noche así, escuchando música *heavy*, bebiendo cervezas y riéndonos. En unos días me voy y ya no va a ser igual. El cambio va a ser brutal, pero después de diez años con ellos, creo que ha llegado el momento. Cada uno vamos a ir a un destino diferente. Todos vamos a renunciar a la acción por un motivo o por otro. Pero ya va siendo hora del cambio. George va destinado a un cuartel del norte para formar a jóvenes. Eme se queda en Nueva York, en nuestro cuartel, con mi trabajo. Tony ha pedido destino en California como entrenador en el cuerpo de marines de paracaidismo. La semana próxima le confirman si le conceden el destino. Así que esta es la última noche que vamos a estar reunidos todos en mucho tiempo. Seguiremos en contacto, por supuesto que sí, pero será a través de Skype, WhatsApp o teléfono. Ya no tendremos tanta facilidad para quedar un viernes por la noche para salir a tomar una copa, cuando cada uno esté en un lado del país. Aunque con la amistad que tenemos, estoy segura de que, más de una vez, haremos coincidir las vacaciones para reunirnos.

Después de recoger veinte mil botellines de cerveza y los cartones de las pizzas, me dirijo a la cocina para preparar un té. Desde que llegué de Yemen, después de cenar, siempre me tomo uno. Me aficioné allí, ya que está prohibida la venta de alcohol. Tan solo, en el pequeño bar donde secuestraron a Faith servían bebidas alcohólicas a los militares americanos, ya que están prohibidas por el Corán.

—¿Queréis té?

Taylor, que en ese momento está mensajeándose con su novia Eli, eleva la

vista, me sonríe abiertamente.

—Con cardamomo y menta. Gracias.

De esa forma era como lo tomábamos allí. Taylor es el único que lo ha seguido tomando de esta forma. Los demás, en cuanto regresaron de Yemen, olvidaron su gastronomía, y con ello, su forma de tomar el té. A mí me encantan sus comidas e incluso he buscado un restaurante árabe para seguir disfrutando con esas delicias tan especiadas. He encontrado uno en Brooklyn donde sirven un *saltah* con *sahowqa* delicioso. No puedo comerlo muy frecuentemente porque mi estómago no está acostumbrado a tanta especia, pero, de vez en cuando, me doy un capricho.

Después de tomar té, mientras los demás están degustando *whisky*, Taylor se levanta con el móvil en la mano y, señalándome la foto de Eli, me dice:

—El deber me llama. Tengo que irme, pero estaremos en contacto. Cualquier cosa, ya sabes donde estoy. —Acto seguido, me da un fuerte abrazo junto con un beso en la mejilla.

Las lágrimas casi hacen acto de presencia en este momento, ya que estoy a punto de cerrar diez años de mi vida y la emoción me puede, aunque no llegue a derramarlas, porque soy muy dura en ese sentido. Solo Dios sabe cuándo voy a volver a verlo. En el fondo de mi corazón, sí estoy un poco emocionada. Poco a poco, todos se van despidiendo.

—Cuídate, Capi. Y ya sabes, cualquier cosita, estamos a una llamada. Y no finjas ser una dama en apuros. ¡Se te da fatal ese papel! —se despide George, el último que queda por irse de casa. Nos damos un gran abrazo y un beso en la mejilla.

—Gracias por todo, George, has sido un gran apoyo todos estos años. Te lo agradezco, de verdad.

Hemos hecho la cena de despedida hoy porque Eme y yo nos vamos mañana a California, al condado de Orange, más concretamente a Newport Beach, a la playa The Wedge; una de las playas más recomendables si eres un profesional de la tabla como lo somos nosotros. Llevamos varias semanas planeando este viaje. Estaremos allí una semana y volveré justo a tiempo para guardar mis pocas pertenencias e irme a West Point. Ya tengo la maleta preparada, aunque aún queda por guardar alguna cosilla, aunque lo más importante, el traje de neopreno y mi equipo básico de escalar, ya lo tengo en la maleta.

Después de que se han ido todos de casa, termino por meter en la maleta

los últimos bañadores, algo de ropa interior y mi documentación. Dejo el neceser para la maleta de mano y cierro la grande. Me cambio de ropa, me pongo una camiseta de tirantes blanca y un pantalón corto de algodón, me meto en la cama y pongo el despertador para que suene a las siete de la mañana. Con todo lo sucedido en el día de hoy, estoy agotada, así que me duermo del tirón. Esta noche no me hacen falta pastillas.

Al día siguiente, me despierto totalmente renovada. Me doy una ducha rápida, cojo las maletas y me dirijo hacia el aeropuerto, donde he quedado con Eme. Lo diviso a lo lejos, con su sonrisa de siempre. Está muy guapo con una camiseta blanca de manga corta que deja ver sus bíceps bien formados. Está en buena compañía... una chica rubia jovencita. Me da la impresión de que Eme está sacando sus armas de seducción. Ella sonríe tímidamente, se pasa las manos por su rubia cabellera, mientras él la mira fijamente y se mete las manos en los bolsillos del vaquero. No está nervioso, siempre actúa de esa manera. Lo conozco lo suficientemente bien y lo he visto en acción en demasiadas ocasiones. La chica no tiene nada que hacer. Va a acabar rendida a sus encantos. Sin embargo, pocos segundos más tarde, gira la cabeza, me ve, y su sonrisa se amplía, se despide rápidamente, mientras ella le entrega una tarjeta; presumo que con su número de teléfono. Se dirige hacia mí, mientras arruga la tarjeta y, al pasar por la papelería que está a medio camino, la lanza dentro.

—¿Por qué has tirado la tarjeta? —le pregunto sonriente, mientras me da dos besos en la mejilla

—¿Para qué la voy a conservar si no la voy a llamar nunca?

—¿Y para qué se la pides?

—Estaba aburrido. Llevaba aquí ya cerca de media hora. ¿Qué querías que hiciera? Pues distraerme, así no pierdo la costumbre.

—Eres un ligón infatigable. Eres incorregible. Pobrecilla. Esta noche soñará contigo.

Sé que para ella también ha sido un juego. Eme me hace mucha gracia, ya que es un mujeriego de mucho cuidado y no lo puede remediar. Intenta ligar hasta con las rocas. Él es así. Después de facturar el equipaje, durante un rato más, charlamos, bromeamos y reímos, mientras esperamos para embarcar.

Andamos por el aeropuerto, bebemos unos refrescos y visitamos una librería, donde compro una novela para distraerme las seis horas de vuelo que nos quedan por delante. Es una novela de una autora *indie* española. El español es mi otro idioma y lo hablo perfectamente, por lo que me gusta leer en ese idioma. *Donde habita el miedo*, de Maite Ochoterona, lo acabo de terminar en mi *ebook* y tengo ganas de leer algo en papel. Aunque no soy muy fanática de leer novela romántica erótica, Marisa, una chica que estaba en la librería del aeropuerto, me lo ha recomendado. Me ha dicho que la tal Susana Rubio tiene muchos seguidores y es la primera novela de una trilogía que ha escrito para una editorial que se está vendiendo mucho y que es fantástica. Veremos qué tal. A Eme, en cambio, no le gusta nada leer, por lo que prefiere comprarse una revista de crucigramas.

Una hora después, estamos despegando rumbo a nuestro destino de vacaciones. Durante el largo viaje, nos sirven, primero, un refresco, después el almuerzo y en varias ocasiones hasta nos confunden como pareja. Eso nos hace gracia, ya que en ningún momento lo hemos planteado. Lo único que tenemos en común es el gusto por la música *heavy* y los deportes de riesgo. Pero, aunque esté muy bueno y sea sumamente guapo, no me atrae para nada. Eme nunca ha intentado ligar conmigo y eso que lo ha hecho incluso con Eli, la novia de Taylor. Tenemos una amistad muy buena, eso es todo.

Después de un vuelo que se me ha hecho corto por el entretenimiento de la novela, por fin, aterrizamos en California. Cuando salimos del aeropuerto y tras haber alquilado un coche para poder movernos con más libertad, ponemos rumbo al hotel que hemos reservado.

El hotel, aunque no es muy lujoso, está limpio y es bonito. Tiene unas fantásticas vistas a la playa, donde los grandes ventanales amplían las hermosas vistas. Justo lo que necesitamos. La reserva la hizo Eme hace unos días y es realmente barato. En el paseo hay varios restaurantes donde comer bien sin mucha parafernalia; hamburguesas, perritos, pizzas...; comida sana cien por cien, vamos. Después de instalarnos en la habitación, quedamos en la recepción del hotel para salir a almorzar algo. Ya es la hora y se nos ha pasado medio día. Eme, tan guapo como siempre, está fresco, recién duchado y afeitado. Yo en cambio, tengo unas ojeras que me llegan a mitad de la cara. El pelo lo tengo que no hay manera de ponerlo en una coleta en condiciones y me duele casi cada músculo del cuerpo. No me he duchado cuando he llegado, tan solo me he cambiado de ropa; unos pantalones vaqueros cortos, una

camiseta de tirantes y unas playeras. Ropa informal para comer en cualquier sitio de comida rápida y tomar una cerveza fresquita en cualquier chiringuito de playa. Debajo, llevo el bañador y, en una pequeña mochila, el traje de neopreno.

Ambos estamos hambrientos y locos por coger olas. A paso ligero, entramos en un restaurante de comida rápida. Pedimos unos menús de hamburguesas con cervezas y nos lo comemos entre risas.

Cerca de nosotros, sentados alrededor de una mesa, se encuentran varias personas de nuestra edad. Dos de ellos parecen una pareja con sus hijos, mientras que otros tres aparentan estar descolocados. Uno de ellos, moreno con ojos claros, cara de pilluelo y guapo hasta decir basta, se intuye por su postura erguida y tensa, que está incómodo. Su acompañante, una rubia con mucho pecho, se afana en agradarle. Los niños no paran de dar vueltas alrededor de la mesa, de gritar y pelearse entre ellos. Eme dirige la mirada hacia donde está la mía.

—¡Por Dios! ¿Nos imaginas así a nosotros en un futuro? Cada uno con su pareja, quedando para almorzar con los niños. Jajajaja.

—¡Ni de coña! En todo caso yo sería el moreno. Está desaparejado con cara de susto. —le digo, riéndome, mientras señalo al susodicho con una patata frita.

—Creo que le han hecho una encerrona con la rubia. Parece la típica cita que te preparan tus amigos o tu familia.

—Dijo el experto en citas a ciegas —le replico a carcajadas, ya que Eme no es el típico que necesite de citas a ciegas para ligar.

—No te creas. Mi hermana es una pesada con que tengo que encontrar a mi media naranja y me ha presentado a todas sus amigas, a las amigas de las amigas, a las hermanas de las amigas de las amigas y así un sinfín de citas desastrosas donde quedó claro que lo mío no son las relaciones amorosas —me relata, mientras se ríe—. Me ha presentado a más de una con esas grandes tetas de silicona, sin ánimo de ofender. Si me apuras, puedo decirte hasta el cirujano. Siempre me decía que era una buena chica, que era muy guapa, que si era independiente, que si era maestra, ingeniera... Yo qué sé. ¡De todo! ¡Hasta que se cansó! Se dio cuenta de que, si seguía presentándome a sus amigas, se quedaría sola. Jajajaja. —Ríe, mientras escuchamos como uno de los niños llama «tito» al morenazo. Ambos nos miramos y confirmamos lo que creíamos; que su hermana o hermano había concertado una cita a ciegas, o le había

organizado una encerrona para presentarle a la rubia.

—¡Pobrecilla! ¡Solo quería hacer alguien decente de su hermano! —le contesto.

Es imposible que Eme cuaje en esos *juegos*. Es muy especial con sus conquistas y no me extraña para nada el comentario de que la hermana se quedaría sin amigas si seguía presentándose.

Comienza a contarme una serie de citas desastrosas donde la que más y la que menos tenía un concepto de él muy equivocado. Todas buscaban lo mismo: un anillo, boda, niños y toda la parafernalia. El paquete completo. Y ni Eme ni yo estamos hechos para eso. Huimos del compromiso como de la peste. Nos gusta y valoramos demasiado nuestra independencia. Nos gusta sentir esa libertad que nos da el no tener compromiso con nada. Estamos casados con el ejército, luchamos por nuestra patria. Aparte de eso, en nuestro tiempo libre nos gusta disfrutar de la sensación de ir a coger la ola perfecta, sin tener que organizar nada. O lanzarnos a un viaje exprés para poder escalar una montaña, por el simple hecho de poder respirar el aire puro en la cumbre. La libertad que te da el poder ir a esquiar, tirarte en paracaídas, hacer caída libre. Cada deporte que practicamos tiene su encanto y nos da un chute de adrenalina que no nos ofrece el día a día.

Vuelvo a mirar hacia el morenazo de ojos claros y veo como me observa fijamente. Su mirada la tengo clavada hasta tal punto que se me eriza toda la piel. Cuando terminamos de almorzar, dejamos las bandejas en su sitio y nos disponemos a regresar al hotel. Por el camino, vamos charlando sobre las tablas de surf. Vamos a alquilar un par de ellas esta tarde para poder coger olas durante horas. Esa es nuestra misión de hoy. Sé que esta noche estaré completamente agotada, pero merecerá la pena.

Una hora después, llegamos a la playa. Ya hemos alquilado las tablas. Clavo la mía en la arena, me subo la cremallera del traje de neopreno mientras observo a la gente de la playa y, de repente, me encuentro con la mirada penetrante de esos ojos claros del morenazo del restaurante de comida rápida. Esta vez, escondida tras mis gafas de sol oscuras, puedo dar un repaso exhaustivo a todo su cuerpo bronceado por el sol. El tío se lo debe de currar en el gimnasio, ya que tiene unos abdominales duros y espectaculares, sin llegar a ser voluminosos como los tipos de las películas que parecen inflados con aire. Todo muy natural. Su pelo rapado, le da un aire de malote y despreocupado. A su alrededor, revolotean varios críos riendo y corriendo. Se

le nota que no se siente demasiado cómodo con ellos. Y que los críos son unos revoltosos insufribles. Viste un bañador oscuro y largo, pero que le sienta de maravilla. Está mojado y se les pega a sus esculturales piernas. Es la fantasía húmeda de cualquier mujer. De repente y como si le hubiese nombrado, gira la cara y me busca con la mirada. Durante breves instantes, noto como sus ojos recorren y acarician mi cuerpo lentamente, y siento como el deseo se desata en mi interior. Así que, haciendo acopio de toda mi fuerza de voluntad para no tirarme a su cuello, termino por abrocharme el traje de neopreno, cojo mis gafas de sol para hacer surf y la tabla mientras veo como Eme se pone sus cascos inalámbricos para escuchar música mientras surfea. Para mí la mejor opción es no escuchar nada. El sonido del mar, los otros surfistas, las gaviotas o, incluso, del viento es mi banda musical preferida. Nos miramos y ambos entendemos que ha llegado el momento. Caminamos deprisa hacia el mar con nuestras tablas bajo el brazo. Al llegar a la orilla, siento como mis pies se mojan y se refrescan después de haber estado un largo tiempo en la caliente arena y así, sin más, nos adentramos en el mar. Noto el agua salada colarse por mi cuerpo y siento como mis músculos se van relajando con la sensación del agua fría.

Pasamos varias horas surfeando. No es una playa con olas tranquilas, sino de las que te incitan a surfear más y más. Cuando estamos exhaustos, regresamos a la arena; cansados, pero relajados, y felices de poder compartir estos momentos.

En cuanto llego al lugar donde hemos dejado nuestras toallas, me desprendo del traje de neopreno y me tumbo en la toalla a tomar el sol. Me encanta la sensación que el sol da en mi piel, calentándola a su paso. Me unto crema solar para protegerme. En cuanto llega Eme, da un grito con la clara intención de terminar de soltar la adrenalina y se estira en la arena sin toalla. Pasados unos minutos, donde nuestras respiraciones se han pausado, nos relajamos, mientras el sol seca nuestros cuerpos con su calor.

A lo lejos, escucho el murmullo callado de las personas que se encuentran en la playa, los golpes secos de las pelotas al chocar, bien en los pies, bien en los antebrazos, el devenir de las olas y el soplo del viento seco. Una melodía que poco a poco va ralentizando los latidos de mi corazón, hasta que siento como se me erizan los vellos de la nuca. Noto un par de ojos clavados en mí. Y, aunque no lo he visto, tengo la sensación de que el morenazo me está haciendo un escaneo en toda regla. Me incorporo un poco en

la toalla, apoyada en mis antebrazos. Hago un repaso a lo largo de la playa, viendo como las madres les untan crema a sus hijos, otras van corriendo tras ellos, otros críos juegan con las palas y la arena, hasta llegar a un morenazo que me mira fijamente. Eme, que ve mi reacción, imita mi postura, se baja un poco las gafas de sol y mira hacia donde se dirigen mis ojos.

—¿Es el del restaurante? —me pregunta, mientras señala en su dirección con un movimiento de la barbilla.

—El mismo. Y sigue estando con los sobrinos. Tiene la misma cara de amargado que en el restaurante —contesto, riendo.

—Pues, nena, no te quita ojo de encima. Como siga así, te va a gastar —se burla.

Durante un buen rato, ninguno de los dos nos quitamos el ojo de encima, hasta que uno de sus sobrinos, lo reclama y, girando su cara para mirarme una última vez, se da la vuelta y se marcha de la mano de uno de los niños. Al cabo de una hora de tomar el sol, nosotros también nos marchamos de la playa rumbo al hotel para ducharnos y salir a cenar.

El local donde entramos esta vez no es un lugar de comida rápida, sino un bar español de tapas. Le agradezco a Eme el detalle, ya que, además de gustarme la comida rápida, me pirra una buena tapa de tortilla española o un frito de pescado. Me chifla desde que, de pequeña, veraneaba en Málaga, la ciudad natal de mi madre, la misma ciudad donde ella vive ahora con mi abuela desde que se separó de mi padre. Ahora mismo, al acordarme de ella, puedo incluso recrearme en el olor a espetos que realizan en una barca con unas buenas brasas. España es diferente, incluso en su gastronomía, que es genial. De pequeña, mi madre cocinaba sus guisos de lentejas, garbanzos, sus pucheros, su pastel de carne. Era una española que tuvo que aprender a marchas forzadas muchas de las costumbres americanas al casarse con mi padre, un militar americano destinado en la base de Rota. Se enamoraron, se casaron y pronto volvieron a destinar a mi padre a América. Así que mi madre, con el tiempo, aprendió a cocinar recetas de mi abuela paterna, mientras que también nos deleitaba con recetas españolas, sobre todo, cuando todos los veranos viajábamos a España para visitar a la abuela Mara.

Pedimos unas tapas de tortilla, de calamares, de cazón en adobo, de

boquerones en vinagre y de jamón serrano ¡Madre mía! ¡Vaya homenaje nos estamos dando! Le hago una foto y se la mando por WhatsApp a mi madre. Todo ello regado con... ¡Cruzcampo! Cerveza típica del sur de España. Durante un rato charlamos hasta que mi teléfono suena. Mi madre. Rápidamente calculo la hora. Si aquí, en California, son las nueve de la noche, en España, ahora mismo, son las doce del mediodía. Menos mal que no la he despertado porque cuando he enviado la foto no he tenido en cuenta la diferencia horaria.

—¡Mamá! No esperaba que me llamaras a estas horas.

—¡Qué horas ni qué puñetas, Reb, son las doce de la mañana! No me cambies de tema. No me digas que estás en España y no has venido a visitar a tu pobre vieja.

—De vieja nada y de pobre tampoco. No te hagas la víctima conmigo que no te va nada. Y no, no estoy en España. Estoy en California. Te lo dije el último día que estuvimos hablando. ¿No lo recuerdas?

—No. ¡Ves como ya estoy vieja! ¡Estoy perdiendo la memoria! —me dice, riéndose. La muy arpía sabe lo que se está haciendo y ahora mismo está de cachondeo.

Ambas nos reímos durante un rato más. Hasta que ya no puede más con mi abuela y me pasa con ella.

—¿Cuándo te vas a buscar un buen mozo?

—Abuela Mara, no necesito ningún mozo para ser feliz, ya lo soy. Tengo un buen trabajo, una familia adorable y unos amigos que son la caña. No necesito nada más. Yo no he nacido para quedarme en casa criando niños.

—Lo que tú digas.

Eme me mira riendo por las ocurrencias de mi madre y abuela. Ambas son divertidas, risueñas, y siempre están diciendo disparates, pero, en el fondo, son entrañables y me dan la libertad que saben que necesito. Nunca me han puesto impedimentos para ir a ningún lado, nunca me han coartado la libertad para irme a ninguna guerra, por muy difícil que les sea a ellas, aunque se crean las patrañas de que voy en misión de paz, con un trabajo administrativo casi aburrido

Después de charlar un rato con ambas, cuelgo el teléfono con una sonrisa en la boca. Terminamos de comer y nos vamos hacia un pub que hay cerca del hotel donde nos hemos alojado para tomarnos una copa. Al día siguiente, tenemos planeado trasladarnos a la zona de Yosemite para practicar escalada.

Al entrar en el pub, vemos de nuevo al morenazo con la rubia, alias la Ensiliconada, como la hemos apodado Eme y yo. Y que conste que no tengo nada en contra de las chicas que se operan los pechos. Yo misma, si tuviera que hacerlo o me apeteciera, lo haría. Pero es que esa rubia no me cae bien. Él sigue teniendo la misma cara de amargado que cuando estaba con sus sobrinos, pero en cuanto me ve, su expresión cambia y una enorme y preciosa sonrisa ilumina su rostro. Lleva una camisa blanca con los primeros botones desabrochados, por lo que se puede apreciar su torso perfecto, y unos pantalones informales de tela ligera en tono claro que realza el moreno de su tez y el color cielo de sus ojos. Al verlo tan guapo, casi me quedo sin respiración. Su corto pelo, parece rizado al aire. Aunque lo lleve tan corto se vislumbran unos pequeños rizos. Me lo imagino con el pelo largo, despeinado al viento, y es pura fantasía erótica lo que se me viene a la mente. Aunque, con el pelo corto está guapo, largo debe de estar matador. Mis bragas sufren las consecuencias de esa imagen. Sus grandes y morenas manos van a su pelo y, en un movimiento que se me antoja sexi, hace el ademán de tocárselo. Prácticamente me he excitado al verlo y eso es algo que no me ocurría desde hacía mucho tiempo. Mi respiración se vuelve más agitada. Mi pecho sube y baja a un ritmo superior y mis pezones se vuelven duros. El resto del pub se ha desdibujado a nuestro alrededor. Solo existimos él y yo... hasta que Eme llega a mí, me da un pequeño toque en el brazo y, con una sonrisa burlona en la cara, me da un botellín de cerveza.

—¿Estás bien, Capi? —me pregunta, mientras con una sonrisa señala con su barbilla hacia el morenazo que me está volviendo loca.

—Eh..., sí, claro —balbuceo y dirijo toda mi atención a mi amigo.

—Ya lo veo. El moreno te trae un poco trastocada. Nunca te he visto así. Quizás deberías tirártelo y así aliviar tensiones. Ya me entiendes —comenta, como si nada, con una sonrisa en la boca.

Bebo de mi botellín, mientras me muevo al son de la música. No es una discoteca, por lo que nadie está bailando. Eme hace un rato que me ha dejado sola y se ha ido a hablar con una chica espectacular que ha conocido en la barra. Tan ligón como siempre, solo tiene que sonreír para que cualquier chica se moje y se le caigan las bragas. Termino mi bebida y estoy dispuesta a marcharme cuando el morenazo se acerca a mí.

—Perdona ¿Quieres otra cerveza? Tu amigo y mi amiga, al parecer, nos han dejado solos y tienen otros planes para esta noche —me dice con una

enorme sonrisa en la cara.

Miro alrededor e intento ver a Eme. El morenazo me señala hacia un rincón y lo veo clavándole la pelvis a la Ensiliconada, mientras la besa frenéticamente. Su mano viaja hacia su pecho y con la otra le sostiene la cadera, inmovilizándola. Sonrío. El espectáculo es erótico y sensual. Excitada, miro hacia el morenazo, sonrío y asiento con la cabeza.

Tras esperarlo varios minutos, vuelve de la barra con dos botellines.

—Edward.

—Rebeca, encantada.

El roce de nuestras manos me provoca un escalofrío; una corriente eléctrica que provoca que se me erice toda la piel y que, al menos a mí, me recorre toda la columna vertebral. Edward es un nombre muy bonito. Lo pronuncio y, en cuanto sale de mi boca, veo la excitación en sus bonitas pupilas dilatadas. Eso, y el escalofrío que he sentido anteriormente, hace que me sonroje por primera vez en mi vida.

—¿Eres de aquí o has venido de vacaciones, Rebeca?

—Se puede decir que he venido para desconectar. He viajado para hacer surf y escalada. Mañana vamos a la zona de Yosemite. Después de unos días, debo mudarme por razones laborales —le digo sin aportar mucha más información, pero demasiada para lo que suelo hablar en estas ocasiones—. ¿Y tú?

—También he venido de vacaciones. Con mi hermana, mi cuñado y mis cinco sobrinos. Me han preparado una encerrona. ¿Ves a la chica con la que está tu amigo? Mi hermana se ha empeñado en emparejarme con ella. Ha preparado todo este despliegue para que la conozca, pero la verdad es que no tengo nada en común con ella.

Me río porque el tono que ha usado, y cuando ha bajado la voz al final como si me estuviera contando un secreto, provoca que se me erice toda la piel.

—Eres buena practicando surf. Te he visto esta tarde y tienes una técnica fantástica. Parece que te gustan los deportes de riesgo. En las escaladas..., ¿prefieres las subidas o, por el contrario, te gustan más las bajadas? — Espera, sus ojos se han oscurecido y su sonrisa de medio lado de golfillo me dice que ya no estamos hablando de escalada. ¿Quiere jugar? Pues juguemos.

—Me gustan los salientes duros donde poderme agarrar. Subir despacio a lo largo para sentirlo bien, mientras que bajo rápido y fuerte, pero segura, para

volver a subir disfrutando del camino rocoso con mis manos. —Veo que Edward pasa por diferentes fases tras escuchar mi respuesta. Comienza por la sorpresa, pasa por la diversión y, al final, puedo observar en sus ojos la excitación.

—¿Seguimos hablando de escalada?

—Claro, ¿de qué si no? —respondo coqueta. ¿He dicho «coqueta»? Estoy peor de lo que pensaba.

—Quizás, de otras cosas más interesantes y... placenteras.

—¿Y qué puede ser más divertido y placentero que una buena... escalada?

A estas alturas, estoy más que excitada. Esta conversación la estamos llevando por unos derroteros demasiado provocadores. Me gusta este juego. Quiero ir a más. Suena por los altavoces un ritmo latino bastante pegadizo. Provoca que me mueva al ritmo de la música una vez más. Edward me acompaña en este tipo de movimientos, mientras nuestras miradas se entrelazan la una con la otra. Pedimos otra ronda de bebidas. Nuestros cuerpos están cada vez más cerca el uno del otro, sin dejar en ningún momento de mirarnos. A estas alturas creo que soy adicta a sus malditos ojos. Me vuelven loca y me provoca que quiera hacerle mil y una cosas, todas ellas inconfesables. Aunque mañana me arrepienta, pero un día es un día, y hace mucho tiempo que no tengo ninguna relación sexual. A cada movimiento de baile, estamos más cerca el uno del otro.

—Te puedo explicar una cosa que sí es mucho más excitante y placentera que una buena escalada —me susurra Edward al oído, mientras intento ocultar un jadeo que sale de mi boca sin poder frenarlo. Este hombre me está excitando de un modo que nunca había sentido. Acerca su pelvis a la mía, mientras continuamos con nuestro particular baile. La verdad es que se mueve muy bien al ritmo de la música.

Poco a poco se pega a mí. Con una mano me agarra de la cintura, mientras con la otra me coge del cuello y me acerca a él para darme un beso arrollador que hace que me tiemblen hasta las rodillas. Su lengua inicia un baile con la mía. Se degustan, acarician y enredan hasta que estamos prácticamente sin aliento. Nos separamos y ambos estamos jadeantes y, lo que es peor, con ganas de más. Miro en dirección a Eme. Me quiero despedir de él, pero no lo veo.

—Hace un rato que se han marchado. —Me mira expectante. Extiende el

brazo hacia mí con la palma de la mano hacia arriba, a la espera de que coja la suya. Rehúso a dársela. Doy un paso en su dirección para atacar de nuevo su boca. Siento, entonces, una vibración y acto seguido el sonido de la banda musical de *El padrino*.

Edward, con un gesto de fastidio, saca el móvil de su bolsillo. Con el dedo índice me indica que espere un momento, mientras se da la vuelta para coger la llamada. En dos pasos se dirige a la salida del pub con cara de pocos amigos. En ese momento, me despierto de la burbuja de excitación en la que me encontraba, y me doy cuenta de que estaba a punto de hacer algo que me va a pesar el resto de mi vida. A pesar de que no es más que un chico que he conocido una noche y que es algo que he hecho alguna que otra vez, presiento que, si me voy con él esta noche, algo cambiará en mi vida. No tengo muy claro lo que es, pero algo me dice que no lo haga. Muy a mi pesar, y con una excitación de mil demonios, y un miedo atroz en el cuerpo, salgo del pub sin que me vea Edward y me voy al hotel.

Una vez allí, me cambio de ropa rápidamente por algo más cómodo, me lavo la cara y los dientes y me acuesto. Mañana será otro día y debo levantarme temprano para ir a escalar. Montañas, escalar montañas, no picos duros y firmes con labios carnosos. Con ese pensamiento me quedo profundamente dormida.

Capítulo 2

Me despierto sobresaltada por el sonido del móvil. No he dormido apenas nada después de haberme pasado media noche soñando con picos duros y firmes, labios carnosos y sonrisas *bajabragas*. Cuando voy a coger el móvil, deja de sonar. Miro la pantalla y el nombre de Eme aparece de nuevo. Descuelgo la llamada y contesto prácticamente con un gruñido.

—Aún no es la hora, Eme. ¿Qué quieres? —le contesto de mala gana.

—Buenos días a ti también, Capi. Veo que te has levantado de buen humor.

—No tanto como el tuyo, capullo. Ayer me dejaste tirada por una rubia.

—Sí, pero vaya rubia y vaya par de tetas. ¡Me encantan! Mi más sincera enhorabuena al cirujano. Un trabajo fantástico, sin duda —me dice con un tono de picardía y no tengo más remedio que reírme. Es un caso.

—Bueno, ¿qué quieres? Aún queda una hora para bajar a desayunar —le digo, mientras bostezo y me desperezo en la cama.

Miro la hora y aún no son las cinco de la mañana, la que habíamos quedado para aprovechar bien el día.

—Te quería pedir un favor muy grande. Me encantaría volver a revisar la silicona de *mi* rubia. No quedé totalmente satisfecho anoche. Mi chica ha hablado con su amigo, para que podáis ir los dos a escalar, mientras nosotros nos dedicamos a otros menesteres. Al parecer, también le gusta mucho ese

deporte. Tenéis bastante en común. ¿Te importaría ir a escalar con él? Sé que anoche os presentasteis. Y que congeniasteis bien. Me lo ha contado tras hablar con él por teléfono hace un rato. ¿Algo que contar, Capi?

—Déjate de sandeces, idiota. No pasó nada. Nos tomamos unas cervezas y después regresé al hotel. Sola —específico para que no haya malentendidos.

—Bueno. Hoy podrás intimar. O no, si es lo que quieres. ¡Anda, hazme el favor! Sabes que no te pido apenas nada. Si me haces este favor, mañana te llevo a saltar en paracaídas. Sé que te encanta.

—Está bien. Pero, además, me vas a tener que invitar a unas cervezas después. ¡Ah! Y también a cenar en el bar de tapas de anoche.

—Trato hecho, Capi. El amigo de *mi* rubia se llama Edward, aunque eso ya lo sabes, y te espera dentro de una hora en la recepción del hotel.

Dicho esto, cuelga la llamada, dejándome totalmente atónita. Me río porque Eme es un caso. Además, es la primera vez que lo veo repetir con una chica y eso, en el fondo, me llena de regocijo. Aunque no crea en las relaciones largas ni duraderas y tampoco en el *felices para siempre*, espero que algún día Eme pueda ser feliz. Es un hombre que ha sufrido mucho y nadie mejor que él se merece esa felicidad. Y si eso consiste en que mantenga una buena relación de *follamigos* con esa chica, no seré yo quien le ponga impedimentos.

Después de un rato más haciendo el vago en la cama, me levanto y, mientras me ducho y organizo todo lo que he de llevar en la mochila para la salida, pienso en si ha sido buena idea ceder ante la petición de Eme porque Edward me pone nerviosa y eso no me hace ni puñetera gracia. Aunque, por otro lado, quizá podamos acabar lo que empezamos anoche... o no. Joder, ya ni me aclaro.

—Hola —saludo al llegar, casi sin aliento, por la carrera que me he dado. Al final, tanto pensar, se me ha hecho tarde.

—Buenos días. Estás preciosa. —Me mira de arriba abajo y mientras me recorre con la mirada, mi piel se va calentando por el camino—. Mi amiga Emily me ha pedido que venga a escalar contigo. Al parecer, le ha surgido un asunto importante con tu amigo —me aclara con una sonrisa tímida en su hermoso rostro.

—Buenos días —le contesto seca. Aún no he tomado mi café y por la mañana sin esa pequeña ración, no soy yo. Simplemente doy gruñidos—. ¿Podemos desayunar antes, por favor?

—Por supuesto. Pero, primero, ¿podrías aclararme porqué te fuiste anoche sin decirme nada? Casi me vuelvo loco buscándote hasta que el camarero me aclaró que saliste por la puerta casi corriendo. —En sus ojos puedo ver el reproche.

—Claro, pero primero necesito mi café.

Entramos en una cafetería que hay frente al hotel y pedimos dos desayunos completos, además de una tarta de arándanos para mí.

—Veo que eres de buen comer.

—El desayuno es la comida más importante del día. Siempre procuro no saltármelo. Además, ahora con la escalada, vamos a consumir muchas calorías. Y el peso no es algo que me haya preocupado nunca. Hago mucho ejercicio. —Respiro, lo miro fijamente y vuelvo a hablar. Le debo una explicación y él parece estar esperándola—. Salí del pub porque no suelo liarme con nadie el primer día que lo conozco. —Es lo primero que se me viene a la cabeza. Tampoco quiero decirle que tenía la impresión de que si lo hacía algo iba a cambiar en mi interior. Además, ¿cómo le voy a explicar una cosa que ni yo misma entiendo?

—Eres más bien de relaciones duraderas. —No es una pregunta, más bien, es una afirmación.

—Ni hablar. No creo en las relaciones. Pero tampoco... No sé cómo explicarlo.

—Ya veo, no tienes por qué justificarte. ¿Sueles venir a escalar mucho por aquí? — Cambia de tema, por lo que destensa el ambiente y eso es algo que le agradezco enormemente.

—Aquí es la primera vez que vengo. Pero sí, me gusta mucho y lo practico siempre que puedo.

—Y siempre sueles escalar suave y despacio, para bajar fuerte...

—Y duro. Me chifla la caída libre. —Repetimos la broma del día anterior.

Un fuerte jadeo sale de la boca de Edward, mientras llega el camarero con nuestro desayuno. He logrado sorprenderlo y eso me gusta. Me gusta mucho. Demasiado, diría yo. Rápidamente se recompone, veo como su nuez sube y baja mientras traga saliva y se forma una enorme sonrisa en su boca carnosa y pecaminosa. Me parece que este día va a ser muy largo y no voy a disfrutar de la escalada. Después de media hora, hemos terminado de desayunar.

—¿Estás preparada, Rebeca?

Y parece que me está preguntado otra cosa. ¿Estoy preparada para qué? ¿Para hacer escalada o para un revolcón? Sí, para lo segundo estoy preparada desde ayer. Tengo los pechos hinchados, los pezones erectos y la humedad de mis bragas es más que palpable. ¡Mierda, bragas! ¡Ni lencería fina ni tanga! ¡Llevo *bragafaja*! ¡Hasta mi abuela Mara se cachondearía de ellas! Relájate, Reb. Le doy un gran trago al agua fresca que nos ha traído el camarero y logro recomponerme.

—Por supuesto. Estoy más que dispuesta a un gran día de deporte.

Le comento como si tal cosa, guiñándole un ojo. Ya me he recuperado y estoy dispuesta para escalar las montañas de Yosemite, no otra cosa.

El viaje lo hacemos en su coche y tardamos unas dos horas en llegar. El paisaje es maravilloso. Durante todo el trayecto hemos hablado de música. Le gusta el *heavy* como a mí, pero, además, también disfruta con el pop. He descubierto un Edward relajado, que goza con las pequeñas cosas, como hacer veladas en su casa con los amigos bebiendo cervezas y cenando. Le place la cocina y, según él, se le da de maravilla. También es de Nueva York. Además de estar bueno hasta decir basta. Le gusta tocar la guitarra, dice que le relaja. Y a mí me encantaría oírlo tocar algún día, ver como sus largos dedos rasgan las cuerdas. Estoy segura de que sería un espectáculo digno de ver. ¡Espera, Rebeca, que desvarías! ¿De dónde ha salido ese pensamiento?

Cuando llegamos al lugar indicado, comenzamos a revisar todo nuestro material. Comprobamos el estado de las cuerdas, del cinturón, que Edward revisa de una manera minuciosa, igual que mi arnés. También comprueba mi bolsa de magnesio antes de subir para escalar la montaña. Me da la impresión de que es una persona que no deja nada al azar. No es que sea controlador, ni nada por el estilo, sino que le gusta estar completamente seguro de las cosas, igual que a mí. Me gusta revisar concienzudamente todo mi equipo, ya sea de escalar, de montar, o de practicar caída libre. Llevamos unos bocadillos que nos comeremos cuando lleguemos a la cima. El frescor de la brisa acaricia mi rostro que siento como se sonroja ante el cúmulo de sensaciones que estoy sintiendo. Por un lado, siento el frescor; por otro, la falta de oxígeno por el esfuerzo que estoy realizando, me tiemblan las piernas y los brazos.

Con un movimiento rápido del brazo, coloco el siguiente clavo para seguir ascendiendo. De repente, noto que Edward se pega a mi espalda y me ayuda a colocarlo, mientras que su pelvis se aproxima a mi trasero y noto una

erección de campeonato. Su aliento abraza mi cuello. Me acaricia por completo con todo su cuerpo. También está jadeante. Cada vez que me mira, su sonrisa se ensancha en sus labios.

—Mira cómo estoy de tener tu precioso trasero encima de mí durante todo el trayecto. Creo que no es justo. —Dicho esto, me clava su erección con más efusividad.

Mis pulsaciones se elevan a mil cuando Edward se acopla de manera perfecta a mi cuerpo. Ambos soltamos un gemido a la vez. Aproxima su boca a mi cuello y me da un dulce beso, mientras aspira mi aroma y me acaricia con su nariz. Volvemos a gemir. Es la escalada más erótica que he realizado en mi vida. Estoy temblorosa. Y de repente, me siento vacía. Veo a Edward ascender por encima de mí, dejando un reguero caliente con su cuerpo mientras acaricia el mío en su totalidad. Estoy excitada y verlo sobre mí, con su fibroso y musculado cuerpo, no me ayuda en nada.

Ahora tengo una maravillosa perspectiva de su trasero redondo, firme y duro. Lleva un pantalón corto de algodón que le queda de maravilla y ver como cada uno de sus músculos se flexionan con el esfuerzo está haciendo que me vuelva loca. En un arrebato, hago lo mismo que ha hecho él. Paso por encima, asegurándome de acariciar su cuerpo con mis pechos, y dejo mi centro justo a la altura de su cabeza. Miro hacia abajo y lo veo sonreír. Alza la mirada y clava su nariz justo en el punto central de mis piernas. Me vuelvo a humedecer de inmediato, mientras Edward aspira el olor de mi excitación. Escucho como vuelve a gemir.

—Maravilloso. Nunca esta montaña ha olido de forma tan exquisita. Puedo percibir lo cachonda que estás desde aquí.

Ahora la que gime soy yo.

Justo en ese momento, de un movimiento ágil, vuelve a subir por encima de mi cuerpo, dejando un reguero de besos a su paso. Cuando tiene su pelvis donde quiere, de un movimiento, me clava de nuevo su erección. ¡Madre mía! ¡Este hombre es capaz de follarme aquí mientras estamos anclados en la montaña! De repente, vuelve a fijar la estaca en la montaña para ascender, mientras me roza con todo su cuerpo en el camino.

Jadeantes y casi sin aliento, repetimos la subida. Lo estamos haciendo despacio. Recreándonos en las vistas, el uno y el otro. Él, cada vez que dejo su cara entre mis piernas, aspira mi olor para luego gruñir y ascender por mi cuerpo, dejándome anhelante y cada vez más caliente. Ya queda poco para

llegar a la cima. Edward vuelve a ponerse detrás. Con una mano, acaricia mi torso de manera lenta, pausada. Su caricia, deja un rastro caliente a su paso, mientras que su erección se clava de nuevo en mi trasero. Al pasar su cara por la mía, besa mi cuello y muerde el lóbulo de mi oreja. Eso hace que sienta un pinchazo directo en mi entrepierna.

Cuando vuelvo a escalar a través de su cuerpo, me aventuro y acaricio esos abdominales que tanto he admirado desde que lo conocí ayer. Son más perfectos de lo que creía. Bajo mi mano, para acariciar también su erección. En ese momento, siento como deja de respirar. Me he vuelto más atrevida y él se aventura a mordirme por encima de la ropa. Casi logra que me corra en ese momento. Solo necesito una pequeña caricia, un simple toque, para que todo se desencadene. Hace tanto tiempo que no practico sexo, que cuando lo haga me voy a quemar. Cuando pasa por mi oído, me dice jadeante:

—Deliciosa.

Uno de sus dedos recorre mi escote hasta llegar a la cinturilla de mi pantalón. Hace ademán de meter la mano, pero con el arnés le es prácticamente imposible, así que termina por acariciarme por encima del pantalón. Cuando nos hemos dado cuenta, acabamos de llegar a la cima de la montaña.

—Ha sido la mejor escalada de mi vida —me dice Edward, como si nada, mientras nos quitamos las cuerdas para sentarnos a tomar algo.

Le doy un largo trago a la botella de agua, miro a nuestro alrededor y admiro el paisaje. Es maravilloso. Aquí solo se respira paz. Las montañas son rocosas y de difícil acceso. No todo el mundo está preparado para realizar escalada en esta parte. Antes de llegar, hay un maravilloso parque natural con un lago fantástico. Si nos da tiempo, hemos decidido pasar por allí un rato y darnos un baño. En otra parte de estas rocosas montañas, vemos como un grupo de cinco personas están practicando paracaidismo extremo con caída libre, mientras que, a lo lejos, escuchamos el sonido de una cascada. El día está fantástico, luce un sol de justicia, que provoca que nuestra piel se pueda quemar. Llevo protección solar en la mochila, así que decido ponerme más loción. Mi piel es muy clara y si no la protejo bien, esta tarde tendrá un fantástico color rojo fuego.

Tras un rato en silencio, admirando el verde paisaje lejano, las montañas de alrededor, escuchando el eco del agua al caer desde las montañas, el sonido de las aves y respirando el aire fresco y puro que no se puede respirar

en Nueva York, estamos relajados y descansados. Nuestros músculos están menos tensos por el ejercicio realizado. Ambos llevamos gafas de sol, pero, a pesar de ello, en más de una ocasión, nos pillamos mirándonos el uno al otro; devorándonos con la mirada.

Edward trae unos deliciosos sándwiches para almorzar.

—Me sorprende la facilidad con la que has escalado.

—Estoy acostumbrada —le respondo, sin darle demasiada importancia.

La escalada es uno de los ejercicios básicos de entrenamiento en el ejército, al igual que el paracaidismo y algunos deportes más como la defensa personal o las artes marciales. Me gusta entrenarme duro, ejercitarme para estar completamente en forma en las mil misiones que he realizado a lo largo y ancho de todo el mundo. Mi vida depende de ello.

—Me asombra como una mujer tan menuda pueda estar tan en forma. No es habitual. ¿A qué te dedicas?

—Soy *Personal Sports Trainer* —contesto rápidamente.

Ese es el oficio que me he inventado, ya que no me da la gana de ir diciendo al primero que pase que soy capitán del ejército de los EEUU, ya que, tal y como están las cosas, aunque no sea nadie, no quiero ser víctima de ningún atentado terrorista. Nunca se sabe.

Edward asiente con conformidad.

—Entreno, sobre todo, a personas adineradas que no tienen tiempo de realizar deporte. Los animo y les hago una instrucción personalizada, donde se incluyen otros deportes más divertidos como el *Boulder* o la escalada de bloques en pared artificial. Hay personas que pagan auténticas fortunas por ello. Y tú, ¿a qué te dedicas?

—Tengo una pequeña empresa de seguridad. Así que también practico mucho deporte para poder estar en forma. Vaya, tenemos más cosas en común de lo que en un principio parecía —comenta, con una sonrisa en la cara de chico malo *bajabragas*.

Me quedo mirándolo fijamente porque, en el fondo, hay algo que no me cuadra. En su cara puedo ver un atisbo que me hace desconfiar de lo que me está contando. De repente, ambos estamos estudiándonos con recelo hasta que el fuerte sonido de un ave nos hace trasladarnos a la realidad.

La intensidad de la escalada ha bajado con el almuerzo. Ya no tenemos ese matiz erótico que habíamos iniciado mientras ascendíamos, pero lo necesitábamos para descansar. La escalada es un deporte brutal y si, además,

le incluyes el factor sexual, ya ni te cuento.

—¿Comenzamos la bajada? —pregunta con esa sonrisa que me hace perder la cordura. —Aunque yo ya he bajado. Y no ha sido ni fuerte... ni duro.

Y ambos comenzamos a reír. Nos levantamos de la roca donde estábamos apostados, almorzando, y nos disponemos a descender. Volvemos a revisar todo el equipo e iniciamos la bajada por el mismo lugar por donde hemos subido. En esta ocasión, nos retamos a ir más rápido, realizamos un sobreesfuerzo y el sudor impregna todo mi cuerpo. Miro a Edward y todos sus músculos están en tensión. Está tan guapo que duele verlo. Esos ojazos azul claro me tienen loca. Me lo imagino de nuevo con el pelo largo y rizado. Fantaseo con él entre mis piernas y con su pelo recogido en una coleta y justo en el momento en que vaya a dejarse ir, le suelto el pelo que se le pegará a la cara... Y tropiezo, la cuerda comienza a destensarse y voy con caída libre...

—¡Reb!

De repente, vuelvo a la realidad. Un tirón de la cuerda en el arnés me pone en guardia, junto con el grito de Edward. Segundos más tarde, lo tengo a mi lado. Me río por lo tenso que está.

—¡Dios! ¡Me vas a matar de un susto! ¿En qué estabas pensando?

Y me da la risa. ¿Cómo le digo que estaba pensando en el momento en que se dejase ir entre mis piernas mientras yo le quito una goma del pelo? Y, por otra parte, ¿cómo puedo estar tan mal para que una goma de pelo me haya llevado a pensamientos eróticos? Niego con la cabeza y agacho la cara porque me avergüenza por donde van mis pensamientos. Definitivamente, soy más bruta que un *arao*, como dice mi abuela Mara. Edward se queda perplejo. Me mira desconcertado. Ahora se creerá que también estoy loca.

—No pensaba, ese ha sido el problema. Y estaba bajando fuerte y duro...

Edward se sobresalta, y se le escapa un jadeo. Lo he vuelto a sorprender y con la misma frase. Con esto doy el asunto por finalizado y prosigo con la bajada. A partir de ese momento, Edward no me quita ojo en ningún momento, no desaprovecha ninguna oportunidad de tocarme o de ayudarme. Ahora creerá que necesito ayuda de verdad. Sin embargo, mi técnica de escalada es bastante depurada. No obstante, él decide ponerse detrás de mí y proceder la bajada unido a mi cuerpo, pegándose en el trasero una fuerte erección que provoca que vaya salivando por todo el camino. De vez en cuando, mueve su pelvis para que no me olvide del bulto que tiene entre las piernas, pero eso es

imposible. Y al cabo de un par de horas bajando, se relaja y disfruta. Aunque la bajada no es ni fuerte ni dura.

Al llegar a tierra firme, recogemos todo el equipo, volvemos a guardarlo en las mochilas y emprendemos el viaje caminando hacia el lago que hemos visto con anterioridad. Nos vendrá bien volver a descansar, un rato de caminata y un refrescante baño en las frías aguas para desentumecer los músculos y relajarlos.

Cuando llegamos al lago, ya tenemos las respiraciones más acompasadas. La caída ha sido genial y nos lo hemos pasado estupendamente. El día, en general, ha sido fantástico. El entorno es tremendamente bucólico. El lago, el sonido de la cascada, el verde de la pradera, el olor a bosque y tierra, y el frescor del aire puro hacen que coja una gran bocanada de oxígeno. A pesar de todo el esfuerzo físico que hemos realizado, estoy asombrosamente descansada. Mi piel vuelve a necesitar protección o terminaré de un bonito color rojo chillón. Me siento en una roca que se encuentra por el camino. Abro la mochila, bebo un poco de agua y saco el frasco de protección solar, pero ya tengo a Edward pegado a mi espalda, más que dispuesto a no perder la oportunidad de volver a tocarme.

Me coge el tarro, se echa un poco en la mano y comienza a esparcirlo lentamente por mis hombros. Ha pegado su cara a mi cuello, acercando su boca a mi oído.

—Estás muy caliente.

«No lo sabes bien». Lo pienso, pero no se lo digo. Mientras, Edward continúa extendiendo la crema con sus manos grandes y firmes. Es solo ponerme un poco de protección, pero parece que me está ofreciendo un masaje con servicio completo. Sus manos masajean mis hombros, mientras van bajando por mis brazos para volver a subir y rozar mis pechos por el camino. Sin prisas, adelanta un poco el masaje hacia mi escote, algo casual, lento, mientras sus manos recorren la zona superior de la espalda, para volver a la zona del escote, en esta ocasión, un poco más abajo que antes.

Ahora, se separa para colocarse delante y, mirándome fijamente a los ojos, inicia de nuevo el masaje, esta vez, hacia los pechos, provocando que me humedezca de nuevo y un gemido salga de mi boca. Edward, al escucharme, vuelve a sonreír. Su respiración es entrecortada y sus ojos se han oscurecido fruto de la excitación. Miro hacia abajo y veo a la perfección su miembro erecto a través de los pantalones. Sigue con sus caricias por el escote y, con

una mirada, me pide permiso para bajar el tirante de la camiseta. Asiento levemente. Miro alrededor para comprobar si alguien nos pudiera ver, pero nos hemos colocado en un lugar que, entre la roca donde estamos sentados, un gran árbol que nos da sombra y otro enorme pedrisco nos cobija de las miradas indiscretas.

Siento como Edward comienza a bajar los tirantes. Llevamos un buen rato, apenas, sin hablar. Solo somos conscientes del sonido de nuestras agitadas respiraciones. Con sus grandes y firmes manos deja mis pechos al descubierto. Al verlos, sus ojos se oscurecen más, si eso es posible. Tengo los pezones duros y sonrosados y mis pechos están tiernos y pesados. Siempre ha sido una zona muy erógena de mi cuerpo. Los tengo muy sensibles. La sonrisa de Edward es demoledora. Sigue acariciándome muy suavemente. Sus ojos recorren el sentido inverso y ahora se dirigen a mi boca. Se acerca a ella despacio y, tras un suave beso, lame mis labios con lentitud. Abro mi boca para dejarle paso y, en ese instante, el beso cambia a uno más arrollador y posesivo. Su lengua recorre cada recoveco de mi boca. Su sabor es adictivo. Lame, besa y me muerde los labios una y otra vez, mientras que una mano está acariciándome los pechos y la otra viaja a través de mi torso hasta mis nalgas, acercándose a él para mostrarme el estado de excitación en el que se encuentra. ¡Madre mía! La erección que tiene es de campeonato. Ambos intentamos acercarnos más y, de repente, me encuentro en un estado de éxtasis total en el que me he dejado guiar por mi placer y me estoy rozando con su erección justo en un sitio que me vuelve loca de placer. Mis gemidos se aceleran y mis manos viajan por toda su escultural y fuerte espalda. En un movimiento, Edward me coge y subo mis piernas alrededor de su cintura.

—Me estás volviendo loco, Reb. Si continúas, me voy a correr en los pantalones como un adolescente.

El apelativo con el que me ha llamado, «Reb», en su boca sabe a pura ambrosía, encendiendo aún más mi libido.

—¡Calla y fóllame!

¡Joder con Edward! Soy malhablada, pero nunca, jamás, le había suplicado a un tío que me follara.

—¡Dios, Reb, no me digas eso, que llevo todo el día cachondo!

Ambos estamos sobreexcitados. Nuestras respiraciones son entrecortadas. Me baja de sus brazos y, en un movimiento rápido, me quita las mallas y se baja los pantalones a la velocidad de la luz. ¡Pues sí que tiene

ganas! Me subo la camiseta por encima de los pechos, los cojo entre mis manos y se los ofrezco. Me mira, sonrío y se lanza a por ellos. Los saborea, chupa y lame a gusto. Tengo los pezones duros y húmedos de su saliva. Me vuelve a coger en sus brazos, enrolla mis piernas a su cintura y justo cuando me va a penetrar, me retiro.

—¡Condón! —pido.

Me cuesta respirar. Me mira y agacha la cabeza. Junta su frente con la mía. Su sien está perlada por el sudor, fruto del esfuerzo. Se está reprimiendo de no terminar de penetrarme duro. Lo sé. Se lo veo en la mirada, en su forma de respirar y en su manera de apretarme. De repente, niega con la cabeza.

Subo mi ceja derecha con una interrogación no pronunciada.

—¡Mierda! ¡Reb, te prometo que estoy limpio! ¿Tomas algo?

¡Joder! ¿Me está insinuando que mantenga relaciones sexuales sin protección con alguien al que apenas conozco? ¡Ni en broma!

—¿Estás loco?

Le doy un pequeño empujón, me bajo de sus brazos y un sentimiento de soledad y vacío me asola de inmediato. Respiro de nuevo. Me recompongo un poco, me subo los pantalones, doy unos pasos y me vuelvo para mirarlo. ¡Joder, está tan guapo! Tengo la tentación de acariciarle ese pelo rapado y notar como las puntas rozan mi mano con suavidad.

—Reb, tengo toda la sangre acumulada en mi parte baja. ¿De verdad crees que ahora mismo soy capaz de pensar con otra cabeza que no sea la de abajo?

Y los dos soltamos una carcajada. Me acaricia la cara con su mano, mirándome con ternura.

—Lo siento, Reb. No pretendía... Bueno, sí, pero es que... Joder, que lo único en que pienso cuando te veo es en metértela... ¡Mierda, eso ha sonado fatal!... Borra esto último... Me refiero a que llevamos todo el día calentándonos y... pues eso, que tengo una erección de campeonato...

Me vuelvo a reír, le pongo la mano en la boca para hacerlo callar, me acerco a él y lo beso.

—¡Mujer, no continúes por ese camino, si quieres que tenga la sangre fría de no hacerte mía ahora mismo!

Pero, en este momento, estoy desatada y en lo único que pienso es en tenerlo en mi boca. Voy bajando los besos hasta su barbilla, que pincha un poco por su barba de un par de días, y su abdomen. ¡Dios, me van a matar de

gusto sus abdominales! Cuando llego a la zona de la uve, me relamo, miro hacia arriba buscando sus ojos que me miran con una mezcla de excitación y asombro. Prosigo mi viaje hacia el sur hasta encontrar mi tesoro. Recorro su erección con suaves besos. Noto que se expande más todavía, si eso es posible. Acaricio cada una de sus venas con mi lengua hasta llegar a la punta roma. Su humedad me da la bienvenida. La recojo pausadamente con mi lengua, mientras escucho como gime más fuerte. Sus manos van directas a mi cabeza, acariciándola, y recorriendo con la yema de sus dedos mi rostro. Me la introduzco por completo en la boca y, con cuidado para no morderlo, voy subiendo despacio, para luego, bajar de golpe.

Escucho el sonido del aire saliendo entre sus dientes, resopla, respira agitadamente, gime y mueve las caderas involuntariamente, mientras chupo por completo su erección. Se nota que intenta controlarse. Lo miro a través de mis pestañas y lo que observo es la imagen más erótica que he visto en mi vida. Su fuerte musculatura está en tensión, provocando que se le marque más, si cabe. Su frente está rociada por una fina capa de sudor y su rostro está mirando hacia arriba. Está completamente extasiado, mientras intenta que sus movimientos de cadera no sean demasiado impetuosos. Sé que mi cadencioso ritmo lo está llevando al límite. Siento como palpita en mi boca. Está a punto. Lo miro a su perfecto rostro y lo que veo hace que me corra, cuando, con un gemido gutural y ronco, se deja ir, liberando todo su semen en mi boca y pechos.

Lentamente, me separo para dejar que su respiración se tranquilice. Pero, lejos de dejar que me aleje, me coge en brazos y arrasa mi boca. La degusta, la lame y me muerde los labios, mientras con su mano viaja hasta el centro de mi placer; introduce dos dedos, de repente, y los saca despacio, para volver a meterlos con más ímpetu.

—Dieu, Reb! Encore une fois, je suis excitée! Tu aimes? Ecoute ... Oui, tu aimes ça. Si tu te voyais tout de suite... Mon Dieu, tu me mets comme une putain de moto. C'est bébé ... [\[1\]](#)

Su voz, hablándome en francés, junto con el ritmo y sus fuertes dedos hacen que mi orgasmo ascienda de manera brutal y, de repente, con una simple caricia de su dedo en el punto justo, me dejo ir. Un grito de placer amortiguado, mientras le muerdo el hombro, hace que Edward de nuevo tenga una erección.

—¡Joder, me encanta que me hables en francés! —Su sonrisa se ilumina y pone una cara de pícaro que ahora mismo me la comería entera a besos.

Tras varios minutos, en los que intento respirar con normalidad, lo vuelvo a mirar. Está tan guapo con esa maravillosa sonrisa. El azul de sus ojos me vuelve loca. Me miran con deseo, pero también es una mirada divertida. Me coge por la cintura, me acerca a él y me da un suave beso. Me mima un poco mientras me recompone la ropa.

Nos separamos unos centímetros, nos sentamos en el suelo y cogemos unas botellas de agua. Necesitamos hidratarnos.

—La cascada a la que vamos tiene detrás una cueva maravillosa a la que es fácil acceder. ¿La has visitado?

—No. A pesar de que no es la primera vez que vengo aquí para surfear, es la primera vez que hago escalada en Yosemite. Generalmente, lo practico en España, cuando estoy de vacaciones. Esta vez es un poco especial.

—¿Y eso? —me pregunta, después de beber agua y observar como su neuz sube y baja de una forma que se me antoja muy erótica.

—Bueno, siempre que cojo vacaciones viajo a España para ver a mi madre y a mi abuela. Ellas son españolas.

—Vaya. Así que eres medio española.

—De hecho, aunque no te lo creas por mis rasgos, soy española. Nací en Málaga, Andalucía, en el sur de España.

—Pues yo soy medio francés y medio americano. Padre americano, madre francesa. Desde que era pequeño no visito Francia. Mi familia materna tiene allí viñedos. Mi padre falleció y mi madre se quedó conmigo. Ya teníamos aquí nuestra vida...

Un aire de nostalgia cruza su mirada, incluso de tristeza. De repente, tengo unas ganas tremendas de abrazarlo y decirle algo para que cambie ese semblante serio.

—¿Por eso me has hablado en francés? —le pregunto mimosa, mientras me levanto y me acerco a él—. ¿Qué me has dicho?

Sonríe y en ese momento sé que he cumplido mi objetivo.

—Perdona, pero me sale solo, ya que es mi segunda lengua. Mi madre y yo siempre hablamos en francés cuando estamos en casa.

Eso llama mi atención. Y no me ha contestado a lo que me ha dicho en francés.

—¿Vives con tu madre? —Un gesto de asombro se refleja en mi cara.

Edward lanza una carcajada, negando con la cabeza.

—No. Donde vivo no admiten madres —me susurra al oído, mientras acaricia mi torso.

Ahora el que me ha sorprendido es él. Río a carcajadas. Pero también me excita.

—¡No seas malo! ¡Ni que fuese un animalito! ¡Pobre, ya será menos!

—¡Tú no la conoces! No es un animalito, pero como si lo fuese. Es muy pesada. Piensa que aún soy un adolescente.

—Pero eso es deformación de la profesión de madre. Madre se es toda la vida. Al menos, eso es lo que mi madre me repite a diario —le digo, haciendo un gesto con la mano para restarle importancia al tema. Miro a mi alrededor y ya casi ha anochecido. Respiro hondo para tranquilizarme—. El día ha sido fantástico, pero ya es tarde y me gustaría volver —le digo, mientras acaricio su nuca y la imagen de su pelo acariciándome la cara mientras llega al orgasmo, vuelve irremediabilmente a mi cabeza. Me excito solo de pensarlo.

Edward me mira y veo el deseo encendido en sus ojos azul claro. Parece que me ha leído la mente, ya que me sonrío y hace que me humedezca al instante.

—Sí, es mejor que regresemos. Se nos ha venido la noche encima.

Tras caminar de nuevo rumbo al coche durante un buen rato, llegamos y nos montamos en el coche para regresar de nuevo al hotel. Una vez que arranca el motor, pone música suave. Me recuesto en el asiento del copiloto y cierro los ojos. Ahora, con el ruido del motor del coche, la suave voz rítmica de Edith Piaf con su *Non Je Ne Regrette Rien* provoca que me sumerja en un profundo sueño.

Me despierto con las caricias de Edward. Cuando abro los ojos veo que hemos llegado a mi hotel. Con bastante dificultad y sueño, salgo del coche. Edward me acerca a su cuerpo, sujetándome por la cintura y me da un beso de buenas noches. Para terminar, aspira el olor de mi cuello y lo acaricia con su nariz. Cuando me doy la vuelta para subir, me da un pequeño cachete en el culo.

—Me encantaría volver a verte. No sé, quedar para tomar algo o simplemente dar un paseo. ¿Qué te parece? ¿Nos vemos mañana? Me encantaría seguir conociéndote —grita, mientras me giro, riendo.

—Sí, quedamos aquí para almorzar. ¿A las doce y media? He quedado también con mi amigo Eme. Podemos ir todos juntos —propongo.

Asiente con la cabeza para confirmarlo y me ofrece una bonita sonrisa. Entro en mi dormitorio, y tras asearme, después de este día tan fantástico y agotador, me voy directa a la cama, donde me relajo y caigo en un profundo sueño.

Capítulo 3

Todavía no me he despertado, pero el sonido del móvil con la canción del musical *Mamma mía* rebota en mi mente somnolienta una y otra vez. Tengo sueño. La canción vuelve a sonar.

De repente, soy consciente de que la música corresponde al tono de llamada de mi madre. Me incorporo con rapidez en la cama y, cuando voy a coger el móvil y descolgar, la llamada se corta. Miro la pantalla del móvil y veo cinco llamadas perdidas de mi madre. ¡Madre mía, la que me va a caer! ¿Qué hora es? Compruebo la hora en el móvil. Las cuatro de la mañana. Calculo rápidamente y en España son las siete de la tarde, aproximadamente; unas nueve horas menos. Vuelve a sonar y, esta vez, descuelgo sin problemas.

—Mamá, ¿ocurre algo?

—Hija, tranquilízate, ¿vale? La abuela Mara se sintió mal de repente... y la traje al hospital...

¿Abuela Mara? ¿Hospital? Me empiezo a poner muy nerviosa. Soy una mujer muy fría cuando estoy de servicio. Soy calculadora, metódica y prácticamente no le temo a nada ni a nadie. Pero mi talón de Aquiles son esas dos mujeres: mi madre y mi abuela Mara. Son dos personas maravillosas que siempre han estado a mi lado y siempre me han apoyado en todo. Comienzo con las respiraciones para tranquilizarme.

—Hija mía, ¿sigues ahí?

—Eh... Sí, mamá, lo siento. Repíteme lo que has dicho porque no me he enterado de nada, *porfi*.

—La abuela comenzó a sentirse mal de repente. Le dolía mucho el pecho y le faltaba el aire, así que llamé a una ambulancia y la trasladaron al hospital. Ha sido un infarto, pero ya está mejor. Le están haciendo muchas pruebas y lo más seguro es que le tengan que colocar un *stent*.

—No te preocupes, mamá. No vas a estar sola. Ahora mismo hago la maleta y busco el vuelo que salga más temprano.

—No hace falta, Rebeca, solo te he llamado porque sabía que si no lo hacía te enfadarías conmigo —me contesta con voz suave y calmada. Pero la conozco muy bien y esa voz no es, ni de lejos, lo que pretende aparentar.

—Lo sé, mamá, pero aún me quedan unos días de vacaciones y así podré aprovechar para veros que hace ya mucho tiempo, os extraño, y tengo ganas de estar con vosotras.

Al final, mi madre claudica, después de pasar varios minutos intentando convencerme, aunque sus intentos han sido en vano, ya que ella tiene tantas ganas como yo. Después de colgar la llamada, enciendo mi portátil y busco los horarios de vuelo para España. El viaje va a ser largo, pero merecerá la pena. Además de tener un *jet lag* de la hostia, por tanta diferencia horaria, aunque la verdad es que estoy acostumbrada a esos pequeños inconvenientes. Tras una hora, encuentro un vuelo directo con destino Madrid; después, en Barajas tendré que coger otro que me lleve hasta Málaga. Allí alquilaré un coche y serán más fáciles los desplazamientos.

Dos horas y media después, tengo las tarjetas de embarque en el móvil; he reservado el alquiler del coche y tengo recogidas todas mis cosas. Le mando un *wasap* a mi compañero Eme que, por cierto, se lo tiene que estar pasando de puta madre con la rubia, porque no ha dado señales de vida en todo el día.

Reb

Eme, disculpa que te mande esto tan tarde, y perdona si te fastidio algo. Me voy a Málaga. Ya he reservado vuelo. La abuela Mara está en hospital.

Eme

Ok. Capi, que todo vaya bien. Mantenme informado.

Reb

Ok. Te enviaré informe.

No le nombro a Edward en ningún momento. Tampoco hace falta. No nos

lo contamos todo. A Eme, igual que al resto de los chicos, les gusta fardar de sus conquistas, pero a mí no. Con Edward tengo un pequeño problema, ya que no paro de pensar en él; no logro quitármelo de la cabeza. Es un hombre muy divertido. Ayer me lo pasé genial con él. Disfruta practicando deportes extremos como yo. Le gustan casi las mismas cosas, está muy bueno y tiene una sonrisa maravillosa. De repente, soy capaz de imaginarme junto a él por una temporada. No digo que sea mi príncipe azul, no creo en ellos, pero sí soy capaz de repetir con él. Sí, puedo valorar la posibilidad de disfrutar junto a él como hago con mis amigos, una buena birra, una pizza, una velada en casa tranquila, una peli... y una buena sesión de sexo, cosa que no hago, por supuesto, con ninguno de mis hombres, por muy buenos que reconozca que están. Pero con él, sí me veo practicando sexo fuerte, duro, placentero... bastante a menudo. ¡Basta, Rebeca! ¡Céntrate! ¡Tú abuela está en el hospital!

A las siete de la mañana, salgo corriendo del hotel rumbo al aeropuerto, no sin antes entregar al chico de recepción una nota para que se la haga llegar a Edward. En ella explico que debo marcharme por asuntos familiares urgentes y que no puedo quedarme, pero como ambos somos de Nueva York, si lo desea, puede dejarme su número de teléfono a través de Eme, ya que habíamos quedado para almorzar. Espero que como Eme y yo habíamos quedado en la recepción del hotel, aparezca con su amiga, así conocerá a Edward y este podrá dejarle su número. Es mucho suponer, pero como no tengo su teléfono, no me queda más remedio que apelar a la suerte. Y ya llego tarde. Debo facturar antes.

Tengo una hora por delante antes de que me llamen para embarcar. Facturo el equipaje y busco la librería del aeropuerto, donde encuentro la segunda y tercera parte de la trilogía que estoy leyendo. Así que cojo mi libro, el que me compré hace unos días, y continúo la lectura. Me tiene enganchada. Cuando llegue a España, pienso comprarme también los de su... mmm, ¿cómo la llamaba? Ah, sí, su *sister*, Judith Galán. Mi amiga de *Face* (la única que tengo y es virtual), Niusha, me la ha recomendado también. Dice que tiene obras muy buenas. Y también los de una chica llamada Elisa Mayo, española, que tiene dos novelas muy adictivas, según mi amiga. La lectura es otra de mis grandes pasiones.

Cuando me doy cuenta, escucho por el altavoz del aeropuerto que llaman para el embarque de mi vuelo. Tengo unas trece horas de viaje, así que calculo que me terminaré el libro y comenzaré con el segundo.

El viaje se me hace cortísimo por la lectura. Estoy bastante enganchada a la novela; ya voy casi por la mitad del segundo libro. No he dormido nada, pero me da igual porque en los aviones suelo dormir poco. Cuando me quiero dar cuenta, estoy en España, esperando para hacer trasbordo a Málaga. Ya casi ha terminado el viaje. Dentro de poco llegaré para estar junto a la abuela Mara. Aquí voy a tener el móvil apagado, no quiero pagar una fortuna en factura de teléfono. Total, nadie me va a llamar. Papá es el único que puede ponerse en contacto conmigo y, cuando llegue a casa de mamá, le diré que me deje el móvil para mandarle un *wasap*.

—¡Hija!

La voz de mi madre me saca de mis pensamientos. Ha venido a recogerme al aeropuerto y eso que le dije que había alquilado un coche. La miro y está tan guapa como siempre. Mi madre es alta, morena, con el pelo largo, con un cuerpo fino y delgado, guapísima, y está bronceada. A sus sesenta y cinco años está estupenda. Lleva puesto un vestido blanco, estilo ibicenco, vaporoso y unas sandalias de cuña con un gran bolso como complemento.

La abrazo muy fuerte y su olor me traslada a mi infancia. La tranquilidad que me transmite provoca que me relaje de inmediato. Nos llevamos así, abrazadas, varios minutos, hasta que pongo distancia de por medio. No me gusta ser una blandengue.

—¡Ay, hija, qué susto me llevé cuando vi a la *abu* con el dolor! En mi vida lo he pasado tan mal. Ni siquiera cuando el abuelo Sebastián falleció. La *abu* está tan calladita... y sabes que eso no es propio de ella... Verla tan apagada me tiene francamente preocupada. Y, bueno, ¿tú cómo estás? Cuéntame, ¿ya has conocido a alguien que ponga tu mundo del revés? Cuenta, ese amigo tuyo, Eme, ¿se te ha declarado? O tal vez ha sido Taylor...

Adoro a mi madre, es maravillosa, una madre siempre dispuesta a ayudar, pero que, a la vez, me da la libertad suficiente para que me realice como persona. A ella le costó muchísimo trabajo trasladarse a España y dejarme en América con mi padre. No quería alejarse de mí, hasta que comprendió que no le quedaba otro remedio. Yo ya me había alistado en el ejército y pasaba más tiempo de instrucción o de misión que en Nueva York. Mi petate y yo por medio mundo. Pero también habla por los codos y me produce jaqueca. Sonrío porque, en el fondo, extraño esas largas charlas con ella.

—Mamá, para de hablar, por favor. No, no he encontrado a nadie. No me

he enamorado ni pienso hacerlo. Me he casado con el ejército, ya lo sabes. Eme no es mi pretendiente ni está enamorado de mí, es mi oficial y miembro de mi escuadrón. Taylor tampoco, y él tiene novia formal.

Mi madre y mi abuela se empeñan en decirme que Eme está enamorado de mí. Yo sé que no, ya que Eme está enamorado de toda persona que lleve una vagina entre las piernas; una vez que la ha catado, se olvida de ella. Aunque me extraña que haya repetido con la rubia. Lo que tenga entre las piernas debe de ser la hostia. Sonríó al recordarlos.

Por el camino, me habla de sus amigas, del club de lectura al que pertenece; de Eva María, su vecina, una chica a la que también le encanta la lectura; de Roberta, la de la tienda de ultramarinos, y de su hija Silvia, que tiene un maravilloso novio que le ha pedido matrimonio y están con los preparativos. Me habla de Julio, un chico con el que salí un verano de los que estuve aquí, en vacaciones, hijo de una amiga suya. En definitiva, me está dando a entender que se me pasa el arroz.

Con tanta charla, ya hemos llegado a casa de mamá. Es un chalet de cuatro dormitorios, independiente, en una urbanización muy bonita a las afueras de Fuengirola, una localidad malagueña maravillosa. La urbanización está situada cerca de la playa. La casa de mi madre colinda con ella y, desde la puerta de la valla se puede acceder a la playa directamente. La verdad es que vive en un lugar privilegiado. También tiene una piscina fantástica. Siempre dice que quiere ver a sus nietos allí, algún día.

Entramos en la casa, me cambio de ropa, me pongo unos pantalones vaqueros cortos y una camiseta de algodón, unas zapatillas de deportes y lista para ir al hospital a ver a la abuela Mara.

—¿Vamos? Estoy deseando verla.

—¿No vas a descansar antes?

—No, mamá. Es mejor esperar a la noche para dormir. Son solo las doce y media de la tarde. Con el *jet lag* es mejor mantenerme despierta. No te preocupes, estoy acostumbrada a los cambios horarios.

Le doy un beso en la mejilla y salgo para coger su coche e irme al hospital Costa del Sol. Al final no me ha permitido alquilarlo. El tráfico hasta el hospital es insoportable. Estamos a uno de agosto y Fuengirola es uno de los pueblos más turísticos del sur de España. Las carreteras están abarrotadas. Los chiringuitos de la playa con el cartel de «lleno» hasta los topes. Después de más de una hora en el coche, por fin, llego al hospital.

Cuando entro en la habitación, mi abuela Mara tiene los ojos cerrados. Está dormida. Comparte habitación con otra mujer de mediana edad que está despierta, viendo un programa en la tele. Le doy un beso despacio en su sien plateada y me acomodo en el sillón de piel verde que se encuentra en el lado derecho de la cama.

—No estoy dormida.

La voz ronca de mi abuela me hace sonreír.

—Pensé que lo estabas, *abu*. Por eso no te he despertado.

—¡Y una leche! —Me mira de arriba abajo con reprobación en sus ojos —. ¿No podías venir mejor vestida? ¿El ejército te paga tan mal para que no te puedas comprar ropa decente y tener que llevar esos pantalones cortos rotos? Mira, hija, aquí hay un estupendo doctor muy simpático que tiene tu edad...

—¡Abuela! ¡No seas así! Primero, el ejército me paga muy bien. Segundo, me gustan estos pantalones y creo que se llevan así. Tercero, no busco nada de nada de nada —le digo a mi abuela mientras me río.

Está como una cabra. Pero siempre lo ha estado. En ese momento, se abre la puerta y aparece un señor con bata blanca que deduzco es el médico.

—Buenas tardes, Mara, ¿cómo se encuentra hoy?

—Mejor, doctor, mire a mi nieta. Ya ha llegado. —Y le guiña un ojo, la muy socarrona.

—Ya veo, encantado. Su abuela me ha hablado mucho de usted. Pero se ha quedado corta —me dice, recorriendo mi cuerpo con su mirada.

Es un hombre muy guapo, pero, a pesar de ello, cuando me mira de esa forma tan lasciva, no me gusta nada. Un escalofrío recorre mi cuerpo. Me remuevo incómoda en el sillón, me levanto para darle un fuerte apretón de mano y me vuelvo a sentar. Ya estoy acostumbrada a batallar con estos tipos que se creen irresistibles. Será buen médico, pero, la verdad, me da un poco de aprensión su actitud.

Me alegra ver a mi abuela así de combativa, eso quiere decir que no está tan mal como pensé. Deberán ponerle el *stent*, pero después estará como nueva. Paso el día en el hospital con ella y mi madre, que llega a última hora de la tarde. Se ha pasado el día intentando emparejarme con medio hospital; enfermeros, médicos y hasta con el sobrino de la paciente de al lado que ha venido a verla. No le han dado nada de cenar, ya que la intervención está prevista para mañana a primera hora, por lo que está insoportable. Al final, le dan una pastilla para que pueda relajarse y se queda profundamente dormida,

por lo que decidimos marcharnos a casa a descansar.

—He llamado a tu padre para decirle que estás aquí. Estaba muy preocupado porque tenías el teléfono apagado. —Mi madre tiene razón. Debería haber llamado. Estará muy enfadado, ya que no ha podido controlarme. Es militar. Tiene un alto cargo dentro del ejército, capitán general. Está más que acostumbrado a controlarlo todo, incluida a mí.

Ahora que ha pasado el día, se me ha venido el cansancio encima y creo que caigo inconsciente en cuanto pongo la cabeza en la almohada.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando el sonido del teléfono de casa de mi madre me despierta. Abro los ojos desorientada. Miro alrededor y recuerdo que he caído reventada en mi dormitorio, el que me decoró mi madre en su casa para cuando viniera de vacaciones. ¡Menos mal que no lo pintó de rosa! Me levanto rápidamente y voy corriendo a coger la llamada.

—¿Diga?

—Rebeca Wilson, ¿cuándo narices pensabas decirme que estabas en España? —La voz ronca de mi amigo me hace sonreír.

—Julio Díaz, ¿cómo leches te has enterado?

—Hala, tan fina como siempre, hija...

Y comenzamos a reírnos como siempre. Julio es buen amigo español. Lo conocí el primer verano que pasé aquí. Su madre, Teresa, es amiga de la mía desde que eran pequeñas y, en ocasiones, también la ayuda con la *boutique*. Julio es un morenazo que tiene un parecido espectacular con Hugo Silva. De hecho, cuando lo conocí, estaba en una tienda de ropa masculina de marca con mi madre, buscando una corbata por el cumpleaños de mi padre. Recuerdo que empujé a mi madre y le dije:

—Mamá, disimula, está ahí Hugo Silva.

Mi madre me miró como si me hubiesen salido tres cabezas y, al verlo, comenzó a reír. Julio, al verla a ella, caminó directo a nosotras.

—Rebeca, él es Julio, el hijo de Teresa.

A partir de ese momento nos volvimos inseparables. Íbamos al cine, a tomar copas, a la playa, me enseñó a montar en *skate*, o surfeábamos juntos. Siempre ha sido un amigo fantástico. Aunque un verano tuvimos algo parecido a una relación, no salió bien. Éramos más amigos que otra cosa.

—No te enfades, llegué ayer y estuve todo el día en el hospital con la *abu*. Sabes que Mara no se anda con chiquitas. Hoy pienso ir a verla en cuanto me levante y desayune. De hecho, debo hablar con mamá urgentemente, ya que

hoy la operaban a primera hora y no me ha avisado para que fuera al hospital. Debo darme prisa.

—¿Desayunar? Levanta el culo de la cama. Son casi las doce del mediodía. Con ese horario guiri que tienes seguro que es la hora de almorzar. ¿Quedamos para picar algo y nos acercamos luego al hospital?

—No, prefiero irme antes al hospital y ver que tal está la abuela. Después podemos picar algo. Estoy lista en veinte minutos.

Llamo por teléfono a mamá y me dice que la abuela acaba de salir del quirófano, pero que aún no la han bajado a planta, ya que está en posoperatorio. Le digo que he quedado con Julio y que voy directa al hospital. Mi madre me asegura que está bien y que no me preocupe por nada. Que almuerce tranquilamente con mi amigo, pero prefiero hacerlo después, una vez deje a la abuela instalada en la habitación.

Dicho y hecho. Veinte minutos más tarde, estoy en la puerta de la casita de mi madre, saludando con un enorme abrazo a mi gran amigo. Lo he extrañado mucho.

—Nena, estas más delgada. ¿No te dan de comer en el ejército?

—Calla, acabo de llegar de una misión en Yemen. Allí no es que se comiera demasiado bien. De todos modos, sabes que no soy demasiado gorda y hago mucho ejercicio.

—Sí, pero no del que deberías —me dice, riéndose, mientras mueve sus cejas de arriba abajo.

—Eso no lo sabes —le contesto entre carcajadas.

Entramos en su coche y nos incorporamos a la carretera rumbo al hospital. Después de pasar allí varias horas y, una vez que mi abuela se queda dormida de nuevo, ya instalada en su habitación, me voy con Julio a un chiringuito que está situado en la localidad de Benalmádena, a catorce kilómetros de Fuengirola. Aquí, en Málaga, Marbella, Fuengirola, Benalmádena, todo es lujo. Se han especializado en un tipo de turismo de poder adquisitivo alto y todo deslumbra. Es maravilloso, pero, a la vez, choca un poco con mis pintas, que no soy la típica mujer de empresario o con título nobiliario. Pero la verdad es que es algo a lo que me he acostumbrado a ignorar. En unos veinticinco minutos, llegamos a la puerta del chiringuito, el Nuevo Puerto Madrid, un restaurante gaditano de la localidad del Puerto de Santa María que abrió un segundo restaurante aquí. Nosotros habíamos cenado en más de una ocasión en el del Puerto y se cenaba de lujo; además que

después pasábamos a la zona *chill out* y era una maravilla. Pedimos los entremeses para picotear y compartir, además de un espeto de sardinas.

Durante el almuerzo le hago un pequeño resumen del rescate en Yemen, aunque no le cuento todo, sobre todo el disparo en la cabeza al insurrecto. Con Julio puedo bromear sobre mis misiones y contarle pequeñas cosas, datos que oculto de manera espectacular a mi madre y mi abuela, ya que les daría un patatús. Mi padre y yo nos inventamos historias sobre «las misiones de paz» a las que voy. Siempre abanderada por la paz, mis misiones son prácticamente detrás de un escritorio. ¡Si ellas supieran, pobrecillas!

—¿Y qué tal Eme?

—Sigue estando tan bueno como siempre, pero... sigue sin haber nada entre nosotros. Precisamente, vengo de California. Me he ido unos días con él de vacaciones.

—Pero si hacéis una pareja fantástica. Cuando estuve en Nueva York, el invierno pasado, y me lo presentaste... pensé, de verdad, que había algo entre vosotros.

—Estás como mi madre y mi abuela. Solo hay una bonita amistad. También pueden pensar lo mismo de nosotros. Bueno, y tú, ¿qué tal?

—Fantástico. He programado una web de seguridad súper fiable para un cliente millonatis. Nena, es fantástico y me paga de maravilla, así que tal y como están las cosas aquí, en España, no me puedo quejar. Ahora estoy en fase de implantación. Pero es inquebrantable. Nadie va a poder hackearlo. Me está ayudando una chica a la que no conozco, por seguridad, una de las mejores hackers españolas. Tiene de *nick* «Avispa21», pero me tiene alucinado, la tía, con lo buena que es.

—Me asombra que digas eso. Tú eres uno de los mejores. Por eso quiso contratarte mi ejército, o el CSID, pero claro, tu no sirves para estar encerrado en una oficina. Eres un alma libre.

—Seré un alma libre muy bueno, pero te digo que esta chica es mejor. Hace algoritmos que, a veces, me cuesta trabajo seguir. Y sus ocurrencias son geniales. Me río con ella muchísimo. A veces, solo para divertirnos, hacemos competiciones para ver quién es capaz de romper la seguridad de una empresa —me cuenta, bajando el tono de su voz, dada la envergadura del tema.

—No hagas eso, por favor. Como te pillen, te meterás en un problema serio.

—No digas idioteces. No hacemos nada. Solo lo hacemos para

divertirnos. Ayer, nos metimos en la cámara de seguridad de un ascensor en un edificio de oficinas. Se quedaron encerrados en él una pareja que estaban discutiendo. Pudimos escuchar la conversación completa y luego, «Avispa», con un programa en el que distorsionaba su voz, les dijo que hasta que no hicieran las paces, no saldrían del ascensor. Me reí como hacía años que no lo hacía.

—¿Y cómo sabes si mientras tu intención es esa, ella no utiliza tus habilidades y una puerta de atrás para realizar actos delictivos? —Julio se encoge de hombros y se rasca la cabeza en un gesto claramente incómodo y hasta avergonzado. Le cojo de la mano y prosigo—. Piénsalo por un momento. Por favor, no te pongas en peligro por alguien a quien no conoces. Será muy divertida, pero sabes que yo, en temas de atentados terroristas y demás, te llevo mucha ventaja y he visto muchas cosas. Solo te pido un poco de prudencia. Soy desconfiada, pero como dice la canción de Janet... «es que el mundo me ha hecho así». He estado en demasiadas guerras para ver la maldad de las personas. No quiero que te ocurra nada.

—Ya lo sé, solo me he dejado llevar. Quería divertirme un poco. Sabes que mi trabajo me fascina, pero que también necesito retos. Ella me reta constantemente a superarme y es muy ingeniosa. Lástima que no la conozca personalmente. No quiere que quedemos. Ni quiere que nos veamos.

—Bien. ¿Necesitas retos? Te propongo uno. Te reto a hackear su portátil, activar su cámara y poder verle la cara. Después, me pasas una foto de ella.

No sé si caerá en la trampa. Mi intención es hacerle una foto y mandársela a un amigo del ejército español que trabaja en seguridad para que la pase por el programa de reconocimiento facial y que me dé un informe de ella. Hay que tener amigos hasta en el infierno.

—Nena, sabes lo que te haces, pero acepto el reto porque me está volviendo loco.

Después de comer, nos vamos de compras al centro comercial. Necesito algo de ropa, ya que me he traído lo justo. Me compro un par de vestidos frescos para el verano y unas sandalias cómodas para estar en el hospital. Después de pasar un buen rato probándome cosas, nos vamos de nuevo al hospital Costa del Sol. Al llegar, el doctor salía de la habitación de mi abuela; mi madre no está con ella, cosa que me extraña muchísimo.

—*Abu* Mara, ¿qué te ha ocurrido? ¿Estás bien? ¿Dónde está mamá?

—Ay, hija, que mal estoy. Me muero. Sé que no voy a salir de esta. Mi

corazón no va a resistir más. Iré a reencontrarme con tu abuelo Roberto. Lo extraño mucho, ¿sabes?

—Abuela, no seas así. El abuelo Roberto se marchó y te abandonó cuando nació mi madre; no se murió. El muy canalla os dejó solas.

—Por eso, para mí es como si estuviese muerto. ¿Ves cómo estoy mal? Pero antes de que me muera quiero que me prometas una cosa, Rebeca. Ahora te voy a hablar en serio. No te rías. —Comienza a toser aparatosamente y me pongo seria de inmediato. No me gusta esa tos. Parece que le faltara el aire. Estoy a punto de llamar a la enfermera, cuando mi abuela me agarra de la mano y, apretándomela, dice con mucha dificultad para hablar—. Necesito que me prometas que buscarás a un buen hombre que cuide de ti. Toda persona necesita un compañero de vida, que disfrute con las pequeñas cosas. —Vuelve a toser y a coger aire. Me estoy empezando a preocupar mucho. Miro a Julio que también tiene la cara desencajada, imagino que parecida a la mía—. Un compañero que comparta los buenos y los malos momentos, que cuide de ti cuando enfermes y te dé un buen revolcón para que te olvides de irte de misiones por esas tierras de Dios...

—Abuela, yo estoy bien sola...

—¡No me interrumpas! —Tose de nuevo—. Estarás todo lo bien que quieras, pero te digo, por experiencia, que compartiendo cama con un compañero, un amante, un amigo, la vida es mejor. Prométemelo, por favor. Además, a Matilde le haría mucha ilusión tener nietos.

¡Nietos! ¡Qué coño! Presentarles a un novio falso en navidades, pase, pero ¿nietos? Comienza a picarme todo el cuerpo. Pero la débil tos de la abuelita Mara me saca de mi ensoñación.

—Prométemelo. Por favor. Prométeselo a tu abuela en su lecho de muerte. Esas son las promesas que valen y sirven en la vida. Las que te hacen más fuerte.

Un nudo en la garganta me atora, me asfixia. No soy una mujer que llore. He vivido situaciones muy fuertes en mi vida y eso han endurecido mi carácter, pero tanto ella como mi madre son mi debilidad. Verla así, tan delgada, con sus cabellos plateados en su moño tan bien recogido, su cara repleta de surcos; arrugas de tanto reír, de hacerme carantoñas cuando era un bebé, de toda una vida... Creo que estoy hiperventilando. Intento hacer ejercicios de relajación. No debo mostrar ningún sentimiento aquí. No delante de ella. Debo ser fuerte por ella. Doy una fuerte inspiración y la miro.

Acaricio sus arrugadas manos. Aquellas que me preparaban el Cola Cao y el bocadillo cuando era pequeña. Esas manos que enjabonaban mi cara cuando llegaba llena de barro de jugar del jardín de nuestra casa en Rota. Suspiro. Intento tranquilizarme y, solo entonces, soy capaz de encararla.

—De acuerdo, abuela. No te preocupes. Buscaré un compañero de vida. Te lo prometo.

Dicho eso, mi abuela Mara, esa mujer fuerte, independiente, que supo luchar en tiempos muy difíciles en España, se queda profundamente dormida. Julio y yo nos miramos. Veo rodar las lágrimas en el hermoso rostro de mi amigo. Mi abuela ahora mismo infunde paz, tranquilidad. Despacio, beso su frente y me siento en el butacón que está a su lado. Julio, sin mediar palabra, me señala con la cabeza la puerta. Asiento. Es lógico que quiera marcharse ahora. Ha sido un momento muy intenso y necesito tomar un poco de distancia. Él me conoce muy bien y, por ello, sale de la habitación sin apenas hacer ruido.

No sé las horas que paso al lado de mi abuela. Velo por sus sueños. Su respiración es tranquila y su ritmo cardíaco es perfecto para una mujer de ochenta y dos años. Le tomo el pulso cada poco. Estoy muy preocupada. Todo esto ha sido muy fuerte. Van pasando enfermeras, que le ponen diferentes medicamentos, le cambian los goteros, le toman la temperatura, hasta que, al final, me preguntan si deseo que me traigan algo de cenar, ya que mi abuela no puede tomar nada. Debe permanecer en ayunas por la intervención quirúrgica a la que ha sido sometida esta mañana.

Continuo con la lectura que me traído en el bolso. No quiero dejarla sola. He venido hasta aquí para estar con ella y no me pienso mover del sitio. Me pregunto dónde estará mamá. Ella nunca dejaría a mi abuela sola, aunque sabe que estoy aquí. Miro la hora y son las once de la noche. Llamo a su móvil y está apagado. Llamo al teléfono de casa y, después de varios tonos, me coge la llamada.

—Mamá, ¿dónde te has metido? He venido al hospital y no estabas. Me ha extrañado el no verte.

—Lo sé, hija. Disculpa, debí advertirte, pero cuando bajaron a la abuela a la habitación me llamaron porque había saltado la alarma de seguridad de la *boutique* y debía ir por si habían entrado a robar. Gracias a Dios, ha sido una falsa alarma. Acabo de llegar y estoy preparando algo para llevarte al hospital.

—No te preocupes, mamá, ya como algo en la cafetería. Y si quieres, no vengas y descansa. Yo me quedo con ella esta noche. Me alegro de que solo se haya quedado en un susto.

—Gracias, hija. Nos vemos mañana.

A pesar del ofrecimiento de las enfermeras, he declinado la invitación. Nunca me ha gustado la comida de los hospitales. Antes de que cierre la cafetería que hay frente al hospital, bajaré para comprar un bocata y un refresco. Tampoco es que tenga mucho apetito. Tras varios minutos sin poder concentrarme en la lectura, me levanto del butacón y voy al cuarto de baño. Tras lavarme las manos y refrescarme un poco, decido que es el momento de ir a por el bocata. Sin apenas hacer ruido, para no molestar a mi abuela y a la enferma que está con ella en la habitación, salgo.

Con paso rápido voy a la cafetería. Al entrar, veo al doctor que lleva el caso de mi abuela. Me sonrío, le sonrío y paso de largo. No tengo ganas de tonterías. Llego a la barra y me pido un bocata de chicharrones especiales. ¡Me encantan y en EEUU no hay! Debo conformarme con comerlo cuando estoy aquí. Pido una lata de Coca-Cola Zero, un paquete de patatas y un botellín de agua.

—No deberías comer todo eso. Es una comida que contiene muchas grasas y colesterol. Es perjudicial para el corazón —me comenta el doctor, como si tal cosa, con una sonrisa en la boca.

—Lo sé, pero no se preocupe por mí. Mi corazón está perfectamente. Y esto, solo lo como cuando vengo a España. Una vez al año.

—¿No vives aquí?

—No. Vivo en Nueva York. Ahora, si me disculpa, vuelvo a la habitación. He dejado a mi abuela sola.

—Aproveche para estar con ella. Es una mujer fantástica con mucho humor. Y también es muy fuerte, más de lo que aparenta.

«Aproveche para estar con ella». Esas palabras retumban en mis oídos. Mi mente las repite una y otra vez. ¿Por qué habrá dicho eso? Estoy desconcertada y un poco cansada, así que, con paso firme, me dirijo a la habitación. Espero el ascensor que tarda una eternidad y, cuando llego a la puerta de la habitación, escucho bastantes voces altas y risas.

—¡Calla, niña, que tiene que estar al llegar!

—Jajajaja. ¡Es que me decía, la Mara no aguanta *to* el día *callá*! ¡Chiquilla, qué risa me ha *dao* cuando te he visto el temblor en el párpado!

—Estaba ya a punto de echarla. ¡Qué *pesá*’!

—Pero, chiquilla, ¿*pa* qué te *hases* la moribunda, *joía*? ¿No ves la mala cara que tenía la chiquilla *to* el día? La *probe* está guarnía. No seas más mala, *joía*, que eres *mu joía*.

¿Esas voces son las de mi abuela, que está muriéndose, y su vecina de cama? Me quedo quieta para continuar escuchando; solo se oyen las carcajadas de esas dos arpías. Pero ¿por qué quiere mi abuela hacerme creer que se está muriendo? Y de repente, como si de un jarro de agua fría se tratara, me viene la luz a la cabeza de sopetón. Para hacerle prometer, en su lecho de muerte, que me iba a casar. ¡Lo lleva claro, la muy arpía! ¡Jugarretas a mí! ¡A Rebeca Wilson Peñascal!

Se va a enterar la muy burra. Intento calmarme para no dar un espectáculo en el hospital y, cuando lo consigo, suavemente, giro el pomo de la puerta para entrar despacio. La cara de pavor de mi abuela al verme ya merece la pena. Claro, como con la edad las dos están medio sordas, no se han enterado de que he entrado hasta que no me han visto, prácticamente, a los pies de la cama.

—¡No puedo creer que me hayas hecho esto, *abu*! —mi voz denota decepción. Voy a empezar a practicar para cuando me incorpore a mi nuevo destino. Soy la comandante y ella mi soldado—. Solo te voy a preguntar una cosa, ¿por qué? ¿Por qué no eres capaz de dejarme vivir la vida como me apetezca? ¿Por qué has llegado al punto de hacerte la moribunda para sacarme a pulso una mierda de promesa que solo te importa a ti? Yo soy feliz con mi vida, sin que ningún hombre esté en ella. No me hace falta. Tú has tenido una vida plena sin los hombres y mamá es más feliz desde que dejó a papá y se dedicó a lo que realmente la llenaba. No le ha hecho falta ninguno para tener una vida plena. Me decepciona que, con tu edad y tu sabiduría, hayas hecho algo así.

Mi abuela, por primera vez en mucho tiempo, me mira triste. Va a hablar, pero levanto la mano, de modo que calla. Me doy media vuelta y salgo de la habitación sin mediar más palabras. Sobran. Por primera vez en mi vida, me siento decepcionada con una de las tres personas que más me importan en este mundo. Está claro que necesito recapacitar, meditar y poner distancia. Ella, al fin y al cabo, no está moribunda, pero sí se encuentra delicada del corazón. Es tarde, por lo que llego a casa de mi madre y, aunque no la encuentro allí, la llamo a su teléfono y me confirma que está en el hospital con la abuela y me explica que está arrepentida por lo sucedido hace un rato. Me quedo más

tranquila, sabiendo que mamá está con la abuela y me meto en la cama a descansar. Mañana será otro día.

Al día siguiente, no voy al hospital, aunque sí estoy pendiente de mi abuela. Le han hecho un cateterismo, por lo que tendrá que estar un par de días en el hospital, pero, con un poco de descanso y su medicación, sobrevivirá. Estoy enfadada con ella. La broma que me ha gastado ha sido de muy mal gusto. Aun así, y a pesar de que me debo marcharme ya a casa, espero a que le den el alta al día siguiente. Voy al hospital, hablo con el médico, junto a mi madre, para que nos dé las pautas de la medicación y acompaño a la abuela y a mamá de vuelta al hogar. Pasamos el día juntas y, pese a que no hemos hablado del tema y ella sabe que sigo enfadada, me despido y le leo la cartilla antes de marcharme. Regreso a EEUU, a Nueva York; a mi casa, a retomar mi vida de nuevo.

Todavía me queda un gran camino por delante. Debo empaquetar y realizar un traslado con mis cosas a West Point y el tiempo se me acaba.

Capítulo 4

Con tanto cambio horario y tanto *jet lag*, ya no sé ni en qué día vivo ni en qué ciudad estoy. En realidad, no es del todo cierto. Aterricé ayer por la mañana, horario de los EEUU. Nada más llegar le envié un mensaje a mamá.

Reb

Acabo de llegar. El vuelo, aunque largo, ha ido sin incidentes. ¿Qué tal la *abu*? ¿Se tomó la medicación?

Mamá escribiendo...

Se queda así un rato y no termina de llegar el mensaje. Mi madre es nefasta con la tecnología y siempre la lía con el móvil. Espero un poco más, a ver si llega el dichoso mensaje, pero como no lo hace, decido llamarla.

—Mamá, ¿y la abuela, se tomó la medicación?

—Ay, hija, eres una controladora. Se nota que eres oficial del ejército.

—Oficial no, capitán, y ahora comandante. —Casi puedo ver la sonrisa de mi madre. Le encanta este juego.

—Lo sé, no te enfades. Sí, se ha tomado la medicación y no se ha saltado la dieta, ¿tranquila?, ¿te paso con ella?

—Estoy tranquila. Mamá ahora no puedo hablar, debo recoger el equipaje. Te llamo mañana. Un beso. —Y cuelgo rápidamente.

Sí, lo sé, es una medida cobarde, pero aún no quiero enfrentarme a mi abuela.

El día anterior, lo había pasado entre deshacer la maleta, limpiar un poco el apartamento, ir a correr por el parque, comprar unas cervezas y una pizza congelada para la cena y practicar un poco de deporte en mi terraza.

Debo comenzar a embalar las cosas para la mudanza.

¿Qué se lleva una persona cuando va a trasladarse a otra ciudad? ¿Lo embala todo? Lo único claro es que tengo que llevarme todos los accesorios de los deportes que practico; como son esquís, cuerdas de alpinismo, bicicleta, pesas... Tengo demasiados y son muy delicados, por lo que decido empezar a empaquetar todas esas cosas. Con sumo cuidado, durante todo el día me dedico a ello. Lo empaco, no sin antes estar bien protegido con plástico de burbujas. El resultado es un montón de cajas en mitad del salón. Las coloco en la terraza para que molesten menos. El apartamento no es muy grande, que digamos.

Cuando me quiero dar cuenta, la noche se ha venido encima. Abro una cerveza y hago un pedido de comida japonesa. Me encanta, y debajo de mi casa hay un restaurante maravilloso donde hacen una sopa de *miso* fantástica y un *sushi* espectacular. Veinte minutos más tarde, suena el timbre de la puerta con el repartidor. Le pago, cojo mis provisiones de comida *casera* y, con una cerveza en la mano, me traslado a la terraza.

Durante todo el día, imágenes de cierto moreno se me han venido a la cabeza. No sé por qué, pero no dejo de pensar en él, en esa sonrisa, en sus ojos... Cuando el sonido del móvil me saca de mi ensoñación particular. Mi padre.

—Rebeca, ¿por qué no me has llamado? —Su voz autoritaria me pone los pelos de punta. Siempre produce ese efecto en mí, aunque sé que en el fondo es un buenazo.

—Lo sé, papá, debí llamarte, pero es que estoy tan liada con la mudanza...

—De acuerdo, pero que no vuelva a ocurrir. ¿Cómo sigue tu abuela Mara?

—Mejor, papá. Se está tomando los medicamentos y está siguiendo la dieta que le ha recomendado el médico.

—Tonterías, dentro de nada se le habrá pasado el susto y seguirá igual. ¡Esa mujer es incorregible! —Me asoma una leve sonrisa a la boca. Mi padre, a pesar de todo, le tiene mucho aprecio, aunque, tal y como es su carácter, nunca demuestre su amor a nadie. Es una persona muy arisca—. Bueno, hija, te

dejo para que descanses. Cena en condiciones y no esa porquería de comida precocinada. ¿Por qué no vienes mañana a almorzar conmigo? —Pobre, solo de pensarlo me da urticaria. Me llevaría a uno de esos restaurantes con muchos tenedores que él frecuenta y que yo no puedo oler, ni de lejos, porque no pinto nada.

—Papá, mañana no puedo, debo ir al cuartel y rellenar papeles. Ya sabes. La burocracia nos va a comer cualquier día.

—Lo sé, lo sé, no te preocupes. Otro día quedamos.

Dicho eso, ambos colgamos a la vez. Me siento en el sofá de la terraza, respiro hondo y siento como el aire llena mis pulmones, inundando, a la vez, mi mente de imágenes de mi moreno preferido. No sé por qué, pero no soy capaz de sacarlo de mi cabeza. Evoco todos y cada uno de los momentos que vivimos juntos. Pocos, pero para mí intensos. Casi soy capaz de recordar el olor de su piel fresca y del olor masculino de su sudor limpio. Lo recuerdo con reminiscencias de chocolate y menta. Agito la cabeza para sacar su imagen de mi mente antes de que me excite y me quede frustrada. Pasado un rato, me acuesto con la imagen de su sonrisa.

El sonido de Metallica con *Whiskey In The Jar*, me despierta del tirón. Me levanto de un salto y, como cada mañana cuando estoy en casa, me pongo la ropa de deporte y salgo a correr. Debo mantenerme en forma. También acudo al gimnasio para practicar artes marciales. No tengo que ir al cuartel para nada, ya que todo el papeleo lo dejé solucionado antes de irme de viaje. Fue una excusa barata que le solté a mi padre para no tener que ir a almorzar con él.

Durante los siguientes días, mi vida transcurre en una monótona rutina: levantarme, correr, gimnasio, ducha en casa, seguir guardando mis pertenencias. Todo lo de deporte ya lo tengo embalado. Mis libros, aún no. No me los voy a llevar todos; solo mis preferidos. Aún no voy a guardar los últimos que me compré, estoy enganchada. He guardado en cajas toda la ropa de invierno, ya que hasta dentro de un par de meses no la necesitaré y ahora estoy embalando algunas cosillas de la cocina, pocas porque como no cocino, para qué me voy a llevar tantos artilugios que me regalaron mamá y la abuela Mara cuando me mudé. Son incorregibles. Aún recuerdo cuando vinieron

cargadas con sartenes, que apenas he estrenado, y una *Thermomix* que no he usado nunca. Este cacharro sí lo voy a embalar. Bueno, la saco del mueble y está en su caja original; no creo que necesite empaquetarla. La pongo en la terraza junto con el resto de las cajas. Aún recuerdo con el cariño que me la compró la abuela Mara.

—Este cacharro va a hacer que puedas cocinar algo comestible al hombre que se case contigo. Si no quieres que se vaya con otra, más te vale que empieces a usarlo. Y, por cierto, ¡ya te puedes ir dando prisa porque se te pasa el arroz, bonita! —Eso fue lo que me dijo mi abuela la primera vez que voló a EEUU con mi madre para pasar un cumpleaños conmigo.

Se habían pasado unos meses queriendo venir, pero estaba en una misión en Afganistán y, con la excusa de mi cumpleaños, vinieron a celebrarlo conmigo. Me reí a carcajadas cuando las vi llegar tan cargadas. Los siguientes quince días se los pasaron detrás de mí por todo Nueva York. Conocieron a Eme y a todos *mis* chicos. Mi abuela me decía que me respetaban porque me veían como su profesora. Y, por supuesto, intentó hacer de celestina con Eme.

El muy granuja empezó a seguirle el rollo.

—Si no es por mí, abuela Mara. Yo la quiero. Es ella la que no quiere nada conmigo. —Le dijo, un día, a mi abuela, mientras le guiñaba un ojo y la dejaba ojiplática perdida.

—Pues deberías insistir. Un hombre que quiere a una mujer debe intentarlo hasta conseguirlo. ¿Le has comprado flores? Puedes invitarla al cine. Puedes invitarla a dar un paseo o a tomar un café

—¡*Abu!* ¡Las mujeres de hoy en día no necesitamos que los hombres nos inviten a nada! Si queremos ir al cine o a tomar un café, lo hacemos y punto. —Mi nivel de paciencia llegó a su límite.

Pero todos se limitaron a reír a carcajadas y, por supuesto, yo también. Pasamos esos días de paseo por los lugares más emblemáticos. Llevé a mi madre por los lugares más famosos de la moda. La abuela se empeñaba en querer comprarme vestidos y zapatos que costaban más que su pensión.

—Mira este, qué bonito. Para que te lo pongas cuando salgas con tus amigos y así Eme vea lo preciosa que eres, te pida una cita y nos deis nietecitos. ¿Cuántos billetes son? —¡Es cansina hasta decir basta! Mi abuela entiende el dinero, desde el cambio al euro, por billetes. Dos billetes de cincuenta, dos de veinte, uno de cinco; y así sucesivamente. Las monedas no existen para ella.

—¡Son quince billetes de cincuenta, mamá!

—¿Quién cojones se gasta quince billetes en un vestido? Mira, hija, mejor cuando vaya a España te acompaño a *lo de la Carmen* y por un billete de diez te da unos vestidos muy bonitos. Mira el mío.

Y así pasaron los quince días que estuvieron aquí. Entre «te voy a comprar...», «búscate un novio», «cásate, la nieta de fulana o mengana se ha casado y ha tenido una boda preciosa», y lo mejor... «¡Quiero nietos!».

Las caras de *mis* chicos, al principio, eran un poema cuando mi abuela les insinuaba si ellos querían hacerme un niño. Después, se acostumbraron y me hacían rabiarse con comentarios de cachondeo para buscarle la lengua a mi abuela.

—Abuela Mara, ¿qué me recomienda que haga con su nieta? Le he pedido que tengamos una cita para fabricar niños. He ido al médico y me ha dicho que mis soldados están más que preparados, pero su nieta no quiere ni oír hablar de mis muchachos. —Eme estaba serio. Le hablaba a mi abuela en tono íntimo, como si fuera una conversación trascendental.

—¡Degenerado! ¡Mi nietecilla se merece algo mejor que un cantamañanas queriendo arrimar cebolleta!

Todos reímos sin parar durante un buen rato mientras la abuela freía a collejas a Eme.

No puedo remediar ponerme melancólica. Hace ya muchos días que no hablo con ella y la extraño mucho. Sin pensarlo mucho más, cojo el teléfono y marco el número de casa de mi madre. Al tercer tono, la dulce y comfortable voz de ella retumba en mis oídos.

—Hija, ¿qué tal estás?

—Bien, mamá. ¿Y la *abu*? ¿Le puedes decir que se ponga al teléfono?

—Claro, tu abuela va a estar encantada... ¡Mamáááá! ¡Mamáááá! ¡Mamáááá! ¡Mamáááá! Perdone, hija, pero esta mujer cada día está más sorda.

—Rebeca Wilson. Te marchaste de aquí después de darme la brasa y, aunque sé que has preguntado por mí todos los días, llevas varios sin hablarme. ¿Y ahora quieres hablar conmigo? ¡Pues ahora yo no quiero hablar contigo! ¡Eres una descarada y una descastada! ¿Qué clase de nieta le hace eso a una pobre vieja? ¡Ya puedes ir pidiéndome perdón!

—Perdón, *abu*. Pero me hiciste sentir muy mal...

—¡Ni mal ni leches! ¡Lo hice por tu bien y punto!

—Está bien, *abu*. ¿Cómo te encuentras?

Y con eso cerramos el episodio un tanto grotesco por parte de mi abuela. Pero ella es así. Durante un rato me narra con pelos y señales todas y cada una de las pastillas que debe tomarse, los dolores que tiene, la dieta que lleva, y que se salta a la torera, para terminar preguntándome si tengo novio. Lo dicho, es incorregible.

Ya con la mente más tranquila, me relajo, miro la hora y pido algo de cenar, para, a continuación, coger una birra del frigorífico. Me la tomo tranquilamente sentada en la terraza mientras espero que lleguen los bocatas que he pedido. Entre tanto descanso, me voy a volver loca, pero ya tengo todo embalado y mañana es el gran día de mi traslado. Sé que en una hora y poco estaré aquí, que tampoco es tanto el trayecto, pero solo vendré los fines de semana y no todos. Por ello es importante que me lleve, al menos, lo más importante.

Ir a la Academia Militar de West Point es un paso importante para mi carrera. Ya no tendré que viajar, no habrá misiones ni arriesgaré mi vida. Mi padre, en parte, lo agradecerá. A pesar de que él también es militar y sabe perfectamente cual es mi trabajo, siempre ha hecho lo imposible, tirando de influencia, para que mis destinos fueran lo menos bélicos posible. Cosa que nunca ha conseguido, ya que no he permitido que se meta en esas cosas. Lo que sí conseguía es que cuando estaba de misión, siempre sabía de mí, y conseguía contactar conmigo. Siempre sabe donde estoy, qué estoy haciendo y a qué misión me he ido. Pero siempre lo he respetado como él me ha respetado a mí. Supongo que es deber de padres el cuidar de sus pimpollos. Y el mío, por muy estricto que sea, es padre por encima de todo y me profesa un inmenso amor, aunque le cueste demostrarlo.

Cuando era pequeña, mis padres estaban muy enamorados. Vivíamos en Rota; luego, destinaron a mi padre a Nueva York y se trasladaron aquí. Mi madre se adaptó bien, dejó a su familia, a su madre, para vivir con mi padre y sus continuas ausencias. Ella se había casado con él, pero mi padre se había casado con el ejército. Esto es lo que nos pasa a muchos militares. Si queremos hacer carrera militar en el frente, estando justo en medio de los conflictos bélicos, algunos dejamos de lado nuestra vida personal, ya que las largas ausencias a las que nos enfrentamos merman cualquier relación, tal y como les pasó a mis padres. Aunque él ya no esté justo en el centro del conflicto, debe realizar viajes constantemente y eso provocó su separación. Yo he escogido el mismo camino que mi padre. Nuestros amigos son los militares;

yo he dejado por el camino a las amigas. Aunque cada vez hay más mujeres en el ejército, siempre llega un momento en que se enamoran, tienen hijos y eligen destinos más tranquilos por la familia; aunque no abandonen la carrera, ya no están en el centro de los conflictos. Igual que he hecho yo ahora misma, elegir otro destino por las personas que amo, en este caso, por mi madre y mi abuela. Los hombres como mi padre, en cambio, se casan con el ejército y mantienen una vida civil separada de la militar. A veces, incluso, la persona que lo ama no es capaz de aguantar esas ausencias. Como fue el caso de mi madre.

Es un planteamiento machista, pero es que el ejército siempre ha sido muy machista; cosas de hombres. Por ello, yo no quiero casarme ni tener hijos. Mi profesión es importante para mí. Me gusta lo que hago y ahora me enfrento a una nueva etapa que me emociona de especial manera, ya que voy a instruir a la siguiente generación de militares, soldados y oficiales que nos van a defender en un futuro. De mí instrucción dependerá la fortaleza o debilidad de nuestras fronteras. Como los profesores, cuando los niños están en infantil; su influencia es fundamental. Ellos les enseñan las vocales, los colores, canciones, etc. En primaria, es fundamental la enseñanza de los profesores en la lectura. Cuando están en cursos superiores de primaria, de los profesores dependen los futuros lectores. A ellos les debemos que los niños pequeños amen la lectura. Aún recuerdo con especial cariño a mi profesora de historia, Isabel Fuster, una señora encantadora y educada, pero que transmitía la pasión por las letras y esa misma pasión me la inculcó, recomendándonos lecturas que no eran obligatorias, pero que, según ella, nos iban a gustar. Cuando llegas a secundaria, los profesores pueden incluso transmitir, con esa pasión propia de su oficio, tu inclinación hacia una profesión u otra.

En algunas ocasiones, tienes un *feeling* especial con un profesor y llega hasta a ti de manera especial. Cuando llegas a la universidad, si el profesor es bueno de verdad, te hará bueno en tu profesión. Transmitir la pasión es lo más importante para llegar al alumno, ya sea en las letras, en las ciencias o en los deportes.

Durante una hora, trabajo con mi portátil en lo que va a ser el tipo de instrucción. Voy realizando un *planning* con las marcas y objetivos. Me han pasado un dossier con todos los currículos de los soldados que van a estar a mis órdenes. Los voy revisando meticulosamente durante más de una hora hasta que caigo rendida. Apago el ordenador y me acuesto. Mañana emprenderé mi viaje.

Esta vez, he puesto el sonido de un despertador antiguo como alarma en el teléfono que me despierta con un susto tremendo y termino en el suelo. Me levanto sobresaltada y con dolor en el trasero del porrazo que me he llevado. Me froto con la mano la nalga para calmar el dolor, mientras me acuerdo de todos mis antepasados por haber escogido ese sonido infernal. Llego a la cocina, me preparo un café y me lo tomo rápidamente. Hago la cama, recojo lo último que me queda en casa y cierro la puerta al salir. Tardaré unas tres semanas en volver y, esta vez, me marcho con otra sensación en el cuerpo. Ya no tengo la incertidumbre que me embargaba cuando salía de casa a una misión como si no fuese a regresar, como si fuera la última vez que viera mi casa.

Durante todo el trayecto hasta la base militar, voy escuchando Metallica, mientras tarareo a gritos las canciones del grupo. He salido temprano para no coger demasiado tráfico por el camino. Paro en una estación de servicio para tomarme un café y repostar. Tras media hora, emprendo de nuevo el viaje en mi viejo coche.

Cuando me quiero dar cuenta, he llegado a la base. Allí me presento en la oficina que me dijeron; aunque conozco el lugar porque estudié en esta academia. Un oficial es el encargado de enseñarme las instalaciones, ya que mi superior no llegará hasta el lunes, día en el que empiezo oficialmente a ejercer en mi nuevo cargo. Yo me he venido unos días antes para ver cuál va a ser mi habitación, pasear por la base y recordar sus instalaciones.

Empezamos un recorrido donde lo primero que me enseña es la cantina. Bastante importante para mí, dada mis habilidades culinarias. En ese momento, recuerdo a Edward. Me comentó que a él si le gustaba cocinar. Me despierta de mi peculiar ensoñación el oficial que me está haciendo el recorrido, que se ha presentado como oficial primero Theodore Black, lo cual es curioso, porque a pesar del nombre, es bastante blanquito. Me explica detalles que ya sé sobre la academia, como que es la más importante de EEUU, y me cuenta un poco la historia. Sé que se ha metido en su papel, pero todo eso ya lo sé porque estudié aquí. Pasé un par de años, por lo que lo único que debo hacer es recordar. Recorremos sus calles, andando durante horas. Esta academia es casi un pueblo, donde podemos encontrar desde un centro

comercial hasta una sucursal de correos. Es curioso como me miran todos, sin saber que, el lunes, cuando me ponga el uniforme, se van a tener que cuadrar y saludar. El lugar está muy cuidado. Comienza a señalarme un bar que se encuentra justo en el centro de West Point, donde sirven desayunos especiales, ensaladas, parrillas y pizzas. Creo que me voy a aficionar a este bar. Después, visitamos Bucky que ofrece almuerzos diarios al aire libre. Las mesas de madera con bancos para varias personas le dan un ambiente especial. Hay varias familias sentadas con sus hijos, disfrutando de la comida. Me enseña la iglesia, el colegio, hasta llegar a la zona de las casas. Parece un barrio residencial cualquiera de las afueras de la ciudad; casitas de madera, con techos a dos aguas, en la entrada cuatro escalones te llevan hasta un porche. El oficial primero Black me explica que generalmente estas casas son para las familias, pero que, dada mi graduación, aunque esté soltera, se ha decidido asignarme una. Aunque no tengo que pagar alquiler, sí debo hacer frente a los gastos como luz, agua o la tele por cable.

Después de caminar tanto, volvemos al centro para almorzar. Theodore se marcha y yo decido almorzar en el bar del centro. Hemos quedado que después de comer me dará la llave de mi casa para que pueda instalarme por la tarde y, de este modo, proseguir con la excursión mañana por la mañana. Debo instalarme lo antes posible para comenzar mi trabajo.

La tarde la dedico por completo a desembalar las pocas cajas que me he traído en el coche. Mañana llegará un camión con el resto de mis cosas. También trabajo durante unas horas en el entrenamiento y las clases teóricas que voy a impartir. Cuando me quiero dar cuenta, la noche se ha venido encima y no tengo nada en la nevera. Voy al bar de esta mañana para tomar algo rápido y termino mi jornada con una ducha. Estoy exhausta.

A la mañana siguiente, ya que aún no tengo nada en casa, después de quedar con Theodore y que me enseñe mi despacho, el edificio principal y las aulas donde impartiré mis clases, me voy al centro comercial para hacer las compras básicas. Cuando estoy por el pasillo de los precocinados, me suena el móvil. Taylor.

—¿Ya me echas de menos, capullo?

—No lo sabes tú bien. No sé qué hacer sin *mi* Capi. Pero no te llamo por

eso. Te llamo porque, por fin, lo he hecho y me he decidido dar el paso.

—¿Qué paso? Lo siento, Taylor, pero no te comprendo.

—Le he pedido a Eli que se case conmigo.

Eli es una chica maravillosa, dulce y muy guapa, que no sé cómo es capaz de aguantar al bromista de mi amigo. Taylor es un hombre con un cuerpo espectacular, pero también es simpático, alegre, bromista, generoso y muy buena persona. Creo que ella le aporta ese punto de cordura a su vida.

—Nos casamos en tres meses. Ambos queremos que seas dama de honor. Nos haría mucha ilusión.

—¿Y verme con uno de esos trajes largos de color pastel? ¿Con muchos volantes, pareciendo una tarta? Sí, sin duda, es mi sueño hecho realidad y un estilo que me favorece mucho. ¡Taylor, no sé andar con tacones! Mira, te agradezco el ofrecimiento, pero paso. Yo iré a tu boda, estoy deseándolo, ya sabes que me llevo muy bien con Eli, pero ser dama de honor no es lo mío.

—Pues aprendes, Capi. Tienes que hacerlo por mí.

Su tono de súplica me hace aceptar eso que para mí va a suponer todo un reto. Tras unos minutos más, donde hablamos sobre West Point, los chicos y los preparativos, colgamos. Inmediatamente después, mi teléfono comienza a pitar como un loco. Son *wasaps* de los chicos.

Eme

¡El niño se casa!

Eric

¡Despedida! ¡Yo me encargo! ¡En las Vegas! Tías, alcohol y lo que se tercié.

Eric es muy buena gente, pero es un juerguista empedernido. Cuando te vas de copas con él, hay que temerlo. Sabes como empiezas, pero nunca cómo acabas o dónde acabas.

Reb

Deja a las tías a un lado. Y ten prudencia, Eric, que te conozco. Al final, veo a Taylor en la *Conchinchina*.

Eric

¿Y quién te ha dicho que estás invitada? La despedida es cosa de tíos, Capi, por muy bien que nos caigas.

Reb

No te preocupes. No pensaba ir a una despedida con diez tíos desesperados que piensan más con la polla que con otra cosa.

Taylor

Eli quiere que vayas con ellas.

Reb

Taylor, no pienso ir con tu chica y sus amigas de despedida. Demasiado voy a hacer ya con ponerme ese traje pasteloso. No tengo nada en contra de Eli, que conste, y, además, sabes que me cae genial, pero no conozco a las demás, solo a la novia, y me sentiría un poco fuera de lugar. No me sentiría a gusto. Agradéceselo a ella de mi parte, pero paso.

George

¿Joder, tú con tacones? Eso sí que no me lo pierdo. Yo que tú iría viendo videos en YouTube. Jajajaja. Por cierto, sabes que tendrás que depilarte, ¿verdad?

Eso es una broma que siempre me gastan para recordar una anécdota de una misión en Afganistán. Llevábamos veinte días de vigilancia, apenas teníamos agua para ducharnos. Ese día, hacía un calor horroroso. Tenía el día libre, por lo que salí de la caseta con un vaquero corto y una camiseta de tirantes, y todos mis pelos en su máximo esplendor. Yo soy una chica que me hago la depilación antes de las misiones y, durante ellas, si es necesario utilizo la cuchilla, pero, después de tantos días sin apenas agua, parecía la hermana del oso Yogui. Aún me lo recuerdan para cachondearse de mí.

Eme

Vas a dar la nota, seguro. Me voy a encargar de subir el video a FaceBook. Camino del altar y te caes con los tacones. Jajajaja.

George

Jajajaja.

Taylor

Jajajaja.

Reb

Sí. Muy agradecidos todos. Que os den donde amargan los pepinos.

En ese momento, apago el móvil y lo meto en el bolsillo del vaquero. En el fondo, estoy un poco molesta con ellos, aunque siempre me han tratado como a una igual, en estos momentos, está claro que prefieren estar solo los hombres. De todos modos, sé que no pintaría nada en una despedida donde hubiese una chica desnudándose, pero ¡joder! ¡Que no hagan un *striptease* y

así podría ir con ellos!

Después de coger los huevos y la leche, me dirijo a la caja. Justo delante de mí, veo una chica vestida de oficial, pantalón y camisa con las rayas rojas típicas al lado, zapatos planos, la camisa con su insignia de oficial en una postura que no deja lugar a duda. Lleva su larga melena morena recogida en un moño tirante y brillante. Ni un solo pelo se escapa. Me sonrío, mientras deja la bolsa con la compra en la cinta transportadora de la caja.

—Gloria, ¿cómo estás del dolor de cabeza, niña?

—Mejor, Melanie, gracias. Toma, te he traído esto para agradecértelo.

La chica le acerca un paquetito envuelto en papel de regalo que saca de su enorme bolso.

—No tenías por qué regalarme nada.

—Lo sé, pero no es nada, de verdad. Lo he hecho pensando en ti, solo es una tontería. Pero te lo quería regalar.

La chica me mira de nuevo con una bonita sonrisa en la cara.

—¿Eres nueva?

—Sí. Rebeca. —Le tiendo la mano para apretársela.

—Gloria. Encantada de conocerte. ¿Qué rango tienes? Yo soy oficial.

Y me lo dice con un tono de orgullo en su voz, mientras estira la espalda, echa los hombros hacia atrás y levanta la barbilla.

—Bueno, ¿cómo has sabido que pertenezco al cuerpo y que no soy la mujer de cualquier militar?

—¿En serio me preguntas eso? Fácil. Uno, la ropa que vistes; vaqueros cortos rotos, botas, camiseta de tirantes. Dos, tu pelo despeinado. Tres, tu carro de la compra. Mira a tu alrededor. Las mujeres de militares son todas iguales. Visten con trajes de chaqueta elegantes, serios y sobrios en tonos pastel. Casi todas ellas llevan un collar de perlas, más o menos, grande o largo. Los zapatos son de tacón, pero no muy altos. Y, por último, mira tú carro de la compra y mira el de ellas.

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que tiene razón en todo lo que ha dicho. Mi carro de la compra lleva productos tan *sanos* como sándwich pre-congelado, pizzas congeladas, bolsas de patatas fritas y mi básico: birras. Miro el carro de la compra de una de las señoras que me ha señalado con la cabeza Gloria y veo carne, frutas, muchas verduras, nada de cervezas... En fin, igual...

Las dos nos miramos y parece que nos entendemos con solo ese gesto,

porque, en realidad, su carro de la compra tiene los mismos productos que el mío. Esta chica me cae bien. Terminamos riéndonos a carcajadas, mientras salimos del supermercado.

Ya en el *parking*, nos despedimos no sin antes intercambiarnos los teléfonos. Estoy segura de que la encontraré más de una vez por aquí. De todos modos, no me importaría quedar con ella para tomar un café o una cerveza. Es una chica diferente y, aunque tiene una mirada sencilla y limpia, esa que me dice que aún no ha estado en ninguna misión que haga que se le endurezca, es una mujer inteligente. Podría llegar a ser amiga de ella.

Conduzco hasta mi casa. Guardo las compras, me doy una ducha y, por fin, llega el camión de la mudanza. Durante toda la tarde estoy sacando cosas de las cajas, sobre todo mis accesorios de deporte, que los coloco en el jardín trasero de la casa. Esto es un lujo. En Nueva York tengo mi terraza, pero aquí tengo un pequeño jardín delantero y otro trasero, donde puedo colocar mi banco de pesas. En otro rincón del jardín, también hay una barbacoa de piedra y un conjunto de sofá con mesa.

La cena: una pizza de microondas y un botellín de agua. Me la llevo al patio, junto con la lectura. Creo que me voy a aficionar a cenar tranquilamente en este rinconcito en verano, al frescor de la noche, bajo el manto de las estrellas. Respiro hondamente, mientras en mi mente vuelve a resurgir con fuerza el recuerdo de cierto moreno. Me deshago de la idea y me concentro en la lectura. Estoy así durante un par de horas, hasta que el sueño me vence. Me meto en la cama y me quedo dormida con los ojos azul claro de un morenazo que es incapaz de abandonarme desde que lo conocí.

Capítulo 5

¡Es lunes y me tengo que reincorporar a mi nuevo puesto de trabajo! ¡Qué ganas tengo de conocer a *mis* cadetes y enseñarles millones de cosas! He trazado un *planning* de todo el trabajo que tenemos por delante. Pero lo primero que tengo que hacer es desayunar e irme a conocer a mi superior. Debo presentarme. Tengo una hora por delante.

Me levanto y me pongo mi uniforme de calle. Hoy van a ser clases teóricas. Me dirijo rápidamente hacia el edificio principal, que es donde están las oficinas. Me paro antes en la cantina y me tomo un desayuno rápido.

Al llegar al edificio, cruzo los largos pasillos desiertos, donde tan solo me voy encontrando con algún soldado o cadete que se cuadran y me saludan. Mientras voy subiendo las escaleras para llegar al tercer piso donde está mi despacho, escucho el retumbar de mis propias botas en el suelo pulcramente encerado del silencioso edificio. Estoy nerviosa y recuerdo cuando, por primera vez, fui al despacho de mi superior mientras aún era soldado raso. Tras varios minutos caminando, llego al que será mi despacho los próximos años. Antes de cruzar la puerta para llegar hasta el oficial que será mi asistente, me detengo un breve instante en el que respiro e intento calmar los nervios. Es fundamental que no dé muestras de flaqueza ante mis subordinados. Cruzo la puerta y me encuentro con una chica de espaldas. Tiene mi estatura y es un poco rellenita, aun así, se nota que se cuida. Su pelo recogido en un tirante moño. Cuando se da la vuelta, ambas sonreímos. ¡Es Gloria!

—Oficial. Parece que ya no hacen falta más presentaciones.

—Comandante. —A pesar de su sonrisa, se cuadra ante mí y me saluda.

En un intento de mostrar cercanía a ella, le tiendo mi mano.

—Cuando estemos solas, intentaremos dejarnos de tantas formalidades. Entre nosotras, es algo que no me gusta demasiado —le digo esto último en un susurro.

—Por supuesto, comandante.

—Puedes llamarme Rebeca. Bueno, vamos a trabajar un poco. He traído el *planning* para el adiestramiento y las clases teóricas.

—Sí, pero, mi comandante, tienes reunión con los demás instructores, además de la presentación, en quince minutos, con el teniente coronel. Deberíamos ir ya a su despacho. No le gusta que lo hagan esperar. Es muy estricto con los horarios.

—Dales un cargo y se vuelven viejos carcamales. De estos me he cruzado con unos cuantos por el camino. Por experiencia, te digo que después no son nadie —le comento a Gloria en un tono de voz más bajo y una sonrisa en los labios.

En cuanto salimos del despacho, tomamos de nuevo nuestros roles. Caminamos con paso decidido. No nos miramos ni hablamos. Unos pisos más arriba, se encuentra el despacho. En la placa de la puerta leo «Teniente Coronel E. Sidney». La puerta se encuentra abierta y un oficial de mediana edad nos da la bienvenida.

—Comandante Wilson. Un placer. —Se cuadra y me saluda—. El teniente coronel Sidney está terminando una reunión; pero, por favor, tome asiento y espere un momento porque finalizará en dos minutos. El teniente coronel es muy estricto con los horarios. ¿Desea tomar algo? ¿Agua, té...?

Niego con la cabeza, mientras escucho ruido tras las puertas dobles del despacho de mi superior. Acto seguido y con una puntualidad suiza, se abren y varios mandos intermedios salen del despacho entre risas

—También tengo ganas de ir a montar a caballo. En mis cuadras tengo varios ejemplares que son pura raza. Unos ejemplares magníficos.

—No tengo la menor duda de ello, Richard. Siempre que compras algo, lo haces a lo grande. No esperaba menos de ti. Por supuesto que me pasaré por tu finca para ver esas preciosidades —dice un coronel. Por la edad, deduzco que está a punto de jubilarse. El ambiente es relajado, casi festivo, pero en el momento en que se encuentran frente a mí, sus semblantes se endurecen, sus

facciones pasan de relajadas a serias y se cuadran al tiempo que me saludan con la mano en la frente.

Pasan por mi lado con paso decidido y sin hablar. La puerta del despacho del teniente coronel está entreabierta, pero impide ver el interior. Se vuelven a escuchar voces, esta vez, en forma de murmullos, por lo que no distingo lo que hablan. Pasado otro largo minuto en el que mis nervios se vuelven aún más terribles, una voz ronca y muy masculina llama al oficial que nos ha recibido antes.

Me levanto, me plancho el uniforme con las manos, en un gesto claro de nerviosismo, respiro y entro en el despacho de manera segura; eso sí, con el pie derecho. Alzo la cabeza y la imagen que tengo delante de mí me corta la respiración. Edward, más guapo imposible, con el pelo rasurado brillante, vestido con el uniforme de gala... ¡Madre del amor hermoso, que me da un patatús! Sus ojos claros me miran con intensidad, mientras le doy un buen repaso al resto. El uniforme le queda... Estoy sin palabras, solo soy capaz de babear. Vuelvo a mirarlo a los ojos y en su mirada veo deseo, pero también... ¿un punto de enfado?

Miro a mi alrededor y observo como el oficial y Baley me miran extrañados. Salgo de mi asombro inicial, me cuadro y esta vez soy yo la que saludo a mi superior, llevándome la mano a la frente.

—Descanse. Comandante Wilson, un placer tenerla entre nosotros. Su valentía y currículum la preceden y sé que va a realizar un buen trabajo aquí.

Parece que está seguro de lo que hace, pero en realidad no para de mirar a las dos personas que están presentes con nosotros.

—Gracias, señor. Un placer volver aquí.

—Sí, según me han dicho, usted estudió entre estos muros.

Vuelve a mirar tanto al oficial como a Baley. Parece nervioso, al igual que yo. En realidad, me estoy dando cuenta de algo horrible. Muy horrible. Si él es mi superior y además es militar, una relación entre nosotros es total y absolutamente imposible, aunque solo sea sexo. ¡Mierda, joder! ¡Me cago en la puta!

—¿Está usted de acuerdo?

—Por supuesto, señor, lo que usted crea conveniente.

Y todos me miran extrañados. No me he enterado de nada de lo que estaba diciendo porque esta revelación no me ha gustado ni un pelo. Edward vuelve a mirarme con una sonrisa de medio lado que hacen que sus jugosos

labios sean aún más atractivos.

—¿Estaba usted, comandante Wilson, con nosotros o se ha distraído y voy a tener que castigarla por no estar pendiente de una conversación con su superior?

¡Me cago en la puta madre que lo parió al muy *mamonazo*!

—Perdón, mi teniente coronel, me he distraído por un momento. Le ruego que me disculpe. No volverá a ocurrir —le digo en un tono de disculpa que, por supuesto, es sincera.

A pesar de todo, es mi superior y le debo un respeto y más cuando lleva el uniforme puesto y estamos en su despacho. Edward me mira de manera intensa.

—Oficial Tory, oficial Baley, ¿pueden dejarnos a solas un momento, por favor?

—Por supuesto, teniente coronel.

En un momento, ambos salen por la puerta. Suelto un suspiro porque ahora vamos a poder aclarar las cosas. Pero lo que veo no me gusta nada. Edward está claramente enfadado.

—Vamos a aclarar todo esto de una vez. Primero, aquí, en este despacho, mientras tenga este uniforme puesto, soy tu teniente coronel. Y, segundo —me especifica, señalando con los dedos de su mano derecha—, me dejaste tirado en California sin despedirte, sin una nota y sin saber nada de ti. Al menos, creo que me debías haber dado una explicación. ¡Joder, casi me da un infarto cuando no llegaste al almuerzo y en el hotel me dijeron que saliste corriendo de noche, huyendo! —su tono de voz es en voz baja para que no nos oiga quien no debe. Me mira, esperando una explicación.

—Edward tuve que marcharme porque mi madre me llamó para decirme que a mi abuela le había dado un infarto, estaba hospitalizada y la iban a operar. Pensé que mi amigo Eme, que se había liado con tu amiga, te lo explicaría, ya que había quedado con él para almorzar. No tenía tú teléfono y tampoco sabía dónde te alojabas. ¡No tenía manera de ponerme en contacto contigo! ¡No quise molestar a mi amigo con esto y, de verdad, pensé que él te lo contaría cuando te viese en el vestíbulo del hotel! Además, te dejé una nota en la recepción del hotel, explicándotelo todo y que, si querías volver a verme en Nueva York, le pidieses mi número de teléfono a Eme. Estuve unos días en España con la abuela. Después, el traslado aquí. He tenido unos días un tanto intensos.

—No hubo tal almuerzo. Cuando me enteré de que te habías marchado, me fui yo también en el siguiente vuelo, ya que se me acababan las vacaciones y debía incorporarme. Tampoco pregunté en la recepción si habías dejado alguna nota.

—Fue todo un malentendido, lo siento, no te enfades conmigo.

—Créeme, ahora estoy más enfadado con el ejército que contigo. ¿Cómo está tu abuela? —Su tono de voz ya es más calmado.

—Ya está bien, recuperándose. Le dio un infarto y le tuvieron que poner un *stent*. Ahora está con la medicación para el corazón, dieta..., ya sabes. Pero es muy mayor. —Edward sonrío, me acaricia la mejilla y me acerca a él. Me da un abrazo, mientras aspira mi olor y yo me empapo del suyo.

—Sé que esto es una locura, Rebeca. Pero, por mucho que nos cueste, debemos mantener las distancias. Al menos, mientras estemos de servicio, porque me gustaría seguir conociéndote, Reb. Aunque delante de todos debemos disimular. Por cierto, dame tu número de teléfono, así ya no habrá más malentendidos.

Se lo digo mientras le doy un último repaso de manera lasciva. Me relamo los labios incluso. Lo miro a los ojos y muestran el mismo deseo que el mío. Entrecierra esos preciosos ojos claros con los que he estado soñando últimamente y cuando los abre, veo la determinación en ellos. Sé que en ningún momento hemos hablado de mantener una relación, que, en California, solo nos dejamos llevar por nuestro deseo, pero no he dejado de pensar en él y, ahora, al tenerlo tan cerca, me va a ser imposible mantener a raya esta atracción tan fuerte que siento por él. Y me aventuro a pensar que él también por mí.

—De acuerdo, comandante Wilson, retomemos la reunión.

De dos zancadas, se dirige de manera eficiente hacia la puerta, la abre y, con un movimiento de cabeza, les indica tanto al oficial Tory, como a Baley que pueden pasar. Tras colocarnos todos de nuevo en nuestros sitios, ya con la cabeza más despejada y teniendo claro todo lo que va a ocurrir a partir de ahora; que lo voy a ver vestido de uniforme a diario, que me llevaré el día pensando en lo que pudo haber sido y no fue, ya que ni siquiera llegamos a follar. ¡Dios, si llego a saberlo... dejo que me la clave hasta el fondo! Bueno, eso, quizás, no, pero casi. Está claro que no tengo la cabeza más despejada, pero aun así soy capaz de seguir la conversación, asentir de vez en cuando y que mis pensamientos no desvaríen demasiado cuando veo que sus ojos me

miran con una intensidad que me deja sin aliento. Sin poder remediarlo, mi imaginación se dispara y la imagen de la goma del pelo me viene sin poder evitarlo a la cabeza. No es que con el pelo corto no esté guapo, que lo está. Está guapo a rabiar, aunque se ponga una cáscara de plátano en la cabeza, pero creo que me ha entrado una fijación insana por verlo con el pelo largo. Tan insana que, cada vez que me lo imagino, mis braguitas se humedecen casi instantáneamente.

—Con esto damos por finalizada la reunión. La oficial Baley la acompañará por las instalaciones y se las mostrará, aunque como usted ya ha estado aquí estudiando, me imagino que se las sabrá de memoria.

—No se preocupe, aunque fue hace mucho tiempo, el oficial primero Theodore Black se encargó de mostrármelas.

—Está bien, entonces. Tal y como hemos acordado, los lunes, haremos una reunión a esta hora para ir viendo la evolución de los cadetes. Si no es mucha pregunta, ¿cómo una comandante como usted se va a encargar de instruir a los cadetes, además de tener sus propias responsabilidades?

Eso es cierto. Los comandantes no tienen la labor de instruir o enseñar las clases teóricas, ya que no está entre nuestras obligaciones, pero a mí es algo que me gusta; lo disfruto y lo puse como condición para venir aquí.

—Pues, porque me gusta —le digo, encogiéndome de hombros.

Edward me sonrío abiertamente, me mira de arriba abajo y se muerde el labio carnoso, sonrosado, jugoso, húmedo y... apetecible. ¡Dios, esto va a ser una tortura!

Me doy media vuelta y me marcho a mi despacho seguida de la oficial Baley. Voy con paso firme y rápido. Quiero llegar al despacho lo antes posible.

—Oficial Baley, debo ir a casa a cambiarme de ropa, ponerme el uniforme de faena y recoger la ropa de entrenamiento de artes marciales.

—De acuerdo. Te espero mientras redacto el informe sobre la reunión de hoy. Por cierto, ¿conoces al teniente de algo?

—No, ¿por qué lo dices? —le pregunto insegura.

—Me ha dado la impresión de que os conocíais de algo. Había como tensión en el ambiente. Y la verdad es que nunca lo he visto sonreír como lo ha hecho hoy. Quizás me esté metiendo donde nadie me llama.

—No te preocupes, no te metes en nada. No sé. Me marchó. ¿Quedamos para almorzar? —le pregunto para desviar el tema, mientras cruzo la puerta.

—De acuerdo. ¿Dentro de treinta minutos en la cantina de abajo? Las clases de artes marciales son en este edificio.

—De acuerdo.

Me marcho rápidamente a mi casa, mientras voy pensando por el camino en la mala suerte que he tenido con Edward. Tengo que llamar después a Eme y contárselo, se va a partir de risa. Pocos minutos más tarde, llego a mi casa, preparo mi petate del ejército, me pongo mi uniforme de calle; el típico pantalón de camuflaje en marrón y, en lugar de ponerme la chaqueta también igual, me decanto por ponerme una camiseta blanca de tirantes básica, por estar más cómoda y más fresca, que hace muchísimo calor. Además, en la chaqueta está mi escudo del ejército que me distingue como comandante y, de momento, no quiero que los pobres chicos se sientan demasiado cohibidos conmigo. Me recojo el pelo en una coleta y salgo corriendo hacia la cantina con mi petate colgado al hombro. En ese momento, siento la vibración del móvil. Lo saco y veo que me ha llegado un nuevo *wasap*. De Edward. El corazón me late a mil. Abro la aplicación y leo.

Edward

Ya te tengo fichada, comandante.

Reb

Y yo a ti, mi teniente coronel.

Edward

Ya no podrás librarte de mí.

Reb

¿Te das cuenta de que mi teléfono lo podrías haber mirado en mi ficha?

Edward

¿Y qué tendría eso de divertido?

Reb

El placer de investigar.

Edward

¿Y perderme el placer de ver tu cara mientras lo recitas? Ni de coña.

Reb

Debo dejarte. Tengo que comer. Y después clase de Fundamentos de Táctica Militar.

Edward

Diviértete y no seas demasiado dura con tus alumnos.

Reb

Eso siempre.

Edward

Ja. Ja. Ja. Después hablamos.

Reb
Hasta luego.

Cuando cruzo la puerta miro alrededor buscando a Gloria. La veo y me dirijo con paso firme hacia ella. Cuando llego, me siento, pero a su lado hay otro chico, un poco mayor que ella. La miro y niega con la cabeza mientras me hace señas con las manos de que luego me cuenta. Asiento y vuelvo a fijar la mirada en el chico.

—Soy el cadete Smith, comandante. La oficial Baley me ha dicho que puedo sentarme con ustedes para almorzar. Si le incomoda, puedo marcharme a otra mesa.

—No se preocupe, no me incomoda. ¿En qué curso estás?

—Me licencio dentro de dos meses. He pedido el destino para poder irme de misión, no sé si a Afganistán o a Sudáfrica. Quiero ir donde pueda ser útil para mi patria, comandante.

—Son destinos duros. Hay que ser muy fuerte para poder soportarlo. Y tú, Gloria, ¿has estado en el frente?

—No, mi comandante. Aunque me gustaría, mi primer destino ha sido este —me comenta con un poco de vergüenza.

—No te avergüences por ello, Gloria. El trabajo que realizas aquí también es importante y lo haces de maravilla. —Me dirijo a Smith—. Te digo, por propia experiencia, que lo que se vive allí ni siquiera te lo puedes imaginar. No tengas prisa por ir. Cuando lo hagas, te cambiará la vida para siempre.

—¿Ha ido a la guerra, mi comandante?

—A la guerra como tal, no. Estaba en un grupo de cuerpos especiales con el que íbamos a la mayoría de las zonas de conflicto con misiones específicas. Pero sí he vivido muchas situaciones en primera línea de fuego y es jodido, te lo puedo asegurar. La última misión fue hace un mes y medio en Yemen.

—Yemen está jodido, aunque no se diga, ni salga en las noticias a diario —me dice Gloria con un semblante serio.

—Sí. Apenas se habla de ello. Cuando estuve allí, acababan de estallar unas bombas personales donde murieron niños, producto de las armas que los españoles le vendían a Arabia Saudí. No tantos como hace algunos años, pero niños, al fin y al cabo. Es un desastre. Y verlo es algo que no superas en la

vida. Te deja marcada a fuego cada cadáver que ves tirado en el suelo. Tienes que estar hecho de una pasta especial, que no se te olvide nunca. Pero si estás decidido, solo te animo a hacerlo.

El cadete me mira con ojos de aprobación y Gloria con una sonrisa en la boca.

Tras almorzar una ensalada y un botellín de agua, Gloria y yo nos dirigimos al aula donde debo impartir las clases teóricas de Fundamentos de la Táctica Militar, una asignatura densa, pero muy importante para su formación. Cuando llego al aula, entro de nuevo con el pie derecho. Aunque no soy supersticiosa, es pura manía para que me dé suerte.

El aula es inmensa, en forma de hemiciclo y tengo a treinta y cinco cadetes que van a estar a mi cargo los próximos nueve meses. Son como mis embarazos, sin la parte buena. Me viene, de nuevo, la imagen de Edward; su pelo, su ancho cuello y, como no, esos ojazos azul claro que me vuelven loca. Carraspeo para alejar esos pensamientos de mi mente.

—Buenas tardes, cadetes. —Se levantan, se cuadran y saludan—. Descansen. —Espero a que todos hayan tomado asiento—. En primer lugar, quiero felicitarles por llegar hasta aquí. El camino que les queda por recorrer no es nada fácil, y solo se supera con honor y esfuerzo. Honor es poder superar las pruebas con dignidad; es hacer lo que se debe en todo momento. Honor es un modo de vida que se os exigirá de aquí en adelante. Es llevar el nombre de EEUU más allá de nuestras fronteras y tener la capacidad de poder morir por nuestra patria; por defender los derechos y deberes de los ciudadanos de nuestro país. Luchar y morir por nuestra bandera. Todo ello conlleva un esfuerzo. Sin esfuerzo no hay victoria. Sin victoria no hay honor. Y la victoria solo se consigue a través de una serie de tácticas militares; estrategias que nos muestran como vencedores. Todo en esta vida es como una gran partida de ajedrez donde debemos defender al rey por encima de todas las cosas, aunque para ello tengamos que sacrificar al peón, la torre, el alfil o, incluso, a la reina. Debemos llevar el jaque mate a todos los niveles de nuestra vida. Pero hacerlo de forma limpia, eso es HONOR con mayúsculas.

Durante una hora les doy la brasa con la introducción de la asignatura. Los cadetes ya están hasta bizcos de intentar descifrar mi letra en la pizarra. Para finalizar, les pongo un video motivador en el proyector del aula mientras miro mi teléfono. Releo los mensajes de Edward y leo los de mi grupo. Sonrío levemente en un vano intento de que no se me note. El grupo está

revolucionado mandando fotos de diferentes vestidos de dama de honor.

Taylor

Capi, creo que este te quedaría de puta madre.

Observo la foto del vestido... horroroso, con un montón de volantes y escote en uve. Y no es que parezca un traje de faralaes, pero es algo pomposo, lleno de volantes, sin ton ni son, en un rosa palo que da hasta grima. ¿De verdad Eli tiene tan mal gusto? Los emoticonos del resto con risas y burlas no se hacen esperar.

Eme

Siempre te lo puedes poner con las botas, si estás más cómoda.

George

Capi, te recuerdo que ese día deberás depilarte.

Ya estamos con la bromita de marras. Paso de ellos. Pero rápidamente envío un mensaje.

Reb

Estoy en clase, idiotas. Tengo a treinta y cinco chicos pendientes de mí. Taylor, pásame el contacto de Eli, así puedo ponerme de acuerdo con ella directamente.

George

¿Y perdernos la diversión? Ni hablar. ¿Treinta y cinco chicos pendientes de ti? Vaya, no pierdes el tiempo, ¿eh, Capi?

Eme

Nooo. No se lo pases. Capi, ¿sabrás qué hacer con tanto hombre a tu alrededor?

Taylor

No me dejan. Jajajaja.

Paso de ellos y continúo la clase hasta que el móvil suena de nuevo. Es Taylor que finalmente me ha pasado el contacto de su novia. Luego le escribiré un mensaje. Doy por finalizada la clase y regreso con paso ligero a mi despacho. Tengo una clase en el tatami de artes marciales. Estas clases me encantan. Cruzo los largos pasillos y, por el camino, me encuentro con Edward que, al verme, sonrío de medio lado y vuelve la cabeza. Yo me cuadro y

saludo como es debido. ¡Dios, pero qué bueno está!

—Teniente coronel —le digo, mientras saludo.

—Comandante. ¿Cómo le han ido las clases de hoy? —me pregunta mientras me recorre el cuerpo con su preciosa mirada y calienta mi piel a su paso.

—Muy bien, mi teniente coronel.

—Sí, ya quisiera yo ser tuyo. ¿Has sido demasiado dura con tus alumnos? —me dice al oído, provocando que un escalofrío me recorra todo el cuerpo. Me acaricia la mano con sus dedos de manera confidencial y prosigue su camino. ¡Esto va a ser MUY frustrante!

Durante todo el resto de la tarde, doy clases en el tatami, donde mis alumnos aprenderán el arte de defenderse en el cuerpo a cuerpo. Todos se han dado cuenta de lo buena que soy en este deporte y aunque, en un principio, el escepticismo se reflejaba en sus caras y no hacían el esfuerzo necesario por ser una mujer; al final, han tenido que claudicar y esforzarse al máximo. Todos estamos sudorosos y jadeantes por el esfuerzo. Menos mal que, para practicar artes marciales, me he puesto un pantalón de tela fina y mi camiseta de tirantes. El próximo día, me pongo el pantalón corto, porque... ¡qué calor más horroroso!

Ahora estamos sentados alrededor del tatami, mientras descansamos y bebemos un poco de agua. Los chicos han terminado por quitarse las camisetas y tanto Gloria como yo, estamos debatiendo sobre cuáles son los mejores pectorales. Pienso que sin lugar a duda y, aunque quede de pesada, los de Edward. No se lo digo a Gloria.

Los días pasan dando mis clases, organizando todas las cosas de West Point, en reuniones interminables con mandos intermedios para ver cómo va la evolución de todo, los aburridos informes que debo presentar casi a diario de mis cadetes... Todos los lunes tenemos reunión en el despacho de Edward y es una tortura continua. Su olor me atraviesa las fosas nasales y, cada vez que podemos, aprovechamos para un roce casual; cuando le entrego los papeles, aprovecha para acariciar mis dedos.

Cuando me he dado cuenta, llevo un mes en West Point. Las únicas veces que hemos interactuado Edward y yo han sido en las reuniones de los lunes, pero han sido siempre con el resto de los capitanes e instructores. Las miradas entre nosotros ascienden de temperatura y nuestras caricias furtivas son cada vez más constantes. Cada dichoso lunes nos cuesta más esfuerzo mantenernos

alejados; es un quiero y no puedo. O eso es lo que me parece a mí. Los mensajes de buenas noches nunca fallan. A diario. A veces me pregunta sobre algún asunto referente al trabajo; otras, se limita a darme las buenas noches; y otras, cada vez más frecuentes, son largas charlas sobre nuestros *hobbies*. De vez en cuando, me envía un archivo con alguna canción que le gusta especialmente. Está claro que hay algo entre nosotros que deberíamos solucionar. ¡Ya!

Cada vez que nos cruzamos en el pasillo, nos quedamos mirando. En nuestros ojos se refleja el deseo, la tensión sexual no resuelta, saltan chispas a nuestro alrededor. Aunque no queramos admitirlo, hasta cuando estamos delante de la gente, nuestros ojos recorren cada milímetro del cuerpo del otro, nuestros labios se secan y la excitación se hace palpable a través de nuestras respiraciones entrecortadas cada vez que existe un leve roce fugaz entre nosotros por cualquier motivo casual. Debo admitir que en alguna ocasión ese roce no ha sido tan casual.

En la reunión de la semana pasada, cuando lo vi con el uniforme de calle, el de batalla, con ese pantalón de camuflaje y esa camiseta básica verde militar que se le pegaba al pecho, marcándole sus abdominales y me mostraba sus grandes, firmes y duros antebrazos, quise morir. Nunca en la vida he tenido fetiche por los uniformes. Ya he dicho en más de una ocasión que mi batallón era propio de un calendario de bomberos *buenorros* y jamás en la vida me han excitado. Pero este hombre me pone de todas las maneras posibles. Con ropa, sin ropa, escalando y de las mil y una maneras en las que me lo he imaginado. Imposible que esta noche pegue ojo. Así llevo desde que llegué aquí y vi a Edward.

En una de las reuniones, se me secó la boca y pasé por delante de él para coger agua de la mesa auxiliar. Podría habérselo pedido a Gloria que estaba al lado, pero no quise molestarla ni interrumpir lo que un capitán estaba explicando y al que no prestaba atención. Total, Gloria cogía apuntes y me pasaba el informe. Bien, crucé por delante de Edward y, la verdad es que el pasillo no era tan estrecho, pero me pegué tanto a él que acaricié su entrepierna con mi trasero. Me restregué a conciencia, mientras Edward me tocaba sutilmente la mano en un roce casi imperceptible que me erizó hasta el pelo de la nuca. Lo que no se me pasó por alto fue la bandera izada de Edward. Me tuve que beber tres jodidos vasos de agua para calmar la sed y el sofocón. Él me miró y sonrió.

—¿Sedienta, comandante?

—No lo sabe bien, mi teniente coronel. Pero también se le nota algo sofocado. Hace bastante calor en su despacho.

—Encenderé el aire acondicionado.

Y con un movimiento ágil, se dio la vuelta para intentar disimular el bulto de su pantalón y se entretuvo durante unos minutos en conectarlo. El muy pillo sabía a la perfección lo que me pasaba. El resto de la reunión lo pasamos con miradas intensas que cada vez nos costaba más disimular.

No hemos tenido tiempo de volver a quedar. Ahora, seguimos con la rutina de intercambiarnos mensajes. Me cuenta cosas de su día a día. Anoche me contó que estuvo casado durante tres años, pero que ella no soportó sus largas ausencias y encontró la compañía perfecta en un compañero de trabajo. Los pilló un día que volvió de una misión, antes de lo previsto. Esperaba darle una sorpresa y el sorprendido fue él. A raíz de aquello, no cree en las relaciones. Con nuestro trabajo, las ausencias hacen mella en ellas. Eso es algo en lo que estamos de acuerdo los dos. Yo le conté la separación de mis padres.

A pesar de todo, entre las clases y la organización, este mes ha sido brutal en cuanto a carga de trabajo se refiere. Tengo casi claro que no quiero mantener una relación con él, pero si tengo ganas de quedar y ver dónde nos lleva esto.

Hoy, toca de nuevo clases de artes marciales. A la hora del almuerzo, Gloria ha intentado sonsacarme de nuevo cuál es mi historia con el teniente, pero de nuevo me he cerrado en banda. Creo que un día de estos, al final, caeré y se lo contaré, porque poco a poco, esta chica se está convirtiendo en una amiga. Tiene muchos puntos en común conmigo y es una mujer muy divertida.

—Podemos quedar el viernes para salir a tomar algo. Ir a la ciudad, a algún garito de moda.

Ya la hemos liado. Ya quiere hacer cosas que hace la gente normal y que para mí es una tortura.

—Negativo. No me arreglo, ni me pongo un traje y menos aún voy a un garito de moda, que será alguna discoteca de esas pijas. Estoy demasiado cansada para eso. A lo máximo que llego es ir a un local donde pongan buena música cañera a tomar unas birras. Puedo llamar a unos amigos y quedar con ellos. Son estupendos y seguro que nos reímos un montón.

—Por mí de acuerdo. Pensé que a lo mejor te apetecía. La verdad es que no me veo en una discoteca de ese tipo.

Cuando terminamos de almorzar, regresamos al despacho para coger el petate con la ropa de deporte y nos dirigimos al gimnasio donde se encuentra el tatami. Por el pasillo me cruzo con Edward; me cuadro, saludo y sigo andando, mientras siento su mirada pegada a mi nuca y a mi culo. Ya es casi un ritual que, cada vez que nos crucemos por el pasillo, nos comamos con la mirada.

Media hora más tarde, estoy vestida con un pantalón muy corto blanco y un top ceñido, tipo sujetador deportivo, dejando mi abdomen al descubierto. Los chicos, como cada tarde de lunes que practicamos en el tatami, se han acostumbrado a quedarse solo con el pantalón, dejando sus pectorales al descubierto.

Todos, como siempre, se sientan alrededor del tatami, a la espera de la explicación de una alguna técnica. Estoy descalza y les muestro una de ataque en *Krav Maga*. Se lo intento explicar de la mejor manera, marcando cada movimiento de manera lenta y pausada con un alumno.

—Cadete William, al centro, por favor.

Con un movimiento ágil, el cadete se pone en pie en el centro del tatami. En ese momento, observo como la puerta del gimnasio se abre y accede por ella Edward. Estoy levantando la pierna para mostrar cómo dar una patada lateral a la vez que me inclino y protejo con los puños mi cara. El cadete William, siguiendo mis instrucciones, me coge por el tobillo para derribarme, mientras apoyo mis manos en el tatami y cogiendo impulso con la otra pierna le doy una patada y lo derribo.

—Cadete, a su sitio

Es la voz ronca y masculina de Edward. El pobre chico regresa a su sitio con el miedo en el cuerpo de ver a su teniente coronel en esa clase. Los observo a todos y el miedo se refleja en sus caras. Algunos incluso tiemblan.

—Comandante. Me gustaría quedarme, si no es mucha molestia, para asistir a su clase.

—Por supuesto que no es molestia, teniente coronel —le respondo, aunque por dentro estoy pensando que con él aquí quizá me gane incluso el cadete Warren, que no tiene ni idea de artes marciales y el pobre es un poco inseguro.

—Me han comentado que es muy buena en artes marciales. Yo también y,

dado que aquí no tengo con quien practicar, he pensado que podemos hacerlo juntos.

¡Dios! Ese *podemos hacerlo juntos...* Si yo hago junto a él, encima o debajo, lo que quiera. Se ha debido de dar cuenta de mis pensamientos porque me muestra una sonrisa deslumbrante. Acto seguido, se quita la camiseta y se queda con el pantalón blanco. Me quedo embobada mirando sus pectorales que tanto extraño y con los que tanto he soñado. Ahora, definitivamente, mi tanga se ha desintegrado y siento un pinchazo de excitación en la entrepierna.

Los dos nos colocamos en el centro del tatami, nos saludamos dispuestos a dar una clase de algo que ahora mismo no recuerdo que es, porque en lo único que puedo pensar es en esos pectorales... Cuando me doy cuenta estoy tumbada en el centro con Edward encima de mí, clavándome una señora erección en el vientre mientras su respiración entrecortada me sacude la cara. Nos miramos a los ojos y me sonrío de manera espectacular. Mis manos están apesadas por encima de mi cabeza por las suyas.

Le sonrío y lo empujo fuertemente con mi cadera mientras con las piernas le hago una llave y ahora la que está arriba, apresando sus manos, soy yo. Lo miro con aire de suficiencia y con otro movimiento de cadera, me restriego contra su erección. Escucho como jadea debajo de mí y entrecierra los ojos en un ejercicio claro de continencia.

—El factor sorpresa es fundamental para lograr la victoria. —Les digo a mis alumnos, mientras no dejo de mirar a Edward a esos ojos que me tienen obnubilada—. La concentración vuestra aliada; pase lo que pase alrededor, no debéis dejar de mirar a los ojos del enemigo. De esa manera, podéis ver en ellos el miedo, la duda, la determinación y lograr anticiparse a sus acciones.

En ese momento, veo la determinación por librarse de mis brazos de Edward y sé perfectamente cuál es la llave que va a realizar después. Lo dejo que se ponga en pie para, acto seguido, darme una patada que intercepto cogiendo su pie, acariciando levemente su tobillo; me mira fijamente a los ojos y puedo ver su excitación en ellos. Pienso en darle una patada en sus partes, pero creo que esa parte en concreto de su anatomía no me gustaría estropearla; por lo que, con mi otra pierna, le propino una buena patada en el lateral interior de la rodilla, provocando que caiga de nuevo al suelo, esta vez, bocabajo. Vuelvo a sentarme en su trasero mientras agarro con fuerza sus brazos y los coloco detrás.

Edward, con una sonrisa en la cara, eleva su rostro, mira hacia atrás y ve

donde se encuentran sus manos...; muy cerca de mi centro del placer, además de estar semiocultas por mis piernas, por lo que estira un poco los dedos y tiene la enorme suerte de que, al estar con las piernas abiertas, puede acceder fácilmente a mí y, con un ligero roce, comprueba lo mojada que estoy en estos momentos. Me vuelve a mirar con ojos pícaros y mueve sus enormes dedos, provocando una oleada de placer descomunal. Jadeo cuando le doy un tirón de los brazos, pero, en ese momento, Edward sonrío de nuevo, se mueve de manera ágil y vuelve a tumbarme de espaldas en el tatami con él encima, clavándome su bandera izada. ¡Viva los Estados Unidos de América!

Capítulo 6

La respiración entrecortada y jadeante de Edward se entremezcla con la mía en un vano intento de parecer calmados ante una treintena de cadetes que no logran salir de su asombro y que, cada vez que hay un leve roce entre nosotros, se escucha el murmullo de sus voces.

Están cuchicheando y lo sé, pero tampoco me importa. Ahora mismo, he elevado mi pierna para darle una patada lateral a Edward; me la ha parado y mantiene mi pierna elevada, con su mano en mi tobillo, acariciándolo, mientras que con la otra mano me agarra el brazo y lo retiene atrás, pegando su cuerpo al mío. Nuestros alientos se entremezclan. Estamos excitados, jadeantes y enfadados por no poder llevar a buen término todo esto.

Edward es muy bueno en el *Krav Maga*. Después de varias llaves y técnicas en la que ninguno de los dos damos nuestro brazo a torcer, estamos de nuevo tumbados en el tatami con mis piernas alrededor de su cuello, mientras aplico una técnica de estrangulamiento. No llego a apretar de más. Pero en esta técnica, en la que Edward aspira mi olor, nos miramos a los ojos y sabemos que debemos parar, ya que no vamos a tener nuestro ansiado final feliz.

Nos ponemos en pie, volvemos a colocarnos uno frente al otro, nos saludamos y damos por concluida la clase. Ambos estamos sudando y no solo por el ejercicio físico.

—Muy buena técnica, comandante Wilson —comenta, como si nada, con esa sonrisa de niño malo *mojabragas* y una toalla puesta delante tapando su

gran mástil, mientras extiende su brazo para saludarme con la mano—. Enhorabuena. Debemos repetirlo en otra ocasión..., sin público.

—Estaré encantada de darle una clase magistral, teniente coronel. Estoy segura de que puedo mostrarle algunas técnicas que serán de su completa satisfacción —le respondo como si nada. Y le muestro una sonrisa de niña buena que nunca ha roto un plato. Puedo notar su excitación en sus dilatados ojos—. Puedo asegurarle que tengo una gran elasticidad.

Dicho eso, me doy media vuelta y, con temblores en las rodillas, me voy al vestuario para darme una ducha. Fría. Después de un buen rato bajo el agua para calmar el sofocón que me ha provocado Edward, salgo con las energías renovadas. Escucho el sonido del móvil. Otro mensaje de Edward.

Edward

Deseando comprobar esa elasticidad tuya y que me des esa clase magistral. ¿Cuándo tendré el placer de comprobarlo, comandante?

Reb

Un día de estos, teniente coronel.

Edward

Pronto. Hasta luego.

Reb

Hasta mañana.

Los días pasan y nuestros encuentros en los pasillos se vuelven una rutina. Por las noches, estoy tremendamente excitada y me cuesta coger el sueño; y, cuando lo cojo, sus ojos, sus grandes manos, su cuello fuerte y duro, sus abdominales marcados en esas camisetas estrechas color caqui... Él, al completo, vestido de militar, con el uniforme de faena, con el de gala, con el de calle, o sin uniforme, aparece en mis sueños. Creo que un día de estos voy a morir por combustión espontánea. Aunque supongo que Edward no está mejor que yo. Las chispas saltan a nuestro alrededor cada vez que estamos en la misma habitación. Y la tensión sexual cada vez es mayor. Los mensajes que intercambiamos tampoco ayudan; siempre es él quien inicia las conversaciones y, aunque comienzan con cualquier tontería, siempre terminan subiendo de tono.

Aparte de este pequeño detalle, mi vida aquí me gusta. Me paso los días entre clases, reuniones e informes. Por la noche ceno algo ligero en casa, mientras leo, me bebo alguna birra o hablo por teléfono con mi padre o mi

madre. También he hablado con Eli en varias ocasiones para mostrarme fotos de vestidos de dama de honor que no logro ver puestos en mí; o demasiados volantes o demasiados encajes, o ambos. Unos vaqueros y una camisa arregladita creo que iría bien; al menos, me sentiría más cómoda. Hemos quedado dentro de dos semanas para que la acompañe a una *boutique*, a ver si encuentro algo que me guste. Taylor, en su misma línea de siempre, cuelga esas fotos en el grupo de WhatsApp, con el consiguiente cachondeo que se produce. A mí no me molesta que se rían de estas cosas, porque soy así, lo tengo asumido y hasta yo misma he creado con Photoshop una imagen mía con uno de los vestidos rosas más feos, y con más encajes, las botas de militares y la he puesto como icono del grupo. A cachonda no me gana nadie. Me río hasta de mí misma.

El fin de semana no he salido de casa. He preferido quedarme mientras descanso. Eme me ha comentado que viene el próximo fin de semana para que podamos salir a escalar. Por lo tanto, este he preferido quedarme y adelantar algo de curro. Con Edward, pasamos los días intercambiándonos mensajes, que cada vez suben más de tono y a mí me ponen peor. El lunes toca de nuevo reunión con él. Estas reuniones van a matarme.

Gloria me ha comentado algo sobre un alto cargo que viene para ver cómo va todo. Me han designado para que le muestre las instalaciones junto a mi superior. Tenemos también un almuerzo informal con él y una cena donde debemos ponernos nuestros uniformes de gala, ya que también acudirán todos los cadetes. Según me dice Gloria se queda tres días.

Cuando cruzo la puerta del despacho de Edward, la sonrisa que llevo en la boca, ya que, a pesar de todo, es mi momento favorito del día, se me congela, al ver que el superior no es otro que mi padre. ¿Qué coño hará aquí? Bueno, la respuesta es sencilla. Vigilarme. Me cabreo, pero como ahora mismo está en función capitán general, me jorobo, me cuadro y le rindo respeto.

—Capitán general. A sus órdenes, señor.

—Descanse, comandante.

Relajo la postura, mi padre se acerca a mí y me besa en la mejilla con su sonrisa de siempre, regalándome una caricia en la mejilla. Sus ojos muestran dulzura y la gran adoración que me tiene.

—¿Qué tal todo?

Miro a Edward y lo que veo no me gusta nada. Se acaba de dar cuenta de

que soy hija del gran capitán general del ejército de los Estados Unidos de América. Ese que se reúne a menudo con el presidente y que toma copas con las altas esferas; esos que toman las decisiones en nuestro país. Su semblante está blanco, sus músculos totalmente tensos y, por lo que lo conozco, el nerviosismo le recorre todo el cuerpo.

—Todo va perfectamente, capitán general Wilson.

—Me alegro, comandante. Teniente coronel, ¿qué tal se está adaptando la comandante al nuevo puesto?

—Perfectamente, señor. Ningún problema. La comandante es eficiente y una instructora muy meticulosa.

—Eso lo sé. Dejemos las formalidades, por favor. Me gustaría poder hablar con mi hija unos minutos a solas. ¿Podría ser posible, teniente coronel?

—Por supuesto. Salgo del despacho. Cuando me necesiten, no duden en llamarme.

Mi padre asiente con la cabeza, sin mediar palabra alguna. Eso es muy típico de él. Cuando ha comprobado que ya se ha marchado y que nadie puede escucharnos, me mira y me dice:

—Hija, mi visita aquí...

—¡Por Dios, papá, tengo treinta y ocho años! ¿También tenías que venir aquí a controlarme? Ya te dije el otro día que estaba bien. Aquí no hay peligro de que me vaya a estallar una bomba, no estoy en el foco de ningún conflicto bélico, no hay apenas armas. ¡Si hasta voy desarmada!

Mi padre asiente con la cabeza de nuevo, levanta una mano para hacerme callar y, con el semblante demasiado serio, algo en lo que no me había fijado hasta ahora, me dice:

—Necesitamos tu ayuda.

Y con esas tres palabras sé que algo gordo está pasando.

—Cuenta.

Me siento en la silla que está en la mesa de reuniones. Mi padre toma asiento a mi lado y comienza a hablar.

—¿Recuerdas tu misión a Yemen? El soldado que rescatasteis, cuando por fin pudimos interrogarlo, nos contó algo que nos dejó dubitativos. Al principio, no le dimos importancia. Según el chico, la persona que daba las órdenes hablaba en inglés. Decía que el acento era neoyorquino. Como te he dicho, no le dimos importancia hasta que hace unos días intervenimos unas conversaciones con Ossady Yassan. Como sabes, lo tenemos bajo vigilancia

constante desde hace algunos años. —Asiento levemente con la cabeza y le animo a que continúe—. Pues una de las conversaciones la tuvo con un estadounidense con acento neoyorquino. Eso llamó bastante nuestra atención y fue cuando se dio la voz de alarma. Comenzaron las investigaciones y, a través del rastreo del número telefónico, se averiguó que la llamada salía de West Point.

—Mi padre hace una pausa para que me dé tiempo de asimilar toda la información que me está dando.

—Por lo que deduzco que aún no sabéis de qué despacho han salido dichas llamadas y, por lo tanto, quién las realiza. ¿Algún sospechoso?

Ahora mismo estoy intentado comprenderlo. De ser ciertos los datos que mi padre me está ofreciendo, quiere decir que Ossady Yassan, que nosotros creíamos que era el máximo representante de los insurgentes yemeníes, tiene a un estadounidense como jefe; tenemos al enemigo en casa, más concretamente, en West Point, que es la mayor academia militar de nuestro ejército. Podemos estar todos en peligro porque, en realidad, no sabemos qué está haciendo aquí ni qué cargo ocupa.

—Ninguno. Las llamadas que hemos interceptado cuando están realizadas desde teléfonos fijos, están hechas desde cualquier punto de la academia, desde el despacho de un instructor, un domicilio, o la cantina. Cuando se realizan por teléfonos móviles, siempre son desechables y desde diferentes números, nunca realiza dos llamadas desde la misma línea telefónica. Tú estás aquí. Comienzas a conocer a todos. Necesitamos que los investigues. A todos. Nadie está libre de sospecha. Te mandaremos los dossiers con la información de manera encriptada. Nos comunicaremos solo una vez a la semana donde mandarás un informe con todo lo que hayas averiguado y, por favor, detalla cada paso que des. Esto es muy importante. No sabemos qué están fraguando.

—Tranquilo. Me hago cargo. Sabes que la investigación es una de mis especialidades.

—Lo sabemos, hija, por eso todos ponemos nuestras esperanzas en ti. Espero que lo averigües.

—Mi padre carraspea, me da un tierno beso en la cabeza y, sin más, se dirige a la puerta con paso firme. Abre y, con un movimiento de cabeza, indica a Edward que entre. Este lo hace de dos zancadas y sin dudar.

—Disculpe la interrupción, pero eran asuntos familiares importantes.

Y con esto me da la coartada perfecta para Edward. Le comentaré que

eran cosas de mi *abu* y, como él sabe que andaba pachucha, no tendrá problemas en tragárselo.

Paso todo el día junto a Edward y mi padre, entre almuerzos, reuniones interminables, donde el capitán general excusa su visita, y cenas de gala donde Edward está más guapo imposible. Se pasa toda la cena acariciando mi mano por debajo del mantel, propiciando roces furtivos y yo, casi sin darme cuenta, también lo busco. En un momento dado, la señora Hallaway, esposa de otro capitán, sentada frente a nosotros, inicia una conversación trivial.

—¡Que alegría de juventud! ¡Quien tuviera vuestros años de nuevo! Con vuestra preparación y energía, estoy segura de que haréis grandes cosas juntos. —La buena señora me guiña un ojo de forma cómplice. Y yo estoy a punto de escupir el agua que estoy bebiendo en ese momento de una copa. Estoy en el trabajo, por lo que no me permito beber absolutamente nada de alcohol, ni siquiera una copa de vino.

—¿Perdone? No sé a qué se refiere —le contesto de un modo condescendiente y lo más educado posible. Aunque sea muy burra en mi día a día, los buenos modales y la educación esmerada que me dieron mis padres para codearme con los altos cargos del ejército nunca los pierdo.

—Pues a la maravillosa pareja que forman el teniente coronel y usted. — En ese momento el que se atraganta es Edward, que intenta reprimir las carcajadas, simulando un repentino ataque de tos que convence a todos excepto a mí, que ya lo voy conociendo, y a mi padre, que lo mira con ojos interrogantes. Después, mi padre posa su mirada en mí y arquea una ceja.

—No se deje llevar por las apariencias, señora Hallaway. Entre el teniente coronel Sidney y yo solo existe una maravillosa relación laboral.

—Pues es una pena, porque forman una pareja extraordinaria. Estoy segura de que tendrían unos hijos preciosos.

Dicho eso, Edward cambia de tema, no sin antes hacer reír a toda la mesa con un comentario sin importancia y distender así el ambiente. Aunque los dos continuamos buscándonos debajo de la mesa. Es arriesgado, pero creo que es algo que no podemos remediar. Nuestras pieles se llaman continuamente. Necesitamos ese roce, y el que sea de forma furtiva, en el fondo le da un toque más excitante. Si eso es posible.

Por fin, mi padre se marcha a descansar y yo me quedo en casa a la espera de que me lleguen todos los informes para ponerme manos a la obra. Debo llevarlo todo con la mayor discreción posible. No puedo fallar a mi

país.

Al día siguiente, me despierto temprano y, como estoy tensa, me pongo un pantalón corto, una camiseta de tirantes y salgo a correr. Necesito quemar el exceso de energía que tengo; el resquemor interior que me provoca la investigación que voy a iniciar. Salgo por la puerta, respiro el frescor del aire en la mañana y, con los acordes de la guitarra eléctrica de Guns N' Roses y su *Knokin' on Heaven's Door*, comienzo a correr. Debo ser cauta a la hora de investigar a todo bicho viviente. Por lo que sé, podría ser cualquiera. Me voy fijando en los cadetes que se cruzan en mi camino, algunos solos, otros con los instructores en grupo, mientras cantan eso de:

***¡Juntos, juntos, pelotón!
¡Vamos corriendo mogollón!
¡Porque juntos estamos mejor!
¡Porque juntos estamos mejor!
¡Instrucción, instrucción!
¡A mí me gusta, es muy molón!***

Me río para mis adentros porque me recuerdan a mis días en la academia. Después de una hora corriendo, me doy una ducha rápida y decido pasarme por la cantina para desayunar. Según la información que tengo, uno de los lugares desde donde han realizado una llamada ha sido desde el teléfono fijo de aquí.

Llego y Peter, el camarero, me recibe con esa cara de pocos amigos que siempre tiene. Es un hombre fornido, calvo y no tiene ni un solo milímetro de su cuerpo sin tatuar. Bueno, en realidad no le he visto todo el cuerpo, y solo es fruto de mi imaginación, pero es que mi imaginación es muy amplia. Solo tengo que mirar a Edward para darme cuenta de lo amplia que es cuando fantaseo con que tiene el pelo largo. No sé por qué, pero, aunque me guste con el pelo corto, me excita imaginarlo con melena...

Sinceramente, Peter da un poco de miedo, la verdad. Me siento en la alta banqueta del mostrador y, con una amplia sonrisa en la boca, me dispongo a investigar.

—¿Qué tal, Peter? —le pregunto con educación.

Siempre hay que ser educado y así se consigue más. En este caso, gracias a mi sonrisa, me he ganado un gran gruñido por su parte. Pero ¿este hombre es

capaz de ladrarme? Y también de morderme, seguro. Su mal humor le precede.

—¿Café? —Aunque no es una pregunta porque ya sabe a respuesta.

—Sí, gracias.

—Solo y con dos sobres de azúcar. —Me mira buscando la aprobación, aunque es absurdo porque sabe perfectamente cuál es la respuesta. Así no le voy a sacar nada.

Con disimulo, me guardo el móvil y lo silencio por si acaso le da por sonar ahora.

—Peter, me da un poco de apuro, pero me he dejado el móvil en casa sin batería y debo llamar a Gloria para que recoja unos informes antes de entrar. —Peter me mira como si me hubiese salido bigote. Porque no lo tengo, ¿verdad? Rebeca, céntrate—. ¿Podrías dejarme llamar desde tu teléfono, por favor? Es importante.

Le pongo cara de buena y lo miro con ojos de cordero degollado. Peter, sin mediar palabras, saca un teléfono móvil del bolsillo trasero de su vaquero. Intento llamar a Gloria, pero no me sé su número de memoria. Marco un número al azar, le pido un informe como si nada y cuelgo el teléfono sin dar tiempo a mi interlocutor a réplica, que ahora mismo debe de estar flipando.

—Listo, gracias. Hay que ver lo imprescindible que se han vuelto los cacharros estos en nuestras vidas —le comento a Peter, intentando establecer una pequeña charla con él. Pero se nota que él no tiene ganas de hablar. Solo me mira y asiente con la cabeza mientras se da media vuelta y se marcha hacia la otra punta de la barra.

Espero pacientemente mientras me tomo el café para que se vuelva a acercar por aquí. Mientras, me voy fijando en todas las personas que acuden a la cantina. En una esquina, hay sentado un grupo de cadetes que charlan tranquilamente; un suboficial está sentado en la mesa de al lado con el teléfono en la mano. Sonríe mientras teclea algo. En la otra esquina de la cantina, se encuentra sentada una oficial vestida con el uniforme de calle, pero en vez de pantalones, lleva la falda azul y zapatos de tacón. Yo nunca me pongo la falda con tal de no llevar tacones. Prefiero llevar el uniforme con el pantalón y así llevar zapatos planos o incluso botas. Mi espera surte efecto y, pasados diez largos minutos, Peter se acerca de nuevo. Vuelvo a la carga.

—Estoy pensando que hoy en día, con los móviles, quien necesita tener teléfono fijo, ¿verdad? Yo, aquí, no tengo teléfono fijo. Y tú, ¿tienes aquí número fijo?

Peter me mira mal, raro. Pero es que él es raro de por sí. Niega con la cabeza y, sin mediar palabra, se vuelve a marchar, entrando por una puerta que me imagino que dará a la cocina.

Espero que salga mientras termino mi café, que ya está helado. Tengo la tentación de coger el móvil para distraerme, pero recuerdo que le he dicho a Peter que me lo he dejado en casa.

Termino mi café y, como no he sacado nada en claro, le dejo un billete de cinco dólares en la barra y me marchó. Pocas conclusiones saco. La primera es que Peter es aún más arisco y antipático de lo que pensé. Y segundo..., que me ha mentado. Me ha dicho que no tiene teléfono fijo cuando sí lo tiene. De todos modos, me acerco al pasillo donde se encuentran los aseos, para ver si por casualidad tiene allí el típico teléfono fijo público. Pero si lo tuviera, me lo habría indicado y no me habría prestado su móvil, ¿no?

Me marchó pensando en esa posibilidad y con una nota de voz en mi móvil, recuerdo mis primeras impresiones en la cantina. Anoto a Peter como mi primer sospechoso. Aunque lo cierto es que Peter no es de Nueva York. Y debo recordar que, según mi padre, el jefe tenía acento neoyorquino. Me dirijo con paso ligero a mi despacho; aunque esté con la investigación, también debo continuar con el resto de mis tareas y hoy tengo de nuevo reunión con Edward, mi padre y el resto de los carcamales.

Al ver de nuevo al hombre que me roba el sueño por las noches, mi corazón salta desbocado de mi pecho y mi sonrisa se amplía, aunque intente disimular. Nunca he querido una relación con nadie, pero mis sentimientos por Edward no los comprendo. Estoy empezando a sentir cosas que nunca he sentido por nadie. No sé si quiero mantener una «relación seria» con él o es un simple calentón. Pero está claro que es algo que nunca, jamás, he sentido antes. Y no sé cómo gestionarlo. Nuestras reuniones de los lunes, los mensajes que intercambiamos y los encuentros fortuitos por los pasillos del edificio central de la base, tampoco ayudan a que me olvide de él tan fácilmente. Además de todos los roces que propiciamos. La necesidad de tocarnos cuando nos vemos. Lo miro directamente a esos ojos que me tienen fascinada y me muestran la alegría que le da verme y, aunque no quiera, su enorme, blanca y perfecta sonrisa asoma en su boca, aunque rápidamente se muerde el labio para que no se le note demasiado. Les voy dando la mano uno a uno solo por el placer de sentir su tacto, aunque a él lo dejo para el último y así poder recrearme. De manera furtiva y fugaz, acaricia el interior de mi muñeca con su

dedo gordo. Mi padre me mira de soslayo, aunque no dice nada.

Tras un par de horas, donde se ponen en común los nuevos protocolos de seguridad ante un supuesto atentado y se da el visto bueno a la compra de sistemas de seguridad para la base, se nos informa de la llegada de informáticos para la actualización de los equipos y del *software* de reconocimiento facial, damos por concluida la reunión. El equipo de informáticos llegará a la base la semana que viene. Uno de ellos me traerá un portátil con un sistema de encriptado de datos para mayor seguridad. El informático que lo trae es una persona de la completa confianza de mi padre. Salgo rápidamente de la sala de reuniones con Gloria pegada a mi espalda. Miro el móvil y he recibido un *wasap* de Edward.

Edward

Debemos hablar. Es importante.

Reb
Dime.

Edward

Por aquí no. Tenemos que vernos.

Reb
Mañana voy a tu despacho.

Edward

No. Tenemos que vernos fuera.

Reb
Ok. Miro la agenda y te digo algo.

¿Miro la agenda y te digo algo? ¿De verdad he dicho eso? Cada vez estoy peor. Este hombre me va a freír las neuronas. Llego a mi despacho y me siento..., no, más bien me tiro en mi silla. Necesito descansar, pero también seguir investigando. Pulso el intercomunicador y le pido a Gloria que entre en mi despacho.

—Gloria, para establecer los nuevos protocolos de seguridad en la base, necesito un listado de todo el personal que trabaje o que entre en la base por algún motivo. ¿Podrías conseguírmelo, por favor?

—¿Para cuándo lo necesitas? —me pregunta con una dulzura en sus ojos y una sonrisa tan franca que me cuesta trabajo mentirle.

—Para lo más pronto que te sea posible. Deja todo lo que estés haciendo y céntrate en esto. Los protocolos son un asunto prioritario.

Y aunque no es cierto del todo, este asunto de los protocolos de

seguridad me viene de maravilla para justificar que pida los datos de toda persona que tenga relación con la base. Voy a necesitar a Gloria con el trabajo de investigación más aburrido. Una hora y media después tengo una carpeta en mi correo con los informes de todos los trabajadores y militares de la base. Tengo un informe hasta del perro que está en la puerta de la base. Durante horas me dedico a clasificar y estudiar minuciosamente cada informe. En una primera instancia, los clasifico teniendo en cuenta la fecha de nacimiento. Creo una carpeta prioritaria para los neoyorquinos.

El resto de la tarde lo dedico a dar clases a mis alumnos. Me duele la cabeza y estoy un poco entumecida, por lo que cuando llego a casa, me dedico a entrenar un rato en el jardín, me doy una ducha rápida, ceno una ensalada y me acuesto sin contestar a Edward. No es que no quiera hacerlo, pero estoy tan agotada que en cuanto pongo la cabeza sobre la almohada, me duermo del tirón. Sus bonitos ojos y su deslumbrante sonrisa se cuelan de nuevo en mis sueños, despertando en mí, cada vez más, un ansia por tocarlo, acariciarlo y que me acaricie; por besarlo y que me bese y probar de nuevo sus suaves y dulces labios.

Al despertar, me doy cuenta de que faltan tan solo dos días para que llegue Eme. Tengo ganas de verlo. Extraño mucho no tratarlo a diario y aunque hablemos por teléfono no es lo mismo. Las burlas por el grupo siguen debido al dichoso vestido, pero ahora mismo no estoy en condiciones de contestar. Debo concentrarme en la investigación. Tengo unas doscientas personas en total que nacieron en Nueva York, entre ellas Edward. Pero anoche dándole vueltas al tema, mientras veía un reportaje en la tele, me di cuenta de que, aunque no hayas nacido en un lugar, si vives demasiado tiempo en él, podrías llegar a tener o adoptar su acento. Por lo que tengo más trabajo aún. De momento me voy a centrar en estas doscientas personas. Necesito saber quién estuvo en la base los días que duró el secuestro. Si las órdenes las daba por teléfono, seguramente estaría aquí. Y necesito investigar quién de esas doscientas personas tiene familia, amigos o alguna relación con el mundo árabe. O quizás no tenga relación alguna y sea jefe de algún tipo de organización para el tráfico de armas... ¿Qué sé yo? El dinero es algo que mueve el mundo. Hace que familias enteras se peleen e incluso se maten entre

ellos. El dinero es siempre el principal motivo para matar, para las venganzas o para cualquier acto delictivo de cualquier índole. Siempre está el dinero, el maldito dinero.

Me dirijo de nuevo a la cantina. Peter me ocultó que tiene teléfono fijo y eso es algo que no entiendo. Por otra parte, si no es él el sospechoso, tiene la suficiente confianza como para que otra persona entre en la cocina o en el despacho para llamar o le pida directamente el teléfono. Debo intentar hacerme amiga de Peter.

—Buenos días, Peter. Un café solo, largo, con dos de azúcar y un donut. Tengo el azúcar baja hoy —le digo a modo de confidencia. A ver si, a base de abrirme, consigo que se suelte un poco. Aunque lo único que he conseguido ha sido que asienta con la cabeza y no ladre. ¡Por Dios, si va a conseguir que le tenga miedo!

Peter se da la vuelta sin mediar palabra y se dispone a preparar mi desayuno. Siento como se me eriza el pelo de la nuca, miro detrás y observo como Edward entra en la cantina; saluda con la mano a unas personas, que están sentadas alrededor de una mesa en una esquina del local, se mete detrás de la barra con su bonita sonrisa y se dispone a prepararse un café. De repente, casi como si estuviéramos sincronizados, mira hacia atrás y me ve. Sus ojos se iluminan y su sonrisa se amplía. Me he dado cuenta, en estos días, de que Edward tiene una sonrisa solo para mí. ¡Y eso me encanta! Me quedo embobada, mirándolo; le sonrío de vuelta, pero la sonrisa se me hiela de repente cuando me doy cuenta de que tiene la suficiente confianza con Peter como para llegar, entrar en la barra, prepararse un café o entrar en la cocina o en el despacho y realizar una llamada telefónica. ¡Mierda! ¡Segundo sospechoso!

Termino mi café y mi donut, y me voy al despacho. Necesito hacer unas llamadas. Tengo que pensar. Rápidamente, me doy cuenta de que puedo saber si Edward estaba aquí durante el secuestro. Cada vez que entramos en los despachos, pasamos una tarjeta y tecleamos nuestro número personal secreto. Miro los días previos al rescate. Fue en el mes de mayo; el día once cuando lo rescatamos.

—Gloria, necesito saber los días que ha tenido vacaciones el teniente coronel y los días que han estado fuera de la base tanto él como Peter. Es por el tema de los protocolos de seguridad. Debo entregárselos al equipo de informáticos que vienen la semana que viene. Van a intentar realizar un

simulacro de cómo poder acceder a la base sin tener tarjeta o cómo poder acceder con un duplicado.

Gloria parece creérselo, se queda conforme y me comenta que pedirá la información a administración. Pienso en pedirle también los videos de seguridad del pasillo de los despachos durante la semana del once de mayo y los listados de los lugares a los que accedió, pero esa es una información que los de seguridad no le van a dar a ella. Ni a mí. Pero tampoco quiero pedírsela a mi padre y que comience a sospechar de Edward; al menos, hasta que tenga algo claro. De acuerdo que Peter es lo más cercano a un *bulldog* enfadado que hay, no tiene confianza con nadie, no lo he visto mantener una conversación con nadie y, aparte de algún ladrido suelto, habla muy poco. Pero eso no significa que Edward sea sospechoso. Aunque es raro que sea tan seco con todos y tenga esa confianza con él. ¡Joder! ¡Me cago en la puta!

Para esta información aún debo esperar, ya que no es tan sencilla de obtener y hasta mañana no voy a poder tenerla en mis manos. Pero decido que es el momento apropiado para hablar con Edward. Le mando un *wasap*.

Reb

Es jueves. ¿Te apetece una birra?

Edward

¿Debe ser jueves para tomarla?

Bueno, está claro que ahí me ha pillado. No hace falta que sea un día especial para tomar una birra, ¿no? Pero ¿no dicen que los jueves son los nuevos viernes o algo así?

Reb

No hace falta que sea jueves. Pero ¿te apuntas?

Edward

Por supuesto, debemos hablar fuera de la base. ¿Dónde?

Reb

A la salida, hay un antro de mala muerte donde se come muy bien, según me han dicho. Se llama Guss. ¿Dentro de media hora?

Edward

Ok. Allí nos vemos.

A la hora concertada estoy en la puerta. Sé que Edward es un maniático con la hora, así que no lo hago esperar; incluso he llagado un poco antes, ya que ni siquiera he pasado por casa para cambiarme de ropa. Lo he hecho en el

despacho. A la hora en punto, llega Edward, guapísimo como siempre. Nos saludamos con dos besos en las mejillas y aprovecho para empaparme de su olor. Su tacto produce un cosquilleo en cada poro de mi piel. Lo miro a los ojos y parece que a él le ocurre lo mismo, aunque tiene cara de enfado.

—Explícame por qué cojones no me has dicho que eres la *hijita* del capitán general, Rebeca.

Bueno..., empezamos fuerte.

—¿Y por qué debería decírtelo, según tú? ¿Crees que voy por la vida diciendo «Hola, soy Rebeca Wilson, la hija del capitán general»? Pues para tu información ese es un dato que, por lo general, me guardo. Lo aprendí de pequeña cuando en algunas ocasiones he tenido que llevar incluso guardaespaldas por algún tipo de amenaza. Además, no tenemos nada de nada para tener que explicarte mi vida. ¿No crees? —He empezado suave, pero acabo de terminar bastante cabreada y, aunque no esté gritando, mi tono de voz no denota simpatía por ningún sitio.

—Entiendo que no me lo dijeras cuando nos conocimos y estuvimos de escalada, porque éramos unos completos desconocidos, pero después de estas semanas aquí, las reuniones que hemos tenido, toda «esta situación» —me dice, entrecomillando con sus largos dedos las últimas palabras—, me podrías haber prevenido de algo así. Está claro que entre nosotros hay química. Está surgiendo algo increíble y sé que tú también lo sientes. ¿Te das cuenta de que si antes una relación entre nosotros, que no sea estrictamente laboral era impensable, ahora se ha convertido en algo imposible? ¿Quieres que tu padre me mate? He visto cómo te mira, Rebeca. Es adoración lo que he visto en sus ojos.

—Nunca, antes, hemos hablado de tener una relación, Edward. Nunca. — Lo enfatizo para que quede clara mi postura.

—¡Ya, joder, nos estábamos conociendo! En California, te dije que quería volver a verte. Me gustas mucho. Y sé que no te soy indiferente. De verdad que quiero seguir conociéndote, pero así es imposible. Me estoy volviendo loco. Cada vez que te rozo, se me corta la respiración, la piel se me eriza y solo sé que quiero saber más de ti, estar más tiempo contigo, conocerte mejor. Acariciarte, besarte... Hacerte el amor. ¿Sabes que con solo nuestros mensajes de buenas noches ya me voy con una sonrisa a la cama?

—¿Piensas que para mí es fácil? Nunca me he planteado tener una relación con nadie. Pero está claro que no me eres indiferente. Podríamos

probar... sin que nadie lo sepa. —Esto último lo digo con un tono de voz más suave, casi confidente y esperanzado.

El camarero nos interrumpe cuando nos traen los botellines de cerveza. No estamos gritando, pero nuestro tono de voz es duro, aunque al final he suavizado el mío. Cada vez que Edward me llama por mi nombre completo, me da una punzada en el corazón de rabia. Tengo ganas de volver a escucharle llamarme «Reb». O escucharle hablar en francés... Rememoro cada momento que viví con él el día de la escalada, o cada una de las reuniones donde hemos propiciado el tocarnos, cada uno de los mensajes que nos hemos intercambiado... Una vez más, estoy hecha un lío. Doy un trago a mi bebida. Tengo la boca seca. De repente, aunque estemos hablando de otras cosas, me acuerdo de la relación que este mantiene con Peter y su familiaridad a la hora de entrar en la barra a servirse.

—Oye, se te da muy bien el preparar café. —No es una pregunta. Es una afirmación. Y hasta yo me he dado cuenta de que he cambiado de conversación sin pensar. Edward me mira y se da cuenta de que mi afirmación tiene un doble sentido. Su cara cambia a un semblante serio, interrogativo, ladea la cara y casi me escudriña con la mirada, esta vez, sin sonrisa. Fría. Una mirada que me hiela la sangre.

—¿Por qué lo dices? —pregunta finalmente. Está esperando una respuesta. ¡Piensa rápido, Rebeca!

—Te vi en la cantina preparando café. Por eso. Me llamó la atención que el teniente coronel de la base se prepare él mismo su café —le comento en tono mimoso, como el que no quiere la cosa, para desviar su atención—. Además de que Peter no es muy agradable que digamos...

Espero que me responda y poder preguntarle abiertamente por la confianza que tiene con Peter.

—Peter, en el fondo, es un trozo de pan.

—De pan duro, diría yo. Creo que en alguna ocasión le he escuchado ladrar. No me quiero acercar mucho por si me muerde.

Edward se ríe a carcajadas.

—En el fondo, es muy tímido, pero no es mala persona. Tengo confianza con él porque está vivo gracias a un operativo que hice hace muchos años. Lo rescaté y me está agradecido por ello. Luego, cuando llegué aquí y la cantina salió a la venta, pensé que podría interesarle. A cambio, me permite organizar partidas de póquer algunos sábados por la noche.

Y ahí está. La motivación. El dinero, la relación entre ellos. Me desinflo por dentro y me quedo tocada y hundida. Pero no se me debe notar, soy fuerte y por encima de mí, está mi patria. Respiro hondo y cuadro los hombros.

—Debo marcharme. Se hace tarde y mañana tengo que madrugar. Hasta mañana.

Y dicho esto, me levanto y me marcho con un nudo en la garganta y con dolor de estómago. De las setecientas mil personas que hay en West Point, precisamente, el malo tiene que ser Edward. ¡Me cago en la puta, treinta millones de veces! También es mala pata la mía.

Capítulo 7

Hoy es sábado. Han pasado dos días desde que quedé con Edward para tomar una cerveza y pasó de un simple interrogante a ser el malo en mi mente. He empezado a no fiarme de nadie y hasta el perro vagabundo de la puerta de la base tiene cara de sospechoso. Como siga así voy a volverme loca. Lo bueno, es que hoy llega Eme y, después de un mes sin verlo, estoy ansiosa.

Como todos los días, me levanto al amanecer y me voy a correr por la base. El entrenar me abre la mente, me despeja y me tranquiliza. Después volveré a la cantina e intentaré averiguar si alguien más tiene la suficiente confianza de Peter como para poder hacer llamadas sin que le pida permiso. O que no le muerda.

Tras un par de horas de entrenamiento físico, me ducho y me voy a la cantina a desayunar, no sin antes cerciorarme de que la dichosa ventana del salón esté completamente cerrada. Me coloco en una de las mesas que están pegadas a la cristalera para poder observar toda la cantina y ver cuando llega Eme, que debe de estar a punto.

Ayer, viernes, no me llegaron los informes de los días que estuvo fuera de la base tanto Edward como Peter, así que debo esperar hasta el lunes para poder corroborar lo que quiero saber. También he movido todos los hilos que tengo para acceder a los videos de vigilancia del pasillo de su despacho. Pero tampoco es una información que pueda obtener antes del lunes y, aunque podría seguir investigando, estoy un poco agotada, por lo que decido disfrutar del fin de semana con mi amigo al que he extrañado demasiado en este tiempo.

Cuando me quiero dar cuenta, Peter me ha traído café y un donut de chocolate recién hecho. ¡Dios, será sospechoso, pero solo por esto lo quiero! Dejo de mirar por la ventana para centrarme en mi desayuno... totalmente saludable. Cojo el donut, le doy un gran bocado y siento el crujiente chocolate en mi boca; mientras mastico lentamente la tierna masa del bollo y cierro los ojos para deleitarme en el solo placer de saborear este manjar. De repente, siento como se me eriza el vello de la nuca. Abro los ojos y ante mí hay un espectáculo digno de mención. Los dos hombres más imponentes de la faz de la tierra me observan mientras me dedican sus mejores sonrisas *mojabragas*. Eme, con su cabello cortado al uno, su ancho cuello y su musculatura bien definida, va vestido de paisano con un pantalón de deporte corto gris y una camiseta básica con el cuello de pico y su bolsa al hombro. Edward, con su pantalón de entrenamiento en verde caqui, su camiseta del mismo color, pegada a su torso, marcando todos sus abdominales bien definidos, sus ojos claros y sus malditos fuertes brazos marcados... ¡Madre...!

Salgo de mi estupor, me levanto deprisa y corro hacia Eme, saltándole encima literalmente. ¿Se me nota que lo he extrañado? *Nooo*. Bueno, un poco. Le lleno la cara de besos, igual que él a mí; nos reímos y nos abrazamos fuerte.

—¡Capiiii!

—¡Capullo! Te he echado de menos un montón.

—¡Estás más enclenque desde que no entrenas conmigo!

—Déjate de decir gilipolleces. ¡Sigo entrenando igual!

Ambos nos reímos sin hacer caso a Edward. Me da igual que esté aquí. Ahora tengo a mi Eme. Cuando ambos nos hemos tranquilizado un poco, nos sentamos, pero Edward se las ingenia para ocupar la silla que está a mi lado. ¿Qué pasa con eso de que no nos pueden ver juntos o que lo nuestro es inviable o que nos íbamos a ver a escondidas? Me da igual. Paso. Bueno, no paso del todo, pero debo esforzarme para que no me afecte más de lo que ya lo hace. Aunque quiera ignorarlo, no puedo, así que realizo las pertinentes presentaciones. Se saludan y se dan la mano. Nada de teniente ni oficiales, algo informal. Por supuesto, Eme sabe lo que me traigo (o mejor dicho, lo que no me traigo) con Edward, ya que hace un par de semanas, en una de nuestras conversaciones telefónicas, le conté todo. Aunque debo ponerlo al día.

Eme me mira con cara interrogativa, yo niego levemente y mi amigo, que me entiende perfectamente, lo deja estar. Sé que más tarde me hará un

interrogatorio en toda regla y al final terminaré cantando hasta por *soleá*, pero de momento tengo una tregua. Durante un rato nos ponemos al día sobre nuestros respectivos trabajos, sobre los chicos y demás. Hasta que sale de nuevo a relucir la boda de Taylor.

—Iré en un par de semanas a probarme vestidos, pero Eli lo hacía por el cachondeo. Sabía la que liaríais y os buscaba las cosquillas de esa manera. Es su forma de incluíros en la boda y que tengáis ilusión por que llegue. —Eme me mira mal. Ellos van a acudir con el uniforme de gala, al igual que Taylor. Lo que no entiendo es por qué yo, que también soy militar, no puedo ponérmelo. ¡Eso es machismo! Aunque voy a buscar un vestido con el que me sienta cómoda, que vaya con mi personalidad y que sea elegante; aunque no me apetece mucho asistir a una boda. ¡Y menos ser dama de honor! Me parece que voy a fingir una misión importantísima en la Atlántida para no ir. Pero sé que no puedo hacer eso, ya que soy consciente de lo importante que es tanto para Taylor como para Eli que yo esté allí el día de su boda. No me entiendo ni yo misma. No me gustan las bodas, pero esta en concreto, aunque no quiera reconocerlo, me hace especial ilusión, ya que he vivido en primera persona su especial historia de amor. Aunque yo no crea en él, veo los ojos con los que se miran. También reconozco el desconsuelo de Taylor, cada vez que salimos de misión y debe separarse de su pareja. Cómo le brillan los ojos cuando habla con ella y de ella. Y eso, es muy bonito, especial..., a pesar de no querer reconocerlo. ¡Si es que, a estas alturas, el dichoso Edward me está haciendo cambiar de opinión y todo! ¡Ya no sé ni en lo que creo!

—¡Ya me gustaría a mí verte vestida de pastel! ¡Pero es que eres imposible! —comenta Eme, muerto de la risa.

—Rebeca estará preciosa con cualquier cosa que se ponga. De todos modos, dudo que acuda de manera inapropiada. —Edward me mira, me guiña un ojo y yo me derrito y le sonrío, pero recuerdo que es el principal sospechoso y que lo nuestro es totalmente inviable y se me borra la sonrisa de golpe. ¡Joder, si es que con este hombre soy muy facilona!

—¡Pues sí que la conoces, macho!

Y deja el comentario en el aire mientras suelta una risa irónica. Edward se queda serio. Yo carraspeo por lo incómodo de la situación mientras Eme levanta la mano para pedir su desayuno. Peter acude al ver a Edward con nosotros.

—Yo quiero un café con leche, unos huevos revueltos y tostadas. ¡No sé

cómo te puedes comer todas esas grasas *trans*! Debes aprender a comer sano, Capi. Seguro que lo único que has comido desde que estás aquí son hamburguesas, pizzas y bocadillos.

—¡Eh, que por las noches como mucha ensalada!

Eme me mira como si no se lo creyera. Y es verdad, algunas noches cenó o bien un sándwich o una ensalada, depende del día. Edward también me mira fijamente. Y yo me ruborizo por primera vez en muchos años y finjo hacerme la ofendida.

—Está bien, Capi, dejo el tema —dice Eme, poniendo las manos en alto en señal de derrota—. Pero si almuerzas comidas rápidas y cenas eso, al menos el desayuno debería ser algo más que un donut. Debes cuidar tu alimentación.

Edward sube una ceja mirando en mi dirección. Y yo bajo la mirada. Aunque no tengo porqué, por lo que cuadro los hombros, subo la cabeza y lo miro fijamente.

—No sé cocinar. Pero hasta ahora no me he muerto de hambre.

—¡Capi, si cuando mejor comes es cuando estamos de misión y no tenemos más remedio que comer de los ranchos que nos preparan!

—Bueno, no es una prioridad para mí el saber cocinar.

—No te preocupes, Capi, esta noche te preparo yo la cena.

—Por mí, perfecto. No me voy a quejar porque un hombretón se meta en mi cocina y me prepare algo rico de comer —digo, riendo.

Edward me mira, hasta ahora ha permanecido en silencio, solo roto por un comentario suelto. Peter llega y deja el desayuno de Eme encima de la mesa, al igual que un café para Edward y un plato con huevos revueltos, tortitas con sirope de chocolate, tocino, y un bol con yogur y cereales. ¡Ya estoy harta solo con verlos comer!

Durante un rato, se dedican a engullir sus desayunos sin hablar. Yo ya me he terminado el mío, por lo que cojo el móvil y reviso el correo; miro el WhatsApp y veo como entra un oficial en la cantina, le dice algo al oído a Peter, este asiente y el oficial, del que me suena su cara, entra por una puerta que hay detrás de la barra. Deduzco que es el despacho, porque la puerta de la cocina está al otro lado. Edward se da cuenta de lo que estoy observando, gira la cara, mira hacia donde lo hago yo, y vuelve para mirarme fijamente. ¿Qué estará pensando?

—A partir de ahora voy a tener que dedicarme a prepararte los

almuerzos, ¿no? — ¿Estará intentando desviar mi atención?

—No tienes porqué, lo nuestro es inviable. Además, no sé qué cojones haces aquí ahora mismo, cuando el jueves quedamos en que no había nada nuestro porque soy hija de quien soy. Según pude comprender, el valiente teniente coronel tiene miedo del gran capitán general. O quedamos en que nos íbamos a ver a escondidas. Es que no lo tengo demasiado claro.

—¿Enfadada por ello? Porque te marchaste muy rápido.

Sí, vale. Me marché corriendo, pero no fue por lo que él cree, que también, sino porque me di cuenta de que precisamente me tengo que enamorar del «malo de la peli». ¡Que también es mala suerte! Espera, espera, ¿He dicho *enamorar*? No, «enamorar» no. «Gustar», quizás, porque el tío está que cruje. Pero de ahí a enamorarme, no. Yo no soy de las que se enamoran ni creen en el amor. Mira mis padres, divorciados. Casi el cincuenta por ciento de los matrimonios en EEUU terminan en divorcio, según las estadísticas. Yo creo más bien en parejas puntuales con las que pasarlo bien. Pueden durar más o menos, pero, al final, todo se termina. O eso es lo que pensaba, pero cuando veo y vivo de cerca la relación de Eli y Taylor, también siento una extraña punzada de envidia. Pero claro, lo dicho, que creo todo tiene un final. Así no tienes que verlo haciendo sus necesidades en el cuarto de baño, ni soportar que se meen fuera del wáter o lavarles los calzoncillos. Que lo hagan ellos. Ni cocinarles, al fin y al cabo, yo no cocino ni para mí, así que no creo que le cocinara a nadie. La cuestión es que no estoy enamorada. El amor me encanta en los libros. En la vida real es una mierda. Los problemas diarios propios de la convivencia matan el amor poco a poco. Creo que se hacen patente esas pequeñas imperfecciones de la otra persona. Al final, terminas por magnificar esas insignificancias, provocando obstáculos insalvables. Con Edward, creo que no me pasaría, porque, hasta incluso viéndole alguna imperfección, esa sonrisa suya, esa manera despreocupada de llevar las cosas, ese alma libre, haría que me acostase por las noches... Vamos, que mejor me compro un consolador y tengo relaciones esporádicas. Y cuando termino, tengo toda la cama para mí sola. Aunque no veo a Edward de esa forma y, lo mismo que me ocurre a mí, le puedo ocurrir al resto de chicas con sus parejas. ¡Mierda, si es que... creo que me estoy enamorando y todo! Lo que yo digo, no me entiendo ni yo misma.

Por lo tanto, lo único que me ha quedado claro es que, respecto a Edward, no tengo nada... claro. Y está consiguiendo que me replantee todo.

Salgo de mis elucubraciones particulares y le contesto.

—¿Yoooo? ¿Enfadada? Qué poco me conoces. Si me conocieras lo más mínimo, sabrías que yo no soy de las que se enamoran. No te preocupes, no soy de las que piden amor eterno después del primer polvo.

—Si lo hubiésemos echado..., pero te recuerdo que aún no tengo el placer de saber que se siente estando dentro de ti.

Dicho esto, se levanta, me guiña un ojo y se marcha. ¡Será *mamonazo*, el tío! Pero no me pasa por alto que entra por la misma puerta por la que ha entrado el oficial hace unos instantes. Mi amigo por poco se atraganta con el resto del café que se está tomando, partiéndose de la risa. Lo miro mal, levanta las manos en señal de rendición y se calla.

Eme, que ha terminado con su desayuno, va a pagar, pero Peter nos dice que la nota corre a cuenta de la casa, que los amigos de Edward son amigos suyos. ¡Sí, claro, pues dime quién tiene acceso al teléfono fijo, aparte de Edward, para poder esclarecer el tema!

Nos levantamos y nos marchamos. Vamos a casa, donde deja sus bártulos y nos dirigimos a mi despacho. En su mesa se encuentra Gloria, como siempre.

—¿Qué tal, Rebeca?

—Gloria, te presento a mi amigo Eme, es el chico del que tanto te he hablado.

Ambos se dan la mano, mientras se miran fijamente a los ojos. Observo como a Gloria se le enrojecen las mejillas y agacha un poco la mirada. La sonrisa de Eme se amplía y se ilumina. ¡Ups, aquí hay tema! Comienzan a charlar sobre el tiempo y cosas sin importancia, de la base; de los entrenamientos, del trabajo y de deportes, mientras yo voy rebuscando entre mis papeles los folletos de los lugares donde podemos ir para practicar escalada este fin de semana. Recuerdo la buena escalada que practiqué en California con Edward y los recuerdos me traen nostalgia, porque, a pesar de que creo de que no estoy enamorada de él y de que no quiero mantener una relación seria, sí me hubiese gustado conocerlo más profundamente. Al menos, darnos la oportunidad. Y echar un polvo, porque cada día que pasa me cuesta más trabajo mantener las manos alejadas de él. Además de que es una persona divertida que siempre me saca una sonrisa. Lo que voy conociendo de él a través de sus mensajes nocturnos, cada día me gusta más; y si es sin camiseta, mejor.

De repente, escucho como Eme invita a Gloria a practicar deporte con

nosotros. No me enfado por ello, pero un pelín sí me molesta, porque era algo nuestro. Aunque no sería la primera vez que me deja tirada por una tía. La última vez que lo hizo fue en California y yo me fui a escalar con Edward, un completo desconocido, aunque luego resultara una de las escaladas más excitantes de mi vida.

—Si a Rebeca no le importa, estaré encantada de ir.

—¿Y por qué tiene que importarme? —le contesto, aunque en el fondo me gusta la deferencia que ha tenido hacia mí. Gloria es una chica que me divierte mucho, es trabajadora y tiene casi las mismas aficiones que yo. Somos muy parecidas.

—Podrías querer estar con él a solas, ya que hace algún tiempo que no os veis.

Me contesta con un suave tono de voz, casi como si estuviera avergonzada. La miro, niego con la cabeza y le digo que, por supuesto, no me molesta.

Cuando por fin encuentro los folletos que estaba buscando, se los muestro a Eme que los estudia detenidamente. Eme se toma muy en serio nuestras salidas a practicar deporte y siempre estudia con detalle cada lugar al que vamos.

En esta ocasión, propongo ir a la montaña de Dunderberg. No es muy alta ni es una montaña demasiado dura y angosta para hacer una escalada de alto riesgo, pero sí se puede hacer senderismo y disfrutar de unas vistas maravillosas. Tampoco queríamos ir demasiado lejos.

Eme asiente satisfecho. ¡Nos vamos de acampada! ¡Ya volveremos mañana! Quedamos con Gloria un par de horas más tarde, ya que debemos hacer las mochilas y preparar las cosas. De camino a casa, nos volvemos a encontrar con Edward... ¡Con lo grande que es la base!

—Buenas. ¡Otra vez nos encontramos! —me dice con esa sonrisa tan bonita y esos ojos claros que parecen que brillan cuando me miran.

—¡Sí, qué casualidad! —le respondo con ironía. Me tengo que centrar. Rebeca, imagínatelo con la barriga cervecera, la baba cayéndole y sin atinar en el wáter y no te centres en su cuerpo musculoso y con una capa fina de sudor cuando hace ejercicio. Me mira y sonrío otra vez.

—¿Adónde vais con tanta prisa? ¿Le vas a preparar el almuerzo? —le pregunta a Eme en tono de enfado. ¿Enfadado?

—Negativo. Vamos a Dunderberg a practicar senderismo. ¿Te apuntas?

También viene Gloria, la asistente de Rebeca. Estamos a punto de salir. Si quieres, te esperamos. Regresamos mañana, así que tampoco necesitas llevar mucho. Solo vamos nosotros cuatro, gente de la más absoluta confianza.

—Esperadme. ¡Tardo quince minutos! —Echa a correr sin dar ninguna otra explicación.

Cuando veo que se aleja lo suficiente, me vuelvo hacia Eme y, con las manos en la cintura, le grito:

—¿Por qué coño lo has invitado?!

—¿Porque ese quiere arrimarte la cebolleta!

—¿Y tú se la quieres arrimar a Gloria!

Y dicho esto, se ríe. Se queda tan pancho y se ríe. ¡No me lo puedo creer! Es algo que escapa a mi lógica. Totalmente frustrada, me vuelvo, me monto en mi coche y nos dirigimos a mi casa para hacer las mochilas.

Llevo dos tiendas de campaña; además, cada uno llevará su saco de dormir. El mío es de matrimonio, no porque crea que dormiré con él, sino porque siempre me ha gustado moverme mucho cuando duermo. Decidimos que por el camino compraremos provisiones y agua; tampoco necesitamos tanto. El objetivo es practicar senderismo y disfrutar al aire libre de la naturaleza. Respirar aire puro.

—No me lo has negado —le afirmo a Eme, una vez que estamos esperando en el punto de encuentro.

—No, no te lo he negado porque es verdad. Gloria está muy buena y me gustaría echarle un polvo. Para qué negarlo. —Me mira y se encoje de hombros, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón corto que lleva. Mira al suelo y veo algo distinto en él—. Pero tú tampoco has negado que quiere arrimarte la cebolleta. Y está celoso de mí. Por eso viene. Ha movido ficha. —Vale, ha vuelto el Eme de siempre.

—No, no te lo he negado, porque él quiere arrimarme la cebolleta, pero es complicado. Es mi teniente coronel, además de estar prohibido y lo sabes... Ha conocido a papá. —Obvio a conciencia el hecho de que esté celoso. No es posible que esté celoso de Eme, ¿no? No, imposible. Eso se lo ha inventado Eme.

—¡Ups, pues lo llevas jodido!

—Ya ves.

En ese momento, vemos como llega Edward. Guapísimo a muerte, con unas gafas Ray-Ban de aviador que le quedan... ¡Madre del amor hermoso! Al

final muero de combustión espontánea y todo. Este fin de semana va a ser una tortura. Se acerca hasta nosotros con una mochila de escalar colgada sobre sus hombros que parece vacía, porque la lleva como si no pesara nada. Viste unas bermudas de color café, con las botas de escalar negras y una camiseta negra de cuello de pico, que hace que se le insinúe parte de su perfecto pecho. Sí, definitivamente, va a ser un fin de semana muy largo. Edward parece pensar lo mismo por el repaso que ahora me está dando. Parezco una chocolatina en un escaparate frente a la puerta de un colegio. Yo no soy muy dada a vestir bien o arreglarme. Pero hay que decir que, desde que estoy aquí, me afeito las piernas y axilas todos los días. No voy a depilarme porque por aquí cerca no hay ningún centro, debo salir de la base y, en las últimas semanas, excepto para quedar con Edward, no he salido de ella. Llevo un pantalón corto color caqui, una camiseta básica de tirantes y una chaqueta fina, también color caqui, pero apropiada para hacer senderismo, transpirable y esas cosas; unas Suetar, botas de montañas militares de cuero gordo, y que me encantan porque son súper cómodas, en color marrón claro. Me he puesto un montón de protección solar y también llevo unas gafas oscuras que permiten poder recrearme en las vistas que tengo delante sin ser descubierta.

En ese momento llega también Gloria y juro haber escuchado como se le corta la respiración a mi Eme. Y en ese momento todo desaparece a su alrededor. Solo tiene ojos para ella. Lo sé porque ahora mismo Edward le está hablando y no le hace ni caso. Apoyo la mano en el brazo de Edward que me mira y niego levemente con la cabeza y después señalo en dirección a Gloria. Edward mira la escena, dirige su atención hacia mí y sube una ceja a modo de interrogación.

—Y así acabamos de presenciar cómo un mujeriego del calibre de Eme se pilla por una chica.

Nos reímos los dos a carcajadas. Y Eme no se da cuenta. Creo que se ha pillado por ella. Solo tiene ojos para Gloria. Cuando llega a nuestra altura, nos saluda a todos, pero su sonrisa se amplía cuando mira a Eme. Aunque enseguida baja la mirada y se ruboriza. Gloria es estupenda, pero me parece que se está pillando por el chico equivocado porque, aunque ella diga que no es de las mujeres que se casan, que no creen en el amor, estos dos van a terminar haciéndose daño. Y no me gustaría, ya que estoy entre los dos. Eme es mi mejor amigo. Una persona que me conoce lo suficiente como para no molestarle los múltiples defectos que tengo, que me hace reír cuando estoy de

bajón o que, después de una misión un tanto complicada, es mi cómplice y sabe qué decirme o cómo actuar para que todas las mierdas que hemos visto a lo largo de estos años no causen estragos en nosotros. Es un pilar fundamental en mi vida.

Gloria, por su parte, se está convirtiendo poco a poco en esa amiga que nunca he tenido. Es muy parecida a mí en muchos aspectos. Es jovial, alegre, divertida y muy consciente de lo que significa su carrera militar. No quiere renunciar a ella por nada del mundo. Es una chica que tiene las ideas muy claras. También bebe como si no hubiese un mañana y le encantan las birras y las pizzas. Pasa tanto de la moda como yo. Es eficiente en su trabajo y, por ello, se ha convertido en mi mano derecha, ganándose a pulso mi total confianza. Si esta historia sale mal, no solo van a terminar perjudicados ellos.

Edward, me da un toque en el brazo que hace que salga de mis elucubraciones particulares para oír como planean cosas tan nimias como dónde parar para hacer la compra o cómo nos repartimos en el coche de Eme.

—Mejor yo voy en el asiento delantero y ellas dos en la parte trasera. Así puedo hacerte de guía. Me conozco bastante bien el camino —contesta Edward, ofreciendo su ayuda, ya que lleva más tiempo en esta zona que nosotros.

Eme tiene un coche espectacular, aunque yo no entienda mucho de esas cosas. Es un Ford Mustang del 67 en rojo, con la capota en blanco y dos líneas blancas que cruzan todo el capó. Es la niña de sus ojos, su belleza andante, su Betty Boop. Se pasa horas y horas restaurando su belleza. Lo mimaba y lo cuida como si fuese una niña pequeña. Lo último que le instaló fue un sistema de sonido que según todos los chicos es la hostia de bueno.

—Sí, así toqueteas todos los botones que te apetezca —le comenta, como si nada, una sonriente Gloria—. Nosotras nos quedamos detrás, hablando de cosas de chicas. Son tan predecibles los hombres... —Ambas nos reímos cómplices mientras me guiña un ojo. Cosas de chicas, poco.

—El botón que quiere apretar este es otro —dice Eme, mientras señala a Edward—. Y Rebeca, hablar de cosas de chicas... no. No me la imagino, la verdad. Aunque es un poco... como diría yo... bruta, en el fondo es una chica que está acostumbrada a vivir en un mundo de hombres y tener que lidiar con ellos. A base de caer, ha aprendido a no dejarse influenciar o que tomen decisiones por ella y, aunque pueda parecer más burra que un *arao*, te puedo asegurar que siempre sabe estar a la altura, aunque nos metamos con ella. Le

gusta mucho el cachondeo. Solo que, con el paso de los años, ha tenido que forjar una coraza. Y aparenta que solo le falta sacársela para mear. —Joder con el discurso. Se nota a la legua que es mi mejor amigo. Pero me siento un poco... vulnerable. Eme ríe para destensar el ambiente y todos nos unimos a sus risas. Cómo me conoce, el tío.

—Pues te puedo asegurar que es una mujer y que no tiene esa cosa colgando entre sus fantásticas piernas.

—Veis, lo que yo os diga, este le tiene ganas.

¿Dónde ha quedado lo de que «nuestra relación es inviable o lo de escondernos»? Y ahora suelta esto aquí, delante de Gloria. A discreto no le gana nadie.

En un momento que nos quedamos solos, le agarro el brazo para que no se meta aún en el coche.

—¿Cómo dices un comentario así delante de Gloria? ¿Dónde ha quedado eso de que no podemos mantener una «relación» que no sea estrictamente profesional? —le recrimino entre susurros, remarcando la palabra relación entrecomillada con mis dedos.

Me mira y sonrío. Después de un rato pensando, se decide a contestar.

—He decidido pasar de eso. Mandarlo a la mierda y disfrutar contigo. Además, Eme es un buen amigo tuyo y con Gloria tienes confianza. Se nota a leguas. No dirán nada. Además, Eme ha dicho antes que solo éramos nosotros cuatro, personas de la más estricta confianza.

Dicho eso, me da un leve beso en los labios, me guiña un ojo, y se mete en el coche sin darme oportunidad de replicar. Todos hacemos lo mismo y emprendemos la marcha hacia un fin de semana que, me da a mí, va a ser espectacular. El senderismo y las vistas, también. Durante todo el trayecto bromeamos y estamos de buen humor; con buena música de grupos como Guns N' Roses. A mí casi se me ha olvidado que Edward es el principal sospechoso de mi investigación, pero, como he dicho antes, quiero olvidarlo este fin de semana. El lunes volveré a comenzar con la investigación, a distanciarme de él y tratarlo tal y como se merece. Pero una licencia me voy a tomar. Lo voy a poner en cuarentena.

Treinta y cinco minutos más tarde, paramos en el aparcamiento de un supermercado para comprar las provisiones. Tan solo quedan unos veinte minutos más y llegaremos a nuestro destino. Cruzamos las puertas con el carrito y directamente me voy hacia el pasillo de las bebidas. Sí, alcohólicas.

Para cuando acampemos de noche y tengamos que paliar el frío. Cojo una botella de ron y la meto en el carro. Eme me mira, me guiña un ojo y se ríe. Ya me conoce, por lo que no se sorprende de lo que acabo de hacer.

Tras pasar por los pasillos y comprar frutos secos, barritas energéticas, algunas piezas de frutas, varias botellas de agua y bocadillos vegetales de lechuga, tomate y atún para la noche, salimos preparados para realizar el camino.

Tras llegar y dejar el coche en el aparcamiento del parque natural al que vamos, comenzamos a andar para dirigirnos a la ruta. Edward se pone a mi lado mientras nos ayudamos con los bastones. Ver a Edward utilizarlos es todo un espectáculo, ya que se le marcan más los bíceps y tríceps, si eso es posible. Durante la siguiente hora, todos vamos concentrados en lo que hacemos; en disfrutar del paisaje..., también del natural. Es espectacular el silencio que hay aquí, tan solo roto por el sonido de las aves y la suave brisa silbando entre los árboles. El silencio es algo que siempre disfruto cuando estoy en plena naturaleza, ya que en Nueva York, la ciudad que nunca duerme, el bullicio siempre es constante. Por lo tanto, es algo que siempre busco; la paz que te proporciona la naturaleza y sus suaves interrupciones.

No sé cómo hemos terminado así, pero la cuestión es que delante de nosotros van Eme y Gloria. Hablan sobre la base y las misiones en las que hemos estado. Eme es un hombre que no suele hablar mucho con las chicas con las que liga, simplemente se las lleva a la cama y el hecho de que hable tanto con Gloria, sabiendo que le gusta, es algo que llama mi atención de manera poderosa.

Llegamos a un pequeño río y decidimos hacer un descanso. Es la hora de almorzar, así que cogemos las barritas energéticas y las comemos dando pequeños bocados. Aprovechamos para hidratarnos y, como hay una fuente de agua natural, recargamos las cantimploras. Tras ese breve receso, volvemos al camino. El senderismo es un deporte que me gusta disfrutar admirando los paisajes, las diferentes variedades del follaje que nos encontramos por el camino. Esta ruta dura, aproximadamente, cuatro horas y la vamos a combinar con otra para ver las ruinas de un túnel sin terminar. Según Edward, son dos rutas medias que, en un principio, no deben suponernos problema alguno. El camino es rocoso, por lo que, además, debemos subir y bajar por las rocas y sortear las ramas de los árboles. Edward en todo momento está pendiente de mí, aunque no haga falta y ya le ha quedado más que claro que no necesito

ayuda. Pero creo que en el fondo es una manera de intentar tocarme y cada vez que lo hace a mí me pone frenética y se me eriza todo el vello de la piel.

—Aquí podemos acampar y esperar a que amanezca para hacer la siguiente ruta. ¿Qué opináis? —pregunta Eme.

—Por mí bien. Estoy agotada y me gustaría descansar —contesta Gloria con su eterna sonrisa en los labios.

—Pues no se hable más. Montamos las tiendas de campaña y buscamos leña para hacer una hoguera ¿Qué os parece?

Todos estamos de acuerdo con el plan, así que nos deshacemos de las mochilas, las dejamos a un lado y durante un rato nos dedicamos en silencio a montar las tiendas, hasta que Eme, con las bromas, la monta mal, provocando las carcajadas de Gloria. Edward y yo hemos montado una de ellas en un momento, sincronizándonos de maravilla. Aunque debo reconocer que me quedo embobada con el movimiento de sus brazos y con su fuerte cuello que queda más expuesto por lo corto que lleva el pelo. Sus fantásticos ojos se clavan en mí una y otra vez y tengo la sensación de que siempre sabe en todo momento donde me ubico. Es tan guapo que duele tan solo de mirarlo. Una de las veces que me pilla embobada, me guiña un ojo y me sonrío de esa forma tan especial que tiene.

—Deja que te ayude. ¡Al final, vas a necesitar un hombre que te monte la tienda! —le dice Edward a Eme una vez que hemos terminado de montar la nuestra.

Todos nos reímos, menos Eme, pero no puede evitar imitarnos...

—Capi, ¿tú también te ríes? Que sepas que quien ríe el último, ríe mejor. —En realidad, no está enfadado, simplemente nos sigue el juego.

Una vez que hemos terminado de montar las tiendas, ya en condiciones, echamos a suertes quién va en busca de la leña porque aunque, en un principio, se autoproclamaron ellos la tarea, a mí no me hizo ni pizca de gracia. Como ellos son hombres, la leña y nosotras, ¿qué? ¿La comida?

—Capi, no hay nada que preparar de cena. Solo son bocatas. ¡Así que vosotras no os quedáis aquí con la ardua tarea de preparar la cena a vuestros hombres! ¡Que a feminista no te gana nadie, *capulla*! Y simplemente lo hemos dicho porque Gloria se sentía un poco cansada, que no todo el mundo es Superwoman como tú. ¡Pobre del hombre que se case con ella!

—¡Eh, capullo! ¿Quién te ha dicho que tengo que casarme? ¡El de los bodorrios es Taylor, no yo! Te lo recuerdo por si lo olvidas.

—Eso será porque aún no has estado con ese hombre que, tan solo acercarse a ti, y hablarte al oído, haga que se te erice toda la piel. —Edward se acerca a mí y, acariciando con sus labios mi mejilla, me dice al oído—. Porque ese hombre aún no se ha propuesto que, estando enterrado dentro ti, vuelva tu mundo al revés. Porque cuando llegue ese día, te aseguro, Reb, que no querrás dejarlo escapar.

Me quedo sin palabras. Simplemente me he olvidado respirar. Cuando me ha llamado «Reb» con ese tono de voz ronco, recordando aquella maravillosa, espectacular e inolvidable escalada, el mundo exterior se ha desdibujado..., solo hay espacio para Edward.

—Respira, Reb —me susurra al oído, mientras acaricia mis dedos con la yema de los suyos.

Carraspeo para salir del trance en el que he entrado o lo meto ahora mismo en la tienda para terminar lo que no hemos hecho hasta ahora, es decir, follar como descosidos como si no hubiese un mañana.

Como necesito airear un poco los sentimientos que ahora mismo se me arremolinan en la garganta y me suben y bajan por el pecho, provocando que se me aceleren los latidos, asiento como puedo para que ellos vayan a recoger la leña. Se marchan y, tras perderlos de vista, Gloria, que ha estado sentada en una roca todo este tiempo, me mira y me señala para que me siente con ella. Yo cojo la botella de agua de mi mochila y me acerco a ella con cierto resquemor mientras bebo un largo trago. Ya la voy conociendo.

—Me parece que aquí hay tema. No me lo niegues. Ya lo he visto en la base, pero nunca te he dicho nada. Así que, ahora que somos amigas, me lo vas a contar todo.

—¿Y qué hay contigo y con Eme? —Gloria se ruboriza, negando con la cabeza.

—Nada. No hay nada. Pero me gusta. ¡Por Dios, si está como un quesito! Y tiene una sonrisa muy bonita.

—Gloria, no te quiero desilusionar, pero Eme no es un hombre que se comprometa. Huye del compromiso tanto o más que yo. No es de los que se casan.

—Joder, yo tampoco. Ya lo sabes. Pero tiene un *polvazo*, no me lo niegues. Con lo bueno que está y lo unidos que estáis, ¿nunca os habéis acostado?

—Nunca.

—Pues no lo entiendo.

—Puaj, Eme es como si fuese mi hermano. Hemos dormido muchas noches juntos, hemos ido a infinidad de lugares, de misiones y hemos compartido millones de risas delante de unas birras, pero nunca nos hemos atraído en ese sentido. Si es lo que te preocupa, por mí, puedes estar tranquila.

—Si tú lo dices...

Gloria baja la cara, se queda callada y se sonroja. Tras varios minutos calladas, metemos las mochilas en las tiendas. Decidimos que nosotras dormiremos juntas en una, mientras que ellos dos en la otra. Tras unos minutos más, Eme y Edward llegan cargando ramas. Edward me pide que le ayude a traer más leña, mientras Eme se encarga de hacer el fuego. Nos dirigimos fuera del pequeño descampado donde hemos acampado. Vamos callados y Edward lleva las manos en los bolsillos. No sé en qué momento se pone a mi altura, me agarra del brazo suavemente mientras me lleva hacia la derecha, dejando mi espalda apoyada en el tronco de un árbol y acerca sus labios carnosos, sensuales y exquisitos a mi boca; mientras me sonrío, alza las manos a mi nuca, se acerca y me besa como si no hubiese un mañana.

Capítulo 8

La respiración se me corta y el mundo desaparece a mi alrededor. Es tremenda la habilidad que tiene Edward para dejarme *KO* con un simple beso. Sus manos viajan desde mi nuca a mi espalda, acercándose más, si eso es posible. Acaricia mis costados, hasta llegar a mis nalgas, apretándolas y dedicándoles suaves caricias por encima de la tela del pantalón.

Yo, a su vez, bajo mis manos hasta su enorme y fuerte espalda poco a poco, acariciándolo por encima de la tela, sin prisas, hasta que logro llegar a la cinturilla de sus pantalones y vuelvo a hacer el mismo recorrido, esta vez por dentro de la camiseta. Noto como se estremece ante mi contacto, mientras sus labios acarician mis mejillas y absorbemos nuestros jadeos con los besos. Los suaves y lentos toques contrastan con la pasión de los besos, desesperados y húmedos. Su lengua recorre mis labios tras un mordisco en ellos. Pronto vuelve a estrecharme para mostrarme su dureza, sus ganas...

—*Par Dieu, Reb, vous êtes tout ce que j'ai toujours rêvé et rêvé ... soyez assuré que je ne vous laisserai jamais échapper*^[2].

—Joder, ¡cómo me gusta que me hables en francés!

—*J'ai remarqué à quel point cela vous excite quand je vous parle dans ma langue. J'adore te voir ainsi délivré.*^[3]

No sé qué me ha dicho, pero cuando me habla de esa forma me pone cardíaca. He descubierto que cuando él me habla en francés, me pone como una moto. Bueno, en general, el mundo se me desdibuja por completo cuando

está a mi lado. Sus labios bajan por mi cuello, se paran en el lóbulo; lo besa, mordisquea, lame como si fuera el mejor manjar que haya probado en su vida. En ese momento, no queremos saber nada de nuestro alrededor... De repente, que escuchamos un grito que nos pone en alerta y a él sacar su Glock 45 (que no sé bien dónde llevaba escondida). Rápidamente saco mi Mouse Gun que llevo siempre en el tobillo. Esto de llevar las botas militares es la caña. La cuestión es que los dos hemos reaccionado de la misma manera. Estamos alerta y miramos a ambos lados. Ponemos espalda contra espalda, de esta forma nos protegemos, y despacio vamos dando pequeños pasos laterales mientras no perdemos detalle de lo que pasa a nuestro alrededor, sin dejar de apuntar con nuestras armas al frente. Estamos en un estado de tensión.

Volvemos a escuchar el grito, esta vez distingo claramente de donde proviene; de la zona de acampada y es Gloria quien grita. Nos miramos y, sin decir nada, nos hemos entendido a la perfección. Salimos corriendo hacia la zona del grito.

La imagen que se muestra ante nuestros ojos no es, ni mucho menos, la esperada. Eme está frente a una serpiente cascabel, lleva el torso desnudo y, en su mano, una cuerda con una azada en la punta para poder cazarla. Sus músculos están en tensión. La serpiente está frente a Gloria, la está acechando, estudiando, y ella tiene la cara blanca. Con movimientos lentos, Edward se acerca por un lado, mientras yo me acerco por el otro, cojo de mi mochila sigilosamente un saco de tela, donde llevo la ropa interior, para meter a la serpiente, y tirarla a lo lejos en caso de cazarla.

Pronto, estamos los tres rodeando al dichoso bicho (que mira que son feos y traicioneros) y, con un rápido movimiento de muñeca, Eme logra cazar al reptil, colocándole la lazada alrededor del cuello y apretándolo. Rápidamente abro la bolsa de tela, la introduce y corre lo más rápido posible para alejarlo lo máximo de nuestra zona.

Gloria comienza a llorar y a temblar como una hoja en medio de una tormenta. Corro hacia ella y la abrazo para que sepa que no está sola. La siento en la roca, aunque es reticente, ya que mira hacia todos los lados pensando que, quizás, haya otro. Intento tranquilizarla. Estrecho a Gloria entre mis brazos, mientras que, poco a poco, el hipo y los sollozos se alargan en el tiempo. Edward ha presenciado toda la escena en el más absoluto silencio. Como puedo, la separo un poco de mí y guardo mi pequeña arma en su escondite. Gloria me mira y sonrío por primera vez en un buen rato.

—¿Siempre vas armada? —me pregunta. Creo que ahora mismo quiere desviar el tema para no acordarse de la dichosa serpiente.

—Nunca se sabe —le contesto, mientras le guiño un ojo.

En realidad, no es nada atípico encontrarse serpientes, osos, o algún que otro animal potencialmente peligroso por las montañas de Estados Unidos. Es algo con lo que Eme y yo nos hemos topado a lo largo de los años. De momento, siempre hemos sabido reaccionar bien y salir airosos de la situación.

—¿Estás más tranquila? Por aquí es normal encontrarse con animales de este tipo. No te preocupes porque Eme está más que acostumbrado, al igual que yo, a lidiar con estas situaciones —le comento en un tono de voz que intenta ser lo más tranquilizador posible.

—Eh. ¡Te recuerdo, comandante, que yo también estoy de lo más acostumbrado a lidiar con fieras!

Ambas carcajamos mientras Edward y yo nos miramos y sabemos que hemos cumplido nuestro objetivo. Hacerle olvidar el mal trago.

—Sí, pero las fieras con las que tú estás acostumbrado a lidiar son pacíficas en la naturaleza y fieras en la cama. No quiero ni pensar con la clase de mujeres con las que te has acostado.

—¿Te pone celosa, comandante?

—Para nada, teniente coronel.

—¡Listo! Ya la he soltado lo más lejos posible. Ahora estará desorientada, por lo que no creo que regrese.

Eme ha llegado corriendo. Se acerca a Gloria y la abraza, dándole pequeños besos en la mejilla y en la nuca. Los dos se quedan sentados en la roca, abrazados. Eme tiene el semblante serio, mientras Gloria parece que recupera el rubor de sus mejillas. Edward y yo los miramos hasta que, con una señal de mi cabeza, nos alejamos.

—Deberíamos empezar a encender el fuego y recoger más leña. La noche se está echando encima.

—De acuerdo. Vamos a encenderlo y después la leña —me dice, mientras que se acerca a mi oído y me susurra—. Pero esta noche no te libras, Reb.

Sonrío al mirarlo, me alejo para coger aire y encender el otro fuego..., porque el de mis piernas lo acaba de avivar con tan solo llamarme «Reb».

Edward me sigue a paso ligero y se coloca a mi lado con el mechero, mientras que yo recojo algo de hojas secas para que sea más fácil la tarea.

Después de eso, damos un paseo mientras recogemos más leña. Hemos puesto una barrera de tierra alrededor del fuego para que no haya peligro. He traído bolsitas de té y tenemos un pequeño cazo en el que vamos a hervir agua y, así, poder tomarlo esta noche; aunque, cuando la temperatura descienda, nos hará falta algo más que té para entrar en calor. Eso es lo que tienen estas montañas; que, aunque estemos en verano, la temperatura durante el día es muy buena, pero por la noche hace mucho frío.

Estamos alrededor del fuego, hemos hervido agua para hacer el té y nos lo estamos tomando tranquilamente alrededor del fuego. Eme no se ha separado de Gloria desde que pasó el episodio de la serpiente y Edward siempre está a mi lado, cosa que, aunque no necesito, me alivia, porque estoy comenzando a agradecer el calor que me produce su compañía. Eme siempre está rozando a Gloria, dándole la mano, besándola en el cuello o con suaves caricias sobre su pierna. Intenta calmarla, infundirle valor, pero a la vez, la está seduciendo. Lo he visto demasiadas veces en acción como para no saberlo. Ella simplemente se deja hacer con una enorme sonrisa en los labios.

Una hora después de charla sin importancia, de momentos de risas compartidas e incluso de cantar alrededor de la hoguera en plan broma, rememorando viejas anécdotas y canciones antiguas, llega el momento de dormir. La primera en retirarse es Gloria que alega, además de cansada por toda la ruta que hemos andado hoy, estar agotada por las emociones fuertes vividas durante el día. No hace alusión directa al episodio del reptil, pero sí lo deja caer sin más. Aunque Gloria es militar como nosotros, siempre ha ejercido trabajos en la base, no ha estado en peligro ni en misiones. No es que sea una persona que se asuste fácilmente, simplemente, no está tan acostumbrada como nosotros. Ella aún es joven y no ha tenido la oportunidad de ir al frente. Eme se apresura a meterse en la tienda con ella, justificando que así se sentirá más protegida y podrá descansar mejor. Le hago una clara advertencia con mi mirada, pero Eme se limita a encogerse de hombros y hacer lo que le sale de los cojones. Como siempre.

Edward y yo nos quedamos mirando el fuego en silencio durante un rato. Estoy un poco nerviosa, aunque no debería. En peores situaciones me he visto. Pero esta vez es diferente; Edward es diferente en muchos sentidos. Aunque tampoco puedo olvidar la investigación que estoy realizando. Sacudo la cabeza para sacar esas ideas de ella. Este fin de semana me olvido de todo.

De repente y casi sin verlo, Edward se acerca a mí, me da la mano, me

levanta del suelo y me ofrece una flor amarilla preciosa. Tiene unos delicados pétalos grandes y, de una misma rama, salen tres flores. El centro está compuesto por pétalos más pequeños, más suaves, en un tono rosáceo pálido.

—Esta flor me recuerda a ti. Es muy típica en estas montañas. Aunque parezcan delicadas, son resistentes, que no duras. Unas sobrevivientes en un mundo que no es, ni mucho menos, propicio para su delicadeza. Así te veo yo, Reb, fuerte por entro y delicada en apariencia por fuera.

Sus palabras, en un tono de voz que apenas es un susurro, junto a mi oído, acariciando con su aliento mi cuello, ofreciéndome la flor..., hace que todas mis defensas terminen por caer. De mi boca sale un gemido que aunque intente retener me es imposible hacerlo. Poco a poco nos acercamos, nos miramos fijamente a los ojos. En ellos veo el deseo, pero también la determinación y la ternura y algo más que no sé ahora mismo identificar.

Ambos estamos expectantes. No logramos terminar de dar el paso. Edward se acerca y, con sus labios, recorre mis mejillas en una suave caricia hasta llegar a los míos. Tenemos los labios pegados casi en un roce y las respiraciones de ambos están agitadas. Sus manos viajan hasta las mías entrecruzando los dedos. Son suaves; más de lo que recordaba. Al fin, logro dar el paso y me acerco más, si eso es posible. Lo beso. Me besa. Nos besamos como si el tiempo se nos agotara. Con necesidad. No es un beso suave, pero tampoco es un beso sexual. Con él nos recordamos las ansias que tenemos el uno del otro. Las noches de recuerdos, las veces que nos hemos visto por los pasillos de la base y no hemos podido acercarnos. Las veces que un simple roce de nuestros dedos al entregarnos algún documento producía que se nos erizara la piel. Un beso húmedo, sensual, lento, de los que se disfrutan y se recuerdan siempre. Un nuevo recuerdo para torturarme cada noche.

Lentamente separa nuestras manos y lleva las suyas hasta mi cintura. En un rápido movimiento, me coloca encima de él, abrazándome, como si quisiera con ese abrazo estar más pegados de lo que en realidad podamos estar. Noto su excitación a través de la suave tela de nuestros pantalones.

El cielo estrellado ilumina nuestros rostros lo suficiente como para poder adivinar nuestra necesidad y deseo. Lo suficiente para poder ver esa sonrisa arrolladora. Lo justo para contemplar en su rostro la excitación del momento entremezclada con la ternura. La necesidad de saciarse de mí carnalmente, con el ansia viva de llegar a mi alma. Todo ello es lo que veo reflejado en sus ojos con la luz de la luna y el cielo estrellado. Y lo sé, porque es justamente lo que

él podrá ver reflejado en los míos. Pronto un amasijo de piernas, labios, brazos hacen que poco a poco nuestras ropas vayan desapareciendo hasta que nuestros cuerpos y nuestras almas quedan al descubierto ante el otro.

Edward me tumba sobre la alfombra de hierba fresca que tenemos a nuestros pies, y con su lengua va adorando cada rincón de mi cuerpo, provocándome una fina capa, además de sudor, de su saliva. A pesar del frío, no lo sentimos por la excitación del momento. Coge la flor amarilla que está a nuestro lado y la pasa por mi torso, provocando que mi piel se erice por el camino. Son demasiadas sensaciones juntas. Mis manos viajan por su fuerte y musculada espalda. Toco sus suaves cabellos de punta, recreándome con las sensaciones en la palma de mi mano. Edward no deja de mirarme a los ojos y sonreír como no lo he visto jamás. Una sonrisa preciosa que solo es mía y de nuestros momentos de intimidad.

Sonríe canalla mientras vuelve a centrar su atención en mi torso desnudo que, con suaves caricias, me provoca todo un tsunami de sensaciones. La fría temperatura contrasta con el calor interior que emana, provocando que mis pezones estén duros. Baja por mis mejillas, dejando el reguero de saliva a su paso hasta llegar a mis pechos, a los que, por fin, les da un poco de atención. Los chupa, los lame y los muerde como si fuese el manjar más exquisito de la tierra, mientras siento su excitación clavarse en mi pierna. Se mueve para mostrármela en un movimiento totalmente primario, buscando un roce, un momento de placer, un latigazo. Levanto mis caderas y lo provocho. Jadeamos en la boca del otro. De repente, se pone de pie, conmigo encima; enrolló mis piernas alrededor de su cintura y da unos pasos hasta llegar a un árbol donde apoya mi espalda. Se separa un poco de mis labios, me mira fijamente en una clara interrogación muda. Asiento levemente. No puedo ni deseo hacer otra cosa en estos momentos. Estoy tan excitada y, a la vez, necesitada de él, que creo que voy a morir como no me penetre de una vez por todas. Lentamente y sin dejar de mirarme a los ojos, por fin, se introduce en mí.

Nuestros jadeos, el sonido silencioso de la montaña, el eco de todos los ruidos entremezclados, el viento soplando, y todo lo que Edward me hace, provoca que estalle de mil maneras diferentes. Como si el universo se aliara con nosotros, comienza a caer en ese preciso instante, una ligera llovizna. El agua recorre nuestros sudorosos cuerpos, los empapa y nosotros ni siquiera nos damos cuenta.

—Más. Más

Es lo único que logro susurrar. Y ya es decir, porque este hombre me deje sin palabras.

—*Ma petite fleur délicate ... Dieu que tu es parfait. Parfait pour moi Je te souhaite et je t'aime tellement*^[4].

Y con tan solo volver a escucharlo hablar en francés, aunque no tenga ni la más remota idea de lo que ha dicho, estallo de nuevo en un orgasmo brutal que provoca, a su vez, que él llegue a la cumbre, derramándose en mi interior mientras nuestras miradas están ancladas la una en la otra, sin poder dejar de mirarnos ni un solo instante y decírnos con los ojos lo que ninguno de los dos se atreve con palabras. Simplemente perfecto.

Sonrío. Lo hago porque es lo único que puedo hacer en este momento. Estamos dentro de la tienda. Hemos repetido dos veces más, a cuál más maravillosa. Y ahora tengo la flor amarilla a mi lado, mientras la cabeza de Edward descansa en mi pecho, dormido con los latidos desbocados de mi corazón. ¡Ni cuando estoy en una misión me late de esta forma tan desaforada!

Casi ha amanecido y regresamos a casa en unas horas, las que me quedan para poder disfrutar de él, de su compañía, de hacerme reír, de su sonrisa canalla. De disfrutarlo por completo.

—Rebeca, sabes que cuando lleguemos a la base vamos a tener que disimular demasiado todo esto. No sé muy bien cómo lo vamos a hacer, pero no nos pueden ver juntos.

Esas palabras que, aunque yo sé muy bien que son ciertas y que yo misma me he permitido este pequeño desliz, me duelen demasiado. Sé que cuando volvamos todo va a cambiar. Tengo que seguir con la dichosa investigación que, en este momento, me pesa más que cualquier otra cosa en el mundo. Ojalá no estuviese investigando esto. ¡Ojalá solo fuésemos dos personas que se cruzan en el camino y se disfrutan sin más ambages! Pero no es nuestro caso. Primero, porque no sé si estoy enamorada. Porque no sé siquiera si creo en el amor, lo único que sé es que, cada vez que estoy con Edward, tengo una ilusión nueva y a su lado me siento cómoda y unas dichas mariposas se instalan en mi estómago cada vez que lo veo o está cerca de mí.

Tras recoger todo, seguimos nuestra ruta marcada para hoy. Gloria y Eme se muestran excesivamente cariñosos. Mi amigo la mira con una ternura en sus ojos que nunca le he visto y Gloria, por su parte, parece que se ha comido un arcoíris de colores y purpurina. Su sonrisa es tan amplia que muestra todos sus

blanquísimos dientes.

—¿Por qué te extraña tanto que Eme esté pillado por ella? Es una chica muy guapa y muy simpática. ¿No te gusta Gloria para tu amigo? ¿O es que quizás estás celosa? —me susurra Edward, tras ver como pongo cara extraña al ver que Eme besa a Gloria con mucha dulzura. Me río con una gran carcajada que provoca que ellos dos se den la vuelta y nos miren.

—De celos nada. Eme es como si fuera mi hermano. Y a Gloria le he cogido mucho cariño. Precisamente por eso no quiero que se hagan daño. Eme no es el chico que se compromete. Es un alma libre. Y aunque Gloria diga lo contrario, en el fondo es una romántica empedernida.

Edward me para y se pone de frente, mirándome, carraspea y, a continuación, en un tono de voz serio y formal, me habla en susurros:

—Creo que en el fondo de nuestros corazones todos llevamos un romántico empedernido, pero solo aflora con la persona adecuada. Es cuestión de esperar la llegada de esa persona que te haga sentir que los cimientos de tu vida se tambalean con solo una mirada. Y, en ese momento, eres capaz de hacer que todo tu mundo cambie, todos tus ideales o todo lo que has llegado a pensar, opinar o creer no tengan importancia, porque solo está esa persona y lo que sientes por ella.

Dicho eso, recoge un mechón de mi pelo y lo recoloca por detrás de mi oreja. Me mira, suspira, se vuelve y continúa la caminata, mientras yo me quedo observándolo y pensando en sus palabras. Él ha llegado a mi vida y ha comenzado a derribar todos sus cimientos, porque, aunque no quiera reconocerlo, en otra época, no habría mantenido ningún tipo de relación con un sospechoso. Estoy empezando a saltarme todas y cada una de mis normas y creo que eso puede llegar a ser bastante peligroso para mí, sobre todo para mi salud mental.

Tras recoger el coche y montarnos en él después de una larga caminata de varias horas, estamos regresando a la base al anochecer. A partir de aquí, no sé qué es lo que ocurrirá con nosotros, pero lo que sí tengo claro es que todo ha cambiado. Eme se va a quedar hasta mañana. En un principio se iba a alojar en mi casa, pero en vistas de las circunstancias, creo que prefiere la de Gloria. ¡Chico listo!

—No te molestes, Capi. Creo que después de estos dos días, prefiero una buena cena casera.

—¡Capullo! ¡Eso, huye, que bien me la podrías preparar tú a mí! ¡El huir es de cobardes! ¿No te lo han dicho nunca?

Nos despedimos entre risas mientras me dejan en la puerta de mi casa y ellos continúan su camino hasta la de Edward, un par de calles más arriba. Subo corriendo los tres escalones de mi casa y abro la puerta con prisas, puesto que está comenzando a llover de nuevo.

Entro y, en cuanto estoy en el salón, presiento que algo no está bien. Me agacho hasta coger mi Mouse Gun y la empuño apoyada en la pared, casi sin hacer ruido alguno. No hay nada que me haga sospechar, pero el ventanal que da al jardín trasero tiene una pequeña rendija abierta y, por allí, se cuele el aire haciendo que las cortinas ondeen al viento. El aire está enrarecido y estoy segura de que esa ventana, precisamente esa, la dejé cerrada antes de irme.

Oteo el habitáculo con mi arma empuñada y apuntando al frente. Dirijo la mirada a toda la estancia y me muevo con la espalda pegada a la pared mientras intento controlar mi respiración. Miro hacia la cocina y me dirijo hacia ella, despacio, sin hacer ruido, de manera casi lateral a través del muro. Despejado. De ahí, miro hacia las escaleras, las observo y las voy subiendo poco a poco del mismo modo, con la espalda pegada a la pared y empuñando el arma. Soy sigilosa. Muy sigilosa debido a las innumerables misiones que he realizado a lo largo de mi vida. Aun así, el pulso se me acelera lo suficiente como para que, con un chute de adrenalina, mis sentidos se agudicen y el estado de alerta en el que me encuentro sea lo suficiente como para salvarme el culo. Cuando llego al último escalón, la puerta de mi dormitorio se encuentra entreabierta y la luz encendida. Tomo posición y la abro apuntando de nuevo. Oteo de nuevo mi dormitorio y lo encuentro despejado. Bueno, despejado de ladrones, pero está completamente revuelto. Los cajones de la cómoda están abiertos y toda la ropa está repartida por el suelo de la habitación. El portátil está encendido y han intentado acceder a algunos documentos. Suerte que en ese portátil solo tengo documentos sin importancia. Me dirijo al vestidor, y toda mi ropa y objetos personales están revueltos; todo está esparcido por el suelo. Esto no me gusta ni un pelo, porque me parece que alguien sabe lo que estoy investigando. Tengo una mala sensación en la boca del estómago y no me gusta nada.

Me pregunto quién sabrá lo de la investigación. Yo no se lo he contado a nadie y la confianza en mi padre está más que demostrada. He empezado hace apenas unos días y no he cambiado mis rutinas. De hecho, pocas personas

sabían que este fin de semana iba a estar fuera. Tan solo tres o cuatro de mis alumnos y los que nos hemos ido. Pienso que Peter también lo sabrá, al ser tan amigo de Edward. Esto me recuerda que sigue sin estar libre de sospechas, porque, aunque haya estado conmigo, no significa que no tenga un cómplice que le haga el trabajo sucio.

A través del rabillo del ojo, veo una sombra moverse. En un rápido movimiento lo encaro y salgo tras él corriendo, que, a su vez, salta a través de la ventana del otro dormitorio que utilizo como estudio. Salto también por ella y lo persigo a través de tres calles. Corro tanto como puedo detrás de una figura vestida completamente de negro, con capucha incluida. De repente, gira hacia la derecha y se introduce en una calle donde hay varios desvíos. Continúo la persecución, pero cuando me doy cuenta, llega a una intersección con un cruce de caminos. Corro y logro llegar a esta, pero ha desaparecido de mi vista, por lo que, al final, le pierdo la pista. Me ha dado tiempo de ver que es alguien ágil, delgado, aunque fuerte, moreno, a pesar del pasamontaña y los antebrazos robustos. El vello de sus antebrazos es oscuro. Antes de perderlo de vista, me ha mirado y me ha dado un escalofrío porque parecía que, a pesar de todo, sonreía.

Vuelvo rápidamente a casa porque necesito investigar y terminar con esto lo más rápido posible. Se está volviendo en mi contra y algo que se me escapa; algo que no estoy dispuesta a consentir. Debo averiguarlo.

Al entrar, me dirijo a la cocina, retiro el tablero de madera del suelo que se encuentra justo debajo del fogón, ya que no lo uso para nada, y allí se encuentra el portátil que siempre utilizo para el trabajo, sobre todo para esta investigación. Antes de ponerme con nada, me cercioro de que todas las ventanas están cerradas y las cortinas corridas, de forma que nadie desde el exterior sea capaz de ver nada. Pongo la contraseña: «CAPULLO». Accedo a los documentos que mi padre se ha encargado de mandarme de manera encriptada.

Durante horas, reviso una y otra vez el currículum de todas y cada una de las personas, militares y civiles, que trabajan en la base. Imprimo aquellos que puedan estar relacionados de alguna manera con Nueva York; que hayan nacido allí, que tengan familia o que hayan incluso viajado en algún momento de sus vidas. Cuando finalizo de estudiar la documentación señalada, descartando muchos de ellos que conozco por el acento, me doy cuenta de que aquel del acento neoyorquino puede tener un cómplice que le ayude con los

trabajos sucios. Eso amplía más mi búsqueda que, hasta ahora, ha sido tan infructuosa como buscar una aguja en un pajar.

A la mañana siguiente, intento no cambiar mis rutinas, por aquello de no levantar sospechas, aunque ya me está empezando a tocar los cojones, bueno, el coño, que cojones como tal, no tengo. Llego a la cantina y Peter, como cada día, me pone por delante el desayuno con la misma premura de siempre. Además de sin un ápice de simpatía. Cuando me lo estoy comiendo, veo entrar a Robert, mi alumno sobresaliente. Me saluda con la mano y sigue su camino hasta la barra. Se sienta, habla algo con Peter y los dos se carcajean. ¡Increíble! ¿Peter sonriendo?

No le doy la mayor importancia porque tengo prisa. Termino mi desayuno y me voy corriendo hacia mi despacho. Allí se encuentra ya Gloria, como cada día. Me da el *planning* semanal como cada lunes y, corriendo de nuevo porque llego tarde, me marcho para impartir la primera clase de la semana.

Cuando llego al tatami, todos mis alumnos están ya preparados alrededor. Saludo y voy sacando uno a uno, enseñándoles las técnicas. El olor a sudor inunda el recinto y el silencio tan solo es roto con los gritos al realizar las diferentes llaves.

Llega el turno de Robert, el más difícil sin duda alguna de superar, aunque, por supuesto, siempre lo supero por inteligencia y la sabiduría que te proporciona el tiempo y la experiencia. Él es un chico que, aunque tenga una técnica perfecta, en muchas ocasiones, predecible por su impulsividad. Les estoy enseñando a cómo salir de un ataque de cabeza. Coloco el mentón en la clavícula y con mi brazo llego hasta su nariz y logro deshacerme de la llave con un golpe seguido en la ingle, mientras vuelvo a golpear la nariz. Con todo mi cuerpo, lo empujo y lo tiro al suelo. Pero como siempre, Robert, no se queda en la simple demostración y, con un rápido movimiento de sus caderas, intenta reincorporarse y volver a atacarme. ¡Tan predecible! Me vuelvo y, con mi pierna derecha, le propino una patada lateral.

—Lo importante es mantenerte alerta. A veces, los contrincantes tienen técnicas perfectas, pero cualquier movimiento les delata. Me fijo en sus ojos, o en sus movimientos, el estado de adrenalina en el que nos encontramos nos permite permanecer en alerta.

—¿Qué me ha delatado, comandante?

—Que siempre tienes el afán de superación propia de la edad, Robert. Es algo bueno, pero también te hace vulnerable, ya que tu contrincante puede

adelantarse a tus movimientos y, llegados a ese punto, estás muerto. El *Krav Maga* no es un deporte. Solo lo utilizamos en momentos de verdadero peligro. Realizarlo bien, nos podrá salvar la vida en más de una ocasión. Recordadlo.

Dicho eso, me doy la media vuelta y doy la clase por finalizada. Me seco el sudor con la toalla que siempre traigo y Robert se me acerca.

—Comandante, me gustaría, si es posible, poder practicar con usted más a menudo. Aunque sea fuera del horario establecido para las clases. Si eso es posible, claro.

—Lo intentaré Robert, pero también puedes practicar con tus compañeros.

—Señor, pero ellos, con su permiso, están más verdes en técnicas. Quiero mejorar.

—Miraré lo que puedo hacer. Solo con la condición de que ayudes a tus compañeros a que ellos también mejoren. Debes entender que, cuando estás en una misión, lo importante es el grupo, no uno. De esta manera, si el grupo mejora, tendréis mayor índice de éxito, por lo tanto, de supervivencia.

—Lo intentaré, señor.

Dicho eso, se cuadra, me saluda, y se marcha, dejándome una sonrisa en la boca. Cuando todavía no ha dado dos pasos, lo llamo:

—Robert, ¿de dónde eres? —No sé qué me ha llevado a realizar esa pregunta. Me imagino que la investigación me está causando más estrés de lo normal.

—De la costa oeste, de San Francisco, señor. Aunque los últimos tres años los he pasado en Nueva York, en casa de mis tíos.

Me quedo pensativa. Tres años no son suficientes para tener un marcado acento de ningún lugar. Y la cuestión es que Robert, tampoco lo tiene. Me olvido del tema y me marcho a mi despacho. Hoy es lunes y tengo reunión con Edward en el suyo, como cada inicio de semana.

Gloria me intercepta por el camino y me comenta que Eme aún está en la base. Me sorprende porque el cabroncete no me ha comentado nada. En ese momento, recibo la llamada de mi madre.

—Ahora iba a llamarte —le contesto en español.

—Sí, claro, y voy yo y me lo creo. Que nos conocemos, Rebeca Wilson Peñascal. —Auuuu, eso ha dolido. Cuando me llama por mi nombre y mis apellidos es que el cabreo es monumental.

Cambio de tercio.

—¿Cómo sigue la abuela Mara? ¿Se cuida? ¿Se toma la medicación? —
Con esto consigo que los próximos minutos me cuente el estado de salud de mi abuela y sus últimas hazañas, como comerse unos dulces a escondidas. Le ha tenido que revisar hasta el cajón de las bragas para saber si tenía su pequeño tesoro, consistente en caramelos, pipas y demás chuches.

—Esta mujer está loca. Está perdiendo la cabeza..., te lo digo yo. Deberías hablar con ella cuando puedas, porque es... es... Me trae loca. No hace caso a lo que le dice el médico. Se va sola por ahí, Dios sabe adónde, y no me dice nada. Cualquiera día, le da un jamacuco en la calle y yo ni me entero. No sé, pero me da la impresión de que está haciendo lo que le da la real gana y que se pone el mundo por montera. Y no sé qué hacer, estoy desesperada...

Ya casi he llegado al despacho de Edward, pero ralentizo mi paso para poder concluir la llamada.

—Está bien, mami. No te preocupes. Ahora mismo tengo una reunión, pero en cuanto salga de aquí, la llamo y hablo con ella.

—Eso si la pillas aquí y no se ha ido de nuevo a una de esas misteriosas excursiones, sola.

—¿Y por qué no la sigues sin que se dé cuenta?

—Ay, hija, ¿qué te crees? ¿Qué soy un detective privado? —Me río porque mi madre es todo un personaje. Me la imagino ahora, con su vestido ibicenco, sus sandalias de cuña y pamea, grandes gafas de sol y cubierta de pulseras y collares de múltiples colores y me sale la sonrisa sola—. Si me descubre, estoy muerta. Parece mentira que no la conozcas. Que Mara es mucha Mara, y siempre hace lo que le sale del *bolo*, como ella dice.

Me río con ella porque es algo que no puedo remediar y cuelgo el teléfono, no sin antes prometerle que, en cuanto salga de la reunión, llamo a mi abuela y hablo con ella seriamente para intentar sonsacarle adónde va cuando se escapa de casa. Ya me la imagino diciéndome que hace lo que le sale del *bolo* y que yo no tengo derecho a practicarle un tercer grado. Niego con la cabeza para intentar que la sonrisa se borre de mis labios y continuar con mi trabajo.

Cruzo el pasillo. Como siempre, todo está tranquilo y silencioso. Tan solo se escuchan mis pasos. Gloria está esperando en la puerta del despacho de Edward, pero aún no ha llamado. Cuando llego a su altura, ella da un paso por delante de mí y llama con los nudillos.

La puerta se entreabre, pero nadie contesta. Están hablando por teléfono. Me apoyo en la pared de enfrente haciendo tiempo. Cojo el móvil, abro WhatsApp y entro en el grupo de mis chicos. Voy a chincar un poco a Eme.

Reb

Chicos, Eme ha repetido con una chica. Y no solo eso, se ha quedado a dormir en su casa.

Taylor

Se obró el milagro. ¡Alabados sean los dioses!

George

Se nos ha enamorado, el cabrón. ¡Qué pena! ¡Otro que se pasa al lado oscuro!

Eric

Mira que te lo tengo dicho. Nada de teléfonos, ni de dormir en sus casas, que luego pasa lo que pasa. Te dan una comida casera y ya caíste.

Reb

¡Oye! Eso es muy machista. La mujer no tiene porqué saber cocinar, solo porque Dios le haya regalado una vagina.

George

Tú no cuentas, Capi.

Eme escribiendo...

De repente, escucho una voz con un marcado acento. Cierro la aplicación, apago el móvil y continuo atenta a la voz. Está intentando hablar en susurros, pero ahora mismo no entiendo lo que dice. Lo que sí noto es que esa voz me es familiar y, a la vez, el acento desconocido. Me paralizó e intenté agudizar el oído. Gloria va a decirme algo, pero el silencio, poniendo una mano en sus labios y me llevo un dedo a los míos.

La voz me viene lejana... Esa voz es tan familiar..., pero a la vez es algo irreconocible. Entreabro un poco la puerta para ver quién es el que está hablando por teléfono y miro con disimulo por la rendija entre la puerta y el marco.

Allí, en la mesa del asistente de Edward, me encuentro con el chico hablando en árabe con el interlocutor. No tenía ni idea de que el asistente de

Edward tuviera algo que ver con el mundo árabe. Y eso también lo convierte en sospechoso.

Capítulo 9

Cuando cruzo la estancia hasta llegar a la mesa del oficial Tory, el asistente de mediana edad de Edward. Hasta ahora no había caído en la cuenta de que, en realidad, tiene algunos rasgos árabes, aunque no muy marcados.

—Comandante Wilson, el teniente coronel Sidney está ahora mismo reunido. Aunque odia la impuntualidad, se le ha presentado un imprevisto. Por favor, tomen asiento y esperen. ¿Desean tomar algo?

—No, gracias.

Gloria y yo nos sentamos en los sofás de la zona de espera. Está a la derecha de la mesa de Tory. Lo intento observar de la manera más disimulada posible. El oficial está trabajando; clasifica documentos, atiende varias llamadas, mientras intento averiguar cuál es su verdadero acento. Y me hago una nota mental para investigarlo en cuanto llegue a casa. Mi teléfono suena y veo que son los *wasaps* del grupo bromeando a costa de Eme. Él solo les ha respondido con un «capullos» y se ha quedado tranquilo. Vuelve a pitar y es un mensaje de Eli, para quedar el lunes que viene, ya que libro, en Nueva York, y ver los vestidos de dama de honor. Le confirmo la hora y salgo de la aplicación a tiempo de ver como Edward sale de su despacho, despidiendo a unos militares jubilados.

—Organizando el día conmemorativo de los militares jubilados. Quieren que haga entrega de una medalla al honor a la viuda de un general —me comenta como si tuviera que darme alguna clase de explicación. Cuando se da

cuenta de la presencia de Tory, cuadra los hombros, carraspea y me indica con el brazo que pase a su despacho.

—Buenos días, teniente coronel —lo saludo de manera formal para que no le queden dudas sobre mi visita.

—Comandante Wilson.

Entramos en su despacho mientras Gloria se queda en la antesala con el asistente de Edward y la manera en que me mira produce un estremecimiento en todo mi cuerpo. El despacho es sencillo y está decorado con muebles modernos, algo que me sorprende en esta base y, en general, del cuerpo militar, ya que normalmente los muebles de los despachos tienen más años que yo. Observo con atención la estancia, la luz que entra por la ventana a estas horas de la mañana, todo por olvidarme de que tengo a Edward delante de mí. Cojo aire para poder enfrentarme a él.

—Rebeca, no sé cómo poder estar alejado de ti.

Se acerca despacio y se pega a mi cuerpo. Toda mi piel lo reconoce. ¡Vaya si lo hace! Pero eso no significa que pueda tener algo con él. No ahora mismo y no en las circunstancias en las que me encuentro.

—Edward... —mi voz sale apenas en un susurro, aunque en un principio quisiera parecer una advertencia. Pero no puedo cuando lo tengo delante. Merma mi manera de pensar. No soy capaz de pronunciar las palabras. No me veo con la suficiente fuerza de renunciar a sus caricias, a sus besos. Cada día los anhelo más.

—*Laisse-toi aller, ma petite fleur délicate*^[5]

Y ya la hemos liado, porque Edward sabe cómo me pone que hable en francés. Sus manos recorren mi cuerpo, al igual que las mías reconocen el suyo. Nos besamos con anhelo, dejándonos llevar y apagando los suspiros y gemidos en la boca del otro. Por unos momentos, nos olvidamos de que estamos en su despacho. Por un momento, me olvido del mundo, de la investigación, de la posible implicación de Edward...; de todo y me dejo llevar. Hacemos el amor de manera suave, hasta terminar en su mesa, de manera apasionada, dejando salir los instintos más primarios, tirando al suelo todos los papeles de manera apresurada. Hasta que nos dejamos ir en un orgasmo brutal que tanto necesitamos. Nos quedamos uno encima del otro hasta que nuestras respiraciones se normalizan. Edward sigue dejando un

reguero de suaves besos por mi cuello y mis pechos. Y, en este momento, me siento plena, feliz y satisfecha.

Sin embargo, las palabras que salen de mi boca son muy diferentes a las que quiero pronunciar.

—Yo no quiero nada serio con nadie. No puedo renunciar a mi trabajo. Es algo que nunca he pretendido hacer. Y no pienso romper mi manera de pensar, de vivir, solo por un hombre. No soy así.

—Rebeca, te dije que cuando encuentras a la persona adecuada, cambias de opinión, de punto de vista, de todo, porque la otra persona se convierte en el centro de tu universo. Y eso es lo que a mí me ha pasado contigo. Lo tengo más que claro. Llevamos un mes conociéndonos, y en todo este tiempo, lo único que deseaba es que llegase el jodido lunes para verte.

Lo aparto suavemente con mis manos para alejarlo de mí porque como siga por ese camino, voy a caer de nuevo. ¡Joder, si voy a caer! Acabo de caer con mi teniente coronel en la mesa de su despacho, teniendo a Gloria y a su asistente detrás de la puerta. Esto es de todo menos profesional. Y, además, debo investigar lo relacionado con esa voz misteriosa, que es el jefe de los que secuestraron al oficial en Yemen. ¡Me cago en la puta hostia!

Edward chasquea la lengua, me mira de nuevo con enfado, y se coloca detrás de su escritorio. Creo que en este momento necesita ese espacio para recomponerse y volver a ser el teniente coronel que es.

—Está bien, comandante, comencemos la reunión.

Y así, sin más, con esas sencillas palabras, desviamos el tema y organizamos durante una hora los próximos eventos que se van a celebrar en la base. En este lugar, siempre hay algún sarao; si no es la celebración de un jubilado, es la celebración de los hijos de los militares y si no de los militares que aún no han nacido. Siempre se están dando medallas, por un motivo u otro. Y tanto Edward como yo, debemos organizar la seguridad de la base, dar los permisos para acceder a ella, y un montón de papeleo burocrático que yo preparo y Edward firma casi sin leer.

Cuando he terminado mi jornada laboral, me voy a casa y durante más de una hora hablo con mi abuela Mara, a la cual sonsaco que se va al bingo del barrio para echar unas partiditas. Me río con ella y, durante el tiempo que estoy al teléfono, me olvido de cierta persona con unos ojos claros que me tiene enamorada. Al finalizar la llamada, hablo también con mi madre y la intento tranquilizar, lo cual es poco probable que consiga, ya que es de las

personas que no se tranquilizan con nada. Todo lo que se refiere a su familia la preocupa.

Durante la siguiente semana, todo se me antoja monótono. La investigación no avanza como me gustaría. Llevo todas las noches, después del trabajo, con revisiones de las cámaras de seguridad que dan al despacho de Edward, que he conseguido gracias a la ayuda de papá, sin arrojar resultados que aclaren nada. No se ve nada extraño; tan solo a él entrando y saliendo con diferentes indumentarias con cada cual más guapo; vestido de gala, de uniforme de faena, con ropa deportiva... Prácticamente, deseo que llegue la noche para verlo, aunque sea a través de un monitor. De esta me vuelvo loca. Más de lo que estoy, digo.

La cuestión es que no he sacado ninguna conclusión. Solo que me encanta ver a Edward vestido con su uniforme de gala, aunque esconda sus ojos bajo la gorra de plato. He visto que salían de su despacho, en aquellos días; diferentes oficiales, soldados rasos, generales, el antiguo comandante, al que yo sustituyo, Tory, que también es un fijo a diario, aunque es lógico, dado que es su asistente. Presto especial atención a las llamadas y la duración de ellas. Las de Edward son siempre muy escuetas. Las del asistente, en cambio, son algo más largas.

El lunes lo tengo libre. Es el día que he quedado en Nueva York con Eli, la novia de Taylor, para probarme el vestido de dama de honor. Honor, una palabra que se supone que te da una categoría, pero yo lo último que siento es honor, cuando se han propuesto vestirme como un pastel de cumpleaños, con encajes y zapatos de tacón. ¡Ufff, hasta escalofríos me entran! Pero todo sea por Taylor y su día feliz.

Llego en coche hasta la quinta avenida y entro en la cafetería donde hemos quedado; una cafetería pija, muy del estilo de Eli. La Sarabeth's at the Whitney, con sus tonalidades tierra claro en las paredes, el suelo rústico, los manteles blancos y las sillas de mimbre; todo muy cuidado, con cristaleras que dan a un patio interior cubierto de plantas. Me siento a esperarla al lado de la cristalera y me fijo en uno de los cuadros que decoran las paredes en blanco y negro, como todos ellos. Es una fotografía de los rascacielos de Nueva York, pero enfocan, sobre todo, el cielo nublado.

Me llama sobremanera la atención porque no es muy común poder

observar el cielo de la ciudad que nunca duerme. Está cogida desde el mismo cielo, desde un helicóptero o avión. Es una fotografía que me encanta y me hace extrañar la terraza de mi apartamento. Estoy divagando sobre eso, cuando una fría mano se coloca sobre mi brazo y me saca de mi particular ensoñación. Es Eli, que llega corriendo, con su traje color negro estrecho, que se amolda a sus curvas como un guante, un gran bolso colgado del antebrazo y unos taconazos que hacen que su figura quede aún más estilizada. Eli, es toda una belleza, pero pija como ella sola, aunque sea todo simpatía y dulzura. Me saluda rápidamente con dos besos en la mejilla, que más bien da al aire.

—Chica, perdona el retraso, pero el tráfico es un infierno.

—No te preocupes, acabo de llegar hace un momento, aún no me han tomado nota.

Mira al camarero con cara de niña buena y levanta la mano. Acuden rápidamente a tomarnos nota. Yo me pido un café y una magdalena, mientras ella se pide un té.

—Ahora mismo, no me puedo permitir el lujo de engordar ni un solo gramo o no cabré en ese vestido tan fantástico que me están haciendo —me comenta ella con una enorme sonrisa en la boca.

Durante media hora tomamos el café y me explica el plan. Ella sabe que lo de los vestidos con muchos volantes no es para mí. Tampoco para ella. Cosa que me tranquiliza.

—Taylor fue el que buscó las fotos y me las iba pasando para que yo las pusiera en el grupo y así tener un rato de risas —comenta mientras me guiña el ojo—. No te preocupes. Además, no todas las damas de honor vais a ir vestidas igual. Cada una tiene un estilo diferente. Por eso os estoy acompañando por separado a que elijáis el vuestro.

Taylor se ha dedicado a buscar las fotos para hacerme rabiar y provocar las burlas del resto del grupo. Se me ocurre una idea y se la comento a Eli, que ríe y me confirma que me seguirá la broma.

Una hora más tarde llegamos a la *boutique* para buscar mi vestido. Como Eli ya me va conociendo, ni siquiera me hace pasar por la tortura de tener que probarme mil trajes sin sentido, sino que ya ha pactado con la chica de antemano tres modelos diferentes para que me los muestre. Son vestidos de noche sencillos y elegantes.

Uno llama mi atención. A pesar de ser un vestido de dama de honor no es nada recargado. Color *nude*, con los hombros descubiertos, cuello alto, media

manga y una pequeña cola de pez. La parte trasera está anudada al cuello y se abre en la espalda. Tiene un pequeño cinturón de la misma tela. Es vaporoso, anchito en la parte del cuerpo y a partir de la cinturilla se adhiere al cuerpo como una capa más, pero se ensancha en las caderas. Es precioso, cómodo, perfecto. Eli debe de verlo en mi cara, porque rápidamente descarta los otros dos. Me lo pruebo y me queda perfectamente. Completamos el conjunto con unas sandalias planas, ya que, como no se ven los pies, así estoy más cómoda y no cometo el error de caer de bruces cuando vaya camino del altar. Es mejor dejar que ellos sean los protagonistas del día.

Tras elegir unos pendientes largos y decidir que ese día es mejor que lleve un peinado desenfadado con el pelo suelto, salimos de la *boutique*, no sin antes elegir el vestido más feo de la tienda y hacerme una foto con el móvil. Más tarde, Eli se la enviará a Taylor y le hará creer que es el vestido elegido para ese día. Le va a dar un soponcio y me encantaría ver la cara que pone cuando lo vea. Decido acompañarla a realizar unas compras. Es mi día libre y, a pesar de que debo seguir con la investigación, no me apetece.

Caminamos por la quinta avenida, riéndonos. Acabamos de enviar la bromita a Taylor y la respuesta no ha tardado en llegar: «Estarás de coña, ¿verdad?». Es el texto que le ha enviado Taylor. Cuando imaginamos su cara al verme en la foto no podemos remediar seguir riéndonos. Almorzamos en un pequeño restaurante donde ponen unas maravillosas hamburguesas, pero también tienen un surtido bastante amplio de ensaladas, que es la opción elegida por Eli.

Después de almorzar, nos despedimos. Tengo que volver a la base, pero antes quiero pasar por mi apartamento y comprobar que todo está correcto. En ese momento, suena mi móvil. Mi padre.

—Rebeca, ¿cómo estás?

—Bien, papá. Dime. —Soy escueta, pero es que mi padre no me llama habitualmente para charlar conmigo.

—¿Has averiguado algo?

—Aún no. Las cámaras de seguridad no han arrojado nada nuevo.

—Investiga al teniente coronel Edward Sidney. Los días que el chico estuvo secuestrado estaba en la base, a pesar de que tenía vacaciones.

Cierro los ojos porque eso lo sabía yo. Pero no quería que mi padre lo supiera y lo tratase como un sospechoso. Si mi padre, el capitán general Wilson ya es duro de por sí, su fama le precede, no quiero ni pensar cómo

tratará a Edward. Suspiro sin que me escuche, intentando soltar todos los nervios y el estrés que me ha venido encima con esta llamada. Tras charlar unos minutos más, cuelgo.

Pongo rumbo a mi apartamento, con la música *heavy* a todo volumen. Necesito no escuchar ni mis propios pensamientos. Le voy dando vueltas a la conversación que he mantenido con mi padre. Me ha dicho que estuvo en la base a pesar de tener vacaciones. Eso es algo que me ronda por la cabeza. ¿Por qué no salió de la base y lo he visto en tantas ocasiones entrar en su despacho? En algunas, incluso iba vestido de gala. Aquí hay tantas cosas que se me escapan que no logro ver un todo.

Por un lado, sabemos que la persona que daba las órdenes a los insurrectos de Yemen, lo hacía desde esta base. También sabemos que las llamadas se realizaban desde el despacho de Edward, o desde la cantina. Peter es un hombre sumamente cauteloso. No deja que cualquiera entre en su despacho. Yo lo he intentado y no me ha dicho si tenía teléfono fijo. Sin embargo, es amigo de Edward y este puede acceder al mismo cuando le salga de los cojones.

Miro por el retrovisor y veo un coche negro con los cristales tintados que realiza una maniobra un tanto extraña. No le doy la mayor importancia y prosigo con mis cavilaciones, a ver si puedo sacar alguna conclusión que sea más o menos coherente.

Punto dos. También sé que las llamadas las puede realizar tranquilamente el asistente de Edward. Claro, como en todas las películas de miedo, el mayordomo. Me intento autoconvencer, pero la cuestión es que no lo veo claro.

¿Y la razón por la que secuestraron al oficial? No logro establecer una conexión entre Edward o Tory y el oficial secuestrado o los insurrectos yemeníes.

Niego con la cabeza. Necesito despejarme. Casi está anocheciendo. Cruzo casi media ciudad para llegar a mi apartamento y el coche negro continúa detrás. ¡Joder! Si yo fuese alguien importante pensaría que me están siguiendo. Me río con mi ocurrencia y prosigo mi camino. Pero algo me hace que me desvíe por una calle que no lleva a mi barrio. Y el coche también se desvía.

Intento ver si puedo distinguir al conductor desde el espejo retrovisor, pero no puedo. Hay demasiada distancia. Intento comprobar algo. Marco el

número de Edward.

—¿Y este honor? —me responde en un tono entre serio, seco e íntimo.

—Estoy en Nueva York y quisiera invitarte a una birra. ¿Te apuntas?

—Ufff, ya quisiera yo. Pero..., un momento... —Escucho como se arrastra una silla, le pide a alguien que espere un momento y el ruido de una puerta al cerrarse. No es el conductor del coche. Pero podría ser el cerebro y mandar a alguien a que haga el trabajo sucio—. No lo descarto el miércoles. Es mi día libre y sé que tú por las tardes no tienes clases ni reuniones. Podemos quedar en la ciudad y tomar algo. ¿Te apetece? —Pues claro que me apetece. Tomar algo y tomarlo a él entero de postre. ¡Céntrate!

—El miércoles es mal día. —Miro por el espejo retrovisor y giro a la izquierda de repente. No es el camino por donde tengo que ir y ha sido una maniobra un tanto arriesgada, pero es lo que hay. El coche realiza la misma operación. ¡Joder! Acelero. Intento parecer tranquila mientras hablo con él—. Ahora no es un buen momento, Edward, te llamo en cuanto pueda.

Cuelgo la llamada y vuelvo a acelerar el coche. Giro a la derecha haciendo derrapar las ruedas y vuelvo a acelerar. El coche negro sigue detrás de mí. ¡Joder! La próxima vez que vea un coche negro me voy a acojonar y eso que no acostumbro a hacerlo tan fácilmente. En las pelis siempre son coches negros con cristales tintados los que persiguen a los buenos. ¿Será porque el alma de los malos es oscura? ¡Céntrate, Rebeca! Vuelvo a acelerar y me acuerdo de las clases de persecución automovilística del curso que me obligó a realizar mi padre. Giro a la izquierda rápidamente y, en la primera esquina, giro a la derecha para meterme por un callejón estrecho.

Vuelvo a mirar por el espejo retrovisor y no veo nada. Acelero todo lo que puedo, teniendo en cuenta donde me encuentro y, salgo de nuevo, esta vez, al barrio de Brooklyn, donde se encuentra mi apartamento. Doy varios rodeos para cerciorarme de que no me sigue nadie y, una hora más tarde, entro en mi apartamento, en la zona de Park Slope.

Lo que encuentro no me gusta nada. Lo poco que ha quedado en él está revuelto. Los muebles tirados en el suelo o, como el caso de la cómoda, está retirada de su sitio. No me gusta que hayan entrado aquí también. Pero no sé a ciencia cierta si ha sido hoy, porque, desde que me marché a West Point, no he regresado.

Abro la cristalera que da a la terraza y salgo a ella. Respiro hondo e intento tranquilizar mis pulsaciones. No estoy nerviosa, pero la descarga de

adrenalina se asemeja a cuando estoy en una misión. Ahora toca relajarse un poco y continuar el camino. Tengo que seguir investigando todo esto que, llegados a este punto, me está volviendo loca. Voy al frigorífico que, lógicamente está desenchufado. Daría lo que fuera por una cerveza bien fría. Me afano en recolocar los muebles y medio organizar esto. El fin de semana volveré y lo organizaré mejor. ¡Vaya lunes que estoy teniendo! Almuerzo con Eli, encuentro el vestido, tomo café, vemos tiendas (¡algo rarísimo en mí!) y, para culminar el día, me veo envuelta en una persecución.

Niego con la cabeza, me dirijo hacia la puerta y, justo cuando la voy a abrir, escucho de nuevo un ruido que proviene del cuarto de baño ¡Venga ya! ¡Ahora el malo está detrás de la cortina de la bañera con un cuchillo! ¡Vaya tela con mi imaginación! No. El cuarto de baño está vacío. Pero no recordaba los ruidos que hacían las tuberías de esta casa. ¿Desde cuándo eres tan acojonada? ¡Joder, si es que me estoy volviendo loca!

Salgo del edificio, cojo el coche y me dirijo sin prisas a la base. Disfruto del camino escuchando música. Esta vez, paso del *heavy*. Creo que me estoy volviendo vieja, porque necesito música más normal. Elijo de mi lista de reproducción las bandas sonoras de las películas y, cuando suena la de El Padrino, cambio de tercio. Elijo a Pablo Alborán, un cantante español, que me gusta mucho y me recreo en sus canciones hasta que llego a la base.

Después de una buena ducha caliente y un café, me dispongo de nuevo a revisar los documentos confidenciales que me pasaron tanto de Edward como de Tory. Listas de llamadas de sus móviles, visitas al médico, los viajes que han realizado; todo lo que han hecho a lo largo de sus vidas están en los documentos que me han pasado. Averiguo que Edward tuvo una novia musulmana. Y eso me hace pensar. Me otorga un hilo del que tirar para averiguar un motivo. Esa novia musulmana murió cuando estalló una bomba en una cafetería de Afganistán. La venganza es uno de los motivos principales de asesinato o, en este caso, de secuestro de un oficial del ejército de los Estados Unidos de América.

Vuelvo a revisar los videos de seguridad donde sale Edward, no para averiguar nada, sino, más bien, para volver a verlo. Me recreo en sus movimientos ágiles, en sus ojos, en sus manos, en su fuerte cuello... Todo en él evoca poder, fuerza y, sobre todo, seguridad. Los dos días que estuvimos juntos, el fin de semana, fueron maravillosos. No soy una persona que necesite refugiarse en los brazos de un hombre para sentir seguridad. La seguridad me

la proporciono yo sola, pero sí es verdad, que sentí algo diferente. Cuando estoy con él es como rozar el cielo con las manos; es como si cogiera las estrellas con mis propias manos y las pudiera acariciar. Cuando estoy con él, me siento tranquila. Y esto es jodido teniendo en cuenta que lo estoy investigando y que lo tengo en mi lista de principales sospechosos. ¿Podría obviar el hecho de que es sospechoso y tener una relación con él? Siempre he sido muy estricta en ese tema. Pienso que no me puedo relacionar con personas que sean capaces de dañar a otras personas. Pero él me dijo que, por amor, era capaz de cambiar. ¿Y si se refería al hecho de que era capaz de cambiar que es el jefe de una banda de insurrectos yemeníes? ¿Y si esto va más allá del simple secuestro de un oficial?

Cuando me quiero dar cuenta son las tres de la mañana y estoy muerta de sueño. Apago todo. Guardo a buen recaudo toda la documentación y el portátil, y me voy a la cama.

Las siguientes dos semanas pasan en una nebulosa precipitada de clases, reuniones interminables en las que tengo que ver a Edward más de lo habitual, creando en mi estado de ánimo una nueva ansiedad. Siempre que nos vemos, las chispas saltan entre nosotros. La tensión sexual es tan alta que cualquier día nos explotará en la cara. Nos miramos de manera intensa, recorremos nuestros cuerpos con los ojos, indicando al otro lo que haría con sus manos. Propiciamos quedarnos, aunque sea unos pocos minutos, a solas, donde los besos son los protagonistas, para después, quedarnos con las ansias de más. La investigación sigue parada desde hace días, y tengo a Robert pegado al culo todo el día. ¡Es un suplicio!

Sé que el chico lo único que quiere es mejorar en las técnicas, tanto de *Krav Maga*, como del resto de artes marciales que practicamos. Sigue siendo un solitario, ya que, tal y como le dije, tendría que ayudar a sus compañeros. Pero él prefiere hacer las cosas solo, no se fía de nadie. ¡Qué mal han hecho las pelis de acción en las que un solo soldado se carga a medio elenco y salva al mundo! No sabe que, cuando estás de misión en algún lugar remoto del mundo, la confianza ciega en tus compañeros puede salvarte la vida. Se trabaja en equipo, no en solitario. Como yo ahora. Pero son situaciones diferentes. Esta es una investigación un tanto delicada y de la que nadie puede saber nada.

Me pregunto cómo puedo ayudar al chico para que coja confianza en los demás. Después de largas conversaciones con él y revisar mil veces su informe no veo nada que me pueda llevar a la conclusión del porqué desconfíe del universo. Se me ocurre una forma un tanto infantil. Un juego de mi infancia, pero que podría conseguir que Robert confiara en los demás.

Cuando entro en el despacho de Edward para la reunión, lo encuentro charlando amigablemente con Tory. Saludo a ambos con la mano, mientras ellos me saludan a mí formalmente llevando la suya a la frente.

—Teniente coronel, aquí tiene los informes que me pidió.

Le tiendo la carpeta con los informes de los tres militares jubilados a los que se les va a otorgar la medalla al honor y de la viuda del militar, al que se le va a otorgar también la misma medalla, a título póstumo. Lo revisa de un rápido vistazo y lo firma casi sin leer.

—También incluía un poder notarial para pasarme su sueldo a mí de por vida.

—Si quisieras, mi sueldo sería tuyo. De los dos, para ser más exactos.

Dicho eso, me guiña un ojo y yo suelto una carcajada. Punto para el teniente.

—Lo firmo sin mirar porque me fío completamente de ti. Si fueras otro, te aseguro que no lo haría. Pero de esta manera, creo que se agiliza el trabajo.

—¿Y te fías de la misma manera de tu asistente?

—Por supuesto. Procuro rodearme siempre de personas de confianza. Mi trabajo para mí es importante, Rebeca. No lo olvides nunca.

—Y para mí el mío. Por eso, lo nuestro es imposible.

—Pero como te dije, las personas cambian.

—¿En qué sentido? ¿Cómo pueden llegar a cambiar tanto? ¿O cómo de grande puede llegar a ser el cambio? —¿Podría haber llegado a ser Jack, el Destripador, una persona amable por amor? ¿U Osama Bin Laden hubiese renunciado a ser un terrorista yihadista solo por amor? Esas preguntas se agolpan en mi cabeza, pero no se las hago, lógicamente. Creo que, llegados a este punto, necesito unas vacaciones con urgencia.

—Para mí, el trabajo es importante, pero no lo que mueve mi mundo. También podría ser feliz realizando cualquier otro tipo de tareas. En seguridad privada. Llegado el momento, no me importaría cambiar, si con eso consigo estar con esa persona que lo trastoca todo.

Y dicho eso me deja sin palabras. ¡Joder! ¡Si es que es perfecto hasta

para decirme cosas románticas sin que suenen empalagosas! También podría ser porque sabe que saldría corriendo. No me asusta una mierda enfrentarme a una guerra, pero me asusta hasta límites insospechados el hecho de enamorarme, porque sé que es la única persona que puede coger tu corazón en un puño y destrozarlo. Y dejarte desolada. Como dicen, ¡mejor sola que mal acompañada!

—Bueno, ya hablaremos, esta semana estamos muy ocupados con todos los eventos que se nos vienen encima. ¿Revisaste la lista de invitados al acto de clausura del curso? Estamos a finales de agosto y quedan apenas dos semanas para que los cadetes de primer curso finalicen su entrenamiento físico; además, debemos elegir el destino de los estudiantes cadetes de tercer y cuarto curso en las diferentes unidades. Apenas nos queda tiempo. — Resoplo porque eso es mucho trabajo, y ya con la investigación estoy agotada. Me reincorporé a este destino ya con el curso militar avanzado, debido a la jubilación de mi antecesor y el trabajo se me ha acumulado considerablemente.

Durante las siguientes tres horas, nos afanamos en repasar la lista y terminar de ubicar a los estudiantes cadetes en sus unidades correspondientes. Cuando hemos finalizado, tan solo con el saludo formal, me marché a toda prisa. Salgo del despacho y me encuentro de nuevo a mi alumno Robert, hablando con Tory. ¡De verdad, que cruz al mérito me debería llevar solo por aguantarlo!

—Oficial. Debería congraciarse con sus compañeros o tendré que tomar cartas en el asunto. Le dije que tendría que ayudarlos. En cualquier misión a la que vaya, se forma un equipo y ese equipo debe trabajar unido.

Dicho eso, salgo del despacho y lo dejo charlando tan tranquilamente con Tory, mientras Edward sale del suyo, sonrío de soslayo, me guiña un ojo sin que los demás se den cuenta y se dirige hacia la mesa de su asistente. Cuando voy hacia mi despacho, me suena el teléfono de nuevo.

—Hombre, el capullo —le contesto a Eme

—Buenas, la mujer barbuda. ¿Ya te has afeitado o aun llevas felpudo?

—Aun lo llevo, me da calorcito en invierno.

—Estamos en agosto.

—No me había dado cuenta. ¡Mierda! Mañana pido cita.

Y ambos estallamos en carcajadas. Siempre estamos con las bromas y metiéndonos el uno con el otro. Durante un rato, charlamos sobre cosas sin

importancia hasta que, en un momento dado, carraspeo y me pongo seria. Quiero pedirle opinión.

—Eme, tengo un alumno que es bastante bueno en casi todo. Bueno, a decir verdad, es un portento en todo. Pero también es un solitario. Se cree un Rambo de la vida o yo qué sé; ha visto demasiadas veces las películas de acción en la que el protagonista salva al mundo en solitario. No ayuda a sus compañeros y creo que ni siquiera le interesa saber sus nombres. Me preocupa mucho que supere todas las pruebas, pero no supere el curso por la actitud.

Eme me escucha atentamente. A pesar de tener una relación como la nuestra siempre valoramos la opinión del otro. Es la confianza que nos tenemos.

—Podrías realizar algún *role playing*. Tienes una imaginación fantástica para eso. Aún recuerdo los que nos hacías a nosotros para poder compenetrarnos entre todos hasta llegar al punto en el que estamos ahora mismo.

—Se me está ocurriendo algo. Pero es que es una putada muy grande. — Me entra la risa tan solo de pensarlo, pobrecillo. Aunque, la verdad, creo que puede funcionar.

—Miedito me das, Capi, cuando pones esa cabecita maléfica que tienes a funcionar. Pobre criatura.

Llego a casa y, tras una ducha rápida, escribo un mensaje a Robert y se lo envío para quedar con él al día siguiente y así comenzar mi plan.

A la mañana siguiente, Robert entra en la cantina a la hora acordada.

—Esta va a ser una charla informal. Eres un estudiante magnífico, con unas calificaciones sobresalientes. Las pruebas físicas las superas con muchísima facilidad, pero tu actitud respecto a tus compañeros deja mucho que desear. A lo largo del tiempo que he estado con vosotros en estos dos meses, te lo he repetido en numerosas ocasiones. No tengo más remedio que tomar cartas en el asunto. Es imprescindible para que superes el curso. He tomado la decisión de que voy a elegir a un cadete a diario. Durante ese día, debes ir con los ojos tapados y guiado por las indicaciones de tu compañero. Debes aprender a confiar ciegamente en ellos. Solo de esa forma, podrás en un momento dado, salvar el culo. Es como el juego de los niños de la gallinita ciega. Si superas esto, superarás el curso. Tu futuro está en tus manos.

Robert, durante todo mi discurso, que me he preparado a conciencia para no reírme, ha pasado por diferentes fases. Se lo he visto en la cara. Ha pasado del orgullo al enfado; de ahí a la ira y, finalmente, a la aceptación, aunque no muy convencido.

—Comandante, con todos mis respetos, haré lo que me dice, porque para mí es importante y porque, por supuesto, debo lealtad y obediencia a mis superiores, pero esto... esto me parece una soberana tontería.

—En un principio te lo parecerá. Pero es importante que aprendas a confiar en tu equipo. Puede que no lo veas ahora, pero te aseguro que este juego lo he practicado en muchas ocasiones y hace que aprendas muchas cosas, como saber de dónde proviene el sonido de la voz de tu compañero, la adrenalina que descargas produce que se te agudicen otros sentidos como el olfato, el oído...; cosas que te servirán cuando estés en combate. En esas situaciones, no solo dependes de tu puntería a la hora de disparar. El poder concentrarte y confiar en el compañero que tienes detrás... hacen que salves tu vida.

Robert asiente. Charlamos durante un ratito más y le presento al primer compañero con el que pasará todo el día. Le doy a Robert mi antifaz de dormir, con el que se tendrá que familiarizar y pasará muchas horas en los próximos días, y me marcho a mi despacho.

Tras pasar varias horas en el despacho trabajando, decido comer algo en él y terminar todo el papeleo que tengo pendiente. Hablo con Gloria, que se une a mi iniciativa y compra un par de sándwich y unos refrescos. Seguimos trabajando parte de la tarde y, cuando nos notamos agotadas, la invito a tomar algo en casa y así poder charlar en un ambiente más relajado. Gloria me sonrío y acepta la invitación, pero, justo cuando vamos a salir, la llaman por teléfono. Su madre que viene a verla.

—Lo siento, Rebeca, otro día quedamos. No sabía que venía hoy a verme. Ha sido toda una sorpresa.

—No te preocupes. Podemos quedar el viernes.

—Sin falta.

Las dos nos reímos y, dicho eso, se da media vuelta y se marcha. Yo hago lo propio, cierro la puerta del despacho y me dirijo a casa.

Abro la puerta y, antes de poder encender la luz, noto un pinchazo en el cuello y un líquido que me recorre todo el cuerpo por dentro. Unos brazos fuertes me rodean el cuello. Intento fijarme en los detalles del brazo, pero los

ojos me pesan. En realidad, me pesa todo el cuerpo y percibo mis movimientos lentos. No logro deshacerme del brazo que me ahoga y provoca que me comience a faltar la respiración. Unos segundos después, se me cierran los ojos y solo veo oscuridad.

Capítulo 10

Me duele la cabeza como si me la hubiesen agujereado. Tengo la boca seca. Intento mover los brazos... ¡Joder! Tengo los brazos agarrados con una cuerda que me está haciendo daño en las muñecas, noto un pañuelo en la boca. Pero a la vez, tampoco puedo mover las piernas, que las tengo dormidas de lo entumecidas que están... No puedo moverme. Estoy tirada en el suelo.

Intento mirar a mi alrededor, pero no veo nada; es cuando me cercioro de que también me han tapado los ojos. Respiro hondo e intento escuchar algún sonido a mi alrededor, algo que me dé una simple pista de dónde estoy y, sobre todo, por qué cojones estoy en esta situación. ¡Joder y más joder! ¡Me cago en la puta madre que parió a los cabrones que me han secuestrado! ¡Respira, Rebeca! Respiro hondo. Vuelvo a intentar escuchar algo, pero nada. Me envuelve un silencio ensordecedor. El suelo donde me encuentro huele a tierra. No es un suelo con loza. El olor a tierra se entremezcla con algo sucio que no logro descifrar.

Me pesan los párpados... Intento deshacerme de los nudos de las manos, pero el cuerpo me pesa demasiado. Seguro que me han drogado. Las náuseas se apoderan de todo mi ser, arrancando desde el interior un sabor amargo a bilis. Las arcadas se hacen más frecuentes, pero como tengo la boca amordazada con un trozo de tela, y me las tengo que tragar. Respiro e intento tranquilizarme.

No sé cuánto tiempo llevo aquí, pero... los ojos se me cierran. No puedo

permanecer despierta. Escucho como una puerta se abre. ¡Bien, intentaré negociar! Intento hablar, pero la mordaza de nuevo me lo impide. Me cogen en brazos de malas maneras. Intento escuchar los pasos decididos y fuertes. Un nuevo pinchazo. Y, otra vez..., oscuridad.

Vuelvo a despertar en un estado de seminconsciencia. Escucho el ruido de un motor. Agudizo el oído y siento las vibraciones en todo mi ser. No oigo nada más. Solo el rugir del coche.

No vuelvo a caer dormida. Respiro hondo e intento deshacer el nudo. Poco a poco y durante mucho tiempo, consigo afanarme solo en esta labor. El mantenerme tranquila y despierta ahora mismo es lo importante. Noto que bajan de revoluciones hasta que se detiene completamente el vehículo y apagan el motor.

El olor a gasolina inunda mis fosas nasales. Escucho los sonidos propios que se hacen al repostar. Las puertas del coche abriéndose; dos puertas. Se cierran ambas. Son dos personas. Agudiza el oído, Rebeca. De ello depende tu supervivencia. El tapón del depósito de la gasolina sale, cae el líquido. Distingo incluso el sonido de una lata al abrirse, el sonido tan característico de la latilla y la libertad que experimentan los gases al sentirse libres tras ese sencillo gesto. Es un suspiro de alivio.

Vuelvo a escuchar como se abren y cierran las puertas. Pero las dos personas que me mantienen en cautiverio van en el más absoluto silencio. Si mantuvieran una conversación, podría escuchar el sonido de sus voces y recordar, al menos, si me son conocidas. Durante un tiempo que no sé precisar, viajamos en el coche. Yo continuo en el maletero. El calor es asfixiante y, prácticamente, tengo dormidos cada parte y cada músculo de mi cuerpo.

Prosigo con la tarea de intentar quitar los nudos. Esta fue una de las muchas pruebas que realizábamos el equipo en los entrenamientos, para que, en caso de ser apresados, podamos desatarnos sin necesidad de ayuda. Si logro deshacerlos, cuando paremos, cuento con el factor sorpresa. Intento moverme no sin esfuerzo. Me duelen las costillas, pero no creo que me hayan golpeado; es una combinación de la postura y de estar tumbada en el suelo.

¡Venga, Rebeca, como diría la abuela Mara, en peores plazas hemos toreado! Irremediablemente mi mente divaga hacia mi abuela. No se puede enterar de esto. Está pachucha del corazón y no puedo darle tal disgusto. Hasta este preciso instante no comprendo la magnitud de la peligrosidad de mi trabajo.

Nunca he querido tener una relación ni, por supuesto, hijos precisamente por no renunciar a él. Mi zona de confort es cuando estoy, con todo mi equipo, en alguna misión, en cualquier parte del mundo. Creo que esa seguridad me la da la confianza plena que tengo en todos ellos. Para mí era un mero juego. Algo que no me iba a hacer daño.

Por otra parte, el tener una relación supondría, a la larga, tener descendencia. Y con todo lo que he visto a lo largo de mi carrera, no puedo traer un niño a este mundo tan deshumanizado. Creo que, en parte, con mi trabajo contribuyo a que sea un mundo mejor, más justo. Pero lo que realmente me parece egoísta es traer niños a este mundo repleto de asesinos que luchan y matan a mujeres y niños inocentes en pro de un supuesto Dios todopoderoso. O traer a este mundo de mierda un niño a cuyos padres, en un momento determinado, se les acaba el amor y emprenden una batalla que terminan en maltratos...

¡Deja de divagar, Rebeca! ¡Y piensa cómo coño vas a salir de esta! ¡Tu abuela Mara y tu madre no merecen saber esto! Ellas... Respiro, respiro profundamente y vuelvo a volcar toda mi atención, ira y rabia que siento en desanudar las cuerdas. Poco a poco siento como van cediendo. No sé cuánto tiempo ha pasado, pero el vehículo en el que me trasladan vuelve a realizar otra parada. Me quedo quieta porque, a pesar de que los nudos comiencen a ceder, estoy muy lejos de desatarlos.

Escucho las dos puertas de nuevo y el sonido de los pasos acercándose. Respiro profundamente, y me hago la dormida. Si logro tranquilizar la respiración creerán que sigo drogada. Lo que hará mayor el factor sorpresa.

Abren el maletero y los escucho gesticular. Se acercan a mí, me cogen de nuevo en brazos de malas maneras y me tiran al frío suelo de otro lugar e iniciamos de nuevo la marcha. El lugar es más amplio y el suelo es como de plástico. Está frío, pero es que, el recinto al completo está frío. La bajada brusca de temperatura hace que mi cuerpo comience a temblar. Intento escuchar algo que me diga si estoy sola en este lugar o si, por el contrario, alguien me acompaña en esta aventura.

Eso, Rebeca, tómatelo como una aventura. La verdad es que después de este tiempo no estoy nerviosa por el secuestro en sí. Necesito deshacerme los nudos y, cuando vuelvan a por mí, les estaré esperando en la puerta. Ese es el plan. Y me voy a aferrar a él como si mi vida dependiera de ello. No. Mi vida *depende* de esto.

Cuando el camión gira, ruedo a través de todo el suelo del contenedor. Sigo temblando de frío. No logro acostumbrarme a esta nueva temperatura. Los nudos. Tengo que proseguir y lograr deshacerme de ellos.

En ese momento, vuelve a girar y ruedo de nuevo, cambiando de postura. Ahora estoy bocabajo. Con la cara pegada al suelo. Percibo un ligero olor a pescado y las náuseas se intensifican. ¡Joder, nunca he sido tan melindre con los olores!

Me concentro en respirar. Solo en respirar. Tengo que concentrarme en no vomitarme de nuevo, ya que, aparte del olor a pescado, también huelo fatal de mi vómito anterior. La boca la tengo seca, aparte de saberme fatal y la bilis me sube y me baja por la garganta, arañándose como cuchillos cuando la saliva o la bilis pasa por ella.

Respiro.

Respiro.

Me concentro en respirar.

Uno, dos, tres... respiraciones.

Vuelvo a respirar y las náuseas pasan. Pero el olor...

Paso unos minutos calmando la sensación de desasosiego que siento en el estómago. prosigo con la sencilla labor de los nudos. Mi mente se concentra en ellos. Soy capaz de verlos mentalmente. Me afano y logro pasar la ruda cuerda a través de uno de ellos. Siento como mis muñecas arden, pero también como se aflojan levemente. Un pequeño triunfo, pero justo en ese instante, vuelve a girar y yo me siento como una caja en medio de este contenedor. Ruedo primero hacia un lado, el izquierdo; para a continuación hacerlo hasta el derecho, dándome de cruces con la pared del contenedor. ¡Joder y más joder! ¡Me duele todo!

Intento escuchar algo, pero no logro oír nada que provenga del exterior. Estos dos deben de ser profesionales. Porque de otra manera, habrían hablado algo, se habría escuchado algún tipo de ruido o las pisadas. Pienso en eso. En las pisadas que no se escuchan; deduzco, entonces, que deben de llevar algún tipo de calzado especial, con suelas de goma, para que no se escuche nada. Me imagino que se comunican con señas, por lo que deben de estar entrenados para ello. Forman equipo.

Me afano de nuevo en deshacer los nudos. Pienso en ellos, los visualizo y, a pesar del dolor que siento en las muñecas, prosigo con la tarea. Es lo único que me puede salvar. De repente, mi cuerpo se levanta solo por la

inercia y se estampa contra el suelo en varias ocasiones. Al parecer, hemos entrado en un camino de tierra y los vaivenes del vehículo son más bruscos que con anterioridad. Vuelvo a estar atenta.

De nuevo, salto por los aires y me estampo contra el suelo. ¡Voy a terminar con el cuerpo completamente lleno de moratones! Espero que mi madre y la abuela no le den por venir y que me vean de esta manera, cuando salga de esto... Si es que salgo.

Cuando salga de aquí, pediré una excedencia. No voy a pedir la baja definitiva, pero me lo voy a replantear. No quiero que sufran más por mi culpa. Me las imagino ahora sabiéndome desaparecida y las lágrimas escuecen en mi garganta. Porque sabrán que he desaparecido, ¿verdad? Siempre he sido tan independiente que, quizás desaparezco y se den cuenta días más tarde, cuando quizás... No vayas por ahí, Rebeca. Seguro que alguien sabe que he desaparecido. Al no haber acudido al despacho, al menos Gloria, se habrá extrañado. Sí, saben que algo me ha pasado.

Con ese pensamiento positivo, vuelvo a afanarme en los nudos, que no logro deshacer por completo, aunque ya no me aprieten tanto.

El vientre bajo me duele, las náuseas continúan, me duele el cuerpo por completo, las muñecas me arden, al igual que los tobillos... Y el camión se para. Escucho el correr del pestillo de la puerta del camión. Y, aunque no quiera, me tenso un poco porque la puerta trasera tarda unos minutos en abrirse y cuando por fin lo hace, alguien entra, y huelo el aroma del tabaco rancio cuando su respiración me da directamente en la cara. Otra arcada más fuerte me sobreviene, pero consigo controlarla.

Me vuelven a coger como si fuese un saco de patatas y salen del camión de un salto que provoca que mi estómago se contraiga. Mi secuestrador anda por un camino pedregoso, donde casi se cae. El frescor del viento me da en la cara, cosa que agradezco. Agudizo mis sentidos y percibo un ligero olor a tierra mojada, junto con el característico olor de estar en una zona como de acampada, de naturaleza. Escucho el sonido del viento, el gruñir de varias aves y las hojas de los árboles en la lejanía.

Noto la presencia de más personas, pero ninguna emite sonido alguno. Escucho el clic de un arma cuando se carga y, de repente, dejo de sentir el viento en la cara y, con ello, la tregua que me ha proporcionado con los olores pestilentes. Me viene el olor de una colonia de hombre, pero no sabría distinguir cuál es, aunque sí es demasiado fuerte. Rememoro otra época en la

que estoy en casa de mamá con la abuela Mara. El efecto es inmediato y mis latidos se ralentizan.

Y, de repente, el sonido del motor de un avión arrancando me asusta. ¡Joder! Ya esto no he podido controlarlo y, aunque vuelvo a intentarlo, no logro hacerlo. El hombre me suelta de malas maneras en el suelo, pero sin pronunciar ni una palabra. Se acerca y el olor se intensifica. Es demasiado fuerte... Me dan arcadas y casi me ahogo con mi propio vómito. El hombre me retira la mordaza de la boca para que pueda expulsar el contenido de mi estómago. Intento hablar, pero las palabras no me salen y la lengua la tengo seca. No me da opción, porque de nuevo, me amordaza. El olor de mi propia bilis me viene de manera abrupta tras una ráfaga de aire. Noto un nuevo pinchazo en el cuello y... la oscuridad.

No sé cuánto tiempo ha pasado desde que vuelvo a estar en ese estado de duermevela. Los ojos vuelven a pesarme, tengo tanto sueño... ¡Joder, tanto sueño! Pero mi cama está más dura de lo habitual. ¿Qué es ese sonido tan fuerte? ¡Que lo apaguen, coño! ¡Solo un rato más, mamá! Déjame dormir un ratito más... Y caigo dormida, el silencio... No, el silencio no. El ruido es ensordecedor. ¿Dónde estoy? Intento volver a incorporarme. Imposible. Las muñecas y los tobillos vuelven a tirarme y a doler. Los recuerdos de todo lo sucedido vienen a mi mente en tropel... Intento de nuevo moverme, pero una fuerte mano me lo impide. ¡Joder, ya podrían hablar algo! Me quedo paralizada. Hasta la respiración se me corta. No estoy sola.

Intento quedarme quieta. Respiro de manera pausada y logro vislumbrar que estoy en un avión. Seguramente en uno de carga de mercancías. Además, cuando me han trasladado del camión hasta aquí, he pasado por una zona al aire libre, y luego en una estancia amplia, por lo que deduzco que era un hangar, con total seguridad, privado, al igual que este avión.

Recapitulando los datos que he podido averiguar hasta ahora; las personas que me han secuestrado son profesionales, ya que no hablan, y se entienden mediante signos. Hay uno que fuma. Otro que se hecha demasiada colonia. ¡Joder, qué asco! Por lo que van tres personas diferentes hasta ahora. Aunque esto no lo sé a ciencia cierta. Tienen recursos, eso está claro, porque por ahora me han trasladado en coche, camión y avión. ¿Dónde cojones me llevan? El olor de un cigarrillo en la lejanía me confirma que tiene que ser un

vuelo privado, ya que hoy en día no se permite fumar. Pero ese nauseabundo olor me provoca nuevas arcadas.

Intento dominarlas, pero es imposible y vomito de nuevo. El del olor a colonia, me vuelve a quitar la mordaza y me pone una bolsa para que vomite dentro. Una vez que lo he expulsado todo, me deja sin la mordaza puesta.

—Agua.

Es lo único que he podido pedir antes de que me vuelvan a amordazar. La boca me sabe a rayos. Y nunca he probado los rayos, pero es una frase que se dice muy a menudo.

Alguien se acerca a mí. En esta ocasión no es el de la colonia ni el del tabaco, cosa que agradezco. Siento como ponen un botellín de plástico en mis reseco labios y, por fin, siento un poco de ligereza en mi boca. El ansiado líquido pasa por mi boca y garganta, refrescándola, sintiendo el alivio de inmediato. También noto como se escurre por mi barbilla, cuello y pecho, pero me da igual. Necesito más. Bebo como si no hubiese un mañana y es que quizá... no lo haya. Desecho ese pensamiento negativo de mi mente de inmediato. Pero, de pronto, me retiran la botella. Y me quedo con la necesidad de más. Intento proseguir el camino que ha tomado mi ansiada bebida, aferrándome a ella como si fuese una tabla de salvación. Pero solo encuentro aire. Doy una fuerte bocanada y... siento un empujón que, de nuevo, me tira al suelo.

Siento un gran vértigo y me mareo. Durante unos minutos permanezco en esa tesitura. O quizás han sido horas. Cuando me quiero dar cuenta, otra vez me están trasladando en otro coche más ruidoso. El motor suena a chatarra. El suelo empedrado provoca que no pare de dar golpes dentro de donde quiera que esté. El viaje no se me hace tan largo. El calor es extremadamente sofocante, por lo que comienzo a sudar. Respiro de nuevo, porque otra cosa no puedo hacer. Intento averiguar si estoy sola. No escucho nada. Lo estoy, por lo que me afano de nuevo en los nudos. Distraerme en esta tarea me hace bien y provoca que mi cuerpo no tenga más náuseas.

De repente, el coche se detiene de nuevo. Escucho las puertas abrirse y cerrarse sin ningún tipo de delicadeza. Siento como trastean en la cerradura y la abren. El sol sofocante y seco arde en mi piel mientras siento como me cogen y trasladan a algún lugar. Huelo la hierba y la tierra seca. El olor es muy familiar, aunque no logro ubicarlo. Las pisadas de mis secuestradores están amortiguadas por la tierra.

Pronto me encuentro de nuevo en un lugar cerrado. Huele a podredumbre. A humedad. Y de nuevo las arcadas... Vomito a pesar de la mordaza, pero el hecho de estar en la posición de un saco de patatas facilita la expulsión.

En esta ocasión, me tumban en una cama. El camino ha sido relativamente corto. He contado setenta y tres pasos. Hemos girado primero a la izquierda, seis pasos y luego a la derecha, veinte pasos; abrirse una puerta, hasta que, por fin, me han tumbado en una cama. No es cómoda y he escuchado el crujir de los oxidados muelles. Sigo maniatada. Y las muñecas y los tobillos me duelen horrores por el roce de la cuerda producido por la posición en la que me han llevado, que tiraba más que de costumbre.

Después, el silencio. Caigo dormida y, ya no es fruto de las drogas, sino del cansancio de permanecer en esta posición, del estado de alerta y del largo viaje

El hombre de la colonia entra de nuevo. En esta ocasión me despoja del antifaz que cubre mis ojos y, por primera vez en mucho tiempo, puedo abrirlos, no sin dificultad. Cuando puedo adaptarme por fin a la luz no solar, veo una bombilla amarillenta que cuelga del techo; puedo enfocar mi vista y fijarme en los detalles de la habitación; paredes amarillentas, con la pintura descascarillada y repleta de humedades y el pequeño lecho en el que me encuentro pegado a una de ellas. La habitación es muy pequeña, sin ventanas y la puerta de hierro o aluminio, no sabría decirlo bien, pintada de color gris. ¡Joder, más patético y depresivo imposible! No me esperaba el Ritz, pero algo un poco menos turbador sí.

El apestoso se sienta en la cama a mi lado y se deshace de la mordaza. Lleva un pasamontaña negro, junto con un jersey de cuello alto negro y mangas largas, con el calor que hace, y un pantalón del mismo color. ¡Qué asco le estoy cogiendo a ese color de mierda! No habla. Se agacha y recoge del suelo un botellín de agua y me da de beber. Los ojos son oscuros y, en un momento determinado, parece que sonrían. ¡Se va a reír, encima! Bien, Rebeca. Piensa en el nuevo plan. Deshacerme de los nudos, ponerme detrás de la puerta y, cuando vuelvan de nuevo, darles una patada y correr como si no hubiese un mañana; desandar los setenta y tres pasos. Tengo interiorizado el camino y mentalmente lo voy recorriendo a la inversa. No hay tiempo para errores.

Coge una grabadora y le da al *play*.

—Si haces lo que se te dice, permanecerás viva. —La voz de la grabadora está distorsionada. Hago ademán de hablar, pero me para con su

mano—. Si no gritas, permanecerás con la mordaza quitada. Si cumples, se te dará de comer.

Dicho eso, coge el botellín de agua vacío, abre la puerta y se marcha. Y yo me quedo con cara de gilipollas, aunque, eso sí, con la garganta más fresca. Continúo memorizando el recorrido para poder huir.

Tras no sé cuánto tiempo, se vuelve a abrir la puerta. El mismo hombre, todavía enmascarado, me deja una bandeja en el suelo; se acerca a mí, desata los nudos de mis manos y tobillos y, sin emitir sonido alguno me acerca la bandeja y, con un movimiento de la cabeza, me insta a comer. La puerta permanece abierta, pero al lado de ella percibo un par de sombras. No está solo. Ha traído refuerzos.

La comida me sabe mal. Es un puré de algo al que no le noto el sabor. Supongo que será de patatas, pero... es asqueroso. ¡Peor que el que yo cocino! También hay guisantes cocidos. Me voy metiendo la comida en pequeñas cantidades en la boca y haciendo un esfuerzo sobrehumano para tragar sin masticar, lo que me provoca que vuelvan las náuseas.

Al cabo de unos instantes, termino con la ración que soy capaz de soportar. No llega ni a la mitad del plato, pero tendrá que servir. Retiro suavemente la bandeja de mi regazo.

—Gracias, pero no quiero más. ¿Puedo beber agua?

De nuevo tengo la boca seca. Me ofrece un botellín. Esta vez el líquido al completo entra en mí. Me lo bebo casi del tirón, refrescando mi boca y garganta. Cuando he terminado, coge el móvil y me hace una fotografía. Casi de inmediato, me coge por el pelo, me tumba en la cama y me vuelve a atar las manos y los tobillos. ¡Así no hay manera, hombre, venga ya!

Instantes después, vuelve a desaparecer por la puerta, cerrándola a su paso. Y de nuevo estoy atada, con el nudito bien puesto. En el puto punto de partida. Respiro y hago el sobreesfuerzo de ponerme de costado, afanándome, una vez más, en desatar los putos nudos de los cojones. Los acaricio con las yemas de los dedos intentando hacerme una idea de la clase de nudos que ha podido hacer. Esta labor me ocupa una eternidad, pero tampoco tengo prisa. Tengo todo el puto tiempo del mundo.

Por breves instantes fantaseo con la idea de que Edward entra aquí propinando una patada a la puerta e irguiéndose como mi salvador. En ese momento, solo en ese instante, me permito sonreír con la fantasía.

De repente, la puerta vuelve a abrirse y aparece el mismo de siempre con

el teléfono en la mano.

—Habla —me dice con la voz distorsionada. Esta vez, sin necesidad de grabadora.

—¿Sí? —pregunto entre asustada y esperanzada.

—Hija... —La voz congestionada de mi padre suena a través del móvil y, a pesar de que sé en ese momento que ha llorado y está mal, me supone un enorme alivio escucharlo.

—¡Papá! —Y rompo a llorar. Por primera vez en mucho tiempo, me permito llorar, por pena, por la alegría de escucharlo, por tantas cosas... Siento ansiedad en el pecho y me cuesta respirar.

—¿Cómo te encuentras? ¿Te han hecho daño esos cabrones?

Esta vez, la voz es atropellada. Quiere decirme tantas cosas a la vez que apenas le salen las palabras.

—Estoy bien, papá, no me han hecho daño.

El hombre coge el teléfono y le dice a mi padre:

—Ya la has escuchado. Sabes que está viva. Se acabó el tiempo. O pagas o muere. O cierras la investigación y te olvidas, o muere. Esas son las condiciones.

—¡NO PAGUES, ME MATARÁN DE TODAS FORMAS!

Grito de manera desesperada, porque lo que tengo claro es que, en un secuestro de esta índole, si mi padre paga, muero. Y eso lo sabe de sobra.

Cuelga y sale rápidamente, no sin antes, propinarme un guantazo en la cara, que comienza a picar de inmediato. Me arde la mejilla. En realidad, me arde el cuerpo entero. Y, por primera vez, desde que comenzó todo este embrollo, continúo llorando para desahogarme.

Vale que soy dura. Que estoy acostumbrada a verme implicada en situaciones de peligro, e incluso, vale que soy temeraria por naturaleza porque en muchas ocasiones el peligro lo busco yo, enfrentándome a los deportes de riesgo que practico. Pero ahora mismo, y por breves instantes, me voy a permitir sentir debilidad y llorar por ello. Después, cuando haya soltado todo el lastre, procuraré salir airosa de esta situación, pero ahora...

El silencio reina de nuevo en la pequeña habitación en la que me encuentro, tan solo roto por los gemidos de mi desesperación. Tras un rato, que me parece bastante grande, consigo parar de llorar. Respiro y pienso. Pienso en la voz del hombre que, aunque esté distorsionada, tiene un marcado acento árabe. Eso me cuadra con los olores que he percibido al entrar, con el

olor a tierra seca, con el calor sofocante...

Estoy en algún lugar de un país árabe, estoy casi segura. Respira. La conversación ha durado lo suficiente como para que puedan cuadrar la llamada. Seguro que mi padre ya ha avisado al ejército y los servicios secretos están localizándola y vendrán a buscarme. No obstante, debo intentar salir de aquí por mis propios medios.

Otra interrogación me viene a la cabeza. ¿Cómo cojones saben de la investigación? Y acabo de caer en la cuenta de que quien me ha secuestrado tiene que ser el jefe de los insurrectos yemeníes. Pero ¿cómo sabrá lo de la investigación? Ya lo han intentado con anterioridad, cuando me persiguieron en Nueva York, cuando entraron en la casa de la base, o cuando estuvieron buscando en mi apartamento. Debe de ser alguien cercano a mí. De otra forma no sabría que ese día yo estaba en la ciudad.

¿A quién le dije que estaría en Nueva York? A Gloria. Ella es mi asistente y debe tener mi horario. Ella es quien planifica mi tiempo. Edward. Se lo dije cuando salíamos de la reunión, por lo que lo escuchó también Tory, que estaba presente en ese momento. ¡Joder! ¡Demasiadas personas! ¡Por supuesto que también los sabían los chicos! Pero de ellos estoy cien por cien segura y Robert... que se lo comenté por encima cuando desayunábamos mientras planificábamos su juego. ¡Demasiadas personas!

De Gloria, no lo creo. Es mujer y la voz era masculina. Edward... sigue siendo sospechoso. Él no es el hombre de la colonia, pero bien podría ser algún sicario pagado. ¡Joder, me voy a volver loca! Así no voy a dar con el sospechoso. Tengo que tranquilizarme y pensar con frialdad. Eso lo veré después. O mejor, que lo hagan otros. Lo mejor es que me concentre en salir de este infierno y ya veremos...

El hombre de la colonia apestosa vuelve a entrar. Esta vez no percibo las sombras en el exterior, por lo que deduzco que viene solo. Me da de beber de nuevo y le percibo la mirada oscurecida. Noto algo extraño... Sus movimientos son diferentes. No habla. Me comienza a desatar los nudos, mientras me acaricia las muñecas. Sus dedos son ásperos, rasposos, y me produce un escalofrío que me recorre el cuerpo entero... Me quedo paralizada cuando desata los nudos de mis tobillos y comienza a recorrer mis piernas... El miedo me paraliza porque le veo las intenciones... De un tirón, me arroja en la cama de malas maneras, se levanta y se baja la cremallera del pantalón y...

¡Bien! Rebeca, ¡es ahora o nunca! Esto sí puedes gestionarlo. Estoy desatada y él con el pantalón por los tobillos.

Le doy una patada en los cojones. Fuerte. Seca. Lo deja doblado. Alzo la otra pierna y le propino una patada horizontal en la cara que lo tira al suelo.

¡Ahora! Corro y recorro los setenta y tres pasos. Hago los giros necesarios y, cuando me quiero dar cuenta, me topo con otro de los hombres y, detrás de él, el tercero en discordia. Los gritos del primer hombre se escuchan en la lejanía. Nos preparamos para una lucha a muerte. En su mano lleva un cuchillo militar con doble hoja. Lo bate al aire, en pose claramente intimidatoria. Sonrío porque, por fin, después de mucho tiempo, estoy en una posición cómoda. Porque, por fin, después de todo este tiempo, vislumbro la luz al final del túnel. Me acerco, propino una patada que le da en la cara, mientras echo el cuerpo hacia un lado, para coger impulso y alzarme con la otra pierna en una llave para rodear su cuello con mis piernas, apretándolo con fuerza, mientras le arranco el cuchillo de las manos.

El otro, no se queda quieto, viene hacia mí rápidamente, me propina un puñetazo en la cara, que provoca que vaya hacia atrás, pero sigo apretando hasta que, por fin, puedo moverme y romperle el cuello al primero. De un solo movimiento, me pongo en pie y en postura de ataque. Estoy expectante. El segundo individuo me pega una patada en el costado. ¡Joder! ¡Eso ha dolido! ¡Me cago en la puta!

Tras minutos de patadas entre ambos, puñetazos que no se ven venir, logro tirar de su mano, llevarla hacia atrás y apretar hasta escuchar el clic de la rotura del hueso. En ese momento, corro hacia la puerta. Corro como si no hubiese un mañana. Tengo que lograr salir de aquí.

Me quedo paralizada cuando escucho el sonido característico de la pistola al quitar el seguro, se recarga y... ¡Bang! El silbido de la bala al salir y el dolor ensordecedor en la pierna derecha.

¡Me arde! ¡Joder, que me arde! Pero tengo que correr. No puedo parar. Y, sin mirar atrás, cruzo la puerta y el caliente sol provoca que me ciegue durante unos instantes. No obstante, prosigo corriendo porque me va la vida en ello. Tengo que salir de aquí y olvidarme por unos instantes que la sangre recorre mi pierna. Cuando pueda, me haré un torniquete. La pierna no me puede fallar ahora. El paisaje es desolador porque no hay nada en quilómetros a la redonda. Parece un gran y árido desierto. La rojiza tierra cubre el suelo, provocando calor seco, y el olor característico que noté cuando llegué. Corro

de nuevo. Porque mi única salvación consiste en correr y no mirar hacia atrás lo más rápido que pueda.

La sensación de dolor, la sangre recorriendo a través de la pierna y dejando un reguero a mi paso, hacen que me detenga e intente parar la hemorragia. Me arranco parte de la camisa con fuerza con el cuchillo que me he traído de uno de los secuestradores y me practico un torniquete. Aprieto con todas mis fuerzas y lo anudo. Me ha herido encima de la rodilla y, aunque soy fuerte..., ¡joder, esto duele! ¡No soy *Superwoman*! Y esto no es una película de Rambo.

Miro a mi alrededor, buscando algún punto al que ir, algo a lo que aferrarme para poder encontrar ayuda. Al fondo a la izquierda, veo el camino empedrado por el que presupongo que hemos venido. Me dirijo hacia allí corriendo. Me paro por el camino para coger aire. Flexiono la espalda y apoyo una mano en la rodilla izquierda para respirar. Vuelvo a correr. Deshago todo el camino. Miro hacia atrás y en la lejanía veo una figura que sale de la casa y mira hacia todos lados. Donde estoy, a pesar de que no hay nada alrededor, no puede verme, ya que la carretera es cuesta abajo y estoy medio escondida; lo que me da, al menos, unos minutos para descansar, coger aire y volver a correr para llegar a la carretera.

Estoy cansada. Me falta el aire y las bocanadas que logro respirar son calientes por lo que me dificultan la tarea. Aun así, prosigo. Estoy perdiendo sangre, lo sé, y noto como fluye libremente y recorre mi pierna. Esto puede hacer que lo atraiga hacia mí. No puedo parar, no ahora. Recorro los últimos metros y, por fin, la carretera general.

No paro. Y llego hasta la pequeña cuneta, donde me siento, cojo de nuevo aire y la vista se me nubla; me estoy mareando, he perdido mucha sangre. Intento permanecer despierta, pero me es imposible y..., de nuevo, la oscuridad...

Siento que alguien me mueve, me remuevo y me asusto. Cuando intento abrir los ojos, escucho una voz en la lejanía.

—No se preocupe, comandante. Descanse. Tranquilícese. Mi nombre es John. Soy médico. Pertenezco a Médicos sin Fronteras. La voy a llevar a un lugar seguro.

Cuando escucho eso, sonrío. Sonrío porque sé que estoy a salvo. Y,

después de muchos días, me siento segura y, fruto del cansancio y la pérdida de sangre, cierro los ojos de nuevo y me dejo ir.

Capítulo 11

EDWARD

Hace dos semanas que Rebeca ha desaparecido. Sin pistas. Sin saber dónde cojones se ha metido. He investigado todo lo que hizo aquel día. Nada especial ni reseñable. Tan solo estuvo desayunando con Robert, uno de los mejores alumnos de este año. Después de eso, se fue a su despacho a trabajar y no salió de allí hasta la tarde. Incluso Gloria me confirmó que almorzó algo rápido con ella. He revisado los informes en los que estaba trabajando y solo eran asuntos rutinarios.

Hace dos días, su padre, el gran capitán general Wilson, vino a verme. Entró en mi despacho y, aun tragándose el orgullo, me pidió ayuda.

—Teniente coronel. Tenemos un gran problema y tanto su patria, como yo, personalmente, necesitamos su ayuda.

Y así es como comenzó mi puta pesadilla. Yo pensé que Rebeca había desaparecido porque huía de mí. Nada más lejos de la realidad. Menudo ego, el mío. Comenzó a relatarme una jodida historia donde están metidos los putos yihadistas, Ossady Yassan, los insurrectos yemeníes y hasta yo, en una investigación a la que mi gran chica rebelde y valiente ha hecho frente ella sola.

¡Joder! ¡No quiero ni pensar lo que habrá pasado! ¡Los métodos de

tortura de los yihadistas no se caracterizan precisamente por aceptar los códigos éticos de los derechos humanos! Un escalofrío recorre todo mi cuerpo. Sacudo la cabeza para quitar esa imagen de mi mente. Necesito ayuda. Esto no lo voy a hacer yo solo. ¡Involucraré al puto ejército al completo si es necesario!

Es así como he comenzado a hacer veinte mil llamadas. La primera de ellas al jodido Eme que, aunque al principio, me caía como el culo porque pensaba que tenía algo con ella, después me he dado cuenta de que no es así. Pero también sé que tienen una conexión tan especial que sería capaz de dar la vida por ella. Y eso, precisamente, es lo que necesito ahora.

—Eme, necesito que vengas inmediatamente. Se trata de un asunto oficial confidencial.

—No se preocupe, teniente coronel. Esta tarde estoy allí.

No he querido decir nada más. Lo bueno de ser hija del gran capitán general Wilson es que puedo contar con los medios que me dé la gana con tal de traer a Rebeca sana y salva. Lo que su padre no sabe es que yo daría mi propia vida por hacer eso. He pedido que me traigan inhibidores de señales. He rastreado mi despacho al completo en busca de micrófonos, cámaras o cualquier objeto que no deba estar.

A la hora acordada, Eme llega puntual con su sonrisa en la boca. Me da la impresión de que es un hombre de esos relajados que nunca se alteran por nada, que siempre tienen una jodida sonrisa. Pero no le explico nada en mi despacho. Las putas paredes pueden tener oídos, así que, con un gesto de la mano, lo insto a salir.

Paseamos por la gran explanada de césped, aquella donde se realizan los desfiles, al ser tan amplia, no tienes por qué cruzarte con nadie y, aunque lo hagas, tiene la suficiente distancia como para no ser escuchado. Voy vestido informal, nada de ropa militar. Tan solo un pantalón de chándal gris y una camiseta básica blanca. Nos sentamos en el césped y comienzo a relatarle todo lo que he averiguado hasta el momento. Que tampoco es demasiado. He podido revisar las notas de Rebeca y las pocas conclusiones a las que había llegado. Pero hay muchas cosas que no comprendo. Entre los dos seguro que vamos más deprisa.

—Necesito tu ayuda. Tengo que recuperarla, tío. Si la pierdo... —Muevo la cabeza para desechar de inmediato la idea, pero las lágrimas pugnan por salir—. No sé qué va a ser de mí si la pierdo.

—Eh. Ni se te ocurra decir eso. No la vamos a perder. ¿Confías en mí?
—Asiento de nuevo con la cabeza. Apenas puedo hablar—. Traeré a todo el equipo. En dos días, la tenemos de vuelta. Esos tíos son los mejores. Pero también te tengo que decir, que, a estas alturas, la Capi ya ha encontrado la forma de escapar, seguro. Tú no la conoces lo suficiente y, aunque pequeña, es una leona. Y tiene la suficiente fuerza, empuje y cojones para noquear a un ejército. He estado en demasiadas misiones con ella como para tenerlo claro.

Dicho eso, se levanta, coge el teléfono y realiza varias llamadas. Todas con una duración media de cuatro putos segundos y solo tres palabras: «¡Mamá pato mareá!». ¡No entiendo nada! Me mira, suspira y comienza a hablar:

—Después de tantos años juntos, tenemos códigos con los que nos entendemos. Rebeca es «Mamá pato», ya que ella es la Capi del equipo. Con «mareá» entendemos que ha desaparecido o que está en peligro. —Vuelvo a poner cara de no entender nada—. Como sabes, Rebeca es medio española. Los códigos se los inventó ella. Su peculiar sentido del humor, ya sabes. De esta forma, podemos hablar, aunque nuestros teléfonos estén pinchados.

Asiento con la cabeza y, aunque no soy una persona que se deje llevar por los demás, reconozco que el haber llamado a Eme ha sido una gran idea.

Una hora más tarde, Eme y yo revisamos las llamadas telefónicas de los días en los que ellos estuvieron en Yemen. Eme me cuenta lo sucedido allí y, pese a saber que Rebeca es militar, que es dura, que es comandante del ejército americano, debo reconocer que el día que conocí al padre pensé mal. Creí que sería una niña pija más que asciende por su papá y no por méritos propios. Aunque había leído su informe con todas las misiones en las que había participado, mi mente se negaba en rotundo a imaginarla en situaciones tan peligrosas.

La frialdad con la que lo cuenta Eme y la comandante que me describe, no la imagino en mi pequeña chica rebelde y valiente. O no me lo quiero imaginar. Solo pensar en las situaciones de peligro en las que se ha visto involucrada, un escalofrío recorre todo mi ser y hace que me provoquen arcadas. ¿Cómo estará? ¡Por favor, que no le hayan hecho daño!

Taylor, George, Tony y Eric hacen su aparición estelar por la noche. Debo reconocer que es un jodido grupo bien organizado, y que vale que todos tengan buen cuerpo por el ejercicio que hacen y tal, pero, joder..., siento celos. Celos porque la conocen, celos porque no sé si habrá tenido alguna

jodida historia con alguno de ellos. Pero, sobre todo, celos por cómo la respetan, cómo darían su vida por ella. En definitiva, por la relación de amistad que tiene con ellos. Estoy seguro de que se ha hecho respetar, aunque le haya costado un gran esfuerzo.

Nos vamos a un pueblo cercano, a un bar de mala muerte para que nadie nos reconozca y poder hablar con total tranquilidad de lo que sabemos hasta ahora. Los chicos proponen ir a casa de Rebeca para registrarla y encontrar su portátil. Eme tiene una copia de la llave.

Llegamos allí y abrimos rápidamente para no levantar sospechas. A sus alumnos se les ha dicho que Rebeca está en un curso al otro lado de la costa. No queremos que sea algo que salga en las noticias. Así que se está llevando en el más absoluto de los secretos. Discreción es la consigna. A la operación la hemos llamado «Mamá pato mareá», claro. Solo el nombre me da risa. Los chicos me explican, de nuevo, que fue la propia Rebeca la que propuso ese nombre en el caso de que sucediera algo. En realidad, les puso el nombre en clave a todos. Eme es el «Pato Donald mareado»; Taylor, «Casanova»; George, «el Negro», y eso que es muy blanco de piel; Eric, «el Dr. *Buenorro*», por su parecido con el actor Patrick Dempsey, según ella. Y Tony, «el Loco», porque decía que era el que tenía las ideas más descabelladas. Me río porque lo veo tan propio de ella que es hasta lógico.

Tras revisar en los lugares propios en los que puede estar escondido, no logramos encontrar nada. Me dirijo a la cocina, abro el frigorífico y solo veo latas de cervezas y comida precocinada de las que se calientan en el microondas. Cojo una cerveza, intentando meterme en la cabeza de esta loca que me lleva a perder la mía. Tony entra en la cocina, me pide una, la abre y, cuando le da un sorbo a la suya, me mira y dice:

—No sé cómo la Capi tiene fogones en la cocina, ya que no los necesita para nada. Esta mujer no cocina ni aun recetándose el médico.

Ambos nos reímos. Pero miramos el fogón a la vez y se nos enciende la luz. Buscamos por detrás y vemos que está desconectado. Comenzamos a mirar por debajo y vemos una tabla un pelín más suelta que las demás. Es apenas perceptible para alguien que no esté buscando algo. Pero sobre todo es un sitio donde nadie que no la conozca va a buscar.

Es ingeniosa, la jodida. Para nada previsible, y ambos nos miramos con una sonrisa triste en la boca.

—La encontraremos. No puedes dudarlo. Pero estoy seguro de que está

bien. La Capi, siempre lo está, es dura como una puñetera roca, pero también es inteligente. A estas alturas, ya habrá escapado. Y encontrará la manera de ponerse en contacto con nosotros.

Dicho eso, me da una palmada en la espalda y se marcha con el resto del equipo al salón. Retiro la tabla y allí está el portátil y un montón de documentos. ¡Bien! Debemos empezar por el principio. Me marcho al salón junto con el resto de los chicos.

—Bien. Hemos encontrado la investigación que Rebeca estaba llevando a cabo. Ahora mismo esta es la principal prioridad y no descansaremos hasta dar con ella. Cogemos esta casa como base. La hemos revisado de arriba abajo y sabemos que está limpia. También lo ha hecho el equipo que trajo ayer el padre de Rebeca. Así que nos dividiremos el curro. —Hago una pausa para mirarlos y todos asienten con la cabeza. Ninguno tiene intención de replicarme ni llevarme la contraria. Los ha enseñado bien—. Eme y Taylor, las llamadas telefónicas. No quiero que haya ni una sola duda de que las he podido realizar yo y, por eso, es mejor que lo revise otro. Cuatro ojos ven más que dos. George y Tony, revisad las cámaras de seguridad. Eric y yo revisaremos los informes del personal y la posible relación con la yihad. ¡Sed escrupulosos! Traeré pizarras y bolígrafos para que podamos apuntar y establecer patrones. ¿Alguna pregunta?

—¿Qué pasa con vuestros asistentes? ¿Qué les habéis contado? —Ese es Eme que, lógicamente, pregunta por Gloria.

—De momento nadie queda descartado. A Tory le he dado vacaciones. No lo quiero ver por el despacho. No me fío de nadie. Gloria, estaría descartada, ya que, al parecer, la voz de las llamadas era masculina con marcado acento neoyorquino. Así que, de momento, tampoco quiero que sepa nada. Cuando no sabíamos que le había pasado, hablé con ella y me confirmó que ese lunes habían almorzado juntas, pero que desde entonces no la ha visto. Por lo que le comenté más tarde, que se había marchado a realizar un curso. Es lo mismo que le hemos contado a sus alumnos.

Todos asienten, toman asiento en diferentes puntos del salón y se ponen a trabajar. Yo me voy al edificio principal y solicito el material que necesitamos. Varias pizarras blancas con rotuladores de colores. Cuando paso por delante del despacho de Rebeca, veo salir a Robert. Lo miro y no comprendo muy bien qué hace ahí. Desde que me he enterado de esto, desconfío hasta de mi sombra, joder. Me acerco sonriente, todo lo sonriente

que soy capaz de fingir.

—¿Qué haces aquí? Deberías estar en clase, no merodeando por los despachos. —Vale, ha sonado más brusco de lo que pretendía, pero es que mi paciencia se ha ido al carajo hace dos putos días.

—Buscaba a la comandante, pensé que ya estaba de vuelta.

Me mira y agacha la cabeza. ¿Este puto niño me está mintiendo?

—¿Para qué?

—Bueno, ella me embarcó en un juego absurdo, *la gallinita ciega*, y, claro, después desapareció, digo..., se marchó al curso y no ha dejado indicaciones de cuánto tiempo... ya sabe, de cuánto tiempo tengo que permanecer así.

Me está mintiendo. Lo sé. Me miente y no sé en qué.

—No se preocupe, cadete, vuelva a su edificio y, cuando hable con la comandante, le preguntaré.

—¿Usted habla con ella, teniente coronel? —Veo claro como la luz del día, la perplejidad y la desconfianza.

—Todos los días. ¿Por qué lo pregunta? —prosigo con mi mentira.

—No, por nada.

Se queda callado, pero desvía la mirada. Tengo que investigarlo. Me despido de él, no sin antes asegurarme de que se marcha y no se queda por los alrededores del despacho.

Una hora después, tengo todo el material que he solicitado y lo llevo a casa de Rebeca.

—Eric, comenzaremos nuestra investigación por Robert, un alumno de Rebeca.

—¿El de *la gallinita ciega*? —me pregunta Eme

—Sí. ¿Por qué? ¿Cómo sabes eso? —Me sorprende que Eme lo sepa.

—La última vez que hablé con la Capi, me comentó que tenía un alumno que era sobresaliente en todo, pero era un solitario. Recordé los juegos que nosotros mismos practicábamos fuera de horario para crear grupo. Se lo comenté y se le ocurrió que quizás ese juego le viniese bien.

Asiento con la cabeza. Me hubiese gustado que me lo comentase a mí. Pero he de reconocer, que, respecto a las técnicas de enseñanza, yo siempre soy más tradicional y le insto a que siga estrictamente el itinerario marcado. Cosa que ella se pasa por el forro de los pantalones.

—La cuestión es que lo he visto merodeando por el despacho de Rebeca

y me ha sorprendido, porque el despacho del instructor sustituto está en otro edificio. Además, me daba la sensación de que mentía. No sé. Empezaremos por él. ¿Habéis averiguado algo de momento? —Joder que me digan que sí, porque me voy a volver loco.

—Bien. —Taylor se levanta y carraspea—. Respecto a las llamadas realizadas a Yemen aquí tienes el listado de los días que se realizaron. En la mayoría, estabas en el despacho o en la base. Las hemos contrastado con los minutos de las cámaras de seguridad que Rebeca tenía marcados. —Lo paro un momento con la mano mientras miro los días que se realizaron esas llamadas. Cuando ellos estaban en Yemen yo estaba aquí, aunque de vacaciones.

—¿Habéis logrado descifrar la clave para entrar en el portátil?

Todos estallan en carcajadas. Sé que aún tengo mucho que aprender de ellos, pero, aun así, me siento un completo imbécil. Si no fuese por ellos, no habría logrado ni encender el puto ordenador.

—CAPULLO —contestan todos a la vez

—¿Capullo?

—*Sip*. Así es como la Capi me saluda. Sabe que, si le ocurre algo, yo sería de los primeros en investigar. No te lo tomes a mal, teniente, pero nosotros llevamos años con ella. Son muchas misiones juntos, muchas noches en vela, diciendo tonterías, para no quedarnos dormidos y poder así cumplir con las guardias. Son muchas cervecitas en la terraza de su apartamento; muchas pizzas compartidas; millones de anécdotas...

Asiento porque no me queda otra. Pero debo reconocer que me encantaría llegar a conocer a Rebeca del modo que la conocen ellos, incluso mejor. Querría saber cosas de ella que nadie más supiera. Eme, como si me leyese la mente, pone su mano en mi espalda.

—Teniente, tú tienes una parte de ella que nosotros nunca tendremos y ese es su corazón. Porque si pasó contigo aquel fin de semana, siendo ya sospechoso como eras, con lo estricta que es en ese sentido, te aseguro que no te hubiese dejado llegar ni a la primera base.

Dicho eso, me guiña un ojo y mi corazón se debate entre latir desbocado emocionado por las palabras de Eme o dejar de latir provocado por la angustia de saber que no la tengo entre mis brazos ahora mismo..., y puede que le estén haciendo... Sacudo mi cabeza para alejar los malos pensamientos de ella. Carraspeo para bajar el nudo de emociones de mi garganta.

—Continúa, Taylor, por favor.

—Como decía, hemos contrastado las llamadas realizadas a Yemen con los días que estabas en la base. En la misma franja horaria, si entrabas o salías del despacho. Pero ese trabajo ya nos lo había facilitado Rebeca. Tiene una carpeta y cada archivo es el día y la hora de la llamada junto con el video de seguridad donde se te ve entrando o saliendo. Marcó en verde los archivos que coincidían cuando estabas en el despacho y en rojo, los que no; por lo que hemos indagado quién entraba y salía en esos momentos.

—¿Y? Chicos, por Dios, estoy empezando a tener ansiedad.

—Hay dos personas que están continuamente allí. Uno es Tory, que al ser tu asistente es incluso lógico. Pero ¿es normal que entre en el despacho un domingo de madrugada? Me imagino que Rebeca tuvo en cuenta la diferencia horaria. Sabemos que Yemen va siete horas por delante de Nueva York.

Asiento, aunque la verdad es que no tenía ni la más remota idea. Nunca he estado en Yemen, no tengo a nadie allí y no se me ha perdido nada.

—Rebeca señaló las llamadas que hicieron a Yemen cuando aquí podría ser lógico que hubiese alguien en el despacho. Y la única llamada que se realizó en un horario así fue la última. En Yemen eran las nueve de la noche, por lo que aquí, aún eran las dos de la tarde, un horario muy lógico para estar en una oficina.

—¿Qué día fue? Recuerdo que por aquella época viajé varios fines de semana para estar con mis sobrinos.

—Nosotros aún estábamos en Yemen, por lo que debió de ser en mayo. La última semana.

—Esa semana estuve en un parque acuático con mis sobrinos en Rapid City. Pero... esperad un momento aquí, creo que tengo la tarjeta de embarque en algún lugar.

Me marchó a mi casa que se encuentra a unas calles de distancia con una sonrisa en la boca. Esto demostrará que soy inocente. No pude hacer las llamadas si estaba fuera de la base ese día. Entro en mi casa rápidamente y busco el dichoso papel. Si me descartan a mí como sospechoso, podremos comenzar con otro y dar con el paradero de mi chica. Lo encuentro en el escritorio de mi mesa y vuelvo a casa de Rebeca.

—Vale. Esto demuestra que no la hiciste tú, pero sé cómo piensa nuestra Capi y, si ha llegado hasta aquí, sé que tampoco te habrá descartado. Puedes tener un cómplice.

¡Mierda! No había pensado en esa posibilidad. Generalmente no se me escapa ni una, pero ahora mismo estoy espeso. No soy capaz de pensar con claridad.

—¿Están las imágenes de seguridad de ese día? Podremos saber quién estaba en el despacho. Quién entró o salió en esa franja horaria. Aunque no demuestre mi inocencia, sí que podremos interrogar a quien sea.

—Las busco. Creo que a la Capi no le dio tiempo de llegar hasta aquí.

Asiento y miro a mi alrededor. Todos están concentrados, trabajando. Vamos contrarreloj. Durante no sé cuántas horas más, trabajamos sin arrojar ningún resultado. Vamos anotando en las pizarras fechas, entradas y salidas al despacho con las llamadas realizadas a Yemen, posibles sospechosos...

—Chicos, aquí hay algo raro —los llamo para tener toda su atención—. Robert, el alumno de Rebeca, estuvo en el despacho el día de la llamada. Mirad aquí. —Señalo la pizarra con las dos personas que estaban en el despacho el día que yo estaba en Rapid City—. Al parecer, es amigo de mi asistente y pasa mucho tiempo allí. Rebeca ha señalado que las llamadas se realizaban desde diferentes puntos de la base, no solo desde mi despacho. —Los miro y todos asienten—. También se hicieron un par de llamadas desde la cantina. Algo que Rebeca anotó y que le llamó la atención. Pero para poder llamar desde la cantina tiene que ser porque Peter tenga confianza plena en esa persona. No deja acceder a su despacho a cualquiera. Solo un puñado de personas de esta base pude acceder a él. Y somos los que nos reunimos los domingos para una timba informal de póquer.

—¿Quiénes sois? —pregunta Taylor.

—Seis personas. Tory, mi asistente; Frank, un sargento prejubilado; Harry, sargento sustituto de Frank; Peter, el de la cantina; Abraham, el cuñado de Frank, y yo. En alguna que otra ocasión, Robert ha jugado sustituyendo a alguno de nosotros que haya faltado.

Cierro los ojos y pienso.

—¡Mierda! —exclama Eme—. Si Robert tiene la suficiente confianza para estar en tu despacho y en el de Peter, bien podría ser el principal sospechoso.

—Sí, pero por esa regla de tres también podría ser Tory. Ya no me fío de nadie.

Las horas pasan y estamos en el mismo jodido punto de partida. Debemos establecer una relación entre Tory o Robert con Yemen. Los chicos comienzan

a pasear por la estancia; revisan imágenes, prosiguen con las llamadas, solicitan las salidas al extranjero de los dos... Mi móvil suena. Miro la pantalla: el capitán general Wilson, el padre de mi chica. Contesto de inmediato.

—Teniente coronel Sidney. Hemos conseguido localizar la llamada que me realizaron los secuestradores. Tenemos carta blanca.

Cierro los ojos y con eso respiro tranquilo. Ahora mismo me importa una mierda quien fuera. Solo quiero ir a por ella y traerla de vuelta. Con esta puta llamada, su padre me da carta blanca para que haga lo que me salga de los cojones con tal de traer a Rebeca de vuelta. Esto me da energías renovadas.

—¡Chicos! ¡Carta blanca! ¡Organicemos el operativo para traer a nuestra chica de vuelta!

En una hora, tenemos todo preparado para salir hacia Siria. ¡Siria! ¿Para qué cojones la habrán llevado allí? ¿Qué relación habrá entre Yemen, Siria y Rebeca? ¡Dios, voy a volverme loco! Nos sentamos en el avión Boeing C-17 que el padre de Rebeca ha puesto a nuestra disposición. Hemos organizado el operativo. Todos llevamos el uniforme de batalla militar. Tenemos nuestras armas preparadas, pero, aun así, en el avión encontramos todo un arsenal.

—Son todas las que la Capi hubiese elegido —comenta Eme cuando empieza a mirarlo

—Ya sabéis la relación que mantiene la Capi con su padre. Ese hombre daría la vida por ella. Y la conoce tan bien como nosotros —contesta George, con la mirada perdida y triste.

Estoy comprobando en mis propias carnes la importancia de estos chicos en la vida de Rebeca y viceversa. ¡Joder, se conocen tan bien que me da hasta envidia la relación que mantiene con ellos! Y es envidia, porque sé perfectamente que entre ellos hay mucho amor, pero amor del bueno, del puro. Lo he podido comprobar en estas horas. Aún nos queda un largo camino hasta llegar a Siria; concretamente, más de cinco mil millas, unas once horas de viaje donde más nos vale organizarlo todo y descansar un rato, aunque yo creo que con esta tensión no podré hacerlo. Desde que me enteré del secuestro de Rebeca, tengo una presión en la tapa del pecho que me provoca no poder respirar con normalidad.

Durante las primeras horas de vuelo, repasamos una y otra vez todos los datos que tenemos y sabemos hasta el momento. Un runrún no para de rugir en mi cabeza. Y su nombre surge en mi mente una y otra vez: Robert. ¿Por qué

Robert está siempre en mi despacho? No es una zona donde los cadetes tengan que ir. ¿Cómo surgió la amistad con Tory? Y lo que es más importante, ¿qué relación tiene Robert con Yemen, los insurrectos yemeníes o con Siria? Repaso su expediente, que tengo ahora mismo en la pantalla de mi portátil, una y otra vez. Los chicos también siguen con la investigación. Ninguno podemos descansar. El ambiente es tenso. Tenemos los nervios a flor de piel.

Pasado un rato, me despierto sobresaltado. Me he quedado dormido. ¡Joder! Debo seguir investigando. Miro mi reloj y me he quedado frito media hora. Aún nos quedan ocho de vuelo. Sigo leyendo el expediente de Robert: «Adoptado. Su padre adoptivo es un policía jubilado. Su madre, ama de casa. Intentó acceder al cuerpo de policía, pero suspendió las pruebas escritas». Esto debió de ser un varapalo para el padre. Accedo a su expediente académico. Sobresaliente. Miro antecedentes penales juveniles. Nada. Si los tiene de adulto, no habría podido acceder al cuerpo militar. Intento buscar dónde fue adoptado. Rebusco entre los documentos, aquí... nada. Partida de nacimiento, no está. Registro civil... nada. Nada antes de la adopción.

Un pensamiento me sobreviene de repente. ¿Adopción ilegal? Accedo desde mi portátil a todo el expediente y no encuentro nada que lo demuestre, aun así, no me quedo tranquilo. Contacto desde el teléfono del avión con el capitán general. Si hay alguien que lo puede averiguar es él.

—Capitán general, señor, necesito una información de vital importancia. Es importante averiguar el tipo de adopción de una persona...

—Facilítame el nombre y lo tendrá con la mayor premura posible.

—Gracias, mi general. Le digo el nombre... El cadete Robert Stuart Clark. También necesitaría, si es posible, el listado de sus llamadas del último año...

—Ya le dije que me pidiera todo lo que necesite para poder encontrar a mi hija. No hace falta que se lo repita. Haré todo lo que esté en mi mano.

—De acuerdo, señor, gracias.

Me quedo pensando un momento y llamo a los chicos que se encuentran trabajando en el avión. No es demasiado cómodo, pero tampoco pedimos más. No tenemos tiempo para el descanso, debemos rescatar a mi chica. La presión del pecho se acentúa. ¡Joder!

Nos sentamos en el suelo como podemos, en forma de círculo.

—De momento, no tenemos de dónde tirar. He estado revisando el expediente del cadete Stuart. Es adoptado, pero cuando he querido averiguar

dónde fue adoptado, no he encontrado nada. Tampoco existe su certificado de nacimiento.

—¿Adopción ilegal? —Se me adelanta Eme. Es bueno, el jodido. Con razón mi Rebeca le tiene tanto aprecio. Esbozo una media sonrisa, porque dadas las circunstancias no me es posible sonreír. Ya lo haré cuando esto termine y nos tomemos unas buenas cervezas con ella.

—Eso mismo he pensado. He llamada al capitán general Wilson y en una hora me va a pasar cómo fue la adopción, además del listado de sus llamadas del último año. Tengo la sensación de que este cabrón está metido hasta el cuello.

Todos asienten y, mientras nos llega esa información, revisan los datos recopilados hasta el momento. Una hora más tarde, tenemos la información. Cuando me llega el email encriptado del padre de Rebeca, lo divido entre todos y, en grupos, revisamos una por una las llamadas. Al menos, de esta forma pensamos que estamos haciendo algo, que no estamos cruzados de brazos, sin hacer nada por nuestra Rebeca; por *mi* Rebeca.

—Señor —me llama George—. Aquí tengo algo. En el mes de enero y de febrero, hay tres llamadas en distintas semanas a Siria realizadas desde el móvil del cadete. Todas tienen la misma duración aproximadamente, unos veinte minutos.

Bien, vamos adelantando. El resto continúan revisando su parte de los listados.

—Teniente, en el mes de marzo y abril, hay cinco llamadas más a un número fijo de Siria.

Una luz se me enciende. Aún no comprendo muy bien por dónde van a ir los derroteros. Pero nos damos cuenta de que en todos los meses hay diferentes llamadas a Siria.

—Tony, eres el informático del grupo, ¿verdad? —Él asiente—. Bien, ¿podrías acceder al móvil del cadete y revisar su historial de búsquedas en Internet y conversaciones de WhatsApp? No sé, por ver si encontramos algo sospechoso.

—Lo puedo intentar, señor. No creo que sea tan difícil.

—Ponte a ello.

—De inmediato, mi teniente.

Se levanta, saca su portátil y comienza a teclear como un loco. El resto nos mantenemos a la expectativa. Muevo la cabeza para intentar relajar los

músculos del cuello; me están matando, fruto de la tensión.

El silencio reina en el avión. Se puede cortar la tensión. Además, tan solo nos quedan unas tres horas para llegar y debemos organizar el operativo. Tras más de media hora, Tony grita.

—¡Joder! ¡Lo tengo! ¡Tengo al cabrón!

Todos prestamos atención. Reina un silencio sepulcral en la parte trasera del Boeing C-17, tan solo interrumpido por el atroz ruido de los motores. Asiento levemente con la cabeza, invitándolo a hablar.

—Bien. En los listados, encontramos llamadas mensuales a un número de Siria. Pues bien, me he centrado en las búsquedas en Internet, remontándome a hace un año. En aquella fecha, el cadete Stuart acababa de suspender las pruebas de acceso al cuerpo de policía. Las búsquedas estaban relacionadas con encontrar a su familia, incluso colgó en algunos foros fotos de cuando era un crío. En una de las fotografías que colgó, se ve a un bebé de días en brazos de una mujer muy joven musulmana. La chica apenas tendría dieciséis años.

Hace una pausa y nos mira a todos. Traga saliva y continúa con su exposición. Intenta que asimilemos los datos.

—Recibió numerosas respuestas. Todas ellas eran vagas, donde les explicaban que los soldados americanos violaban a sus mujeres y luego ellas se quedaban embarazadas. Al ser el estado islámico tan estricto en las leyes, esas mujeres eran repudiadas, en muchas ocasiones vejadas o apedreadas hasta la muerte. En el mejor de los casos, se separaban de las familias, se alejaban y tenían a sus hijos solas en algún lugar lejano. Sus búsquedas se centraron durante varios meses en encontrar a dicha mujer, en saber algo de ella, sin resultado. Hasta que un día, alguien se puso en contacto con él a través del foro y le dijo que en varios días lo llamaría. El cadete le dio su número de móvil. Después comenzaron las llamadas. He revisado su mensajería. La mayoría de los mensajes están escritos en inglés, pero tiene un número con el que habla frecuentemente en árabe.

—¿Cómo es posible que no supiéramos que sabe hablar árabe?

—Porque no lo especifica en su expediente. En el colegio y en el instituto estudió francés, como segundo idioma, en lugar del español. Se apuntó en una escuela de manera privada, que, creo, pagaba cuando combinaba los estudios con su trabajo en un gimnasio.

—De ahí que sea tan bueno con el deporte —apunta Eme.

—*Sip*. Es un gimnasio en el Bronx. Por lo que puedo ver en su página

web, practican todo tipo de deporte de contacto, incluido el *Krav Maga*. Hacen competiciones y es uno de los mejores gimnasios del país en estos menesteres.

Los datos comienzan a cuadrar completamente en mi cabeza.

—Pues bien. Dicho eso, he revisado sus *wasaps* y ¡voilà! Tiene un contacto llamado Ossady. —Nos vuelve a mirar a todos. Estamos atentos y con el corazón en un puño—. Al principio, este tal Ossady le va explicando diferentes cosas sobre la cultura musulmana. Le explica que su hermana quedó embarazada de un soldado americano y que sus padres la repudiaron. Ya no se supo nada más de ella. Pero que él está contra el sistema americano, ya que van a sus países, violan a sus mujeres y después las dejan embarazadas. Utiliza un tono con bastante odio hacia todo lo que representa a los Estados Unidos.

—Aquí está la relación —digo de manera obvia.

—Los tonos de esos mensajes cada vez son más virulentos, cada vez con más odio y poco a poco el cadete va adentrándose en el mundo árabe. Aquí hay un mensaje de poco antes del secuestro del soldado americano, donde Ossady le dice que de nuevo los soldados americanos andan por allí violando a sus mujeres. Le habla de un soldado y le dice que, con sus malas artes americanas, ha violado a una chica joven musulmana, igual que hicieron con su hermana, o con la madre del cadete.

—Este chico se ha dejado embaucar por el árabe, sin saber si es cierto o no.

—La cuestión es que el cadete Robert se alistó en el ejército y, desde entonces, rompió toda relación con sus padres adoptivos. Ni una sola llamada. Cuando sus padres lo llaman, las rechaza y no contesta tampoco a sus mensajes. Está claro que Ossady le ha ido inculcando el odio hacia su país y hacia sus padres adoptivos.

—Ahora sabemos quién ha sido y por qué. Pero seguimos sin saber a ciencia cierta dónde está Rebeca. Y lo más importante..., no sabemos si sigue con vida.

En ese momento, el piloto del Boeing nos anuncia que llegaremos al punto señalado en unos minutos y todos comenzamos a prepararnos para saltar en paracaídas y tratar de rescatar a nuestra chica.

Capítulo 12

EDWARD

Nos tiramos en paracaídas en un territorio inhóspito en el lugar donde creemos que tienen a Rebeca. Es un terreno donde los pocos arbustos que hay pueden refugiarnos de un posible ataque. Todos estamos tensos. Caemos, rodamos y rápidamente recogemos y nos refugiamos ahí.

—«Papá pato» a «Dr. Buenorro». —¡Joder con Rebeca! ¡Me siento un completo imbécil! Pero si mi chica es «Mamá pato», yo soy «Papá pato». Eso está claro. Ahora, eso de llamar «Dr. Buenorro», me toca las pelotas hasta un punto... Encima escucho carcajadas por el puto equipo de transmisión—. Dejaos de gilipollices. «Dr. Buenorro», ¿en posición?

—En posición, «Papá pato». —Más carcajadas. Al menos nos hemos relajado lo suficiente como para poder llevar a cabo esta misión. Es el primer punto al que acudimos. Según hemos podido ver, la han trasladado de un sitio a otro.

—«Papá pato» a «Pato Donald», ¿todo despejado?

—Todo despejado, «Papá pato».

—A la de tres. Uno... dos... tres... ¡Ahora!

Salimos todos a la vez de nuestros escondites, con la ropa de camuflaje, la cara pintada y fusil de asalto en la mano, preparados para lo que nos

podamos encontrar. Rápidamente y sin hacer apenas ruido, llegamos a la casa que hay a lo lejos y nos acercamos a la puerta. Cubrimos al «Loco» y al «Negro» que se disponen a abrir la puerta de una fuerte patada, mientras nosotros nos quedamos en la retaguardia, cubriéndoles las espaldas. ¡Joder con los sobrenombres!

Derriban la puerta sin que a las personas de dentro les dé tiempo de reaccionar. En el salón encontramos a tres musulmanes, que rápidamente nos disponemos a apresar. Les atamos las manos a la espalda. Ahora mismo nos importa una mierda si son culpables o inocentes, y sé que nos estamos pasando por el forro de los pantalones todos los protocolos y los derechos humanos. Pero la verdad es que me importa un carajo. Solo quiero recuperar a mi chica y tengo la santa bendición del gobierno de los EEUU al completo, por cortesía del capitán general Wilson, su papá.

—¡Despejado!

—¡Despejado!

Voy escuchando por el equipo de transmisión, como cada uno de los chicos van inspeccionando las habitaciones. Una vez sabemos que todas las habitaciones están vacías, nos apresuramos a llevarnos a estos cabrones, mientras que el otro equipo ya ha bajado todo el material, coches incluidos, del Boeing. Entran cinco sargentos para poder peinar la casa. Es un equipo especializado en huellas. Los chicos y yo los dejamos recopilando pistas, mientras nosotros nos vamos a la casa base que han alquilado para poder descansar y seguir con la investigación, llevándonos con nosotros a los tres cabrones para poder interrogarlos.

Después de una hora en coche hasta nuestro destino final, tenemos claro que la casa pasa desapercibida. Es amplia y tiene todo lo que podemos necesitar para esta misión. Estamos agotados, apenas hemos dormido en los últimos días y, a diferencia de los Arnold Schwarzenegger de las pelis de acción, nosotros necesitamos descansar. Echamos un vistazo rápido a las estancias y encontramos un sótano bastante interesante que bien nos puede servir para dejar a los capullos.

Los encerramos dentro y nos encontramos de nuevo en el salón.

—Dejemos nuestras cosas en las habitaciones. Repartíros las como queráis. A mí me da igual. He visto que dispone de dos cuartos de baño. Nos duchamos y en una hora nos vemos aquí de nuevo. Debemos planear el siguiente paso.

Todos asienten y se marchan a sus dormitorios. Se van repartiendo las habitaciones que hay. Esta casa es para el equipo operativo, es decir, para nosotros. Los otros tendrán otro lugar, no sabemos muy bien dónde, porque siempre es así, por si acaso nos pillan, no podamos irnos de la lengua. Todo es confidencial.

Me doy una ducha rápida, me cambio de ropa y durante un buen rato, organizamos las guardias. No podemos dejar nada al azar.

—Bien, dicho esto, yo comenzaré con el interrogatorio. Necesitaremos un traductor o ¿alguno de vosotros habla árabe? —Todos niegan con la cabeza. A pesar de haber descansado una hora y haber comido algo rápido, el ambiente sigue estando tenso. Solo queremos saber algo. Tener alguna pista.

Nos hemos llevado una gran desilusión cuando no la hemos encontrado allí, aunque ya contábamos con ello, ya que estos hijos de puta disponen de muchos lugares para ir trasladando de sitio a los presos. Es el *modus operandi* de este tipo de organizaciones.

Mi teléfono suena. Es el sargento encargado del otro equipo que aún continúan en la casa, recopilando pistas.

—Sargento, ¿sabemos algo?

—Teniente coronel, en una primera inspección hemos detectado las huellas dactilares de hasta tres personas diferentes. Había una habitación con una sola cama. —Cierro los ojos e intento tranquilizarme. No quiero pensar en que le hayan hecho nada malo—. En ella hemos detectado las huellas de cuatro personas. Lo que sí tenemos claro es que no hay fluidos corporales. Tampoco hemos encontrado sangre, aunque sí nos hemos llevado un plato de metal y un tenedor para analizar. —Eso me tranquiliza. Al menos no le han hecho nada allí. No la han tocado. ¡Joder! Respiro con alivio—. Creemos que la tuvieron aquí presa por algunos días. Queremos analizar el tenedor por si tiene saliva de la comandante.

—Perfecto, mantenedme informado.

Cuelgo la llamada y me dirijo al equipo.

—Están recopilando pistas. En un principio, no se ha detectado sangre ni fluidos corporales.

El alivio se siente en el ambiente. Todos respiramos un poco más tranquilo. Ahora toca ir a buscar un intérprete de confianza para poder interrogar a los mamones de los extremistas. Y no es que yo tenga nada en contra del mundo árabe, al contrario, pero los extremistas islamistas, al igual

que cualquier tipo de radicalismo, me pone de los nervios.

Eme y yo salimos en busca de un contacto suyo de confianza que nos haga de intérprete. Son amigos de siempre. Hemos quedado en un bar, en la carretera de Hama Kafr, en Hama, cerca de Siria. Nos quedan unas dos horas de camino en *jeep*. Vamos vestidos de paisanos para pasar lo más desapercibidos posible.

Por el camino, ninguno de los dos hablamos. Tenemos tanta tensión encima y estamos tan cansados que ni una triste conversación podemos llevar. La radio suena con canciones musulmanas que no reconozco de nada. Cambio de emisora y, cuando escuchamos los acordes de la guitarra eléctrica de *The Final Countdown*, de Europe, ambos sonreímos porque, en el fondo, ambos estamos acordándonos de Rebeca, nuestra chica guerrillera. Comenzamos a tararearla, aunque lo hacemos bastante mal, eso hace que nuestras cabezas se despejen, al menos, durante los minutos que dura la canción.

Llegamos a la taberna de la mala muerte en medio de la nada, donde Eme ha quedado con su amigo. Mossady es un musulmán vestido con ropa europea y finos modales. No es como me lo imaginaba en absoluto. Nos saluda con un apretón de manos y Eme realiza las pertinentes presentaciones.

Nos sentamos en una mesa lo más alejada posible de la gran cristalera que da al aparcamiento del establecimiento. Pedimos té y Eme se lo pide con cardamomo y menta. Después me explica que es como lo toman, sobre todo Taylor y la Capi, desde que regresaron de Yemen. Mientras tomamos el té, Eme le explica a su amigo la situación.

—¿Hablamos de Capi?

—La misma.

Eme es escueto en palabras, pero por lo que deduzco, Mossady también conoce a mi Rebeca.

—No te preocupes. Hago el trabajo. Gratis. Ya sabes que le debo mucho a Rebeca. Ella me ayudó tanto que esta es mi oportunidad de poder resarcirme.

Eme asiente con la cabeza, pero no me explica nada de lo que Rebeca hizo para ayudar a Mossady. Siento una punzada de orgullo por mi pequeña guerrillera. Todos los que la conocen hablan bien y le tienen cariño, a pesar, incluso, de estar a sus órdenes y eso dice mucho de ella.

Al cabo de un rato, terminamos nuestro té y nos marchamos de vuelta a la casa franca con Mossady. Al llegar, todo está tranquilo. El resto de los chicos

están descansando, cosa que también deberíamos hacer nosotros, pero que, en este momento, al menos yo, tengo una extraña energía viajando libremente por todo mi cuerpo. Deseo, más que otra cosa en el mundo, comenzar con el interrogatorio y dar con el paradero de Rebeca. Esa es mi principal prioridad y no quiero ni pensar en que le haya ocurrido algo... Sacudo la cabeza y me obligo a no pensarlo. Mi chica es fuerte, una auténtica guerrillera, y estoy seguro de que si se le acercan le propinará una patada en los cojones al cabrón que se atreva. Es buena en las artes marciales, muy buena. Sabrá defenderse.

Bajamos al sótano maloliente para encontrarnos con los tres malditos cabrones. Están callados, sentados en el suelo, con las manos y los pies atados por gruesas cuerdas. Eme y yo estamos más que contentos de comenzar este interrogatorio. Coloco una silla y siento al primero. Comenzamos preguntándole el nombre, qué hacían en esa casa y su relación con Ossady y con el cadete Robert, mientras que Mossady va traduciendo nuestras palabras.

—Respuesta incorrecta, mamón. —Y le pego un puñetazo en el estómago después de contestarme que no sabe nada de Ossady ni de Robert.

Durante varias horas, donde los puñetazos, amenazas, gritos y frustración hacen acto de presencia, no sacamos nada en claro. Sus nombres, que ahora mismo no recuerdo y que me importan una mierda, y poco más.

Cansado como pocas veces he estado en mi vida, me dirijo al salón, junto a Eme, cuyo rostro refleja la misma puta frustración que el mío. Cuando llegamos, los chicos ya han descansado y están tomando algo de comer. Nos preparan café mientras los ponemos al día de las novedades. George y Taylor, bajan al sótano para proseguir con el interrogatorio.

Me dirijo a la habitación que comparto con Eme. Es un dormitorio sencillo donde solo hay dos camas pequeñas y un ropero en malas condiciones. Después de una ducha para quitarnos el sudor y relajar los músculos, nos recostamos en nuestras pequeñas camas. Llevamos más de dos días sin dormir y a eso debemos sumarle las más de once horas de vuelo desde Nueva York y el operativo. Pongo la alarma del móvil para tres horas más tarde. Con ellas tendrá que ser suficiente. Cuando todo esto termine, me llevaré a mi chica a la playa y dormiremos y haremos el amor durante días. Solo nos dedicaremos a descansar... Con la bella imagen de mi Rebeca en biquini, con su sonrisa en la boca y su desastroso pelo rubio, caigo en un profundo sueño.

Tres horas más tarde, la alarma del despertador suena y, de un salto, me

incorporo en la cama. Voy a la cocina, preparo café y me suena el móvil.

—Capitán general. ¿Noticias?

—Teniente coronel, hemos apresado a Robert. Ahora mismo un equipo operativo se encuentra con él para el interrogatorio. Lo estamos grabando todo. ¿Alguna novedad más?

—Negativo. Estamos interrogando a los tres que encontramos en la casa, pero hasta ahora no han abierto la boca.

Escucho a través del teléfono el bufido de frustración del padre. Me encantaría poder estar allí también y partirle la cara al hijo de puta de Robert. Pero, aun así, debo estar aquí.

—Teniente coronel, si el interrogatorio no da frutos satisfactorios, yo mismo me voy a encargar de hacerle hablar. Me encargaré personalmente de que las putas cámaras que están grabando sufran un accidente. —Dicho eso, colgamos la llamada.

Asiento con la cabeza, aunque bien sé que no me puede ver. Sé a lo que se refiere. Yo también haría lo mismo. De repente, los cables se han roto y la puta cámara que lo graba todo, por una corriente de aire al abrir la puerta, se ha estallado contra la pared. Al menos, pensar en eso me reconforta y me anima a seguir con el interrogatorio. Hiervo agua y, cuando está en su punto, cojo el cazo y, con él en la mano, me dirijo de nuevo al sótano. Antes de entrar respiro para intentar tranquilizarme. Un muerto no habla, Edward. Tenlo en cuenta. Abro la puerta y el olor a sangre perfora mis fosas nasales.

George y Taylor tienen pañuelos enrollados alrededor de los puños para pegar más fuerte y que no deje tanta marca. Hay salpicaduras de sangre por toda la estancia. Me miran y niegan con la cabeza. Mossady tiene el semblante serio. Tranquilamente y, con el cazo de agua hirviendo en una mano y la otra metida en el bolsillo del pantalón de chándal, me acerco a uno de ellos.

—La paciencia se me acaba de terminar. O cantas ahora mismo o te hecho esto por tu bonita cara hasta que la desfigure. ¿Me has entendido? Así que comienza a cantar *La Traviata*. ¡Ya!

Le doy unos segundos para que responda, y, al no hacerlo, acerco el cazo de agua, le levanto la cara y, cuando voy a acercársela a la boca, George me lo impide.

—Teniente, no es buena idea. Si lo haces ahí, se quemará la boca y no podrá hablar.

¡Joder! ¡Me cago en la puta! Lleva toda la razón. Así que no me lo pienso.

Estiro el borde de su pantalón y le derramo el agua en los cojones. A partir de ahora, la llevará de llavero.

—Sigue tocándome las narices sin hablar y te convertirás en una jodida uva pasa. Tan arrugado y quemado que no te reconocerá ni la puta de tu madre.

Los dos restantes nos miran con cara de terror. Los sentamos al lado de su amigo y, durante horas, interrogamos, pegamos, quemamos sin resultado alguno.

Debo salir de aquí, porque, aunque soy militar, y tengo ahora mismo una rabia contenida de la hostia, no se me ocurre una manera más efectiva para hacerles hablar. Salimos los cuatro de la estancia. Los dejaremos un rato para que se recuperen.

Los ánimos de todos están por los suelos. No logramos avanzar y, lo que es peor, las horas pasan y el no encontrar a Rebeca nos está llevando a la desesperación. Un grito de frustración sale de mi garganta, doblo la cabeza hacia atrás y dejo salir a modo de grito la desesperación y el temor, la rabia y la impotencia a la vez que le pego un puñetazo a la pared. Debo sanarme con esto antes de caer en la desidia, en la inapetencia y, por último, en la derrota. Debo seguir buscándola hasta encontrarla y traerla de vuelta.

Las horas pasan y estos tres no abren la puta boca. Nos desesperamos y, en un acto de frustración Eme coge su arma y la coloca en la sien de uno de ellos.

—O hablas ahora mismo o te meto un puto tiro en la cabeza, te entierro en el jodido desierto para que no te encuentren jamás y después me follo a tu mujer y a tus hijas tan duro, que cuando acabe con ellas, no van a tener ni un puto agujero de su sucio cuerpo sin que me haya follado. ¿Has entendido? ¡Traduce! —Ninguno hablamos, ni siquiera le llevamos la contraria. Cualquier método que les haga hablar, será bienvenido. ¡Al carajo los derechos humanos! Eme quita el seguro y podemos ver como el infeliz traga saliva.

Comienza a hablar de manera atropellada, aunque nosotros no entendemos una mierda; observamos como Mossady, el intérprete amigo de Eme, asiente con su cabeza en algunas ocasiones, habla en otras y su atención está puesta completamente en los tres. Los otros dos, de vez en cuando, dicen algo. Mientras, Eme sigue apuntando y apretando el arma contra la sien del extremista. Un rato después, Mossady nos invita a salir de la estancia.

Una vez en la sala, donde nos encontramos ya todos, comienza a hablar, justo cuando me suena el teléfono. Son los del equipo de investigación.

—Teniente coronel. Tenemos los resultados de los análisis que realizamos en la casa. Tenemos tres huellas dactilares diferentes. Pertenecen a tres musulmanes llamados Abdul Alim, Farid y Jalid. Les paso las fichas por mail. Las autoridades sirias están colaborando. Son tres musulmanes extremistas pertenecientes a la guerrilla de insurrectos de Ossady Yassan. Están en busca y captura.

—¿Algo más? —Aunque no lo sé a ciencia cierta, me imagino que estos tres desgraciados son los tres de las huellas dactilares. Espero que no le hayan tocado un pelo o juro por Dios que me los cargo ahora mismo.

—Entre las pruebas que hemos obtenido, había una cuerda con restos de sangre. No es mucha, pero sí lo suficiente para poderla analizar. Es de la comandante. Por las pruebas, deducimos que son restos de las muñecas. Tendría la cuerda demasiado fuerte o ella hizo esfuerzos por soltarse. — ¡Joder! Puede que esté herida. La sola idea hace que me entren ganas de bajar y matar a puñetazos a esos hijos de puta—. También hemos encontrado restos de bilis de la comandante. En ellos hemos hallado una fuerte deshidratación. No había restos de alimentos en el estómago. En la cama no hallamos restos de semen, por lo que deducimos que, al menos en la cama, no la han violado. Tampoco hemos encontrado sangre en el resto de la habitación, ni tampoco semen. Con la luz ultravioleta, si le hubiesen pegado y roto nariz o una ceja, habría restos en alguna pared, por muy microscópica que fuese, pero no había nada. Todo limpio. Lo cual no implica que no le hayan pegado. Se han podido cebar y no habría restos. Usted lo sabe mejor que yo, teniente coronel.

—Lo sé. Bien. Gracias por la información. Si averigua algo más, hágamelo saber, por favor.

Cuelgo el teléfono y me siento en el pequeño sofá. Estoy completamente destrozado. No sé por dónde seguir. Suelto un suspiro de frustración y miro a Mossady.

—Se llaman Abdul Alim, Farid y Jarid. —Asiento porque es la misma información que acabo de recibir—. Trabajan para Ossady Yassan. Realizan todo tipo de trabajos, desde poner una bomba en cualquier lugar que les indique su jefe hasta secuestrar a algún turista y pedir rescate, o vender drogas. Son narcotraficantes, trata de blancas, venden armas. Cualquier cosa ilegal, ellos lo realizan. Es un negocio muy lucrativo. Y, en nombre de la yihad, estos infelices hacen los que se les dice, consiguiendo su jefe, un negocio de lo más rentable. En realidad, aquí siempre es lo mismo. Los pobres

desgraciados, con tres sermones bien dichos en nombre de su Dios, hacen lo que se les pide, mientras que los jefes se lucran con los negocios más sucios. Ellos no tienen nada que ver con ideales ni políticos ni religiosos, simplemente el único ideal que les guía es hacerse de oro al menor coste posible.

—¿Quieres decir, que Rebeca ha sido secuestrada por unos desalmados que les importa tres carajos lo que le pase solo por ganar un puñado de dólares? ¡Joder! Esto cada vez se está poniendo peor. —Mis lágrimas pugnan por salir. Trago saliva, porque ahora no me puedo desmoronar.

—Lo bueno —prosigue Mossady— es que, en esta ocasión, la consigna era mantenerla con vida, bajo cualquier circunstancia. No se le podía tocar un pelo. Según ellos, Ossady Yassan llevaba buscando una americana rubia desde hacía bastante tiempo. La tenía vendida a un jeque árabe con más millones que vergüenza. La quería para su harén particular. A cambio, les convenció de que el dinero era para la cruzada. El ser americana, les daría la suficiente publicidad para que lo tomaran en serio. Ellos se limitaron a recogerla de un hangar y trasladarla a esa casa. Después de tres días, donde la dejaron sin beber y sin comer, porque estaba drogada, la trasladaron a otro lugar. No saben bien dónde.

—Estos insurrectos siempre trabajan de esta manera. Trasladan a los secuestrados a varios lugares de su red de contactos y así nadie sabe nada. Si apresan a unos, no tienen apenas información, por lo que es más difícil encontrarlos con vida —apunta George. Todos dejamos caer nuestros hombros, derrotados.

—Siguiente paso. ¿Te han dicho cómo o quiénes se la llevaron? —le pregunto a Mossady.

—Solo saben que se la llevaron en una especie de camión y eran otros tres, uno de ellos no era musulmán. Seguía drogada cuando abandonó la casa.

Suelto un largo suspiro. Quiero avanzar, ahora mismo, aunque estemos cansados, no hay lugar para el descanso. Tenemos que ponernos las pilas.

—Está bien, recapitulemos lo que sabemos hasta ahora. Sabemos que tiene que ver con el secuestro del soldado en Yemen. Pero ¿qué relación hay? No lo sabemos. Que Ossady Yassan es el cabecilla de la operación. También sabemos que Robert era el que realizaba las llamadas desde América, más concretamente desde West Point. Que ese cabrón es de origen musulmán y que Ossady le hizo un lavado de cerebro para que se uniese a su causa. También

que trajeron a Rebeca en un avión. Que la tienen drogada. Que la trasladan de un lugar a otro y que la han vendido a un jeque árabe. Sabemos que llamaron al padre para pedir un rescate por su secuestro, cosa que no me encaja aquí para nada, porque si la han vendido a un jeque árabe, ¿para qué llaman al padre para pedir el rescate? Hay algo que no me cuadra. Pero, además, no sabemos lo más importante. ¿Dónde la tienen?

—Teniente. Te olvidas de un dato importante. La Capi es militar y muy buena, una de las mejores, diría yo. No debemos infravalorarla. A estas alturas creo que sabrá dónde se encuentra o por qué la han secuestrado, eso si no se ha escapado ya —afirma de manera rotunda Taylor.

Todos asentimos. Los miro uno a uno viendo en sus miradas la afirmación tan rotunda de su amigo. Sabemos de sobra que Rebeca es capaz de eso y de mucho más. Mi fuerte y valiente chica guerrillera. Daría lo que fuese por estar en su lugar. Pero eso no es posible.

Ahora lo importante es dar con su paradero, o el de Ossady para que nos diga dónde puñetas la tiene. Durante más de una hora trazamos la estrategia para dar con él. Tomaremos a estos tres como señuelos. Según nos dicen, ellos no se pueden poner en contacto con su jefe, sino que es él quien los contacta, siempre a través de terceras personas, nunca vía telefónica. Montamos la operación con sumo cuidado. Entre todos aportamos ideas, algunas más descabelladas que otras. El tema de contactar con Ossady se nos atraganta, ya que el cabrón intenta no dejar ningún tipo de rastro. Siempre se vale de personas civiles que nada tienen que ver para mandar los recados. Son siempre en clave, para que nada salga mal y no dejar pistas.

Eme y yo somos los que más tiempo llevamos despiertos. Así que, ahora, los que van a salir son George y Taylor, mientras nosotros dos nos quedamos descansando. Nos daremos una ducha, comeremos algo y descansaremos un par de horas. O al menos lo intentaremos, ya que ninguno de los dos, con el subidón de adrenalina, tiene sueño en este momento. Pero George tiene razón al decirnos que debemos estar despejados.

Después de dormir un par de horas, escucho un tremendo golpe en la sala que provoca que me despierte sobresaltado. Salgo corriendo con mi pistola en la mano, aunque en bóxer. No me he parado, ni siquiera, a ponerme una camiseta. Miro hacia Eme y está profundamente dormido. Salgo de la habitación con el mayor sigilo posible y, al llegar a la sala, me apoyo en una de las paredes para mirar a hurtadillas. Cuando veo a George y Taylor dando

patadas a la mesa del centro, salgo más tranquilo, aunque el miedo invade todo mi cuerpo. ¿Le habrá ocurrido algo a Rebeca? ¿Habrán averiguado algo? Con la impaciencia inundando todo mi ser me apresuro a preguntarles.

—Nada. La búsqueda ha sido totalmente infructuosa. Nadie sabe nada de Ossady. Incluso he intentado que me los describan para hacer un retrato robot y me han dado tres versiones diferentes. Alto y bajo, rubio y moreno, gordo y flaco. ¡Joder! ¡Así no hay manera! —espeta a gritos George.

—Que vuelva el equipo de investigación a la casa. Si dicen que se la llevaron en un camión debe haber huellas de neumáticos. Que pregunten por los alrededores para saber si alguien vio algo raro o si vieron a alguien. Mossady, tú vete a alguna taberna por los alrededores de la casa. Pregunta a alguien. Di que estás buscando a Jarid. O intenta preguntar por Ossady. Dile que eres su primo, su cuñado o su yerno. ¡Yo que sé! Invéntate algo, lo que sea. Taylor, ve al hangar donde dicen que la recogieron. Pregunta si vieron algo, cómo era el avión que la trajo, quién fue el que realizó el pago del hangar. Averigua algo. Lo que sea. —Miro alrededor y me los veo con una sonrisa burlona en la cara—. ¿Qué pasa? —les pregunto.

—Que es muy divertido verte dando órdenes en bóxer y con la pistola en la mano. —Y los tres estallan en carcajadas. Yo mismo miro hacia abajo y he de reconocer que la imagen es cómica. Aunque ahora mismo la situación no sea para reírse. Sonrío y me destenso un poco—. También he de reconocer que el descanso te ha venido bien. Está bien, «Papá pato», nos ponemos en marcha.

Los tres salen de la casa mientras me quedo al teléfono intentando ponerme en contacto con el equipo operativo. Mientras marchó al dormitorio y cojo una camiseta y un pantalón militar, el uniforme de guerra, y marco el número. Eme se despierta. Le pongo al día de las novedades, o de la falta de ellas, y le digo las órdenes que he dado.

—La encontraremos. No te quepa duda de ello. Y estoy seguro de que está bien. Ella no permitirá que nadie le toque un pelo sin su consentimiento. Estoy seguro de que no le han hecho daño.

Eme intenta darme ánimos, pero también lo está diciendo para autoconvencerse él mismo. La relación que mantienen todo su equipo con ella va más allá del profesional. Son amigos, confidentes, compañeros. Es una relación demasiado estrecha para que estos hombres dejen de intentar salvarla. Lo van a hacer hasta su último aliento, de eso estoy completamente

seguro. Y debo agradecerse hasta que me muera.

La noche llega, pero las noticias no. Eme y yo continuamos en la casa. Informé al equipo de investigación sobre el siguiente paso y se pusieron manos a la obra. Ahora mismo la noche les ha pillado en plena investigación. George, Taylor y Mossady no han regresado, lo que hace que me inquiete aún más.

No paro de dar vueltas y vueltas al salón, mirando las pruebas que tenemos hasta ahora, revisando documentos y con una carpeta repleta de información terrorífica de Ossady; información que han recopilado a lo largo de los años los servicios secretos y que ahora están a mi disposición. El teléfono me suena. Es el padre de Rebeca.

—Capitán general, ¿alguna novedad?

—Robert dice no saber nada. Ossady contactó con él a través de un chat. Tenemos todas las transcripciones. Hemos tardado, pero las hemos conseguido. Además de lo que averiguasteis, sabemos que Robert cree que es el sobrino de Ossady. Intenta vengar a su madre, a la que dejó preñada un soldado americano. Esta, al ser repudiada por la familia, dio al hijo en adopción. Ossady le ha convencido de que toda su cruzada va en vengar la muerte de su hermana. Pero creemos que hay algo más. Sabíamos que Ossady tenía un hermano. Este, al parecer, murió en Yemen. Pero aún no sabemos la relación con mi Rebeca.

—Sabemos que a Rebeca la han vendido a un jeque árabe. Al parecer, la consigna era entregarla sin que le tocaran un pelo. Tengo aquí a los tres cabrones que estuvieron con ella durante tres días. Al parecer no le dieron ni agua.

Escucho un lamento a través de la línea. Esto debe de ser difícil también para él.

—¡Joder! Cómo cojones se lo voy a decir a Mati, su madre. ¡Y Dios mío, su abuela Mara me corta los cojones como le pase algo!

En ese momento, el gran capitán del ejército de los Estados Unidos, ese que es leyenda por su frialdad y su poca compasión, se ha desmoronado y llora desconsoladamente al teléfono. Durante muchos minutos intento consolarlo. Pero ¿qué se le dice a un padre que sabe muy bien de lo que son capaces los yihadistas? ¿Qué se le dice a un militar que está más que acostumbrado a técnicas de interrogatorio cuando saben que quizás le hagan lo mismo a su niña? No hay consuelo posible, porque yo mismo, no tengo consuelo. Dejo salir también mis lágrimas, llorando junto a la persona que ha

engendrado al ser más maravilloso y fuerte que me he encontrado en la vida. Durante minutos u horas, no lo sé muy bien, solo dejamos que nuestros sentimientos afloren por encima de nuestra obligación. Ahora, en este momento, en este preciso instante, no somos un par de militares en una misión de rescate con la mente fría. Somos simplemente un padre y un enamorado con el desconsuelo de no saber dónde se encuentra el ser amado.

Al cabo de no sé cuánto tiempo, colgamos la llamada, miro a Eme que se encuentra en la misma situación que yo. Y de esta manera, nos encuentran George, Taylor y Mossady que entran en la casa con un hombre encapuchado a punta de pistola.

—¡Joder! ¿Nos ausentamos unas horas y ya estáis con las mariconadas? Más os vale recomponeros, porque aquí os traigo el regalo de Navidad adelantado.

Eme y yo, nos limpiamos las lágrimas como podemos y miramos a George mientras le quita la capucha al hombre que los acompaña, quedando a nuestra vista un hombre con rasgos occidentales. Tiene rasguños en la cara y moratones de golpes. El olor espeso de su colonia barata me produce náuseas. Los miro y vuelvo a mirar al hombre de la colonia espesa en un gesto interrogativo.

—Os presento al cabrón de Ossady Yassan. ¡Regalo de Navidad! — explica Taylor con un tono de satisfacción y orgullo.

Con un empujón y de malas maneras, lo trasladan al sótano, donde aún están encerrados los otros tres hijos de puta. Le dan un último empujón y lo tiran al suelo, cerrando la puerta con llave de nuevo.

Nos trasladamos al salón, para que nos expliquen qué cojones está pasando. Tras un silencio que a mí se me antoja eterno, George comienza a hablar.

—Este capullo occidental, tiene la doble nacionalidad. Por un lado, tiene la nacionalidad española. Viaja mucho a España y, el ser español, le permite viajar por toda Europa sin hacerle falta nada. Por otro lado, tiene la nacionalidad siria. Es hijo de un español y de una siria que reside en España desde hace treinta y dos años. Cuando terminó sus estudios, viajó aquí con la intención de conocer a su familia materna. Ellos le comieron el coco. Le explicaron qué hacían los ejércitos estadounidenses con sus mujeres, fueron convenciéndolo poco a poco de las ideas insurrectas yihadistas, hasta que se convirtió al Islam. Se cambió de nombre y, junto a su familia, idearon un plan

para que nuestro ejército no volviera jamás por aquí.

—Pero según tengo entendido, por Rebeca solo pidieron un rescate.

—El plan iba mucho más allá. Rebeca solo era una pieza más. Una pieza muy lucrativa, ya que iba a cobrar la cantidad de tres millones de dólares por ella. El jeque ha pagado ya la cantidad de un millón, dinero que hemos encontrado en efectivo en su casa. No tenían intención de devolverla. Simplemente, querían hacer saber al gobierno estadounidense que podían incluso secuestrar a una militar en su propia casa, en la propia base de los Estados Unidos y, coño, no una cualquiera; sino la mejor, la de más prestigio y la más segura. Era cuestión de hacerle saber a nuestro gobierno el poder que tienen.

—¿Cómo sabéis que realmente es Ossady? ¿Cómo habéis dado con él? ¡Joder! ¿Cómo estáis tan seguros de su identidad? —exclama Eme. Está sorprendido, pero a la vez aturdido. Y lo sé, porque es lo mismo que yo siento en estos momentos. George nos sonrío con aire de suficiencia. Pero continúa hablando.

—Para no ser descubierto como Ossady, esa información solo la sabía su familia materna; el cabrón se hacía pasar por un empleado más. En muchas ocasiones era él mismo el que daba los recados a los otros, pasando desapercibido por pertenecer a una familia conocida como yihadista y por su aspecto desaliñado. Todo el mundo con el que hablamos nos hacía referencia al hombre de la colonia espesa. Todos apuntaban que él era el que más trato directo tenía con Ossady. Nos dijeron dónde vivía su familia, pero nadie sabía el lugar donde vivía él. Así que nos decidimos a seguirle. Al entrar en una casa vieja, de aspecto exterior abandonado, tuvimos un pálpito. Entramos y el aspecto interior no tenía nada que ver. Todo eran lujos; televisiones y móviles de última generación, ordenadores por todas partes. Un sistema de seguridad impresionante. Todo lo que allí se respira es lujo. Y él es el amo y señor de todo ese lujo. Luego encontramos las pruebas —nos dice George, señalando una gran caja de cartón que transporta Mossady y en la que no habíamos reparado hasta ahora.

Llamo al capitán general Wilson para informarle de las noticias. Pero, aunque algo más aliviado porque estamos un poco más cerca, con pesar nos dice:

—Las órdenes son claras. Debéis volver con Ossady para que sea interrogado en los Estados Unidos. Está en busca y captura por varios

gobiernos. No se le debe hacer nada. Procurad que no se le toque ni un pelo o estaremos en problemas. Hay que volver con él sano y salvo para que se le juzgue aquí, junto con el gobierno español, el francés y el sirio. Lo siento.

Acto seguido y con pesar, vuelve a llorar desconsoladamente, porque, aunque hemos encontrado al culpable de su secuestro, aún no sabemos dónde se encuentra nuestra Rebeca y eso es la mayor derrota que puedo tener en estos momentos. Volver sin ella. Ahora solo me queda la cuestión de si obedecer las órdenes y volver a EEUU sin mi chica o pasarme por el forro de los cojones las órdenes y quedarme a buscarla, aunque eso signifique un conflicto internacional y, por lo tanto, mi baja con deshonra del ejército. La respuesta está clara.

Capítulo 13

Entreabro los ojos y la luz que entra por una de las ventanas me ciega. Debo volver a cerrarlos. Pero algo me lo impide. Hay mucho ruido. No puedo dormir. Diferentes pitidos se me meten en los oídos impidiendo que pueda descansar. ¡Joder! ¡Vaya resaca debo de tener! ¡No soy capaz ni de escuchar el despertador! ¿Qué cojones estuve haciendo anoche para tener esta resaca? ¿Qué cojones he bebido? Vuelvo a cerrar los ojos. Hoy está claro que no voy a currar. ¡Que se joda Edward!

¡Dios, la cabeza me va a estallar! La tele debe de estar encendida porque escucho muchas voces estridentes, pero no logro entenderlas. ¡Joder! ¿Qué estuve haciendo anoche? No puedo, se me cierran los ojos...

Los vuelvo a abrir y escucho las mismas voces sin entender una mierda de lo que hablan. Veo pasar a una chica con una bata blanca. ¿Dónde estoy? Y de repente, empiezo a recordar todo lo sucedido... Un pinchazo en mi casa, traslados..., imágenes fugaces vienen a mi cabeza en un torbellino. Empiezo a comprenderlo todo. Me secuestraron en mi casa... Las imágenes de los secuestradores, estar encerrada en algún lugar desconocido, la sensación de calor sofocante, los vómitos...

Todo viene a mi mente una y otra vez. La voz angustiada de mi padre en la conversación, el intento de violación del de la colonia espesa... Me revuelvo y me incorporo en la cama donde estoy tumbada, como si fuera un resorte. Una señora de mediana edad viene hacia mí corriendo e intenta

acostarme de nuevo con suavidad. Expresa unas palabras que no comprendo. Lleva una bata blanca.

Miro a mi alrededor y veo una sala enorme con muchas camas. Estoy en un hospital, pero solo veo muchas personas de origen musulmán. Por lo que deduzco que estoy en algún lugar lejano. Se me cierran los ojos de nuevo, pero justo en ese momento llega un hombre joven con bata blanca y un estetoscopio colgado al cuello.

—¡Ya estás despierta, dormilona! —me dice con una bonita sonrisa en la boca—. ¿Sabes lo que te ha ocurrido? ¿Recuerdas algo? —Asiento con la cabeza, pero no logro articular palabra alguna—. No intentes hablar. Un compañero de Médicos sin Fronteras te encontró tirada en una cuneta. Tenías una herida de bala en la pierna con la mala suerte que te fracturó parte del fémur, provocando un desgarró en la arteria femoral. La suerte que tuviste es que te hiciste un torniquete justo a tiempo. Pero la pérdida de sangre ha sido devastadora. Te hemos operado y realizado transfusiones de sangre, pero estabas en muy mal estado... Aún tienes anemia debido a esa pérdida de sangre.

Asiento con la cabeza, intentando asimilar toda la información que me ha dado el médico. Durante unos minutos no digo nada.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Una semana. ¿Quieres que avisemos a alguien?

—Sí, a mi padre. Estará preocupado.

—De acuerdo. Ahora descansa. Volveremos en un rato con las personas que se encargarán de avisar a tu padre.

—Gracias, doctor.

Me quedo en la cama, mientras vuelvo a mirar a mi alrededor. En la cama de al lado, hay una mujer que está a punto de dar a luz. Es muy joven y tiene una sonrisa muy dulce. El olor a antiséptico mezclado con sudor es casi insoportable. El ruido es muy alto. Muchas personas que visitan a los enfermos hablan a la vez en un tono de voz bastante elevado. La cama es incómoda y, cada vez que me muevo, los muelles chirrían de forma escandalosa. Y las sábanas son ásperas.

Pero gracias a ellos estoy viva. Muchas veces he visitado hospitales de campaña como estos y los médicos hacen una labor encomiable. La mayoría de las veces, casi sin recursos. Con unos pocos voluntarios atienden a muchas personas no solo de heridas de bala, sino también vacunan a niños, o los tratan

de enfermedades que están casi erradicadas en el mundo occidental. Así que solo tengo palabras de agradecimientos para ellos, por su labor, por simplemente estar aquí y hacer lo que hacen.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero el joven doctor vuelve a mi lado, esta vez, acompañado por una enfermera. Me mide la tensión, las constantes, me mira el suero y hace las cosas que los médicos suelen hacer en estos casos, que yo de eso no entiendo mucho, pero me vi la serie completa de *House*. Creo que no tengo lupus.

—Las constantes están un poco bajas, pero eso se debe a la anemia tan grande que tienes. Poco a poco te iremos dando un poco de agua, para ver qué tal la digieres y, si todo va bien, esta noche comenzarás con una dieta blanda. —Comienza a explicarme más cosas sobre la intervención que me han realizado—. Aún estás muy débil, por lo que no debes moverte mucho. Aún no puedes levantarte de la cama. Tendrás mareos aún unos cuantos días más. Te estamos dando calmantes para el dolor, pero, realmente, tu estado sigue siendo crítico. Te administramos antibióticos de amplio espectro para que no haya ningún tipo de infección. Ahora la enfermera te curará la herida.

Dicho eso, se da la vuelta y se marcha. Viene la enfermera, me realiza las curas que provocan que en más de una ocasión se me salten las lágrimas por el dolor. Me concentro, ¡no hay dolor! Pero, una mierda, si lo hay, y además, ¡mucho!

Las horas pasan aquí muy lentas. Tengo sed y no veo a ningún personal médico; busco a mi alrededor a ver si encuentro el timbre para llamar a la enfermera. Una voz masculina me habla en inglés, aunque tiene acento árabe.

—Si buscas el timbre, aquí no lo hay. Es un hospital de campaña de un pueblo. Aquí no hay casi de nada. Has tenido suerte de que esta vez sí hay antibióticos. En muchas ocasiones, incluso escasea eso.

Lo miro desconcertada y veo a un señor bastante mayor sentado al lado de una silla junto a la cama de una anciana.

—¿Dónde estamos?

—En un poblado de Al Kaim, una ciudad de Irak, cerca de la frontera con Siria.

—¿Qué le ocurre? —pregunto, mirando a la anciana.

—Es muy mayor, pero también tiene problemas en su corazón. —Suspira y la mira con cariño—. Mamá es muy terca, además, tampoco tenemos los medios suficientes. Aquí no hay medicinas como en occidente. Estuve

trabajando en EEUU de pinche de cocina. Aquí tengo una ingeniería y todo trabajo que conseguía allí era de pinche de cocina. Muchas horas y poco dinero. Después, mamá enfermó y tuve que volver para cuidarla.

Le coge la mano y se la aprieta suavemente en una muestra clara de apoyo y amor incondicional. El gesto me recuerda a mi madre. Ella con total probabilidad no sepa nada. Pero si lo supiese, no dudaría en coger el primer avión y colarse aquí y no se separaría de mi cama en ningún momento.

Recuerdo una vez que enfermé estando ella aún con papá. No paraba de darme medicinas, estar en mi cama sentada las horas y las horas, mientras me leía los cómics de Spiderman, Superman y otros superhéroes. Papá me trajo una colección de tanques de guerra que, junto a mis muñecos Geyperman, me llevaba horas jugando a las guerras. ¡Si de casta le viene al galgo!, como diría mi abuela Mara.

El recuerdo me hace sentir nostalgia. Necesitaría aquí a mi abuela Mara, a mi madre y a mi padre. Unos ojos vienen a mi cabeza y me hacen suspirar. También me gustaría que estuviera aquí. ¿Me estará buscando? Seguro que sí. Afortunadamente tengo muchas personas que se preocupan por mí. Estoy casi segura de que, tanto mi equipo; Eme, Taylor, George, Tony, Eric, como Edward y mi padre están buscándome, removiendo tierra y cielo para dar con mi paradero. Eso no me cabe la menor duda.

Si, hasta ahora, no me han encontrado es porque esos cabrones se cuidan mucho de dejar rastros; y eso me preocupa, pero ya estoy a salvo. El doctor dijo que vendría alguien para que me pusiera en contacto con mi padre.

Pasan las horas y no me traen nada de beber. Tengo la boca reseca, pero también tengo nauseas. Al ver pasar a la enfermera que antes me ha curado, la llamo. Se para y se acerca hasta mi cama.

—Disculpe. Me dijo el doctor que iba a venir alguien para que localizara a un familiar mío, pero, hasta ahora, no lo ha hecho. También me explicó que me traería un poco de agua para beber. Si es tan amable..., estoy sedienta.

La mujer me mira con una sonrisa en la boca, mostrándome su cuidada dentadura.

—Perdóneme...

—Rebeca. Rebeca Wilson.

—Perdóneme, Rebeca, pero hemos tenido un turno muy agitado. Otra bomba ha estallado cerca de aquí y ha habido muchos heridos. Estamos colapsados. El doctor se encuentra en el quirófano ahora mismo. Somos poco

personal para tanto enfermo.

La pobre mujer se disculpa con una sonrisa, se da la vuelta y se marcha a paso ligero hacia otro enfermo. En ese momento me siento culpable. Estoy reclamando un poco de agua, cuando hay personas que merecen más atención que yo. Miro a mi alrededor y siento que la sala está realmente colapsada.

Con toda la paciencia del mundo, me quedo recostada en la cama, rememorando mis días en la playa, cuando hacía surf, la mejor escalada de mi vida junto a Edward, los días previos a mi secuestro junto a él. Y mi mente viaja de nuevo a mi madre. Si supiera donde estoy, estaría realmente alarmada. Si supiera de mi secuestro, no podría vivir. Mi abuela Mara, con su pequeño problema de corazón, podría matarla... Y pienso en lo egoísta que estoy siendo.

Egoísta por llevar una vida que, aunque a mí me guste, pongo en peligro continuamente. Sé que mi madre no se recuperará nunca si me sucediese algo. El amor que ella me tiene, el amor de mi abuela y el de mi padre deberían ser suficientes para que me plantee esto. No debo poner mi vida en peligro. Por eso me trasladé a West Point, como modo de continuar activa, sin poner en riesgo mi vida. Pero aquí estoy. En una cama de un hospital en un pueblucho de Irak. Y lo que es peor, aún no sé por qué me secuestraron. Porque no me creo que fuera por el dinero de mi padre.

Los ojos se me cierran. Estoy realmente cansada. Y tengo unas náuseas terribles.

Me despierto y la luz de la ventana se ha apagado. Todo está oscuro. Es de noche y no me han traído ni el agua ni la comida. Deben de estar realmente ocupados. Vuelvo a cerrar los ojos y me vuelvo a quedar dormida.

Cuando despierto de nuevo, una enfermera diferente a la de ayer, me sonrío amablemente mientras sostiene un vaso de agua. Me ofrece un poco y lo deja en la sencilla mesilla que tengo al lado.

—Toma agua poco a poco. Bébelo despacio. Me ha dicho el doctor Rodríguez que te tome nota para avisar a un familiar. ¿Sabes su número? Te encontraron y no llevabas nada encima, ni móvil ni objetos personales.

—Me secuestraron. Me trajeron hasta aquí, no sé muy bien dónde, pero logré escapar.

—Sabemos que perteneces al ejército de los EEUU por parte de la ropa

que llevabas, pero, a pesar de que nos hemos puesto en contacto con el gobierno sirio, no sabemos nada.

Su voz es dulce. Es una mujer mayor, morena, con el pelo recogido en una simple coleta alta. Su piel es muy blanca y no tiene rasgos musulmanes. Habla el inglés bastante bien, a pesar de que a veces le cuesta expresar alguna palabra.

—Localicen a mi padre. Es el capitán general Wilson. Mi nombre es Rebeca Wilson, soy la comandante Wilson.

—Está bien. No te preocupes, dime su número o algún dato para localizarlo.

Le recito el número de mi padre. Me cuesta trabajo porque con esto de los móviles y tenerlos memorizarlos, me ocupa más de lo que en un principio creía. No obstante, lo logro y el esfuerzo me deja totalmente exhausta. La enfermera se va y el tiempo pasa, mientras veo como entran y salen las personas de la gran sala para visitar a sus enfermos. El hombre de ayer ya no está y la cama de la anciana está vacía.

Bebo otro sorbo de agua y me entran arcadas. ¡Joder! Intento controlarlas, pero es imposible y termino vomitando el poco agua que he bebido. La boca la tengo pastosa y el amargo sabor de la bilis me provoca más náuseas. La enfermera viene a mi cama a paso ligero. Friega el suelo enseguida y el olor del antiséptico se mete en mis fosas nasales de manera abrupta. Las náuseas no han dejado de machacarme.

La enfermera se marcha y me deja sola con mis pensamientos. Dentro de poco tiempo esta pesadilla terminará. Mi padre vendrá a recogerme y, cuando me recupere, quiero irme unos días de vacaciones a Málaga para estar con mi madre y mi abuela. Quiero pensar y replantear mi futuro.

El tiempo pasa muy lento aquí dentro. Solo me distrae el flujo constante de personas entrando y saliendo de la sala mientras visitan a sus familiares. Esta sala está dedicada a las mujeres. Muchas de ellas, embarazadas a punto de dar a luz a sus hijos, mientras que otras están por diferentes motivos. Me recreo en observarlas. Miro a mi lado, encontrando la cama de la anciana con otra paciente diferente.

No sé cuánto tiempo pasa, ya que, cuando estamos aburridos o enfermos, el tiempo es relativo. Es curioso que, cuando estamos distraídos o tenemos muchas cosas en la mente por hacer, cuando nos divertimos, las horas pasan

volando. En cambio, cuando estamos postrados en una cama sin nada que hacer, tan solo mirar al techo, parece que el tiempo no pasa. Las horas son días y los días, meses. El cuerpo entero me duele. Pero la herida me está mortificando.

El almuerzo pasa, un simple caldo de algo que no sé muy bien que es, pero que el sabor en sí es fuerte. Del olor, ni hablo, ya que, de nuevo, me provoca arcadas. Me lo tomo muy lentamente, pero no consigo que se quede en mi estómago.

—¿Se encuentra bien? —me pregunta la voz preocupada de la enfermera. Asiento mientras me limpio la boca con una pequeña servilleta.

—Sí, es solo que está muy fuerte. Al parecer, la bala también ha trastornado mi estómago.

—No se preocupe. Es normal. Aún está muy débil. Estamos intentando localizar a su papá, pero el teléfono que nos ha dado está apagado. Lo seguiremos intentando más tarde.

—Hablen con la embajada americana. Intenten localizarlo, por favor.

—No se preocupe. Estamos en ello. Pero hoy es domingo. No obstante, hemos enviado un correo electrónico a la embajada. Estamos a la espera de que contesten lo antes posible.

Me quedo más tranquila al saber que, al menos, lo están intentado. Por otra parte, me pregunto que estará haciendo mi padre que, sabiendo que estoy secuestrada, no tiene su teléfono operativo. ¡Joder! No tengo nada en contra de este hospital, al contrario, tengo mucho que agradecerle; pero, coño, me gustaría irme de aquí y estar con los míos. La sensación de náuseas vuelve a mí. Vomito de nuevo y me dejo caer laxa en la cama. No tengo fuerzas.

Pasan dos días más y aún no han podido encontrar a nadie. Sigo estando muy débil. Regularmente, la enfermera me trae alguna medicina, me cambia goteros, cambia la bolsa de la sonda, me transfieren sangre, o me realizan analíticas. Necesito hacer algo o me volveré loca.

La tercera mañana, la enfermera me trae un té con leche.

—Tenemos buenas noticias, Rebeca. Hemos localizado a alguien de la embajada americana. La van a trasladar a su país en cuanto todo el papeleo esté dispuesto. Nos han dicho en la embajada que localizarán a su familia para el traslado.

—¿Sería posible hablar con mi padre? —La enfermera pone cara de lástima.

—No es posible, Rebeca, ya que aún no lo han localizado.

—Está bien, no se preocupe. Tengo muchas náuseas. ¿Sería posible que me diera algo para ellas?

—Se lo comentaré al doctor. No se preocupe por nada. Dentro de poco estará en su país, rodeada de su familia. Estoy segura de que allí la mimarán mucho.

Asiento con la cabeza y sonrío, aunque sé que no será así. Si me trasladan a América, mi padre no se separará de mí, de eso estoy segura, pero, a pesar de ser su niña, es reacio a mostrar sus sentimientos. Para recibir mimos, necesito a mi madre y mi abuela. Entonces, una determinación que no he tenido hasta ahora inunda todo mi ser. Las necesito a ellas.

—¿Sería posible mi traslado a España? Tengo la doble nacionalidad y tanto mi madre como mi abuela viven allí.

—Lo intentaré. Usted no se preocupe por nada. Esté tranquila. Haremos todo lo posible. Ahora mismo intentaré hablar con el doctor para que realice las gestiones necesarias. Intentaremos contactar con la embajada española.

—De acuerdo. Gracias.

La enfermera se marcha con una enorme sonrisa en la boca. Esta mujer me cae muy bien. Las enfermeras, en general, hacen un gran trabajo.

El día pasa como siempre, sin pena ni gloria, con las náuseas siempre rondando, y con mi cuerpo que no resiste la comida tan fuerte que aquí sirven, a pesar de que son solo caldos y más caldos. Los días son igual que las noches. De vez en cuando, se me cierran los ojos por el cansancio. El médico me dice que es normal por la anemia tan grande que tengo. Han tenido que cortar las transfusiones porque no les queda sangre; los suministros de medicinas llegan a cuenta gotas y tampoco tienen hierro para suministrarme.

La verdad es que estos benditos hacen lo que pueden por mantener vivos a los pacientes con los pocos recursos con los que cuentan. La simpatía y la paciencia están por encima de los recursos y eso hace que los pacientes estemos más tranquilos. O serán los calmantes que me están dando para el dolor. Que todo es posible.

Al haber cortado el suministro de transfusiones provoca que esté más cansada de lo habitual, y cada vez paso más tiempo dormida. Así que no sé cuánto tiempo ha pasado cuando la enfermera regresa.

—Tengo grandes noticias. Ya está todo listo. Mañana por la mañana llegará un avión con todo lo necesario para tu traslado, ya que, en tus condiciones, debe tener una UCI móvil. En unos minutos llegará el doctor y te dará las explicaciones necesarias.

Los minutos se convierten en horas. Oye, lo entiendo, no soy la única paciente, pero cada vez estoy más intranquila. Tengo ganas de estar con mi madre. La echo mucho en falta en estos momentos y, a pesar de que también me gustaría que Edward estuviese a mi lado, necesito más a mi madre. En cuanto esté en España, lo llamaré para hablar con él. Necesito escuchar su voz.

Comienzo a recordar el fin de semana en que hicimos el amor por primera vez, sus ojos, su fuerte cuello, su cuerpo, y una sonrisa se instala en mis labios. Con su recuerdo en mi mente, caigo dormida profundamente.

Me despierta el sonido de gente a mi alrededor. Abro los ojos con pereza y me encuentro con varios rostros de médicos y enfermeras. Siento como me mueven de forma ágil y me trasladan a una especie de camilla.

—Buenos días. Soy el doctor Ramírez. Hemos venido para trasladarla al Hospital Regional de Málaga. No se preocupe. Viaja en primera clase —me dice con una sonrisa, mientras que dos enfermeros comienzan a mover la camilla por todo el hospital.

Cuando llegamos a una ambulancia, me suben a ella y el médico comienza a medirme las constantes, a mirar los goteros y consultar papeles, con los informes de los médicos de aquí. Me mira en un intento de tranquilizarme.

—Bien, comandante Wilson...

—Rebeca, por favor, llámeme Rebeca —lo interrumpo, porque, de repente, se me hace raro que me llamen así.

No quiero ser la comandante Wilson. Quiero ser Rebeca Wilson o Rebeca, a secas. Es un trato más personalizado, sin nada que ver con el ejército ni con el peligro que he corrido estando de servicio. O sin estar, porque lo que más me jode es que he estado en infinidad de misiones y he salido ilesa, mientras que, cuando decido una vida más tranquila, me secuestran en mi propia casa. Una casa en la base de West Point, que se supone que es la más segura; la mejor. Un destino deseado por todos y que solo unos pocos podemos lograr alcanzar.

—Está bien, Rebeca. Como le he dicho con anterioridad, la vamos a trasladar al Hospital Regional de Málaga. Pero es importante realizar ahora una transfusión. Allí le realizaremos más pruebas. Por lo que puedo ver en su historial, la bala fracturó el fémur y eso provocó la rotura de la arteria femoral. Perdió mucha sangre, por lo que le hicieron transfusiones, pero no todas las necesarias. Ahora mismo, le vamos a poner una bolsa. Le restableceremos los líquidos, ya que, a pesar del suero, tiene deshidratación. ¿Has bebido o comido algo en estos días?

—He bebido agua y me han dado caldos, pero no logro retenerlo en el estómago. Tengo muchas náuseas.

—No se preocupe por eso. Pronto remitirán. Puede ser debido a la anemia, que deja a su organismo demasiado cansado para poder digerir algo. Pero de eso ya nos preocuparemos cuando le hagamos las pruebas en el hospital. Ahora debemos centrarnos en mantenerla estable hasta llegar a España.

Durante más de dos horas, viajamos en la ambulancia en silencio. Ellos revisando a cada instante todos los aparatos que tengo conectados y haciendo lo que los médicos tienen que hacer; me suministran bolsas de suero, me conectan a un respirador y miden mis constantes, mientras yo me rindo de nuevo en los brazos de Morfeo.

De repente, el calor sofocante y el sol aplastan mi cuerpo; abro los ojos y noto como me mueven de nuevo para trasladarme a un avión. Me suben con precaución y observo que dentro es casi un hospital. Más personal sanitario se encuentra dentro y me recibe de nuevo con sus amables sonrisas. ¿Todo el mundo es feliz o qué? Me estoy poniendo nerviosa con tanta sonrisa. La pierna comienza a dolerme de nuevo, esta vez de manera bestial.

—Me duele mucho la pierna.

—Es normal. No te preocupes que ahora te vamos a poner morfina. En el hospital de aquí no tenían, así que te has mantenido con unos calmantes más suaves. Lo peor ya ha pasado. Pronto estarás caminando de nuevo. Es un milagro que no hayas perdido la pierna. A pesar de los pocos recursos que tienen, el cirujano que te ha atendido a realizado una magnífica intervención; impecable, diría yo.

El doctor Ramírez me intenta tranquilizar de todas las maneras posibles. Pero ahora que estoy camino a casa, que voy a ver a mi madre y a mi abuela, tengo una presión en el pecho que me impide respirar con tranquilidad y las

putas náuseas vuelven con una fuerza arrolladora.

Me inyectan algunas cosas en la vía que tengo en el brazo y vuelvo a quedarme dormida. Sé que aún quedan unas seis horas de vuelo y estaré en un lugar con mi familia. Aunque la preocupación de mi madre va a ser monumental.

Siento que vuelven a moverme y abro los ojos. Me vuelven a trasladar a una ambulancia.

—Bienvenida a Málaga, Rebeca. En quince minutos estaremos en el hospital. Allí están tu madre y tu abuela esperándote. Nos hemos puesto en contacto con ellas a través de la embajada. Ya estás en casa.

Y esas simples palabras provocan que las lágrimas resbales por mis mejillas. Por fin, esta pesadilla ha terminado; por fin, voy a ver a mi madre y a mi abuela. Podré hablar con papá y tranquilizarlo. Y, por fin, entiendo que todos estos días me he encontrado terriblemente sola, a pesar del dolor, de lo mal que me encontraba, el sentimiento de soledad abarcaba todo mi ser.

En cuanto llegamos al hospital, entramos por la puerta de Urgencias y muchas personas se amontonan a mi alrededor cambiando vías, curando heridas, poniendo medicinas, midiendo constantes..., durante no sé cuánto tiempo. Voy quedándome dormida y, cuando por fin logro despertar, me encuentro en una habitación del hospital.

Los ojos enrojecidos de mi madre es lo primero que veo y una punzada de culpabilidad por causarle este dolor me aprieta en el pecho.

—¡Hija! Has despertado. Por fin. Estaba tan preocupada. ¿Cómo se te ocurre hacerme esto? Rebeca Wilson, en cuanto te recuperes, tú y yo vamos a tener una charla muy seria. Esto no se le hace a una madre.

—Deja ya de sermonear a la niña. No seas tan cotorra, leñes.

Esa es la voz de mi abuela que consigue que me saque la sonrisa. Estoy tan feliz de verlas, tan contenta, que apenas me salen las palabras. Tengo un enorme nudo en la garganta que me impide hablar.

—¿Te has quedado muda? Di algo, leches, que tu madre se va a preocupar más. No sabes lo que ha pasado la pobrecita cuando ayer nos dijeron que te trasladaban aquí con una herida de bala. ¡De bala! ¿Qué carajo has hecho?

—Madre, ¿me pides calma a mí y le hablas de esa manera a la niña?

Las miro como si estuviera en un partido de tenis. Las dos prosiguen enfadadas la una con la otra; recriminándose cosas, mientras yo siento que, por fin, estoy en casa. Esto es lo que necesito para sanarme; para sanar también mi corazón porque ahora mismo tengo un conflicto enorme.

Durante un rato, las dos intentan abrazarme, me besan en el pelo, acarician mis manos y mantienen una lucha por ver quién es la que se sienta a mi lado.

—Esto es culpa tuya, Mati, por consentirla siempre. Cuando pedía los Geyperman en lugar de las Barriguitas. ¡Deberías haberle comprado una Barbie! No... Tú decías que tenía que explorar su creatividad; dejar que saliera su verdadera personalidad. Y aquí la tienes, un marimacho, dando tiros por tierras de demonios.

Me río porque con ella siempre es así y mi corazón se llena de felicidad al saberse en casa. Pero estoy tan cansada, que, en un momento dado, dejo de escucharlas y me duermo profundamente; pero esta vez sabiendo que estoy rodeada de gente que me quiere y que por mucho que me regañen siempre querrán lo mejor para mí. Y esa es la mejor sensación del mundo. No hay nada comparado al abrazo de una madre o de una abuela. Y yo, gracias a Dios, las tengo a las dos conmigo.

Me traen agua, cosa que agradezco; no es una birra, pero ahora mismo es pensar en ella y tener ganas de vomitar. ¡Esto sí que es jodido! La bebo a pequeños sorbos. Y las náuseas vuelven a mí. Vomito todo lo que tengo en el estómago y mi madre, preocupada, llama a la enfermera.

Tras pasar unos minutos, esta llega con una sonrisa en la boca, consulta en los informes y me ponen algo en el gotero.

—Es un Primperán para las náuseas. Enseguida se te pasarán. Pronto vendrá el médico y os informará de todo.

La enfermera se marcha y mi madre se sienta en el butacón, al lado de mi cama. Mi abuela está hablando algo con la familia del enfermo que está en la otra cama, hasta que, por fin, le dice a mi madre que va a la cafetería a por un café y que le traerá uno a ella.

—¿Has llamado a papá? Estará preocupado. Él sabrá lo que me ocurrió.

—Lo he llamado y tiene el teléfono apagado. Intento localizarlo desde ayer, pero ni en el móvil ni en su casa. Lo he intentado localizar también en su

despacho, pero su asistente no sabe nada de él desde hace días. Cree que se ha marchado unos días a descansar y a jugar al golf. Sabes que, cuando hace eso, suele dejar el teléfono móvil en casa para no ser molestado.

Me contesta mi madre con una sonrisa en la cara. A ella no le extraña eso, pero yo, sabiendo lo que sé, sí me extraña que mi padre se haya marchado. Lo cual me preocupa más, si cabe, que no tenga su teléfono operativo. Pero esa información me la callo. No quiero preocupar más a mamá.

—Sabes que algún día tendrás que contarme qué ha ocurrido, Rebeca. Ahora mismo no te voy a molestar con eso. Con solo saber que sigues con vida me basta. Pero cuando te recuperes me lo tendrás que contar todo.

—No te preocupes, mamá, te lo contaré todo. Pero cuando esté preparada. Ahora mismo tengo mucho en lo que pensar. Y mucho me temo que esto va para largo—. Dicho esto, las dos nos quedamos más tranquilas.

Un rato más tarde, mi abuela Mara aparece en la habitación con un vaso de plástico con café en la mano. El solo olor del café me provoca nuevas arcadas. ¡Joder, y eso que tenía el Primperán! Mi madre sale de la habitación para tomar su café y no provocarme más molestias, mientras que mi abuela Mara me mira con ojos inquisitivos. El médico aparece en ese momento y hace salir a mi abuela con la excusa de mirarme la herida.

—¡Dichoso pimpollo! ¡Solo porque tenga una bata blanca se cree con el derecho de echarme de la habitación! ¡Si yo la he visto crecer y le he limpiado el culo!

—¡Abuela! ¡Por favor, compórtate! Ve a buscar a mamá para ver cómo está, por favor.

Mi abuela Mara se marcha enfadada y negando con la cabeza. Cuando la puerta se cierra, el médico me mira y lee los informes de nuevo. A estas alturas se lo tiene que saber de memoria.

—Soy el doctor Pérez. ¿Qué tal te encuentras?

—Bien. Ya no me duele la pierna, pero tengo unas náuseas terribles. No me dejan tomar ni siquiera un poco de agua.

—Ya tenemos los resultados de todas las pruebas que te hemos hecho. Todo va bien. Pero tenemos una pequeña complicación.

La miro con cara asustada. Eso de pequeña complicación no me ha gustado nada.

—Los análisis han dado un resultado alterado, por lo que te hemos hecho

más pruebas, entre ellas, un test de embarazo. ¿Sabías que estás embarazada?

Capítulo 14

—¡Embarazada! ¿Cómo es posible? —Bien, vale. Respira, Rebeca, porque el doctor te está mirando con cara de estar pasándoselo de puta madre. ¿No se me ha podido ocurrir preguntar otra cosa? El doctor Pérez enarca una ceja a modo de interrogación.

—Le hemos hecho pruebas de violación cuando llegó.

—No. No me tocaron. No les dio tiempo. Justo cuando iban a hacerlo, le pegué una patada y pude escapar —le digo casi en un susurro.

—Dio negativo. Pero con lo que ha pasado, la herida de bala, la intervención y toda la pérdida de sangre que ha tenido es casi un milagro que este... embarazo siga su curso.

Asiento. Ya que no puedo hacer otra cosa. Estoy en estado de *shock*. El médico continúa diciéndome mil cosas más a las que no presto atención, porque solo soy capaz de repetir la palabra «embarazada» en mi mente. Según mis cálculos, ha pasado cerca de un mes desde mi encuentro con Edward. ¡Mierda! ¡No usamos condón! ¿Cómo pude ser tan inconsciente? ¡Porque estabas en la puta gloria y no te acordaste! Porque cuando estás con Edward pierdes la cabeza y la capacidad de razonar. Por eso, gilipollas. ¡Gilipollas! Me repito una y otra vez. Nunca me he planteado ser madre. ¡Nunca he querido ser madre!

Me descompongo por instantes y las arcadas regresan. Acabo por vomitar todo. El doctor Pérez me deja unos instantes para que me vaya haciendo la

idea.

—Deduzco que no fue buscado —me comenta el médico con tacto. Su tono de voz es suave.

Niego con la cabeza. No me salen las palabras y las lágrimas pugnan por salir de mis ojos. Nunca he sido llorona, pero he de reconocer que tengo unas ganas irrefrenables de soltar una buena llantina.

—Este bebé se merece vivir después de haber sobrevivido a todo lo que habéis pasado. Piénsatelo. Mientras tanto, debemos cambiar la medicación. Hay algunos calmantes que te estamos suministrando que podrían hacerle mal al bebé. También debemos interrumpir la morfina. Te recetaremos algunos medicamentos para el embarazo. Debes comenzar a tomar ácido fólico.

Dicho esto, da media vuelta y sale de la habitación, dejándome una sensación de vacío enorme. Pero no estoy sola. Tengo a mi bebé conmigo. Y, con él, nunca me sentiré sola. De repente, pienso en Edward. Apenas nos conocemos, pero ya estoy irremediablemente colada por él. ¿Sentirá él lo mismo por mí? Niego con la cabeza porque ahora mismo no estoy para pensar en esto.

La habitación se me antoja fría. En un acto casi reflejo, llevo la mano a mi vientre y lo acaricio. ¡Dios! ¿Cómo se supone que voy a cuidar de un bebé si no sé cuidar ni de mí misma? Lo que ahora mismo tengo claro es que debo dejar el ejército y, al contrario de lo que creí que sentiría, una sensación de alivio me embarga por completo. ¿Cómo puede ser posible? ¡Si amo mi vida tal y como es!

Está claro que había dado pequeños pasos para alejarme del peligro. Ya no tenía edad para ir dando tiros y recorriendo el mundo en peligrosas misiones. Pequeños cambios de los que ni siquiera yo era consciente. Pero ahora, con todo esto, debo ser valiente y terminar de dar el paso definitivo. Todo lo acontecido en las últimas semanas; el sentimiento de soledad, del que ni yo misma era consciente, en la sala del hospital de campaña de Irak, y, ahora, este bebé me reafirma que debo tomar la decisión correcta.

No sé qué será de mi futuro, pero lo que tengo claro es que ya no tengo que pensar solo en mí. Esta pequeña criatura que ha sobrevivido a todo lo que su loca madre lo ha expuesto se merece seguir con vida y se merece nacer en un mundo mejor. Un mundo que su madre procurará que sea el mejor. Un hogar donde regresar siempre, donde se sienta querido y amado. Un hogar que sea su refugio. Y procuraré que sea yo quien le aporte eso a esta criatura a la que ya

amo con todas mis fuerzas. Y si para eso tengo que aprender a cocinar, lo haré. Pero no creo que haga falta, porque venden unos estupendos tarritos de comida para bebés que tan solo hace falta calentar en el microondas, y eso se me da de maravilla.

Con una sonrisa en la boca, me tranquilizo. Justo en ese momento entran mi abuela Mara y mi madre como si de dos tsunamis se tratase. Cierro los ojos. Respiro y cojo aire para tranquilizarme. No deben notar nada. Aún no estoy preparada para contarles nada.

Sé que tendré que decírselo, pero aún no ha llegado el momento.

—¿Qué te pasa con esa cara de boba que tienes? Porque el chico no es nada del otro mundo. Aunque parece buena gente y es médico, que siempre son un buen partido. A ver si de una vez por todas, me das la sorpresa y te casas con un buen chico y te deja de gilipolleces de andar por esos mundos de Dios, tirando balas.

Suelto una carcajada. Aunque enseguida me arrepiento porque me duele todo el puto cuerpo. Pero ya me parecía que mi abuela había tardado demasiado en soltarme lo de la boda y los bisnietos. Tengo ganas de verle la cara cuando se entere de que va a tener los nietos antes de la boda. ¡Madre mía, la que va a liar!

—¿Hablaste con papá? Debe de estar preocupado.

—No, hija. Lo he llamado un millón de veces y nunca consigo contactar con él. Siempre me sale esa odiosa operadora —contesta mi madre, casi dando un suspiro bastante teatrero y dejándose caer en el butacón de mi lado.

Y acto seguido las dos se enzarzan en una disputa sobre las operadoras telefónicas y los mensajes de móviles.

—Seguro que se cree que es uno de esos odiosos comerciales que te llaman a la hora de la siesta para tratar de venderte algo y por mucho que le digas que no te interesa una mierda, siguen insistiendo. ¡Si es que eso debería estar prohibido! ¡La hora de la siesta es sagrada!

—Esos pobres no tienen culpa, abuela, simplemente hacen su trabajo

—¡Pues vaya mierda de trabajo!

—¡Ya, pero es lo que hay!

—Igual que el tuyo. Dando tumbos por ahí como si fueras un marimacho. ¡La culpa es de tu madre, por comprarte los Geyperman esos!

—Mamá no tiene culpa, abuela.

—De tu padre, que siempre quiso tener un varón.

—Papá tampoco tiene la culpa. Nadie tiene la culpa de que me guste mi trabajo.

—Ya sabemos que te gusta tu trabajo, pero deberías pensar en que a tu abuela y a mí nos gustaría que tuvieses un trabajo más tranquilito —dice mi madre que ya ha activado su vena maternal.

—¡Lo sé, pero cuando ha ocurrido esto estaba en mi casa de West Point! ¡En una puta base militar! ¡Me secuestraron en una puta base militar americana! Me encargo de entrenar a militares; no soy nadie para que me secuestren. ¡JODER!

He perdido los estribos. Lo sé. No debería haber dicho esto, porque, en realidad, todavía no lo sabe casi nadie. Estoy esperando que de un momento a otro se cuele aquí la policía, el ejército americano, gente del consulado y me hagan tres millones de preguntas. Y estoy segura de que, en cuanto papá se entere, me pone tres militares americanos en la puerta. Pero es que mi madre, la pobre, anda muy perdida. Siempre le hemos ocultado la verdad de mi trabajo. En realidad, cuando le digo esto es verdad. Siempre creyó que realizaba operaciones humanitarias, que no andaba cerca del peligro. Nada más lejos de la realidad.

Siempre tuve suerte. Nunca me ocurrió nada y, aunque estuve cerca del peligro, mi equipo y yo siempre lo sorteamos. Ahora es diferente. Ahora no puedo ser tan egoísta y debo centrarme en el nuevo ser que crece en mi vientre. Me aguanto las ganas de pasarme las manos por él o la perspicacia de mi madre saldrá a flote y estaré desembuchando en menos que canta un gallo.

Las madres siempre tienen un sentido especial para saber que sus hijos les mienten. A mí siempre me pillaba. Por eso, cuando ingresé en la academia y, más tarde, cuando me iba de maniobras o a misiones dejaba que mi padre se encargara de hablar con ella. Cuando regresaba o cuando hablaba con ella desde cualquier punto del globo eran conversaciones cortas. No ahondaba mucho. Cuando regreso a casa y pregunta, siempre le esquivo las preguntas y mi amigo Julio, o incluso mi padre, me ayudan mucho.

—Bueno, hija, no te preocupes. Lo que debes hacer ahora es descansar. Después, debes tomarte unas buenas vacaciones. Estoy segura de que papá podrá arreglarlo todo. Te podrías quedar una temporada en casa, pasear por la playa, hacer tu rehabilitación... Estarás mucho tiempo de baja, me imagino. Hasta que no te recuperes del todo no podrás volver a incorporarte. Me encantaría que te quedaras aquí y pasaras ese tiempo con nosotras para que te

dejes mimar un poquitín. Estoy segura de que papá también te mimaría mucho, pero está más ocupado que nosotras.

El deje de súplica en su voz hace que se me remuevan las entrañas. La pobre está loca porque me quede algún tiempo. Y ahora mismo es lo que necesito; estar tiempo con ellas y dejarme mimar. Siempre he sido muy fuerte e independiente; pero, no sé si por culpa de las hormonas, necesito un poco de esos mimos. No me vendrá nada mal.

—Está bien, mamá. Me quedaré algún tiempo. Pero no te prometo nada. Ni sé cuánto tiempo estaré. Tengo que recuperarme. ¿De acuerdo?

Mi madre pega un grito de alegría y toca las palmas suavemente. Mi abuela, en cambio, entrecierra los ojos y me mira desconfiada. Mi madre vuelve a coger el teléfono y marca el número de mi padre. Pero le vuelve a salir la operadora.

El día transcurre como en todos los hospitales; entre enfermeras que pasan por la habitación para la medicación o traerte las comidas. A pesar de que comienzo a comer con bastantes ganas, no logro retener absolutamente nada en el estómago. Todo sale de mi cuerpo irremediabilmente. Al llegar la noche, tanto mi abuela como mi madre se marchan para descansar. Me dejan el teléfono móvil de mi madre por si necesito llamarlas y, como no tengo el mío, me prometen que al día siguiente me traerán uno nuevo.

Han pasado ya tres días desde que estoy en el hospital malagueño y sigo sin poder contactar con mi padre. Esta mañana han venido del consulado americano para hacerme las tres mil preguntas y, más tarde, también de los consulados español e iraquí. Por lo que me ha contado el doctor Pérez, vinieron el primer día; pero, por prescripción médica, no les han dejado entrar hasta hoy.

—Más tarde, vendrá el ginecólogo para hacerte una ecografía. Debemos asegurarnos de que todo va bien. Por lo demás, la herida está perfecta y, en las últimas analíticas, la anemia está mejorando. Todavía te quedan unos días aquí, pero no te preocupes porque todo va bien. Pronto podrás irte a casa. Eso sí, te queda aún un largo período de rehabilitación.

—Ya. Me imagino que no saldré de aquí bailando —le digo al médico en broma. Quiero quitarle hierro al asunto. El doctor Pérez sonrío de forma condescendiente.

—No. Pero estoy seguro de que pronto podrás caminar perfectamente. Y bailar, aunque todo lo que te permita tu estado, claro está.

Cojo el teléfono y vuelvo a marcar el número de mi padre. En esta ocasión, da la llamada, pero no me contesta. Estoy segura de que mi padre se cree que es mamá quien lo llama y está rehusando hablar con ella. No sabe qué decirle. Le mando un *wasap*. Sonríe cuando me doy cuenta de como lo tiene mi madre en su lista de contactos.

Mati

Papá, soy Rebeca. Estoy bien. Llámame al número de mamá y te lo explico todo.

Capitán

Enseguida.

Y acto seguido suena el teléfono. Suelto una carcajada cuando el tono de llamada es *El padrino*. ¡La madre que la parió!

—¡Hija, dime que estás bien! —El tono de preocupación de mi padre se hace latente. Su voz parece quebrada y demasiado ronca. Se nota que está cansado.

—Papá. Estoy bien. No te preocupes. Llevamos días intentando contactar contigo.

—¿Qué pasó? ¿Qué haces allí?

—Papá, por favor, tranquilízate y te lo explico todo.

—Está bien, está bien. Por favor, habla.

—Empezaré por el principio, pero tampoco es que yo sepa demasiado. Cuando regresaba a mi casa de la base, noté algo sospechoso y, después, un pinchazo en el cuello. Luego, nada. Todo negro. Tengo vagos recuerdos de haber sido trasladada en varios medios de transporte. Un camión y el maletero de un coche. Esos son los recuerdos que tengo. Después desperté en una habitación donde había una pequeña cama. Solo sé que hacía mucho calor. No podía con mi cuerpo. Una de las veces que estaba despierta, llegó alguien para traerme algo de comer. Intentó forzarme y fue cuando aproveché para atacarlo y salir corriendo. Ataqué a dos hombres más que estaban en esa casa. Salí corriendo de allí, pero uno me siguió y me disparó en la pierna. Me encontró un médico y me llevó a un hospital iraquí. Cuando desperté, después de la intervención, me dijeron que había perdido mucha sangre. Intentaron localizarte, pero les fue imposible. Se pusieron en contacto con la embajada americana y tampoco. Entonces decidí que llamaran a la embajada española y

me trasladaron aquí. Mamá está conmigo. No ahora, pero sí ha estado desde que llegué.

Se hace un silencio en la línea. Escucho un suspiro y, por fin, mi padre se derrumba y llora desconsoladamente durante unos minutos. Lo dejo que se desahogue. Lo necesita. Necesita desprenderse de los nervios, la frustración y la tensión que ha mantenido durante todos estos días. Y lloro con él. Por lo que pudo haber sido. Por lo que pudo haberme ocurrido. Durante unos minutos nos dejamos llevar por nuestros sentimientos. No hablamos. Solo lloramos y nos deshacemos de todo lo malo acontecido en este tiempo.

—Papá, estoy bien. De verdad. Ahora lo que necesito es descansar y olvidarlo todo. Me quedaré un tiempo aquí con mamá. Por cierto, ¿por qué tenías el teléfono apagado?

—Tengo algunas cosas que contarte. Comenzamos a investigar a partir de las informaciones que tú habías recogido. Pero ya te lo contaré más adelante. La cuestión es que informé al teniente coronel Sidney para que me ayudara a encontrarte. Montó un operativo junto a todos tus chicos y se marcharon a Siria para el rescate. Solo que no estabas donde debías estar. Te habían trasladado de nuevo. —Se queda callado durante unos momentos. Suspira, coge aire y prosigue hablando—. Después de saber quién era el que realizaba las llamadas desde la base, ordenaron retirar el operativo y regresar. Pero ninguno regresó. Todos se quedaron allí para seguir investigando y encontrarte. —Vuelve a quedarse callado unos instantes—. Lo tuve que ordenar por ser el superior. Pero como desobedecieron las órdenes, no tuve más remedio que volar hasta allí para imponerles un castigo.

—¿Volaste hasta allí solo para castigarlos porque no interrumpieron mi búsqueda?!

Una risa sarcástica me llega a través de la línea.

—Digamos que volé *oficialmente* para ello. Pero claro, una vez allí, también me uní al operativo. He estado muchos días encerrado en un putito sótano intentando sacarles información a tres cabrones. —Ahora la que sonrío soy yo. Mi papá protector. Tenía a todos mis chicos cuidando y velando por mí. De repente, me dan hasta pena los tres capullos—. Estaba muriendo en vida, Rebeca. Todos estábamos muriendo en vida. Pero ahora que sé que estás bien, lo importante eres tú. Cogeré un vuelo hacia Málaga lo antes posible. Quiero estar ahí contigo.

Esto es justo lo que necesito. Toda mi gente a mi alrededor. Y si pudiera

irme de birras con mis chicos y, por supuesto con Edward, ya sería la puta gloria. Pero claro, hay varias cosas que me lo impiden. Estoy en un hospital y no puedo andar. Y, por supuesto, tengo un pequeño en mi vientre que hará que no pueda tomar birritas en una larga temporada. Frunzo el ceño porque esto no me gusta. De momento, no he visto la parte buena del embarazo. Solo vómitos y que no voy a poder beber cerveza.

—Bueno, no seas muy duro con ellos. Al fin y al cabo, lo único que querían era lo mismo que tú. Rescatarme.

—No te preocupes. A mí también me castigarán. También desoí las órdenes. No seré demasiado duro con ellos. Iré lo antes posible. Te llamaré cuando sepa a qué hora llego. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, papá.

—Te quiero, hija.

—Yo también te quiero, papá. No lo olvides nunca.

Que no se le olvide sobre todo cuando le diga que estoy embarazada que, con lo recto que es..., capaz de cometer cualquier locura. Cuelgo el teléfono, por fin, más tranquila. En ese momento llegan las dos mujeres que más loca me traen; la abuela Mara y mi madre. Detrás de ellas, entra Julio, con una sonrisa en la boca y su gran parecido al guapísimo Hugo Silva.

—Reinona, ¿ya estás haciéndote la malita para tener mimitos? Sabes que para eso solo tienes que venir aquí y estas dos buenas señoras te dan todos los mimos sin tener que estar en este «hotel de todo incluido».

Mi amigo entra como un vendaval. Ahora mismo es un soplo de aire fresco.

—En cuanto le conté qué te había ocurrido, se montó en el coche con nosotras y no hubo nadie que le convenciera de lo contrario —dice mi madre. Aunque en el fondo sabe que me gusta su compañía.

—No te preocupes, mamá. Si me canso mucho, lo echo del *hotel* y santas pascuas.

Durante un rato charlamos todos. Mi abuela no para de querer emparejarme a toda costa con cualquiera, hasta con el nieto de la señora de la cama de al lado, que ha venido de visita. O con el enfermero que ha venido a traerme las pastillas de ácido fólico.

—¿Y esas pastillas para qué son? —pregunta mi madre. La pobre quiere saberlo todo.

—Son vitaminas, mamá. Me las ha mandado el médico para la anemia.

Me apresuro a decir antes de que al enfermero le dé por soltar la lengua. Lo miro y el pobre se queda callado. ¡Dios, qué estrés esto de tener que ocultar el embarazo! Como siga así, lo voy a largar antes de lo previsto. Pero antes de decir nada, quiero tener decidido cuál va a ser mi futuro, quiero saber si realmente quiero dejar el ejército.

Julio, que me conoce desde hace tanto tiempo, me mira y eleva una ceja a modo de interrogación. Niego con la cabeza de manera que ni mi madre ni la abuela se den cuenta. Mi amigo, se da la vuelta y les dice:

—Creo que aquí hay demasiada gente. Es hora de que os vayáis a tomar un café. ¡Ale, andando que es gerundio! Ya me quedo yo con la damisela.

Mi madre suelta una carcajada, pero no discute. Se da la media vuelta y se marcha con la abuela pisándole los talones.

—Vamos a dejar a los pimpollos tranquilitos. A ver si esta vez cuajan y me regalan bisnetos —dice mi abuela mientras marcha hacia la puerta.

—¿Verdad que nos saldrían unos hijos bien guapos?

—Eso, tú dale alas, que parece que no la conozcas.

Y me río, pero a la vez, me duele todo el cuerpo. Justo en ese momento, llega el ginecólogo. Después de decirle a Julio que se vaya de manera muy educada, se dirige directamente a mí.

—Buenos días. Mi nombre es Ana Gómez. Soy ginecóloga. Ahora vendrá la enfermera para hacerle una ecografía. Vamos a ver cómo está su bebé, ¿de acuerdo? Necesito que esté relajada. Esta primera ecografía la tendremos que hacer vaginal y dado su estado, tendremos que tener cuidado, ya que no se puede montar en la camilla para ello; debemos realizar el procedimiento en la cama, lo cual va a resultar un poco más molesto. De momento, intente separar las piernas. Separe una. La herida déjela donde está.

Obviamente, porque tengo una escayola y además la pierna está colgada. Abro la otra pierna y veo como entra la enfermera con el ecógrafo. Coge un palo, le pone un preservativo y unta el gel. ¡Me cago en la puta! ¡No creo que eso me entre!

—Relájese, por favor. Todo va a salir bien. No se preocupe. Será un momento.

Me toca el vientre y me introduce el palo con el preservativo. Noto como lo va moviendo dentro de mí y siento una ligera sensación de incomodidad. Aprieta varios botones y, de repente, se ve una mancha blanca.

—Ese es su hijo.

Y a mí se me olvida cómo respirar. Solo estoy atenta a la mancha extraña, aunque maravillosa. Es la imagen más bonita que he visto en mi vida, aunque solo sea un borrón para mí es algo más. Algo que ya se ha materializado y lo hace por primera vez real... Y las lágrimas pugnan por salir. Trago el nudo de emociones que tengo en la garganta y me acuerdo de Edward. Sus ojos vienen a mi mente como un torrente. ¿Qué le parecería estar aquí conmigo ahora? ¿Qué cara pondría? ¿Se alegrará de tener un hijo? Preguntas y más preguntas se agolpan en mi cabeza. Ninguna con respuesta. De repente, recuerdo como trataba a sus sobrinos el día que nos conocimos. Todos parecían encantados con él. Pero ¿querrá ser padre?

Y tengo más claro aún que, aunque mi propósito en la vida no fuera ser madre, ahora, este instante, este preciso momento, no lo cambiaría por nada en el mundo. Debo luchar y recuperarme para poder correr detrás de mi hijo. Y un nuevo mundo se abre ante mí. Un mundo donde enseño a mi hijo las cosas buenas de la vida, donde puedo enseñarle a nadar, a hacer surf, montar en bici... Y esas pequeñas cosas que para mí antes eran tediosas, se convierten de repente en un nuevo objetivo en mi vida. Cada vez tengo más claro que amo a este pequeño por encima de todo.

La ginecóloga me mira con una sonrisa en la boca.

—Todo está perfecto. Estás de cinco semanas. Su corazón aun no puede oírse hasta más adelante, pero sus medidas, a pesar de su anemia, son las correctas. Eso sí, deberá cuidarse y comer bien.

—Hasta ahora no he podido retener nada en el estómago. Siempre tengo muchas náuseas.

—No se preocupe. Eso es normal en el primer trimestre del embarazo. Tome pocos alimentos más seguidos. Tome fruta, beba agua a pequeños sorbos, pero más frecuentes. Raciones más pequeñas, pero con mayor frecuencia. Si no puede tomarse un plato de comida, tome un poco y, más tarde, introduzca algo de fruta. Con un poco de paciencia y tiempo, verá como las náuseas van a menos. Nos tendremos que ver en un par de semanas. Le dejaré las recetas de las vitaminas prenatales. Le ayudarán durante el embarazo.

Después, saca un papel donde se muestra la pequeña mancha blanca que es mi hijo. Orgullosa, me quedo admirando el papel durante no sé cuánto tiempo. Tras anotar algo en mi historial, se marcha con una sonrisa en la boca.

Acto seguido, entran en tropel tanto mi madre, como la abuela y Julio.

—¿Te han dicho algo? —pregunta impaciente mi madre—. ¿Por qué te han hecho una ecografía?

—Pura rutina, mamá. Solo para descartar que no haya más daños en los órganos. Pero tranquila, todo está bien.

Intento tranquilizarla, aunque le esté mintiendo y ella me lo está notando. Me mira con desconfianza, aunque yo, tal y como he aprendido a lo largo de los años, le muestre mi sonrisa más angelical. No se lo cree. Nunca se lo traga, pero me deja a mi aire, porque ella, mejor que nadie, sabe que si la necesito, voy a acudir a ella. Como en esta ocasión que, casi sin pensármelo, pedí mi traslado aquí, en lugar de a los EEUU.

—He hablado con papá. Va a venir en el primer vuelo que pueda coger.

—Ya me parecía a mí que habías tardado mucho en ponerte en contacto con él. Pero, ojo, que venga no significa que te vayas con él. Rebeca Wilson, me prometiste que te ibas a quedar una temporada con nosotras.

Sonrío porque no tengo más remedio que hacerlo. Mi madre siempre intentando ser tan protectora conmigo. En realidad, siempre ha habido una lucha entre mis padres por tenerme con ellos. Lucha que han perdido los dos porque siempre he sido demasiado independiente. Pero esta vez necesito, de verdad, estar con mamá.

Por la tarde, después de haber intentado comer algo y haberlo vomitado todo, mi madre se propone hablar con el médico para que me suministren algo para las náuseas. Quiere hablar con él porque no le parece normal que siga sin poder retener nada en mi estómago. Me traen una manzanilla de la cafetería, que me voy bebiendo poco a poco y cuando no está muy caliente. Mi abuela Mara se marcha a casa, pero dos horas más tarde, aparece con una fiambra en la mano con un poco de caldo de pollo.

—Esto te asentará el estómago. La comida de aquí es una mierda. Por eso lo echas todo. Ya verás como con unos buenos pucheros caseros se te quita la tontería.

Me río porque, en realidad, tiene razón. Comienzo a tomar el caldo poco a poco, dejando que se enfríe y a pequeños sorbos, tal y como me dijo la doctora. Intento retenerlo en mi estómago y parece que funciona. La sonrisa de satisfacción de la abuela Mara no puede ser más grande. Y eso, en cierto modo, me llena de regocijo. Estas dos mujeres que tengo a mi lado son las

personas más importantes de mi vida, además de mi pequeñín, mi padre y Edward, pero ahora mismo se están desviviendo por mí. Y esto es algo que nunca olvidaré.

La puerta de la habitación se abre poco a poco, muy despacio y la blanca cabeza de mi padre, asoma por ella.

—¡Papi! —grito de alegría al verlo.

Mi padre entra con paso ligero y decidido hasta mí y, al llegar a la cama, me abraza fuerte y rompe a llorar. Durante muchos minutos los dos lloramos. ¡Nunca en mi vida he llorado tanto como estos últimos días! ¡Malditas hormonas! Lloramos por la alegría del reencuentro, pero también por lo que pudo haber sido y, gracias a lo que sea, no fue. Julio, mamá y mi abuela nos dejan unos minutos sin decir nada para que nos recompongamos.

—Esto es culpa suya, capitán. Por regalarle a la niña los Geyperman —le dice a modo de regañina, pero con una sonrisa en la boca. En realidad, solo quiere quitarle hierro al asunto.

Aunque mi padre y mi abuela nunca se han llevado bien, en realidad mantienen una relación cordial. Mi abuela lo llama «capitán», nunca dice su nombre. Por eso, cuando lo vi escrito en los contactos del teléfono de mi madre, sonreí.

—La niña quería Geyperman, señora, y un Scalextric; no quería las muñecas Barriguitas ni las Barbie.

Bien, volvemos a la normalidad. Mi abuela lo llama «capitán» y mi padre, «señora». No se insultan, pero los cuchillos están en todo lo alto. Durante un rato, se recriminan cosas el uno al otro, hasta que mi padre, se acerca y le da un beso en la mejilla.

—Me alegro de volver a verla.

—Y yo, cabeza de chorlito. ¡Anda, Mati, dejemos a este par que se pongan al día!

Dicho eso, los tres se marchan por la puerta, dejándonos a mi padre y a mí solos para que podamos charlar con mayor comodidad.

—¿Cómo te encuentras? Y dime la verdad, que yo no soy ni tu madre ni tu abuela.

—Bien. Ahora bien. Pero... esta vez ha faltado poco. Me hirieron en el fémur, fracturándolo, y una astilla provocó la rotura de la arteria femoral. Me hice un torniquete y gracias a eso estoy viva. Pero la pérdida de sangre fue importante y en el hospital de Iraq, a pesar de que me intervinieron y lo

hicieron bien, no tenían los recursos necesarios. La pérdida de sangre provocó una fuerte anemia. Y ahora me la están tratando. La herida me duele. Bueno, en realidad, me duele todo el cuerpo.

—Eso es normal. Tendrás que realizar una larga recuperación y mucha rehabilitación.

—Sí, eso me han dicho. De momento, quiero quedarme a hacer la rehabilitación aquí, con mamá. Le he prometido que estaré una temporada junto a ella.

—Me parece perfecto. Regresa cuando quieras. Me aseguraré de que tu puesto te esté esperando para cuando estés preparada. No tengas prisa. Tómate todo el tiempo que necesites. Acabas de pasar por una experiencia muy traumática. Quizás deberías visitar a algún especialista. Cuando regreses, lo podemos organizar. Tenemos algunos especialistas en estrés postraumático muy buenos en el ejército. Si te hacen falta, solo tienes que decírmelo. —La voz es apenas un susurro. Se nota que apenas ha dormido en mucho tiempo. Está más delgado y demacrado. Me sonrío levemente. Pobrecillo mío, también lo ha tenido que pasar fatal.

—De eso te quería hablar, papá. No creo que regrese al ejército. —La cara que pone mi padre es... ¿de alivio? No me lo puedo creer—. Aún no he tomado la decisión en firme, pero no creo que el volver sea una opción ahora mismo. Pasaré mucho tiempo de rehabilitación, mucho tiempo sin ejercitarme... —Mi padre pone sus dedos sobre mis labios, haciéndome callar de inmediato.

—Me parece que es la mejor decisión que has tomado en tu vida. Medítalo. Pero, sobre todo, haz caso a lo que dicte tu corazón. Si no quieres volver, no vuelvas. Si quieres causar baja definitiva en el ejército, hazlo, te lo mereces. Haz lo que desees. Yo solo quiero que seas feliz.

Dicho eso, me abraza fuertemente. Todo este tiempo ha mantenido su mano agarrada a la mía. Con miedo de que vuelva a escaparme y él no ser capaz de retenerme.

—Prepáralo todo. No voy a volver. Encárgate de todo tú, por favor.

Y con esas palabras cierro un capítulo de mi vida. Un capítulo donde he sido feliz, pero, como todo en esta vida, tiene un fin. Ahora mismo, con todo lo que me ha ocurrido, tengo que empezar una nueva vida. Diferente a la que hasta ahora he tenido y voy a tener que aprender a marchas forzadas como se vive fuera del ejército. Pero ¿no es eso en lo que consiste vivir? ¿Cerrar

etapas y comenzar nuevas con ilusiones renovadas?

 Mi padre asiente y, cansado de estar horas sin dormir, con mi mano apretada en la suya, se deja caer en el butacón y se queda dormido; tranquilo de que su hija esté a salvo entre sus manos. Y yo lo dejo que descansa. Y también me quedo dormida, sabiendo que la decisión que he tomado es la correcta.

Capítulo 15

Después de diez largos días en el hospital, por fin, el doctor Pérez ha llegado esta mañana con la noticia de mi alta. Durante todo este tiempo, he recuperado un poco de fuerzas y ahora soy capaz de comer algo sin vomitar como si fuese la niña de *El exorcista*. Todos los días vienen a visitarme tanto mi madre, como la abuela y Julio. Tras cinco días en el hospital conmigo, en el que papá no se movió de mi lado, tuvo que regresar para cumplir las órdenes. Tanto a mi escuadrón, como a Edward, e incluso a papá, les cayó un castigo de quince días de arresto en la base y, aunque no me puedo comunicar con ellos directamente, sí lo hago a través de Gloria.

Sé por ella que se encuentran bien y que volverían a hacerlo mil veces, si con ello consiguieran rescatarme. La cuestión es que todo ha salido perfecto. Sigo viva, a pesar de todo lo que pudo haberme pasado. Y la herida ya está mucho mejor. Mi anemia está remitiendo y mi bebé crece sin preocupaciones en mi vientre. Todo está en orden.

Todavía debo llevar la escayola de la pierna un mes más y después tendré que ir a rehabilitación. Durante estos días ha venido un psicólogo para tratar el tema del estrés postraumático, pero la verdad es que, aunque siga con las sesiones durante un tiempo, el bebé que está creciendo en mi vientre me ha dado la fuerza suficiente para no temer nada. Comprendo que, al fin y al cabo, todo fue fruto de la casualidad. No temo mirar atrás por si vuelve a sucederme.

Mamá entra en la habitación como el vendaval que es, hablando por los codos y con varias bolsas de ropa de su *boutique*.

—Mamá, no pienso ponerme esta falda. Simplemente no va con mi estilo. ¡Compréndelo! —Me enfado cuando me trae una falda que, aunque bonita, es demasiado arreglada para mí.

—Hija, pero si es muy bonita. Te pega perfectamente con tu cabello y la tonalidad de tu piel. Vas a estar preciosa con ella.

—Ya, pero con un pantalón corto vaquero, una camiseta y unas zapatillas me basta. ¡No empieces a jugar conmigo a las muñecas! ¡No soy una Barbie!

—Te lo dije, Mati. Que la niña no iba a querer ponerse eso. Toma. —Mi abuela, con una gran sonrisa de satisfacción instalada en su cara, me muestra otra bolsa que trae dentro de su gran bolso.

—¡Después dices que la culpa la tengo yo por comprarle los Geyperman de las narices! —refunfuña mi madre.

—Una cosa es que le compraras Geyperman de pequeña, con pistolas y trajes militares y otra muy distinta es que la niña quiera ir vestida como las chicas de su edad.

—¡Que tiene treinta y ocho años! ¡Ya no tiene edad para ir vestida así!

—Lo que tú digas. Tampoco la vamos a vestir de monja.

—¡La falda es muy bonita! Y le he traído unas bailarinas que hacen juego que son una preciosidad.

—La niña ahora mismo debe sentirse cómoda, no como un pastel de nata.

Dejo que las dos sigan discutiendo mientras me pongo en pie, cojo la bolsa de la mano de mi abuela y miro en su interior. Sonríe cuando veo unas bermudas de algodón cómodas, una camiseta blanca de tirantes y unas zapatillas Vans. Esto sí es lo que quiero. Me dirijo al cuarto de baño de la habitación, con muchísima dificultad, para poder cambiarme con un poco de intimidad, mientras continúo escuchando las quejas de mi madre por no ponerme la ropa que ella ha traído.

Una hora más tarde, estamos en casa de mamá. Me instalo en el salón y enciendo la tele. No me gusta mucho, pero con algo tengo que distraerme. Tengo mucho tiempo libre y pocas cosas que hacer dada mi poca movilidad. ¡Esto va a ser un puñetero infierno! No estoy acostumbrada a no tener que hacer nada. Siempre he sido una persona muy activa. Cuando tengo tiempo libre, lo dedico a practicar deporte. Pero, dada mi situación, eso está descartado. Tanto mi madre como la abuela se desviven para que no me falte

nada; un zumo, un poco de queso con unos picos, un poco de jamón, del bueno, según mi madre, y a la hora del almuerzo me preparan un poco de pescado al horno, como a mí me gusta.

Se dejan la vida por agradarme, pero el aburrimiento está pudiendo conmigo. Cojo las muletas y doy unos pasos a través del salón. Me vuelvo a sentar, sin nada que hacer. En ese momento, llega mi abuela con una amiga.

—¿Qué pasa, niña?

—Nada, abuela, aburrida como una ostra. Sin nada que hacer. —Pero se me ocurre una idea—. ¿Podrías ir al centro comercial y traerme algo de lectura?

—Claro. Después de ver *Sálvame*, me acerco un momento.

Durante un rato, mi abuela y su amiga Clara me explican que es eso de *Sálvame*; un programa de cotilleo, donde los colaboradores discuten entre ellos, hablan de los *realities* que emite la cadena y poco más. Cultura en estado puro, vamos. Pero, aun así, me pongo a verlo con ellas. ¡Qué remedio me queda! Durante las cuatro horas siguientes, me van explicando cosas del programa. No es que me guste mucho, pero tiene algo que engancha. Cuando termina, las dos se marchan al centro comercial y me quedo sola en casa, ya que mamá ha ido a la *boutique* durante un rato. Cojo el móvil que me compró mamá cuando estaba en el hospital y llamo a Julio.

—*Buenaasss*, ¿tienes algo que hacer? Por favor, di que no. Acércate. Estoy aburrida. Además, hace dos días que no vienes a verme.

—Y yo qué soy, ¿un mono de feria? —me contesta en un tono de fingida indignación.

—No. Pero te agradecería mucho que vinieras y hablemos un rato. No puedo hacer otra cosa, Julio. Me voy a morir de aburrimiento.

—¿Hay cervezas? —pregunta en tono de broma.

—Pues no sé, porque yo no puedo tomarla.

—Está bien. Llevaré Coca-Cola.

—Tampoco puedo. Por la cafeína y todo eso.

—Bueno, pues beberemos agua. ¡Viva la diversión!

—Sí, valiente juerga nos vamos a montar.

—En veinte minutos estoy allí.

—Gracias.

—No tienes que dárme las. Sabes que siempre estoy cuando me necesitas. Cuelgo el teléfono con una sonrisa en la boca. La verdad es que Julio

siempre está dispuesto a pasar un rato conmigo. Nos divertimos mucho juntos y tenemos mucha confianza. Estoy dispuesta a contarle lo de mi embarazo. Pero, entonces, sus ojos me vienen a la mente y descarto la idea. Quiero decírselo a él primero. Quiero que sea su padre el primero que se entere de su existencia. Es algo que nos incumbe a los dos. Y quiero disfrutarlo con él a mi lado. Pero ¿y si es él quien no quiere? Nunca hemos hablado de futuro, ni de relación, y mucho menos, de formar una familia. Respiro para tranquilizarme y le mando un *wasap* a Gloria.

Reb

¿Qué tal todo?

Gloria

De maravilla. Los chicos están bien. No te preocupes.

Reb

¿Ya se ha incorporado mi sustituto?

Gloria

Sí. Llegó esta mañana. Es duro de pelar. Te prefiero a ti.

Reb

Jajajaja.

Gloria

También es un borde de mucho cuidado.

Reb

¿Sabes algo de Edward?

Gloria

Está bien, tranquila. Tiene muchas ganas de hablar contigo y de verte. Como todos. Eli ha venido para visitar a Taylor. Se va a quedar unos días.

Reb

¿Cómo está? Ya queda menos para la boda.

Gloria

Está como las locas con todos los preparativos. Taylor se llevó una buena bronca de ella por estar arrestado. Dice que lo tiene que hacer todo ella. Y le han fallado las flores.

Durante un rato más hablo con ella. Me cuenta que la florista a la que tenía encargada las flores se ha puesto de parto prematuro, por lo que no se las va a poder servir, ya que cerrará la floristería durante cuatro meses. Queda apenas un mes para su boda, así que debe de estar histérica. Nunca he pensado en casarme. Todo ese lío de trajes, menús, invitados a los que nunca más vas a volver a ver en tu vida, fotografías, uf... Son muchos detalles que a mí no me gustaría organizar. Yo soy más de una boda por los juzgados o en Las Vegas, disfrazados de Elvis. El «sí, quiero» y listo. ¡Y a la luna de miel! Me pregunto qué le gustaría a Edward. Suena el timbre de casa, me levanto con mucha dificultad y camino despacio con las muletas hacia la puerta.

Julio entra en casa con una botella de agua en la mano.

—¡Que comience la juerga!

Y ambos estallamos en una carcajada.

—Serás payaso. Anda, entra.

—He traído el *kit antiaburrimento*. —Lo miro con cara de interrogación. —Nena, he alquilado pelis.

Le cojo las cajas de DVD que ha traído y leo los títulos: *Tomb Raider*, *El justiciero* y *12 valientes*. Suspiro porque en otra época me hubiese encantado su elección.

—Tu don para el oportunismo no tiene límites, macho.

—¿Por qué? Estas pelis te encantan.

—¿*12 Valientes*? ¿En serio?

Julio lee la sinopsis de la película y pone cara de arrepentido cuando se da cuenta de que va de militares en acción en Afganistán. ¡Desde luego, más oportuno no podía ser!

—Bueno. También tengo la Play.

—No será el *Fornite*, ni el *Call of Duty*, ¿verdad?

—No. Traigo el *Grand Theft Auto*.

—Con eso me conformo. ¡Vamos a jugar!

Julio instala la Play en el salón de mi casa y durante una hora me divierto jugando con él. La verdad es que hace mucho tiempo que no lo hago, pero me encanta. Hasta que llega la abuela Mara y, literalmente, nos ordena apagar el «cacharro». Ambos reímos, apagamos la Play y nos marchamos a mi dormitorio para charlar más tranquilamente. Cuando Julio se marcha, ceno con mi madre y la abuela y me acuesto a dormir. Últimamente, tengo sueño siempre. Otro de los síntomas del embarazo.

Los días pasan sin pena ni gloria. Apenas salgo de casa, solo para visitas al médico. Me paso el día leyendo el libro de Arturo Pérez Reverte, que me compró la abuela; jugando a la Play, viendo *Sálvame*, que a estas alturas ya estoy enganchada, hablando con Gloria a través de mensajes para saber de mis chicos y, cada vez que puedo, preguntar por Edward. Aún siguen arrestados, pero ya solo les faltan cinco días para terminar de cumplir el arresto. Con mi padre tampoco puedo hablar. Todos están en una misma celda, excepto él que está aislado. No puede recibir visitas. A estas alturas me va a salir un pandero que me va a hacer falta cinco horas de gimnasio diario y una dieta que ni las modelos de Victoria's Secret. ¡Todo el santo día sentada! Y para colmo, mi abuela y mamá se han propuesto cebarme. Cada poco tiempo me traen algo de comer.

De eso no me quejo, porque a estas alturas, además de estar enganchada a *Sálvame* y a *Gran Hermano Vip*, también lo estoy al jamón, al queso y al chorizo. Cuando regrese a EEUU, lo voy a echar de menos. Igual que al café, ya que aquí está muy rico, mucho mejor que el de allí, que es mucho más flojo. Aunque con mi embarazo no puedo tomar mucho.

La verdad es que la vida en España es mucho más tranquila. Estoy comenzando a salir al jardín y disfrutar del frescor del atardecer. Respirar este aire mucho más puro, con ligero olor a salitre que proviene de la cercanía del mar. Tengo también mucho tiempo para pensar. Pensar en mi futuro, en lo que quiero hacer. Y la idea de instalarme en España cada vez cobra más fuerza. Pero también pienso en Edward. Lo extraño a cada momento de mi vida. Y, aquí, sentada en el balancín del jardín, me gustaría tenerlo a mi lado, que tocase mi vientre y podamos hacer planes de futuro juntos.

Suspiro porque tengo la cabeza embotada de tanto pensar. Mi abuela Mara no para de preguntarme qué me ocurre y siempre le contesto lo mismo... «Que no estoy acostumbrada a tener tanto tiempo libre; a estar tanto tiempo sin realizar diferentes actividades». Ahora, aquí en España, echo mucho de menos nadar en el mar, pero con la escayola me es imposible. Además que ya estamos casi a mediados de octubre y, aunque haga calor, no lo hace tanto para ir a la playa a nadar, aunque sí está la temperatura lo suficientemente buena como para poder dar largos paseos por la playa y aspirar su aroma. Impregnarme de la tranquilidad que siempre me infunde el mar.

Mañana debo acudir de nuevo al médico, por eso después de pasar la tarde con mi abuela viendo *Sálvame*, mientras tejemos un jersey para el

invierno y jugar un rato a la Play, me acuesto temprano. He cenado algo ligero, ya que tengo el estómago revuelto. Dicen que son náuseas matutinas, ¡y una leche! ¡Yo las tengo a todas horas! Aunque estén más controladas, las puñeteras siguen ahí.

Por la mañana, me levanto como todos los días y veo que está comenzando a llover, lo que hace que mi ánimo se vuelva como el día, triste y gris. Me entran unas terribles ganas de llorar cuando veo que tengo que ir a comprar algo de ropa de abrigo. ¡Odio las compras! Además, con la escayola apenas me puedo poner nada.

La visita al médico ha sido de lo más rutinaria. Todo bien, que siga como estoy; que vuelva dentro de dos días y que haga todo el reposo que pueda. Y la escayola sigue en mi pierna. Sigo a mi madre con las muletas a través del centro comercial para ir a comprar algo. Al final, me decanto por un par de faldas largas y amplias que puedo combinar con mis zapatillas y un par de jerséis para el frío que está a punto de entrar, además de un chaquetón informal. No es la ropa que hubiese querido, ya que he visto unos pantalones vaqueros rotos que me han encantado. Me los he comprado, a pesar de las reticencias de mi madre.

—Pero, hija, con razón te han costado tan baratos. ¡Si les falta medio pantalón!

—Mamá, me gustan así. ¡Déjalo ya!

—¡Ya podrías vestir como una señorita! ¡Que ya tienes una edad!

—¡Ah! ¡Gracias! ¡Pues que sepas, que la culpa es tuya! ¡Por comprarme los Geyperman y no el estuche de maquillaje de la Señorita Pepis!

Y ambas estallamos en carcajadas, ya que he intentado quitar hierro al asunto imitando a la abuela Mara.

—Rebeca Wilson, eres todo un caso —dice mi madre, suspirando.

—¿Y qué harías tú sin *tu caso*?

—Nada... En eso tienes toda la razón.

Aprovechamos la mañana, después de las compras, para tomar algo en el centro comercial. Están claras las intenciones de mi madre; me quiere cebar a toda costa. Me siento como los pavos antes de Navidad. Charlamos durante un par de horas delante de un succulento plato de embutidos ibéricos y tapas de diferentes tipos.

—¿Y de verdad quieres volver al ejército?

Durante los días que estuve en el hospital le conté a mi madre todo lo

relacionado con el secuestro. Lo que sabía, claro está. Le hablé mucho de las misiones en las que había estado. Y sobre Edward. Y ahora está empeñada en que aprenda cosas de la casa. Me recita recetas de cocina que yo ni siquiera escucho. Y supongo que le ha contado algo a la abuela, ya que se empeña en que aprenda a coser y tejer. Mi paciencia se va por momentos.

—No lo sé, mamá. Aún no he decidido nada en firme. De momento, estoy de baja. Hablé con papá. Cuando salga del arresto, ya veremos.

—Deberías dejarlo, Rebeca. —Esta vez, el tono de voz de mi madre es serio—. No quiero preocuparme más de lo que ya lo hago. Saber todas las cosas que me has contado hace que se me ponga un nudo en el estómago que me impide respirar con tranquilidad. Eres lo único que tengo en esta vida, junto a la abuela, y pensar que podría perderte... —Las lágrimas asoman por sus ojos, veo en ellos el miedo por lo que pueda pasar.

A lo largo de estos días, he visto el pánico, el miedo y el horror que debe de pasar cuando piensa en lo que me ha ocurrido. Constantemente, me toca, acaricia o besa; es su forma de saber que realmente sigo aquí. Pienso en mi bebé y el pavor que me provoca que algo le pueda suceder hace que vea a mi madre de diferente manera. Me pongo en su piel y un escalofrío recorre mi cuerpo. Quiero proteger a este pequeño ser con mi vida, si de ello dependiera.

—No te preocupes, mamá, por favor. Papá está buscando la forma de dar la baja definitiva del ejército. —Le cojo las manos por encima de la mesa en la que estamos tomando algo y se las aprieto—. Y si no lo encuentra, ya veremos..., pero con lo que me ha pasado y el estrés postraumático, puede ser muy fácil que me den la invalidez absoluta. No es lo que quiero. Quiero seguir trabajando. Sabes que siempre he sido muy independiente y necesito continuar siéndolo. Lo que ahora mismo no sé en qué.

Y el discurso que le he dado a mi madre es lo más brutalmente sincero que he sentido en mi vida. Quiero acabar mi vida en el ejército, pero tampoco sirvo para quedarme sentada. Aún tengo tiempo de pensar qué es lo que quiero hacer con mi vida. Y aunque lo tengo casi decidido, no quiero decirle nada a mamá hasta que no esté todo bien atado.

—Podrías trabajar conmigo en la *boutique*, así yo me voy desentendiendo poco a poco de ella y te la quedas tú.

Mi madre, la pobre, todavía tiene esperanzas conmigo. Pero a mí esa respuesta me hace soltar una carcajada.

—Mamá, por favor. ¿Qué sé yo de moda? La llevo a pique en un mes.

Ambas reímos por su ocurrencia. Pero, aun así, la loca cabeza de mi madre no para de dar vueltas al asunto. Quiere encontrar la manera de que me quede a vivir aquí con ella, que no vuelva a marcharme tan lejos y, ahora, la entiendo.

Volvemos a casa donde encontramos a la abuela Mara con su amiga tejiendo de nuevo. Me dice que quiere enseñarme un punto nuevo mientras vemos *Sálvame*. Pongo los ojos en blanco y me voy directa a mi dormitorio. Mi madre quiere preparar una tarta de manzana y pretende que la ayude. Tengo que salir de esta casa o, en breve, me veré con el delantal puesto, cocinando como las locas y tejiendo bufandas. De repente, recuerdo el primer día que llegué a West Point y vi a Gloria en el supermercado, rodeada de esas madres tan perfectas, casi clones unas de otras. Pero luego veo a mi madre y recuerdo mi infancia. Mi madre nunca ha sido de esa forma. Ella siempre fue diferente. Por eso la hace tan especial para mí. Mi abuela Mara, a pesar de tejer, de coser y cocinar como los ángeles, tampoco ha sido nunca una abuela al uso. Con ellas dos como modelo de vida, seguro que puedo hacer esto sin caer en los estereotipos que siempre he detestado tanto. No tengo por qué saber coser, aunque no me vendría mal que aprendiese a cocinar algo. Mi bebé va a necesitar alguna que otra comida casera. Pero eso puede esperar. Necesito salir a pasear un poco. Tanto reposo me está volviendo loca.

Con esta nueva determinación y las energías renovadas, llamo a Julio y quedo con él para dar un paseo. La escayola me impide pasear por la orilla, pero, aun así, puedo sentarme en alguna terracita y admirar el mar. Eso es justo lo que necesito en este momento.

Veinte minutos más tarde, Julio entra en casa y yo aún no me he vestido. Miro la ropa que tengo y me decanto por el pantalón que me he comprado esta mañana. Es ancho y si le hago algún apaño, me cabrá la escayola en la pernera. Cojo las tijeras y corto por el lateral el pantalón. Me miro la otra pierna y me queda un poco larga. Tengo que cogerle el dobladillo. Ensarto la aguja e intento recordar lo que mi abuela me ha enseñado. ¿A quién quiero engañar? ¡Si no le he prestado atención! Entonces recurro a mi antigua técnica, esa que nunca me ha fallado. Busco en el cajón del escritorio y encuentro la grapadora. Recojo el bajo y le pongo un par de grapas a los lados. ¡Listo! Ya tengo mi pantalón preparado. Ahora solo falta que las dos arpías no se den cuenta o me harán quitar el pantalón y recoger el dobladillo en condiciones. Salgo de mi dormitorio todo lo rápido que puedo y, en la puerta, le hago una

señal con la cabeza a mi amigo para que se aligere. Salgo de casa. ¡Listo! Prueba superada.

—¿Qué ocurre para que tengas que salir casi huyendo?

—No he salido huyendo —le contesto muy digna.

—Pues no es lo que parecía —me replica. Ahora volvemos a caminar a paso de tortuga coja.

—Nada. Que tanto mi madre como mi abuela se han empeñado en que aprenda a cocinar y coser. ¡Arrrggg! Y me tienen un poco agobiada con el tema.

—¿Tú cocinando y cosiendo? No, no te veo. Se te incendiaría la casa. Seguro.

—Ja. Ja. ¿Te crees muy gracioso?

—Vamos, Rebeca, que nos conocemos hace mucho tiempo. Calentar comida preparada en el microondas no se considera cocinar..., para que lo sepas.

—También sé preparar sándwiches —me defiende, haciendo un puchero.

Llegamos a una cafetería junto a la playa. Julio se pide una cerveza y yo un zumo de naranja natural. Miro la cerveza con envidia, con su espumita, su gas, su vaso helado y casi se me cae la baba. Julio se da cuenta y se ríe.

—¿Aún no puedes beber?

—Estoy con medicación. —No le cuento nada del embarazo, aunque tarde o temprano se enterará; quiero que Edward lo sepa el primero. Aunque no sé cuándo se lo voy a decir ni cómo. Y eso me está matando por dentro—. Bueno, ¿cómo te va con tu chica *hacker* «*Avispa21*»? No me mandaste la foto. ¿Aceptaste el reto? ¿Aún no lo has hecho? —Le cambio de tema y parece que funciona. Se le pone cara de bobalicón.

—Sí, y ya la conozco en persona, que lo sepas. Pero no te mandé la foto porque sabía que la ibas a mandar a alguno de tus contactos para investigar. ¿Crees que no te conozco? Tienes amigos hasta en el puto infierno —me dice con una sonrisa en la cara, dándome un toquecito en la nariz.

Durante las siguientes horas las charlamos sobre mil temas. Me cuenta que en el curro le han propuesto un ascenso, pero que se lo está pensando, ya que supondría tener que estar más tiempo en la oficina y, él, como alma libre, lo que le gusta es estar en contacto directo con los clientes. Me alegra que le vaya bien.

Entre risas, confidencias y largas charlas, llega el atardecer a la terraza.

Es un espectáculo digno de ver. La tranquilidad que me infunda es lo que necesito para poder decidir sobre mi futuro. Me gustaría poder admirar esta maravilla todos los días de mi vida. Y aunque sé que voy a extrañar practicar deportes de riesgo, podré realizarlos alguna que otra vez. Una vez que haya dado a luz y me reponga de la puñetera pierna.

Pasan los cinco días en los que el arresto de mis chicos, de Edward y de papá, se termina. ¡Por fin! Podré ponerme en contacto con ellos. Llamo a Gloria inmediatamente.

—¿Has podido ver a los chicos? —le pregunto nada más descolgar el teléfono. ¡Hala, al carajo los buenos modales! Ni las buenas tardes. Mi ansia por saber de todos ellos, sobre todo de Edward, me puede.

—Buenas tardes, Rebeca. —Noto que sonrío a través del teléfono—. Ya hemos cumplimentado todo el papeleo. Solo queda esperar para que los dejen libres.

—¿Los has podido ver?

—Los visito todos los días. Están... un poco cansados ya. No duermen bien y están más delgaditos. Un poco demacrados, ya que llevan muchos días encerrados. Pero, dentro de lo que cabe, bien. Deseando salir ya.

—¿Cuándo calculas que podré hablar con ellos?

—Creo que en un par de horas ya estarán fuera. Ya sabes que aquí, la burocracia va un poco lenta.

Gloria me habla un poco más sobre cómo van las cosas en West Point. El nuevo jefe, al parecer, es muy intransigente; siempre le está recriminando todo y siempre está malhumorado. Me extraña, porque Gloria es una mujer muy meticulosa en su trabajo. Cuelgo el teléfono y una nueva ansia se deposita en mi estómago, ya de por sí siempre revuelto. Las náuseas prosiguen, a pesar de estar un poco más controladas. Lo que no entiendo es lo de las náuseas matutinas, porque yo las tengo a todas horas.

Me estiro en la cama con el móvil en la mano. Estoy nerviosa..., ansiosa, diría yo. Tengo muchas ganas de saber de ellos, que todo vuelva a la normalidad, porque, en realidad, ellos se encuentran en esa situación por mi culpa. Por intentar rescatarme. Aunque yo, en su pellejo, hubiese hecho lo mismo.

Durante una larga hora miro el móvil y compruebo una y otra vez si

alguno está en línea. Sin resultado. Negativo. Espero y desespero. Hasta que decido llamar de nuevo a Gloria. No contesta la llamada. Y eso me preocupa. ¿Y si ha pasado algo? Me levanto de la cama. Doy alguna que otra vuelta alrededor de mi dormitorio. Me vuelvo a desesperar, hasta que le pego una patada a la pata de la cama y me lastimo. ¡Seré gilipollas!

Me siento en mi cama con el dolor punzante en la pierna herida. Tengo ganas de llorar. Miro de nuevo el móvil y, en ese momento, llega la abuela Mara. ¡La que faltaba para sacarme de quicio!

—¿Qué te ocurre? Te estoy escuchando dar vueltas. Tienes que estar en reposo. Hoy ya te has dado demasiados garbeos.

—Nada, abuela. Solo que ahora están saliendo del calabozo mis compañeros y estoy preocupada. Tengo ganas de hablar con ellos.

—Sí, ¡y que te vuelvan a comer el coco para irte a dar tumbos por esos mundos!

Me río porque mi abuela es un caso. En realidad, está sonriendo. Pero no sé por qué.

—Lo que tienes que hacer es buscarte un buen hombre y sentar la cabeza. Que ya no estás para remilgos.

Mira mi indumentaria y se fija en algo. ¡Mierda, el dobladillo!

—¿Qué cojones tienes en ese medio pantalón? Rebeca Wilson, déjame ver. —La abuela se agacha, mira las grapas y vuelve su mirada hacia mí—. ¿Grapas? ¿En serio? —Y, ante mi cara de estupefacción, estalla en carcajadas. Hasta caerse de culo al suelo—. Hay que joderse con la cría. Imaginación no te falta. ¡Estás loca! Lo sabes, ¿verdad?

—Bueno, fue una medida de emergencia —le digo con cara de disculpa.

—¡Emergencia! Sí. Como cuando eras adolescente y hacías lo mismo. ¡Por Dios, es que no maduras! Menos mal que no has tenido hijos, que si no... No quiero ni imaginar cómo irían al colegio. Serían la burla de sus compañeros.

—Pues a mí no me fue tan mal. Nadie se daba cuenta.

—Todos se daban cuenta, pero no tenían los santos cojones ni de respirarte. ¡Qué mal han hecho los Geyperman en tu vida!

—¡Eso no es así! —me defiende como una niña pequeña. Esta mujer siempre tiene la capacidad de hacerme creer una cría.

En ese momento, mi teléfono suena. Es papá. Descuelgo inmediatamente.

—Papá, ¿ya te han soltado?

—Sí, hija. Lo primero que he hecho ha sido coger mi teléfono y llamarte.

—¿Cómo estás? Papá, siento todo lo que ha pasado. Por mi culpa habéis tenido que estar en ese odioso encierro.

—No te disculpes. Lo volveríamos a hacer mil veces. ¿Acaso tú no hubieses hecho lo mismo?

—Por supuesto que sí.

—Pues ahí lo tienes. Solo quería escucharte. Ahora tengo que dejarte. Debo trabajar en lo tuyo. Y también debo muchas explicaciones.

—No te preocupes, papá. Ahora descansa.

Cuelgo la llamada e inmediatamente veo a mi abuela aún en mi dormitorio con la sonrisa en su arrugada cara. Esa sonrisa que le ilumina el rostro y me llena de satisfacción. La que me dice que está feliz. No se mueve. Solo me mira.

En ese momento, vuelve a sonar mi móvil. Esta vez con los sonidos típicos de WhatsApp.

Eme

Ya te estamos dando el coñazo.

Reb

Os extrañaba mucho, chicos. Tenía ganas de hablar con vosotros.

Taylor

Si es que, en el fondo, la Capi es una sentimental.

George

Pero muy en el fondo.

Tony

Debajo de capas y capas de fondo.

Eme

De capas y capas de pelo de fondo. Que ahora con la escayola estará más que encantada de no tener que depilarse.

Reb

¿Por qué no os vais un poquito al infierno?

Eme

Ya hemos estado en él. Y hemos vuelto. Por ti, lo que haga falta.

Reb

Os quiero, chicos. Nunca os lo he dicho, pero es verdad.

Eme

Uf. Esto se pone intenso. Después hablamos.

Taylor

¿Dónde está la Capi y que has hecho con ella?

George

Nos la han cambiado los putos secuestradores.

Y con una sonrisa en la boca, todos se van desconectando poco a poco. Miro hacia arriba y veo que mi abuela continúa en la habitación. Suspiro porque todo continúa igual. Mis chicos siguen igual que siempre. Y eso me tranquiliza.

Pero aún no sé nada de Edward. Busco su contacto y lo llamo. Está apagado. Miro el WhatsApp y no está en línea. De hecho, pone que no se ha conectado. ¿Dónde estará? Mis lágrimas pugnan por salir de nuevo. ¡Las muy puñeteras! Siento que me falta algo y ese algo... es Edward.

Capítulo 16

Estar enamorada y embarazada es un asco cuando no tienes a esa personal especial a tu lado. He esperado con ansias una llamada o un mensaje de Edward. Lo he llamado en repetidas ocasiones, siempre con el mismo resultado: el teléfono apagado. Le envíé *wasaps* que ni siquiera recibe. Si no fuera porque tengo una puta escayola en la pierna, ahora mismo cogería un avión y volaría hasta dar con el puñetero Edward para matarlo a *mamporrazos* por no llamarme. Y después..., me lo comería a besos.

Llevo dos putos días esperando. Y no suelo ser muy paciente. Mi humor es de perros y, cuando mi abuela o mi madre me preguntan, tan solo gruño. Ellas se dedican a sonreír y dejarme a mi aire. Han aprendido que, cuando me encuentro en este estado, es mejor dejarme tranquila. Durante estos dos días, apenas si he salido de mi dormitorio. Me estoy volviendo loca. Tampoco he vuelto a contactar con mis chicos. Tan solo algún que otro mensaje por WhatsApp para saber cómo estoy. Y les respondo con un escueto «bien». ¡Bien, mis cojones! Que no tengo; pero, para el caso, me da igual.

La cuestión es que solo como, vomito, duermo y me preocupo. Y no por ese orden. Mi madre llega a mi habitación y abre la puerta con precaución. ¡Más le vale no venirme con tonterías!

—¿Cómo estás hoy?

—Igual que hace un rato —le respondo. Vale, sé que no tiene la culpa y le he respondido muy mal, pero es que está aquí cada cinco putos minutos preguntando y tengo un cabreo monumental. Me mira mal y me arrepiento de inmediato—. Lo siento, mamá. Pero es que... —Me quedo callada porque no sé qué decirle. Respiro y continúo—. Es que el encierro me está volviendo loca. Ya sabes que no sirvo para estar quieta.

Le he mentado vilmente en la cara y creo que mi madre, esa que lo sabe todo, aunque calla, se ha dado cuenta. Aun así, finge una sonrisa y me pregunta si quiero algo para almorzar.

—He preparado crema de verduras y puedo hacer un poco de pollo a la plancha.

—Está bien, saldré para almorzar.

Da un suspiro muy teatrero típico en ella y se marcha cerrando la puerta a

su paso. Cuando me recompongo, cinco minutos más tarde, llego a la cocina y encuentro tanto a la abuela Mara como a mi madre cuchicheando y, al verme, ambas se callan.

—¿Qué tramáis a mis espaldas? ¿Estabais cotorreando? —les pregunto de mala gana. Ya sé que ellas no tienen la culpa. Las pobres solo intentan cuidar de mí, pero... me tocan mucho las narices.

—Nada, hija, ¿cómo vamos a tramar algo a tus espaldas?

—Ah, ¿no? —Y elevo una ceja a modo de interrogación—. ¿Y la vez en la que quisisteis que tuviese una cita con el hijo de una amiga tuya y me dijisteis que el pobre no tenía amigos y me contasteis una milonga de lo más grande? ¿O la vez que las dos os pusisteis de acuerdo para mancharme toda la ropa y tener que salir con una falda tuya a la calle? ¿O la vez que...

—Vale, vale, lo hemos comprendido. Tampoco es para tanto —me corta mi madre—. Lo que hacemos siempre es por tu bien.

—¿Por mi bien es mancharme toda la ropa para salir en falda a la calle?

—Queríamos que salieras como la señorita que eres —se defiende.

—¿Por mi bien es que me quisierais emparejar con el hijo de una amiga vuestra?

—¡Solo queríamos que conocieras a chicos de tu edad, serios y responsables, y no esos macarras con los que te juntabas para tirar petardos!

—¡Esos macarras, como tú los llamas, eran mis amigos!

—¡Pero siempre estabais haciendo atrocidades! Tirando petardos, haciendo pintadas en la calle, cazando a las ratas... ¡Si cuando llamaban a la puerta me descomponía porque no sabía si eras tú, algún vecino quejándose de tus trastadas o la policía que venía a detenerte!

—¡Nunca me han detenido! Si así fuera, no podría haber ingresado en el ejército, en todo acaso en la legión española.

—Sí, con la cabra. ¡Seguro que te llevabas bien con ella! Rebeca Wilson, no me amenes con eso que ya no surte efecto, ¿me has entendido? Ya no tienes edad para tonterías. No te digo lo que tienes que hacer con tu vida, pero, desde luego, ir pegando tiros por ahí no es una opción.

¡Pues vaya si está cabreada!

—Ya te he dicho que he hablado con papá.

—Sí, pero no me dices a las claras que vas a hacer. No me cuentas nada de tu vida y me siento totalmente excluida de ella. Y creo que no es justo para nosotras. No es justo que no me digas claramente si piensas dejar el ejército y,

así, poder dormir tranquila por las noches. A estas alturas, creo que, tanto tu abuela como yo, lo necesitamos.

—Quiero dejarlo. De verdad que quiero hacerlo. Lo que no te puedo decir es lo que voy a hacer con mi vida porque aún no lo tengo claro ni yo misma. Y eso me está matando. —Me siento en la silla de la cocina y las lágrimas me corren por la cara.

Mi madre y mi abuela se asustan y vienen a abrazarme de inmediato. Intentan consolarme, pero las puñeteras lágrimas de los cojones no paran de salir. ¡Jodidas hormonas! ¡Me han vuelto una blandengue! Ambas se quedan a mi lado, acariciando mi espalda, mis brazos; dándome el apoyo y el calor que en estos momentos tanto necesito. Necesito sentirme querida. Sé que ellas me aman por encima de todas las cosas; sé que darían mi vida por mí, pero siempre he sido tan independiente y tan arisca que nunca las he dejado consolarme de esta forma. El verme de esta manera las va a asustar más de lo que ya están desde que se enteraron de lo ocurrido. Aun así, me dejo mimar. Lo necesito.

Tras haber descargado casi toda la presión de mi pecho, las miro fijamente.

—Gracias. Estoy bien. Solo que... pensé que hablaría con él.

A mamá le conté la historia de Edward, bueno, omitiendo mi embarazo y algunos detalles que no tiene por qué saber. Está emocionada con la idea de que pueda tener una pareja.

—¿Y no te ha llamado? No te preocupes, seguro que tendrá mucho trabajo. Ya sabes, las cosas del ejército. Cuando papá y yo estábamos casados ya sabes que me llevaba días enteros sin saber nada de él.

—Y ese fue uno de los motivos por lo que os separasteis. Además, en aquella época no existían los móviles, cosa que ahora sí —refuto enfurruñada.

No quiero que mi relación con Edward se convierta en la misma que la de mis padres. No necesito que esté en constante contacto, pero ¡joder, una llamada! «Mira, estoy bien, y tú, ¿qué tal te encuentras?».

Mi madre coloca el plato del puré de verduras delante de mí, mientras me quedo pensativa y enfadada. Apenas como un par de cucharadas y ya tengo el asco instalado en el estómago. Este estrés que me está produciendo el no saber nada de él va a acabar conmigo. Luego pienso en mi pequeño bebé y, en un acto reflejo, me acaricio el vientre y me obligo a seguir comiendo algo más. Esta pequeña acción no le pasa desapercibida a mi madre, y menos a la

abuela, que me miran con ojos inquisidores. Sonrío y agacho la cabeza a mi comida. Mejor eso y que no se den cuenta de nada.

A las cuatro, después de recoger la cocina, me siento en el sofá con mi abuela y su amiga, que se ha vuelto fija en la casa, para ver el programa de *Sálvame*. ¡Manda huevos que me esté enganchando a un programa como este! Pero es que, a los cinco minutos, creo que estoy roncando en el sofá, con la pierna perfectamente instalada encima de la mesa baja, con un cojín debajo, tan calentita y reconfortada, que el programa me viene de maravilla. Solo que, a veces, me despierto por los comentarios de las dos cotorras que tengo al lado.

Después de la santa siesta a la que me he habituado también en estos días, mi madre prepara café antes de irse a trabajar a la *boutique*. Cuando ya estamos sentadas en el sofá, suena el timbre de casa.

—¡Anda, niña, abre tú la puerta, que de tanto reposo y dormir se te va a atrofiar el panderero! —me ordena mi abuela con cachondeo. ¡Será jodida!

—Pero el médico me mandó reposo —le replico. Nadie se ha movido para abrir la puerta y el timbre vuelve a sonar.

—Relativo, «reposo relativo» te dijo el último día que fuiste a la consulta. Eso no significa que te pases todo el santo día acostada. ¡Levántate, coña, y abre la puerta!

Refunfuñando, me levanto como puedo y me estiro. Está claro que esto del reposo me está pasando factura. Cada vez, me cuesta más trabajo levantarme. Me voy a quedar encorvada. Despacio y a la pata coja, sin muletas, me acerco a la puerta, mientras el timbre vuelve a sonar. ¡Como sea un puto comercial, se come los papeles de la publicidad!

Abro la puerta y ante mí aparece el hombre que me quita el sueño. Está mucho más demacrado de lo que recordaba. Sus bonitos ojos claros tienen debajo unos surcos que provocan una mirada triste. Tiene el pelo algo más largo y un poco revuelto, como si se lo hubiese estado tocando muchas veces. Su aspecto desaliñado no lo afea ni lo más mínimo, al contrario, todo él es... impresionante. Me mira fijamente. Las aletas de su nariz se expanden cogiendo aire, intentando calmarse. Su cansado aspecto, su postura de ataque, se viene abajo cuando me ve; me mira intensamente. Su mirada recorre cada centímetro de mi cuerpo. Sus labios, apretados hasta ahora, se estiran hasta convertirse en una gran sonrisa, esa que me vuelve loca y hace que se ilumine todo su rostro. Deja salir el aire de golpe, suelta la bolsa de mano que lleva al hombro y

estira sus brazos.

La presión en el pecho, la preocupación, la ansiedad desaparecen de golpe, dejando a su paso un escalofrío que recorre toda mi piel, erizándola por el camino. Edward, mi Edward ha venido a verme. No soy capaz de moverme. A pesar de que quiero recorrer los pocos pasos que nos separan, abalanzarme sobre él y comérmelo a besos, soy incapaz de hacerlo. Edward da un tímido paso hacia mí, su mano agarra la mía, me da un pequeño tirón y, por fin, me abraza. Lo hace apretándome a él, aspirando mi aroma.

Cierro los ojos y me dejo llevar por la sensación del momento. Sus cálidas manos recorren mi espalda, acariciándola... Mis manos se mueven solas. Me agarro a su cuello, dejando mi rostro allí y sintiendo que todo está bien; estoy en un lugar seguro del que nunca quiero salir. Pierdo la noción del tiempo. Ahora, justo en este momento en que estamos así, no lo quiero soltar nunca. Solo quiero disfrutar de ese abrazo.

Poco a poco, se separa de mí, mirando fijamente mi cara. Sus manos suben hasta acariciar mis mejillas. Se acerca lentamente. Su nariz pegada a la mía. Juguetea con ella, volviendo a respirar con necesidad. Sus labios cerca de los míos sin llegar a tocarse. Nuestras respiraciones entremezclándose agitadas. Pero no nos movemos. Solo disfrutamos de la cercanía del otro.

Sus ojos fijos en los míos, diciéndome mil cosas a la vez. Sin palabras. Hasta que, por fin, se acerca un poco más. Solo un poco, lo justo para rozar levemente sus labios con los míos, desatando en mi interior un mar de sensaciones. Me besa. Un beso que es apenas un roce y lo vuelve a hacer. Saca su lengua y acaricia levemente mis labios, pidiéndome permiso para más. Abro mi boca, permitiendo que entre. Sus manos abandonan mis mejillas para recorrer de nuevo mi espalda. Mete sus manos por debajo del grueso jersey de lana que llevo puesto y recorre mi piel desnuda centímetro a centímetro. Sonríe en mi boca cuando se da cuenta de que no llevo puesto sujetador y aprieta más, si cabe, su agarre. Noto su dureza por encima de los pantalones. Es un beso sensual, lento, donde nos decimos la necesidad que tenemos el uno del otro; donde me demuestra el miedo que ha pasado estos días.

Poco a poco somos conscientes de donde estamos. Nos vamos separando lentamente, dejando a nuestro paso un reguero de húmedos besos. Besos que saben a salado por las lágrimas que no era consciente que estaba derramando. Besos que saben a la ansiedad que ambos hemos pasado por estar juntos de nuevo. Que saben al dulce reencuentro de dos personas que se aman y se

encuentran tiempo después. Besos que saben a todo lo que hemos pasado y que, ahora mismo, aunque Edward, mi Edward, no sea consciente, lo que nos queda aún por pasar.

Nos separamos y me mira. Su mirada recorre una y otra vez mi cuerpo por completo. Pero no habla.

—¡Niña! —grita mi abuela desde el salón. En este momento soy completamente consciente de que estamos aún en el umbral de la casa de mi madre—. ¡Dejaos de gilipollices y dile al maromo ese que entre!

Y me quiero morir. Mi abuela como siempre. Menos mal que Edward no sabe hablar español. Me mira interrogante, pero aún no ha dicho nada. Suelto una carcajada. No lo puedo remediar.

—Mi abuela —le digo, mientras señalo el salón de casa que se ve desde la puerta de entrada—. Me pregunta que por qué no entras —suavizo la frase de mi abuela.

Edward coge la pequeña bolsa que trae consigo del suelo donde la ha soltado antes y en tres pasos firmes, con su porte impresionante, entra en el salón, alarga la mano y se la da a mi abuela. Esta la mira con cara de sorpresa y dirige sus ojos a los míos.

—¡Madre del amor hermoso! ¡Otro militar! ¿No has tenido suficiente con tu padre?

Mi abuela tan jodida como siempre. Si no hace algún comentario, no es ella.

—Me dice que está encantada de conocerte. —Vuelvo a mentirle porque a esta mujer no hay por dónde cogerla.

—Es un placer conocer a la abuelita de Rebeca —le dice mientras le coge la mano y se la besa gentilmente. Mi abuela se ruboriza y me vuelve a mirar—. Pero algo me dice que lo que ha dicho tu abuela dista mucho de lo que has traducido. Voy a tener que aprender español a marchas forzadas. —Mi abuela sonrío satisfecha ante las palabras de Edward.

Ella, a pesar de su edad, aprendió a hablar inglés perfectamente en la época que estuvo viviendo con nosotros en Estados Unidos. Y mi padre aprendió español. Así que todos nosotros hablamos ambos idiomas. Lo que ocurre es que mi abuela Mara es una jodida de mucho cuidado y le va a hacer a Edward lo mismo que le hizo al pobre papá; hablarle en español para que no se enterara de nada. Al principio, se metía mucho con él, hasta que papá aprendió español y tuvo que dejar de hacerlo. Según ella, eso le quitó la

diversión.

Le ofrezco algo de beber o de comer. Pero simplemente niega con la cabeza.

—Pues sí que nos va a salir barato el mozo. —Mi abuela, como siempre, dando en la puntilla. Si no dice ella la última palabra, no está tranquila.

Le presento también a mi madre, que aún no se ha marchado a trabajar.

—Hija, tengo que marcharme a la *boutique*. Volveré sobre las diez. Madre, ve a comprar algo para la cena al supermercado.

—¿Y dejar aquí a estos dos solos? ¡Ni lo sueñes!

—¡Mamá! —la regaña mi madre.

Pero, como es normal en ellas, se enzarzan en una discusión sobre si tengo edad o no para dejarme a solas con un chico. ¡Por favor, que tengo treinta y ocho años! ¡Y ya estoy embarazada! Claro que, este último detalle, no lo sabe nadie. Lo que me recuerda que debo hablar con Edward y contárselo.

—No os preocupéis. Nosotros nos marchamos y tomamos algo por ahí. Tenemos mucho de que hablar.

Le cojo la mano a Edward, disfrutando al máximo de su contacto y lo saco de casa, lo más rápidamente que puedo. Claro que mi paso es de tortuga coja.

—¿Por qué no me has llamado cuando saliste del calabozo? —Mi pregunta ha sonado a reproche, pero realmente necesito saberlo. Es algo que me ha estado carcomiendo desde que ha lllagado.

Suelta un suspiro y me mira.

—Quise hacerlo. Pero pocos minutos después de salir, hablé con tu padre. Él ya se olía algo desde que estuvimos en Irak, y yo solo se lo confirmé. En ese momento, recibió una llamada de tu madre. La abuela habló con tu padre y... —se encoge de hombros, restándole importancia y con una sonrisa tímida en la boca— entre todos me dijeron que sería mejor darte una sorpresa.

Vamos andando sin rumbo fijo, agarrados de la mano y a paso demasiado lento.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

—¿Ya me estás echando? —me replica con una sonrisa en la cara.

—*Noo*. ¡No quiero que te vayas!

—Yo tampoco quiero irme. Aunque me quedaré un mínimo de dos semanas. Quiero disfrutarte, Rebeca. Pasé mucho miedo... Pero de todo eso,

hablaremos más tarde. Ahora solo quiero disfrutar de ti y tu compañía, charlar sin tener preocupaciones. Lo importante es que estás bien. Tu padre me puso al corriente de todo.

—Bueno, sí, estoy bien. Aún queda mucho camino por recorrer y la semana que viene me quitan la escayola y debo comenzar la rehabilitación. Creo que eso será lo más duro.

—No te preocupes. Lo superaremos. —Me guiña un ojo y yo me derrito.

Llegamos a un bar cercano a casa de mi madre. Edward se pide una cerveza y yo, de nuevo, un zumo de naranja natural. Miro la cerveza con envidia cuando nos la sirven en la mesa.

—Aún estoy con medicación —le digo a modo de explicación. Sé que debo contarle lo de mi embarazo, pero no ha llegado el momento. Primero, debemos hablar de sus planes, de los míos y de nuestro futuro juntos—. ¿Te vas a quedar en casa? —le pregunto, porque de repente me asalta la duda.

—He cogido una habitación en un hotel cercano. No quería molestar. Además, si queremos pasar un poco de tiempo... ya sabes...

Me mira mientras se muerde el labio y yo me derrito un poco más. De repente, la idea del hotel me parece magnífica y tengo ganas de estrenar esa habitación en lo que yo ya sé. Debe notármelo en la mirada, porque acaricia sensualmente mi mano por encima de la mesa. La pierna me duele un poco, por lo que acerco la silla de mi lado y como puedo, la subo. He tenido que dejar los analgésicos para el dolor por el embarazo. No le hacen bien. Por lo que el dolor, aunque soportable, es un poco molesto.

Después de tomar nuestras bebidas, Edward se queda absorto observando el atardecer de la playa que tenemos enfrente. La verdad es que es algo maravilloso de contemplar y, con él a mi lado, las vistas se magnifican. Se respira la paz. Después de pagar, nos levantamos y caminamos hacia la playa.

—Edward, ya me gustaría, pero con la escayola me es muy difícil andar por la arena —le digo con voz de pena.

De repente, y casi sin esperarlo, Edward me coge en brazos y avanza por la arena a grandes zancadas. Me río a carcajadas. Ahora mismo soy completamente feliz. Este hombre está tan loco como yo. Cuando hemos llegado a la arena mojada, se sienta, dejándome a mí en su regazo con mi pierna en volandas. Se quita la chaqueta que lleva y la estira en la arena, dejando mi pierna escayolada sobre ella.

—Ahora no puedes hacer surf. ¿Cómo aguantas vivir aquí y no tener la tentación?

—La verdad es que he salido muy poquito. Para ir al médico o a tomar algo con un amigo.

—¿Un amigo? —Se alerta.

—Un antiguo amigo. —Lo tranquilizo.

No quedamos admirando el horizonte, sin más palabras en nuestras bocas, solo escuchando el sonido pacificador de las olas romper en la orilla. Respiramos la tranquilidad. A estas horas, en el mes de octubre, apenas hay nadie en la playa. Los sonidos de alguien paseando con el perro en la lejanía. Ni siquiera llega el ruido de los motores de los coches cuando cruzan por el paseo. El aire fresco entra en nuestros pulmones sanando nuestras cicatrices interiores, haciendo olvidar el horror que hemos pasado las últimas semanas.

En esta playa, parece increíble todo lo que sucede en otros países; las guerras, el hambre y la miseria que acumula el ser humano y que nosotros, por nuestro trabajo, hemos sido testigos directos de ello. Tan solo respiramos el frescor entremezclado con el salitre. El devenir de las olas; su vaivén provoca que el agarre de nuestras manos se fortalezca. Miramos al horizonte absortos en nuestros propios fantasmas; alejándolos y deshaciéndolos de igual forma que el mar arrastra un castillo de arena cuando pasa por encima. Arrastrándolo todo a su paso y purificándolo.

Tan solo quedamos nosotros dos. Giro la cara para mirarlo. Las lágrimas vuelven a pugnar por salir. ¡Putas hormonas!

—¡Eh! Todo ha pasado ya. —Cree que es por todo lo que ha pasado y, en parte es así, pero la mayor culpa la tienen las cabronas de las hormonas. ¡Más equivocado no puede estar, el pobre!

Entonces me vuelve a besar. Primero, tímido, hasta que se hace más intenso. Su lengua acaricia cada rincón de mi boca, absorbiendo todo su sabor. Besar a Edward se ha convertido en lo mejor de mi día. Anheló. Es lo que siento ahora mismo. Anheló por estar más cerca de él. Meto mis manos ansiosas por su cuello y lo acaricio levemente, provocándole un escalofrío. Él recorre mi espalda por debajo de mi jersey provocándome a mí. Ambos temblamos. Nuestras salivas se mezclan, deleitándome con el leve sabor a cerveza y su aroma, una mezcla explosiva que provoca que me empape. Es la primera vez que me ocurre desde que me secuestraron.

La postura no es la mejor y comienzo a estar incómoda con la puta pierna

escayolada. Aun así, no me separo. Continúo invadiendo su boca como él lo hace con la mía. Nuestros labios, ahora hinchados por los besos; las lenguas bailando un perfecto vals dentro de la boca del otro. Besos exigentes, húmedos y llenos de promesas. Somos un enredo de manos intentando acariciar al otro, llegando más allá. Estamos más allá del límite.

Una mujer pasa por nuestro lado, un perro nos ladra; pero, para nosotros, nada existe. Solo estamos los dos; solo importa el otro. Cuando nos separamos, nuestra respiración es agitada. Debemos parar. Aquí. Ahora. El deseo que reflejan los ojos de Edward es el reflejo del mío propio. Lo necesito. Necesito tener a Edward para mí. Necesito sus caricias, sus besos, su lengua recorriendo cada centímetro de mi ser. Edward debe de leerme la mente o está tan necesitado como yo, porque, de un ágil movimiento, se pone en pie conmigo en brazos y recorre los pocos metros hasta llegar a la parte asfaltada, donde me deja suavemente para que pueda caminar.

—He tenido que parar o te tomaba en la playa —me dice, mientras se saca la camisa por fuera del pantalón para evitar que se le note el bulto de su erección—. Muchos días en una celda con todos tus compañeros y pensando en ti —explica, mientras se pasa las manos por el pelo, me mira a modo de disculpa y encoge sus fuertes hombros. Me rio y me agarra de la mano.

—¿Vamos a tu hotel? —le pregunto. De repente me ha dado un ataque de timidez. Se ríe entre dientes.

—Eso es música para mis oídos. Nada me gustaría más, pero... —Se queda callado y mira la escayola.

Respiro porque ahora mismo solo quiero conseguir mi objetivo.

—Seguro que sabrás sortear este... pequeño obstáculo. Confío en tu imaginación. — Y le guiño un ojo de manera coqueta.

—Eso ni lo dudes por un instante. Mi imaginación... no conoce límites en lo que a ti respecta. Seguro que se me ocurre algo. —Me mira y sonrío el muy picarón, mientras me vuelve a guiñar ese ojo que tanto me gusta.

Cogemos un taxi, porque, aunque el hotel esté cerca, mi pierna no está para mucho trote. Llegamos a la recepción, se registra, mientras nuestras manos no se separan ni un solo instante y vuelve a cargarme en brazos hasta llegar al ascensor.

La habitación es sencilla, nada de lujos, pero está limpia. Me acerco al gran ventanal y las vistas me dejan sin respiración. Da a la playa, pero, al estar en un sexto piso, la arena desaparece. Solo deja paso a la inmensidad del

mar, su profunda oscuridad por la hora que es. Edward se acerca por detrás y me agarra por la cintura, por mi vientre, mientras apoya su barbilla en mi hombro y reparte suaves besos en mi cuello. Ese sencillo gesto hace que recuerde que aún no le he contado nada del bebé. Me dispongo a hacerlo; tomo aire..., pero él me gira y me besa. Su beso anhelante y sensual, excitante y húmedo, me vuelve del revés. Me olvido del mundo y me dejo guiar. Sus manos vuelven a recorrer mi espalda. Las mías, por fin, acarician la suya. Los dos temblamos. Jadeamos expectantes a lo que está por llegar. Vuelve a cogerme en brazos y me coloca suavemente en la cama. Como si de un león se tratara, va subiendo por mi cuerpo con sus manos al lado del mío, dejando un reguero de besos allí por donde sube. Hasta que llega a mis labios y vuelve a besarme con las ansias de un adolescente en su primer beso; tímido y ardiente, voraz y hambriento, haciendo que me olvide de todo cuanto existe a mi alrededor. Se separa y pone una almohada bajo de mi pierna. Intenta que esté cómoda.

Le desabrocho la camisa mientras su sonrisa se amplía. Está espectacular. Nos quedamos mirando fijamente; nos empapamos el uno del otro, intentando ver en nuestro interior a través de nuestros ojos. Sus fuertes y firmes músculos aparecen ante mí, como si de un manjar se tratase. Me incorporo un poco y rozo con mi lengua su duro pezón. Se estremece en el acto y me besa con avidez. Recorro cada centímetro de su piel. Disfruto de su suave tacto mientras nuestras salivas se entremezclan, sus manos bajan a mi torso y lo recorre centímetro a centímetro. Mis bragas se han calcinado. Se separa un poco y me mira, mientras los únicos sonidos de la habitación son la banda sonora de nuestros jadeos.

Se pone de rodillas y se desabrocha el botón del vaquero desgastado que lleva. Imito su movimiento, pero la puñetera pierna me impide bajarme el pantalón con la rapidez que necesito. Se levanta de la cama, se quita completamente el vaquero y el bóxer, mientras me mira con esa sonrisa de pícaro y el deseo instalado en sus hermosos ojos. Ahora está gloriosamente desnudo ante mí y es la visión más erótica que he tenido en mi vida. Lo necesito... con urgencia. Vuelve a trepar por mi cuerpo. Esta vez se detiene en los pantalones y, con sumo cuidado, me los baja, no sin dificultad. Ambos reímos.

Durante no sé cuánto tiempo se dedica a volverme loca. Recorre todo mi cuerpo con su lengua, dejando un rastro caliente en mi piel a medida que sus

labios se posan en ella. Su mano inspecciona todo mi cuerpo, dejándome cada vez más anhelante, más dispuesta, hasta que, por fin, con suavidad y cuidado, se introduce en mi interior, provocando un largo jadeo de placer a ambos. Se queda encerrado en mi cuerpo por breves momentos. Absorbemos el placer, llevándonos hacia la locura más exquisita, y después comienza a moverse en mi interior despacio, diciendo palabras entrecortadas que no comprendo bien, que ni siquiera escucho por lo sobrepasada que estoy del placer más absoluto.

Instantes más tarde, mi orgasmo comienza a fraguarse lentamente desde la espalda, haciendo que arquee la columna, mientras Edward lame y besa apasionadamente mis pechos. Baja una mano que introduce entre los dos y, con un solo toque, hace que estalle en mil pedazos, arrasando mi orgasmo y llevando a Edward al suyo.

Caemos en la cama en un revoltijo de manos, brazos y piernas, mientras continúa besándome delicadamente. Suaves besos, mientras las contracciones de mi vientre persisten en una réplica como olas del mar llegando una y otra vez a la orilla.

Piel con piel, disfrutando cada minuto que estamos juntos, mientras nuestra respiración vuelve a la normalidad. Se coloca de lado, mirándome. Su sonrisa se amplía.

—¿Qué? —le pregunto.

—Nada. Solo que estas radiante. Me gusta mirarte. ¿Pedimos que nos traigan algo de cenar? —me pregunta mientras acaricia mi espalda con lentitud, dibujando pequeños círculos con los dedos.

—Está bien.

Se levanta, va hacia la mesilla y coge la carta que hay en ella. Lo admiro absorta. Me recreo en sus fuertes brazos, en sus clavículas, en sus marcados abdominales que, aunque esté más delgado, no ha perdido. Y mi vista baja de nuevo hacia su miembro. Se vuelve para decirme algo, pero, al pillarme, sonrío.

—¿Te gustan las vistas?

—Mucho.

—A mí me encantan las que contemplo desde aquí.

—¿Con escayola incluida?

—Con escayola incluida. No lo dudes ni por instante.

Nos reímos. Se vuelve y hace el pedido al servicio de habitaciones. Su voz, como en la base, es firme. Parece que, en lugar de estar haciendo un

pedido de comida, está dando órdenes a sus subordinados. Mientras esperamos la comida, Edward me habla del operativo que realizaron en Irak, de cómo encontraron mi documentación, de la contraseña que tenía en mi ordenador y nos reímos muchísimo. Prácticamente, estallamos en carcajadas.

—Y lo de «Mamá pato *mareá*» me mató. ¿Cómo cojones se te ocurren cosas así? —Me encojo de hombros, porque es algo que no pienso, sino que me sale natural—. Lo peor es que los capullos de tus compañeros me llamaban a mí «Papá pato».

—Parece que, al menos, os echasteis unas risas.

—Todos estábamos en tensión. Fueron momentos muy difíciles. A veces, pensaba que no volvería a verte y me volvía loco. —Ya no está con las risas. Su tono de voz se ha tornado serio.

—Bueno. Es mejor olvidarlo. Aunque, en muchas ocasiones, las imágenes vienen a mi mente, prefiero descartarlas y recordar cosas buenas. Los buenos momentos son los que nos quedan a lo largo de la vida y, si solo nos quedamos con los malos, ¿qué sería de nosotros? Debemos aferrarnos a las cosas bonitas, a los momentos en que nos hemos reído. Por ejemplo, lo pasaste muy mal en el operativo, sí, pero también estoy segura de que te has llevado buenos amigos. Y os habéis reído a mi costa. Quédate con eso. Aprende de lo malo para no repetirlo y recuerda los momentos en los que una risa en medio de algo muy malo provoca esa chispa de desconexión necesaria que hace que todo tu ser olvide, por breves momentos, esa circunstancia que te hace desgraciado.

—¿Y cuándo te has vuelto tan filosófica? —pregunta, mientras trepa por mi cuerpo desnudo dejando un reguero de besos a su paso, calentándome la piel ahí donde roza y, sobre todo, dejándome con ganas de más.

Capítulo 17

Tras varios minutos en los que nos dedicamos a prodigarnos mimos y caricias por nuestro cuerpo, llaman a la puerta. Edward se pone el pantalón vaquero y yo, una camiseta de él y me tapo con la sábana. La camiseta tiene impregnado su olor que aspiro como si me fuese la vida en ello. Vuelvo la vista hacia él y me quedo hasta sin respiración cuando veo como sus vaqueros le caen hasta la cadera, dejando ver sus músculos y su *uve* de manera magnífica. Me muerdo el labio mientras disfruto de las vistas.

Un camarero empuja una mesita con la cena. Le he pedido a Edward zumo de naranja; se ha extrañado, pero culpo a la medicación. No sé cuánto tiempo voy a mantener en secreto mi embarazo. Pero, antes de decírselo, quiero tomar una decisión sobre mi futuro o sobre un futuro juntos. Tengo claro que deseo trabajar cuando esté completamente recuperada, aunque aún no sé en qué. La idea de mamá de la *boutique* me da escalofríos. No sirvo para eso, pero algo debo hacer con mi vida. Quizás montar un gimnasio o pasarme a la seguridad privada. Tendré que seguir pensando en ello, ya que hasta ahora el ejército ha sido toda mi vida. Todo giraba en torno a él.

Edward me mira con una sonrisa en la cara.

—Te he pedido hamburguesa. Sé, por los chicos, que te pirra.

—¡Me encanta! Gracias.

Coge una bandeja y coloca los platos y las bebidas en ella y la acerca a la cama para que no tenga que moverme. Durante unos minutos permanecemos

callados mientras comemos nuestras hamburguesas. Está deliciosa, pero, tras varios bocados siento que el estómago se me vuelve del revés. Comienzan las dichas náuseas. La dejo a un lado y me limpio la boca con la servilleta.

—¿No quieres más?

—No. Con tanta medicación tengo el estómago un poco revuelto —me excuso.

—No te preocupes, seguro que poco a poco te recuperas. Ya te he dicho que esto lo vamos a superar juntos. Quiero estar contigo en cada paso del camino. ¿Cuándo regresas?

Bien. Aquí está la pregunta. Y yo sigo sin respuesta.

—La baja va a ser larga. Hasta la próxima semana no me quitan la escayola y, después, me han dicho que tengo que estar un mínimo de tres meses en rehabilitación. La voy a hacer aquí, aunque, si puedo y estoy en condiciones, haré un viaje rápido para la boda de Taylor y Eli. No me gustaría perdérmela. —Edward asiente.

—Yo me quedaré un par de semanas, después debo regresar. He pedido las vacaciones adelantadas para poder estar contigo. Creo que van a ser los tres meses más largos de mi vida.

Edward deja la hamburguesa en la bandeja y la lleva de nuevo a la mesita. Me mira y sonrío mientras vuelve a la cama.

—Pero no pensemos ahora mismo en nada. Solo disfrutemos de la compañía —me dice a la vez que me besa el cuello, las mejillas, los ojos y la boca. Se estira mi lado, coloca su mano sobre mi vientre mientras me quedo sin respiración y, sin decir nada, solo nos dedicamos a descansar. Ambos lo necesitamos. Al cabo de unos minutos, me quedo profundamente dormida; tranquila, en paz, sabiendo que Edward, *mi* Edward, ha regresado y, aunque sea por un par de semanas, lo voy a tener enterito para mí.

La luz del amanecer me despierta. No sé la hora que es, pero calculo que es bastante temprano. Desde la cama puedo admirar las espectaculares vistas del mar Mediterráneo en todo su esplendor, además del torso perfecto y desnudo del hombre que tengo a mi lado; con su pelo despeinado que no le resta ni un poquito el ser tan sexi. Durante minutos me quedo callada y quieta absorta en la imagen que tengo delante. En las dos. Noto como cambia la respiración de Edward.

—¿Ya estás despierta? —pregunta con la voz ronca por el sueño.

—Sí, me ha despertado la luz que entraba por la ventana. No he querido despertarte. Estabas muy guapo dormido.

—¿Necesitas algo? Ayer salimos de tu casa rápido y no cogiste nada.

—Debería ir a casa. Necesito tomar la medicación, ducharme, cambiarme de ropa..., ya sabes.

—Yo te puedo ayudar a ducharte, si quieres —dice con una sonrisa pícaro en la boca. Me guiña un ojo y me tiende la mano para que me incorpore.

—Definitivamente, no sería la mejor imagen del mundo. Prefiero que no lo hagas. Gracias.

Y me río. Creo que no sería buena idea que me viese en la ducha, haciendo malabares en el baño, con una bolsa de basura puesta en la escayola y haciéndolo como si fuese un gatito. Por partes. Tengo ganas de que me quiten la escayola para poder darme una ducha en condiciones.

—Entonces, si no tengo más remedio, me ducharé solo. —Hace un mohín en su cara, simulando un puchero.

Se levanta de la cama de un movimiento ágil y, en toda su gloria, se marcha al cuarto de baño.

—Tardo cinco minutos. No te vayas.

—No, no te preocupes que no me muevo. Y si lo hago, dudo que tardaras más de quince segundos en darme caza.

Riendo, termina por entrar en el cuarto de baño y, con la puerta abierta, escucho como abre el grifo de la ducha y se mete dentro. Me entretengo mirando por la ventana mientras intento ponerme en pie. Aunque no me pueda duchar, necesito lavarme los dientes, al menos. Mientras me pongo mi jersey y llego a la puerta del cuarto de baño, Edward ha terminado de ducharse. Lo veo salir con la toalla alrededor de las caderas y, literalmente, babeo. Pero en ese momento me da también una arcada. Sin poder correr hasta el wáter, echo lo poco que tengo en el cuerpo en mitad del cuarto de baño, ante la cara descompuesta de Edward.

Con cuidado, pone encima una toalla para que no me resbale y me ayuda a llegar hasta la taza del wáter. Una vez allí, vuelvo a echar todo. ¡Mierda de náuseas! Coge una toalla pequeña del tocador, la moja y la pasa por mi frente.

—¿Mejor? —Asiento con la cabeza, ya que no puedo ni hablar—. Quizás deberías hablar con el médico y que te cambie la medicación, si te está sentando mal —me dice en voz baja. Parece que no quiera ni hablar para no

causar más malestar.

—Ya se lo comenté y me dice que al principio es normal. No te preocupes. Aún estoy un poco débil, pero poco a poco iré a mejor.

—Claro, que no te quepa duda de ello.

Cuando me recupero, terminamos de vestirnos y tomamos un taxi para ir a casa de mi madre. Aunque esté cerca, no estoy yo para muchos movimientos.

Al llegar, como salí de casa sin llaves, ni móvil ni nada, me encuentro a mi madre y a la abuela Mara bastante enfadadas al abrir la puerta.

—Rebeca Wilson, ¿sabes lo preocupadas que estábamos sin tener noticias de ti desde anoche? Al menos, después de todo lo que ha ocurrido, podrías tener la decencia de hacer una simple llamada telefónica.

¡Mierda! ¡La verdad es que no había caído!

—Mamá, lo siento. Ya sabes que no estoy acostumbrada a llamar para dar explicaciones de todo lo que hago.

Y es la pura verdad. Nunca, desde que me independicé, he tenido la necesidad de hablar con mi madre, mi padre o la abuela todos los días. Hablaba con ellos, claro está, pero si salía de casa y volvía tarde, no tenía por qué llamar. Ahora la situación ha cambiado, ya que, a pesar de que vivo en su casa, el miedo y el horror que han pasado por mi secuestro debe de estar pasándoles factura y yo debería tener más consideración para con ellas. Vuelvo a pedirles disculpas hasta que noto como su rostro se suaviza y me abraza.

—Mamá, Edward se va a quedar a almorzar, si no te importa.

—Claro que no, hija, tus amigos son bienvenidos en esta casa siempre, ya lo sabes

—Encantado de volver a verla, señora. —Edward le coge la mano y se la besa. Mi madre pone una sonrisa de satisfacción, iluminándole la cara.

—A mi abuela ya la conoces. —La señalo, mientras ella se vuelve hacia mí, sonriendo y marchando hacia la cocina.

—Anoche me quedé con la cena en la mesa. Y eso que me esmeré en ella y te hice pescado al horno como a ti te gusta. —A pesar de tener la sonrisa en la boca y no haber dicho ninguna burrada, tal y como esperaba, su tono tiene algo de reproche.

—Lo siento, abuela, nos liamos a hablar y...

—Sí, sí, os liasteis... a hablar. Ya sé yo de qué estuvisteis hablando.

—¡Abuela!

—¡Mamá! —la reprendemos mi madre y yo a la vez

Edward se mantiene en todo momento sin comprender absolutamente nada, eso sí, con una sonrisa en los labios.

—¿Habéis desayunado? —pregunta en inglés para que Edward la entienda. Ambos negamos.

Pasamos al salón, donde mi madre nos sirve un gran bufé como desayuno; café, zumos de naranja, tostadas y tortitas con sirope de chocolate. Le pregunta a Edward si prefiere tomar huevos con beicon, pero Edward le contesta que con todo lo que ha preparado es suficiente. Después de desayunar, me voy a mi dormitorio para ducharme y cambiarme de ropa. Mientras mi madre me ayuda en esa labor, mi abuela Mara se queda con Edward en el salón. Miedito me da lo que le pueda decir. Cuando entro al dormitorio, encuentro que los *duendes* han estado aquí, han hecho mi cama y la montaña que había en la silla con la ropa sucia, ahora, ha desaparecido y sobre de la cama, como por arte de magia, hay un montón de ropa limpia y bien doblada. Sonrío porque esta es una de las cosas buenas que tiene vivir con mamá.

—Me gusta ese chico.

—Y a mí —le contesto, riendo, mientras estamos en el cuarto de baño y mi madre me coloca una bolsa de basura en la pierna escayolada. ¡Qué ganas tengo de que me la quiten!

—Es en serio, Rebeca. Me gusta mucho ese chico. Se ve... formal, serio. Alguien con el que formar...

—Para, mamá. Estamos empezando a conocernos. No sé si él querrá tener algo «formal» conmigo —contesto, mientras termino de desnudarme para meterme en la ducha. Inconscientemente, me miro en el espejo y observo de reojo mi vientre. Aún no se nota nada.

Termino de ducharme, me seco el pelo y, por primera vez en mucho tiempo, me maquillo un poco. Algo natural, como a mí me gusta. Pero es que en los últimos meses no he tenido ocasión de hacerlo. Cuando ya estoy lista, salgo del dormitorio y nos marchamos para pasar la mañana visitando los alrededores. A la hora del almuerzo, regresamos a casa y nos sentamos a la mesa. Mi madre y mi abuela han desplegado todas sus artes culinarias y, como buenas anfitrionas, la mesa está a reventar de comida. Cojo un poco del pescado al horno de anoche y comienzo a dar pequeños bocados. No quiero que las náuseas vuelvan y me arruinen el momento. Edward está sentado a mi lado y, por debajo de la mesa, de vez en cuando, acaricia mi muslo.

En las pocas horas que llevamos juntos, la necesidad de estar en constante contacto es imperiosa. Siempre tenemos nuestros dedos entrelazados y, si no es posible como ahora, Edward busca tocarme de alguna manera, aunque sea con una simple caricia en mi mejilla.

—Y dime, Edward, ¿cuánto tiempo te vas a quedar en España? —le pregunta mi madre en inglés.

—He adelantado mis vacaciones. Así que tengo un mes. Pero en España estaré un par de semanas. Después, me voy de viaje con mi madre. Un asunto familiar que no puede esperar.

—¿Estarás mucho tiempo fuera? —De repente, tengo miedo a perderlo.

—No. Una semana como mucho. —Me mira y se le suaviza la mirada.

Me quedo dándole vueltas al asunto. En una ocasión me comentó que su madre era francesa y su padre americano, por eso él me habló en francés. ¡Dios, qué cacao de idiomas! Lo cierto es que mi hijo va a ser políglota. Eso le puede venir bien para el futuro. Podrá aprender francés, español y, por supuesto, inglés. Sonríe ante la escena. Edward gira la cabeza y me sonrío.

—También asistiré a la boda de Taylor. Me invitó cuando estábamos en el calabozo. —me comenta, mientras me da un pequeño apretón en el muslo por debajo de la mesa.

—¡Uf, la boda! Espero estar recuperada. Aún quedan algunas semanas.

—Seguro que sí. ¿Has elegido ya el traje que llevarás? —se inmiscuye mi madre con una sonrisa.

Parece que todos nos hemos tragado una pastilla de la felicidad, ya que no paramos de sonreír, cada uno por un motivo. Mi madre y mi abuela porque, por fin, les he presentado a un hombre que no está en casa en calidad de amigo. Y no he utilizado esa palabra desde que Edward ha regresado. Tampoco les he dicho que sea nadie especial, pero lo intuyen.

—Sí. Quedé con Eli antes de que ocurriera todo esto. Visitamos varias *boutiques* de Nueva York y encontré un vestido muy bonito. Aún debo comprarme los zapatos, ya que no me dio tiempo. Y algunos complementos. Algo sencillo, ya que al vestido tampoco le pega nada extravagante.

—Si te apetece, cuando vaya a Nueva York para la boda, te acompaño y los compramos.

—Me gustará mucho. Pero, recuerda, no soy tu Barbie. Nada de lazos ni cosas por el estilo —le digo, riéndome.

—Al contrario de lo que piensas, sé lo que te gusta y lo que más va con tu

personalidad —me contesta mamá.

—Reb, estarás preciosa, aunque vayas vestida con un saco —contesta Edward, dándome un pequeño beso en la boca y con su radiante sonrisa.

Mi madre nos mira y levanta una ceja a modo de interrogación. Durante un rato, mi madre y la abuela Mara que, por raro que parezca, se ha mantenido callada hasta ahora, le narran a Edward historias de mi infancia y mi forma de vestir. Reímos y pasamos un rato distendido.

Después de comer y recoger todo, todos, menos yo, nos sentamos en el salón a tomar café. Al terminar de tomarlo, Edward y yo salimos de casa. Queremos pasar un rato a solas.

—Pensaba que íbamos al hotel —le comento un poco decepcionada la ver que nos vamos de nuevo a la zona del paseo marítimo.

Edward se gira y me mira con cara de pilluelo; se pone frente a mí, coge mis mejillas con sus manos y me las acaricia suavemente.

—¿Y... en que estabas pensando exactamente? —pregunta con voz ronca. Se pega a mi cuerpo, me abraza y susurra en mi oído, provocando que un escalofrío recorra toda mi piel—. Si es lo mismo en que yo pienso, vamos por buen camino.

—Creo que nuestros pensamientos están mejor conectados de lo que pensamos. — Nos miramos fijamente a los ojos, sonreímos, me da un beso en los labios y me incita a seguir caminando.

Tras unos minutos, entramos en un bar y nos reunimos con un hombre alto, vestido con traje de chaqueta. Bastante elegante. Tiene pinta de comercial.

—Arturo Sánchez —se presenta, mientras le da un apretón de mano a Edward.

—Encantado, Edward Sidney. Mientras estabas en la ducha —explica, mirándome— me he puesto en contacto con el hotel donde me alojo. El señor Arturo Sánchez me va a alquilar un coche para poder movernos con mayor comodidad los días que esté aquí.

Durante un rato, Edward se dedica a firmar papeles, hasta que, finalmente, el hombre le da una llave. Nos enseña el coche durante unos minutos y se marcha. Nosotros entramos en el coche y Edward programa el GPS. No me deja mirar el destino, me ha preparado una sorpresa. Enfila la carretera y conduce de manera hábil.

Durante los primeros minutos del trayecto, me centro en mirar mientras conduce. Los fuertes músculos de sus brazos; sus piernas, mientras aprieta el

acelerador; su mirada en la carretera, mientras se le forman dos arrugas de lo más sexi en el ceño cuando lo frunce. Va sumamente concentrado, siguiendo las órdenes del GPS. Gira en el desvío de la derecha y vuelve a acelerar. ¡Dios, me pone como una moto verlo conducir! En este momento, me doy cuenta de que hoy llevo un buen día con las náuseas. Las he sentido tan solo esta mañana al despertarme.

Los grandes dedos de Edward toquetean la pantalla del coche y comienzan a sonar los primeros acordes del concierto de violín de Bach. Aunque la música clásica no es de mis preferidas, sí reconozco que me la pongo cuando tengo que trabajar en informes o estudiar. Este concierto, en concreto, lo escuché bastante a menudo cuando estudié para el examen de ascenso para comandante. Me mira y le sonrío.

—¿Y cuál es la sorpresa que me tienes preparada? Ya sabes que hay muchas cosas que no puedo hacer.

—Lo sé, tranquila. Lo que tengo en mente podrás realizarlo sin problemas. No te preocupes por eso.

Admiro el paisaje por la ventanilla y vuelvo a mirarlo.

—Me encantan las vistas.

—Las vistas de mi derecha son maravillosas —contesta sin mirarme. Me río porque yo tampoco me estaba refiriendo a esas vistas. Y él se ríe conmigo—. Quiero aprovechar bien estos días que vamos a estar juntos. Después tendré que marcharme y, hasta la boda de Taylor, no volveremos a vernos. Va a ser un suplicio.

—Sí —le contesto escuetamente. Sé que, en este momento, debería decirle lo de su hijo, pero en realidad, tengo mucho miedo a que se asuste y salga huyendo. Tengo que decidir qué quiero hacer con mi vida. Me toco la frente, intentando tomar una decisión.

—¿Te duele la cabeza? —me pregunta preocupado.

—Un poco, pero..., la verdad, es por pensar demasiado.

—¿Pensar?

—Sí, pensar. Con todo lo que me ha pasado, la baja va a ser demasiado larga y no sé si después de que me den el alta médica estaré dispuesta a seguir en el ejército —le suelto la primera bomba. Veremos cómo reacciona—. Mi trabajo ha sido mi vida siempre. Ahora que ocurrió esto, he tenido mucho miedo a que me pase algo, sobre todo por mi madre y la abuela. Lo han pasado bastante mal y no quiero que sufran más de lo que ya lo han hecho.

—Es normal. Pero esto ha sido un caso aislado, Reb; algo que no debe por qué repetirse. Si verdaderamente quieres dejarlo, te apoyaré, pero piénsalo. No tomes una decisión ahora, no pensemos ahora en el futuro, centrémonos en el presente y en los días que vamos a estar aquí juntos. Cuando te encuentras recuperada del todo, decide con tu corazón.

Bien, he aquí la respuesta. No quiere que piense en el futuro. Pero yo debo hacerlo por el bien de lo que está creciendo en mi interior y, este pequeño detalle, no lo puedo obviar ni pasarlo por alto. Suspiro y le sonrío.

Veinte minutos más tarde, entramos en el paseo del muelle uno, donde yates de todos los tamaños están amarrados. Salgo del coche ayudada por Edward.

—¿Qué hacemos aquí? —le pregunto.

—¡Sorpresa! He pensado que podíamos pasar la tarde navegando. —Me señala una pequeña embarcación. Es muy bonita, no tan grande como los yates lujosos que están a su alrededor, pero, para mí, suficiente. ¡Me encanta la idea! —. Como no puedes hacer surf y sé lo mucho que te gusta el mar, es un modo de estar en él sin que te pongas en peligro —me dice mientras se acerca a mí, entrelaza nuestros dedos y, a paso de tortuga, caminamos hacia la embarcación.

Me ayuda a subir a bordo, tarea que requiere ayuda, ya que con la maldita escayola no es nada fácil. Al final, me da un ataque de risa, una vez en cubierta.

La embarcación es preciosa. Bajamos a un pequeño salón y, tras él, hay dos puertas; una es un pequeño cuarto de baño, con un lavabo y una ducha. Tras la otra puerta, se encuentra el camarote, con una cama de matrimonio y todo adornado con motivos marineros en diferentes tonalidades de azul y blanco. La única nota de color diferente es una flor que se encuentra encima de la cama; una flor amarilla, igual que la que me dio el día que estuvimos haciendo senderismo, el primer día que hicimos el amor. ¿Hacer el amor? ¿Eso ha salido de mis pensamientos? Pues sí, porque definitivamente, lo que hemos hecho ha sido hacer el amor. Nosotros no hemos follado, ya que los sentimientos siempre han estado presentes de una manera u otra.

Me mira expectante. Espera que diga algo, pero el nudo de emociones que tengo en la garganta me impide emitir sonido alguno. Tiene las manos metida en los bolsillos de su pantalón vaquero. Está nervioso.

—Es un detalle precioso —le digo al fin, señalando la cama—. Te has

acordado de la flor.

—¿Cómo iba a olvidar el primer día que te hice el amor? ¿Cómo voy al olvidar el primer momento que encontré mi hogar, mi casa? Cada vez que me entierro en ti, siento que estoy donde debo estar, que todo encaja por fin. La primera vez que hice el amor, porque, hasta ese momento, me di cuenta de que nunca lo había hecho. —Se acerca a mí y me besa despacio, suave. Se separa y nos deja a los dos con la sensación de vacío, de abandono—. Vamos arriba. Tenemos que navegar.

Me ayuda a subir la escalera de nuevo, aunque no es tarea fácil con la escayola.

—¿No podrías haberme llevado a algún sitio más complicado?

Le pregunto mientras hago verdaderos malabares para subir. Estallamos en carcajadas cuando me mira y pone cara de arrepentimiento.

—Esta me la pagas. ¡Bueno, si me las vas a pagar!

—¿Y cómo quieres que te pague? —Comienza a jugar conmigo.

Pongo cara de fingida concentración, pensando en cómo me las va a pagar, mientras me río.

—Obligándote a darme todo el placer del mundo durante el resto del día.

Edward se pone en posición firme y me hace el saludo militar.

—¡A sus órdenes, mi comandante! Será un placer cumplir con el castigo —me dice, mientras volvemos a reír.

Durante un par de horas, nos dedicamos a navegar, alejándonos de la costa mientras el atardecer se pone en el horizonte. Los colores anaranjados dan un toque idílico a esta travesía, ya de por sí importante para nosotros. Es uno de esos momentos que no olvidas en la vida. Llevamos un chaleco salvavidas y Edward se dedica a pilotar el barco como si hubiese nacido para ello. Está relajado. Desde cubierta me dedico a mirarlo y disfrutarlo, viendo como maneja el velero a su antojo; como despliega las velas, mientras admiro sus fuertes músculos. Me mira, me guiña un ojo y sonrío.

Desde que ha llegado, está pendiente de mí. Sabe en todo momento dónde estoy. A veces, me he dado cuenta de que, al igual que yo me quedo absorta mirándolo, a él le produzco el mismo efecto. Embobados. ¿Quién me iba decir a mí hace unos meses que yo iba a terminar de esta forma? Si me lo hubiesen dicho, habría soltado cualquier taco. Sin embargo, aquí me encuentro; emocionándome porque haya recordado el detalle de la flor amarilla, la haya puesto sobre la cama y hayamos salido a navegar. Trago saliva intentando

pasar el nudo de emociones que se amontonan en mi garganta. ¡Malditas hormonas! Me están convirtiendo en una blandengue. Le sonrío de vuelta y respiro el olor del salitre. Ese olor que me transmite paz y tranquilidad, y que tantos recuerdos de mi infancia me trae.

Recuerdo el bebé que está creciendo en mi vientre y espero, realmente espero, poder hacerlo tan feliz como yo lo fui en mi infancia. Que pueda disfrutar de jugar con la arena, que haga castillos, como las fortalezas que yo construía para jugar con mi Geyperman. Vislumbro mi futuro con mi niña en la playa, con un bañador con volantes de color rosa, regalo de su abuela Mati. Y yo se lo pongo, si ella así lo quiere. Mis pensamientos viajan hacia un futuro donde me veo criando a mi bebé en el respeto. Aunque espero que no salga como yo, o voy a tener que recurrir a toda mi disciplina militar para no dar más de tres gritos. Me pongo en los zapatos de mi madre y, ahora más que nunca, la admiro. Por la paciencia que tuvo conmigo durante todo aquel tiempo, no solo en mi infancia y adolescencia, sino por los años en los que ha tenido que sufrir mis largas ausencias. «¡Cuándo seas madre, comerás huevos!», me decía una y otra vez. Y hoy, por fin, entiendo esa frase.

Edward gira la cabeza para mirarme, enarca una ceja y se acerca a mí. Sin darme cuenta, ha pagado el motor. Se sienta detrás de mí, poniendo sus largas piernas a mi alrededor, abrazándome por el vientre y prodigando besos a lo largo de mi cuello. Su barba de varios días me provoca placenteros escalofríos.

—Nos quedaremos aquí un rato. Mira el horizonte. Respira el aroma e imprégnete de esta imagen. Pocas veces en la vida podemos disfrutarla como ahora. Relájate y déjate llevar —susurra en mi oído—. ¿Sabes qué? —Giro la cabeza para encararlo—. Cuando estemos separados, esta imagen, este momento, me dará la fuerza suficiente para soportar la distancia. Me va a ser muy difícil separarme de ti después de estos días.

—A mí también me va a ser muy difícil. Me estoy acostumbrando mucho a tu presencia; a estar contigo, a tocarte y besarte cuando quiera. Y también me estoy acostumbrando a la tranquilidad de España. Aquí, simplemente, se respira mejor. La vida es mucho más tranquila y creo que, en este momento de mi vida, es lo que necesito.

Edward me besa. Son besos suaves, como los que me prodiga, últimamente, desde que ha llegado. A través de ellos, me dice lo mal que lo ha pasado y lo mucho que me necesita. Le devuelvo el beso, contestándole sin

palabras, la necesidad que tengo de que esté a mi lado y lo mucho que lo quiero. Poco a poco, sus manos viajan por mi cuerpo, acariciándolo, sin llegar a ahondar, pero lo suficiente para que encienda mi piel a su paso. Lentamente, se separa de mis labios y, durante lo que parece una eternidad, nos quedamos allí, admirando el horizonte anochecer. El mejor anochecer de mi vida.

Después de haber perdido la noción del tiempo, Edward me ayuda a bajar hasta el salón de la embarcación. Tras dejarme sentada en el salón, se dirige a la pequeña cocina.

—¿Recuerdas que te comenté que se me daba bien la cocina? —Asiento con una sonrisa en los labios—. Pues prepárate, porque te voy a cocinar la mejor carne que hayas comido en tu vida: *magret de canard* con salsa de naranja y arroz blanco para acompañar. Generalmente, cuando lo cocino, lo preparo con carne de ganso, pero con tan poca premura solo me han podido servir la carne de pato, pero nos valdrá —explica, mientras comienza a moverse por la cocina, preparando los utensilios que va a utilizar. Pone música por los altavoces y *I Do It For You*, de Bryan Adams, canta con su voz ronca. Esta canción me encanta.

Me dedico a observarlo, al igual que llevo haciendo todo el día, pero, en esta ocasión, no sé por qué, hay algo muy especial en él. Es muy erótico verlo preparar la cena, con esa facilidad con la que lo hace. Pronto los olores de la carne, el arroz cociéndose y la salsa de naranja inundan el pequeño salón. De vez en cuando, me mira, sonrío o canta algunas estrofas de la canción mientras prosigue con su tarea. Y yo solo puedo suspirar y que mi vientre vibre por él. Cuando termina, pone la mesa en cubierta y lo primero que veo es un jarrón con otra flor amarilla.

Cenamos a la luz de las velas. Entre confidencias y caricias, entre besos suaves y el olor del mar de fondo y, con su sonido, como única banda sonora. La comida está exquisita y, cuando me quiero dar cuenta, me he comido el plato completo. La salsa de naranja le da un sabor diferente, algo que no he probado en mi vida, pero que, sin lugar a duda, se ha convertido en mi plato favorito.

Cuando terminamos de cenar, nos quedamos unos instantes en cubierta, relajados y tranquilos, mientras nuestros dedos están entrelazados. La conversación cada vez más distante; los besos, más constantes; el sabor de nuestras bocas entremezclándose y las caricias cada vez más ansiosas. Poco a poco, despacio, sin prisa, vamos despojándonos de nuestras ropas, mientras

que sus suaves besos húmedos descienden por mi cuerpo. Con una lentitud que me mata, se deshace de mis braguitas y de su ropa interior, mientras que sus besos me recorren todo el cuerpo. A estas alturas, voy a morir por combustión espontánea.

Mis manos viajan por su espalda, me reprimo en arañarlo, en apresurarlo, quiero disfrutar lentamente de la experiencia, mientras el sonido del mar inunda mis oídos y su olor empapa mis fosas nasales. Esto es la felicidad llevada al extremo. Poco a poco se sitúa en mi entrada, hasta que, con la misma lentitud, se hunde en mi interior, provocando que nuestros jadeos suban de tono.

Así, sin palabras, con la música del mar, con nuestros jadeos, despacio y sin prisas, llegamos juntos al orgasmo más satisfactorio de nuestras vidas. Abrazados. Exhaustos y saciados.

Permanecemos abrazados por varios minutos. Lo justo para que nuestras respiraciones se acompañen y nuestros corazones se tranquilicen, sonando al unísono. Un escalofrío recorre todo mi cuerpo cuando el frescor de la noche enfría la fina capa de sudor que tengo en mi piel y se eriza.

—Bajemos, mi pequeña princesa. No quiero que te constipes —me susurra mientras me pone su camisa por encima, me coge en brazos y bajamos al camarote.

Quita la flor amarilla y la deja en la mesita de noche, destapa la cama y me tumba en ella suavemente. Se mete a mi lado, mirándome directamente y nos tapa con la suave manta. Me besa de nuevo mientras me acaricia el vientre dibujando con sus dedos pequeños círculos en él y, así, tranquilos y relajados, caemos en un profundo sueño, sabiendo que tenemos a nuestro lado a la persona amada. Aunque no lo hayamos dicho, en esta ocasión, los hechos valen más que mil palabras.

Capítulo 18

Por fin llega el día en que me quitan la escayola. Después de pasar horas en el hospital con pruebas y más pruebas, sin radiografías por mi estado, y visitas del médico, me la quitan, dejando mi pierna al aire libre. Debo llevar muletas durante una buena temporada y realizar rehabilitación, pero eso ya lo sabía. A la consulta del médico me han acompañado mi madre y la abuela, tal y como han hecho desde el inicio de este proceso.

Edward se ha quedado en el hotel, realizando unas gestiones. Hemos quedado en vernos un poco más tarde, aunque comienza la cuenta atrás de nuestros días juntos. Todos, y cada uno de ellos, maravillosos e inolvidables. Hemos paseado por la playa, hemos visto todos los atardeceres y, prácticamente, nos ha dado el amanecer juntos, en la cama, saciados y hablando de mil cosas diferentes.

Las náuseas persisten aún, pero sí que han bajado de intensidad y no dan la cara todos los días. Continúo con mi tratamiento y todos los días me tomo las vitaminas prenatales sin olvidarme ninguna. ¡Con lo desastre que soy para los tratamientos!

Aún no le he dicho nada a Edward de mi pequeño estado, no me he atrevido porque, en parte, él está ilusionado con mi regreso a la base. Y yo no lo tengo aún claro. Debo decidirme en estos días y enfrentar lo que sea. Pero decidir mi futuro en una semana no es algo que vaya con mi carácter. Siempre me ha gustado mi vida; el ejército, mis misiones en el extranjero y, aunque eso

ya lo haya cambiado, dejarlo por completo es un paso demasiado grande. Pero también tengo claro que debo tomar una decisión por las personas que amo; por mi bebé, por mi madre y la abuela Mara. Ellas se merecen el sacrificio. Aunque no tengo claro que sea tal cosa y eso es lo que me acojona; que algo que ha sido tan importante en mi vida, de repente, carezca de sentido en ella. Y no soy capaz de explicar qué me ocurre. Y si no soy capaz de explicármelo a mí, ¿cómo voy a ser capaz de explicárselo a otra persona y que lo comprenda?

La enfermera dice mi nombre. Después de quitarme la escayola, tengo cita con la ginecóloga. He podido sortear a mamá, alegando que he quedado con Edward. Me levanto y me dirijo a la consulta.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta con una sonrisa afable en su rostro.

La doctora es una chica joven, con la piel blanca y pelo moreno, con aire de elegancia.

—Bien. Las náuseas cada vez son menos frecuentes, aunque aún las tengo. Por lo demás, no tengo ningún otro síntoma.

—En el primer trimestre del embarazo es normal sentir esas náuseas. Ya verás como cuando estés en el segundo trimestre, ya no las sentirás. Vamos a hacerte una analítica de sangre, para comprobar como llevas la anemia, que es lo que más me preocupa en este momento. También te haré otra ecografía para ver el crecimiento fetal.

Tras sacarme sangre y hacerme de nuevo la ecografía, debo esperar una hora para recoger los resultados de la analítica. Cuando vuelvo a la consulta, la doctora me receta unas pastillas de hierro, me dice que todo está normal y me da cita para el siguiente mes.

Tras salir de la consulta, cojo un taxi y me voy al hotel de Edward, donde he quedado con él para pasar el día, tal y como hemos estado haciendo la última semana. Tan solo quedan cinco días para que deba marcharse y queremos aprovechar el máximo tiempo juntos. Cuando llego a su puerta, llamo y me recibe sin camiseta, hablando por teléfono con alguien en francés. ¡Madre mía, cómo me gusta cuando habla en ese idioma! Bueno, gustar..., me gusta de todas las maneras, pero cuando habla en francés le da un puntito que me pone tontorrón. Con un gesto de su mano, me indica que pase, dándome un beso en la boca mientras lo hago a paso lento con las muletas.

Cuando cuelga el teléfono, me mira, suspira y se sienta a mi lado.

—Veo que te han quitado la escayola.

—¡Qué observador! —le digo en tono de broma, porque algo en sus ojos me dice que está triste.

—¿Qué te ha dicho el médico?

—Después de quitarme la escayola, me han dicho que debo empezar cuanto antes la rehabilitación. Me han dicho que esto va para largo, pero que no me preocupes, ya que, al haber practicado tanto deporte y estar en tan buena forma, la recuperación será más rápida.

—Y de la anemia, ¿te han dicho algo?

—Me han hecho una analítica y, aunque los valores aún son un poco bajos, son más altos que los de la última vez. Me ha recetado unas pastillas de hierro que debo tomar en ayunas.

—Lo importante es que te recuperes bien.

—Y a ti, ¿qué te ocurre? Te noto triste. ¿Ha ocurrido algo?

—Estoy de mal humor, pero no es contigo —me dice, mientras me coge las manos y entrelaza nuestros dedos—. He hablado con mi madre y debo adelantar un par de días el viaje que tenía previsto. ¿Recuerdas que te comenté que tenía un viaje programado con mi madre por asuntos familiares? —Asiento, pero no digo nada—. Mi familia materna tiene viñedos en el sur de Francia —comienza a explicarme—. Hasta ahora, lo gestionaba un hermano de mi madre. Ella se encargaba de cosas como la contabilidad, aunque en la distancia. También gestionaba los pedidos y temas por el estilo. Pues bien, mi tío enfermó hace unos meses. En un principio, íbamos allí para firmar el traspaso de poderes, ya que mi madre también es dueña del viñedo al cincuenta por ciento. Mi tío, al no tener familia, todo queda en manos de su hermana, por lo que debía firmar los papeles para que mi madre pueda gestionar la bodega. Hace un rato me llamó para decirme que la salud del tío Fabien ha empeorado, por lo que debemos ir a Francia antes de tiempo para dejarlo todo en orden. Además de que mamá quiere estar al lado de su hermano en sus últimos momentos. No puedo dejarla ahora sola. Lo comprendes, ¿verdad?

Me parte el alma verlo tan triste. Sus preciosos ojos están tan apagados que se me rompe algo por dentro.

—Por supuesto que lo comprendo, Edward. Tu deber ahora está al lado de tu madre. Ella te necesita más que nunca. Necesita de tu consuelo. ¿Creías que no sería capaz de entenderlo? —Niega—. ¿Cuándo te marchas?

—Dentro de tres días.

—Pues, entonces, aprovechemos el tiempo que estemos juntos al máximo. No nos pongamos tristes antes de tiempo.

Edward me sonríe, se acerca a mí y me besa. Es un beso que sabe a nostalgia, a tristeza, pero también a necesidad y anhelo de estar con la otra persona el máximo tiempo posible. Me acerca más a su cuerpo mientras sus manos viajan por el mío, acariciándolo, encendi ndolo; dejando a su paso un rastro de puro fuego, terminando uno en brazos del otro, desnudos, sudorosos y saciados. Pero felices de poder aprovechar hasta el último minuto que podamos disfrutarnos. Juntos.

El resto de la tarde la pasamos simplemente en la cama, tapados con la suave sábana mientras nos acariciamos y charlamos de todo y de nada. Reímos. Reímos mucho de chorradas sin importancia. Escuchamos viejas melodías de la lista de reproducción de Edward, sobre todo, música francesa. Edith Piaf y *Le Vie en Rose* suena por los altavoces, mientras Edward, me canta suave al oído, traduc ndome la canción, prodig ndome dulces palabras de amor y, yo solo puedo pensar en que, en este momento, solo veo la vida en color de rosa.  Y no me da urticaria!

Pienso en un futuro y me veo junto a Edward. Creo que no podrá resistir mi vida sin él a mi lado. Sea aquí, en España, en EEUU o en cualquier otro punto del mundo; si él está junto a mí, no necesito nada más.  l y mi pequeño son todo lo que necesito para ser feliz.

Mi teléfono suena. Es Julio.

— D nde te metes?  Mira que eres cara de ver!

—Julio,  qu  tal?

—Desde luego, hablamos ahora menos que cuando est s en tierras yanquis.  Vas a tener un rato para tomar algo con tu amigo?

Me río a carcajadas y miro a Edward que me observa con el ceño fruncido.

— Te apetece quedar con Julio, un amigo mío, para cenar esta noche? — le pregunto, mientras tapo el teléfono para que no me escuche. Edward asiente.

— Quedamos esta noche para cenar? Te dejo que elijas sitio. Solo dime lugar y hora.

— Te apetece un bar de tapas? Pincho de tortilla, *pesca to* frito, espeto de sardinas y cerveza.

—Menos la cerveza, el resto me vale. Aún no la puedo tomar por la medicación.

¡En cuanto salga el niño de aquí pienso acabar con la reserva de Cruzcampo y si no, con la Victoria! ¡Qué ganas de tomarme una cervecita bien fresquita!

Quedamos en el restaurante La Cigüeña. ¡Qué casualidad! Quiero darme una larga ducha bajo el chorro del agua después de tanto tiempo aseándome de mala manera. Parecía un gatito lavándome por partes. Edward me ayuda a incorporarme de la cama y a ducharme. Masajea cada parte de mi cuerpo, pasa jabón con sus resbaladizas manos con el gel. Me relajo, disfruto y, aunque me apetece que comencemos de nuevo con una nueva y larga sesión de sexo, su verdadera intención es atenderme y mimarme. Con eso me vale, ya probaremos la ducha en otro momento. Creo que hasta he llegado a ronronear. ¡Qué gusto, por Dios!

Tras un buen rato en la ducha, en la que me muerdo la lengua en más de una ocasión viendo su erección, intentando acariciarla, mientras Edward con una sonrisa se aparta, me llama «viciosilla» en plan cariñoso, bromear y reírnos, salimos a la calle.

Tras llegar a La Cigüeña me encuentro con mi amigo.

—Julio, te presento a Edward.

Ambos se dan un apretón de manos y nos sentamos. Lo bueno es que Julio sabe hablar inglés perfectamente, por lo que podemos hablar en ese idioma sin dejar excluido a Edward de la conversación. Recordamos mil anécdotas de cuando venía en verano y nos íbamos a surfear.

—Aquí, el *playboy* empedernido me presentaba a una novia por día. Siempre me decía que era el amor de su vida. Y, al día siguiente, vuelta a empezar. Así que, en algún momento de ese verano, dejé de creerlo y no cogarle cariño a ninguna de las pobres chicas que me presentaba.

—¡La muy arpía les decía que no me creyeran!

—¡Tan solo les advertía que no se encariñaran contigo!

—¡Salían huyendo! —me replica.

Edward nos mira como el que está observando un partido de tenis, con su bonita sonrisa en la boca, pero sin decir nada. La conversación deriva a cómo nos conocimos y le cuento a Julio nuestros primeros encuentros entre risas.

—¡Y no tenía condón! —le explico.

—¿Y lo dejaste a dos velas?

—No culminamos de esa forma, pero sé ser creativa cuando el momento lo requiere —le digo de modo mimosa.

Edward pone una expresión extraña. Se vuelve taciturno y, cuando Julio se levanta para ir al baño, aprovecho para preguntarle.

—¿Te ha molestado algo?

—No, es solo que acabo de caer en la cuenta de que, en todos estos momentos que hemos estado juntos, no hemos usado condón —me comenta con el ceño fruncido.

Bien, creo que ha llegado el momento de tener la conversación.

—¿Eso te preocupa por algo? —Voy a continuar hablando, pero me pone una mano en la boca y me corta.

—Para nada. Tengo edad suficiente para enfrentarme a lo que la vida quiera regalarme. Si algo he aprendido con lo que te ha pasado es que quiero vivir contigo todos los momentos que nos ofrezca la vida, juntos, unidos, sin importar...

—Ya estoy aquí. ¿Me habéis echado de menos? —interrumpe en ese momento Julio.

Cortamos la conversación, me da un leve beso en los labios y continuamos comiendo los manjares que nos ofrece La Cigüeña, un chiringuito a pie de playa. Y se me van los ojos detrás de los espetos de sardinas, pinchos de tortillas, una ración de pescado frito... Esto no lo ponen en Nueva York ni de coña. Y me pongo ciega de tanto comer, hasta que siento que el estómago me va a estallar. Edward disfruta tanto o más con la cena.

—Me tienes que dar la receta de la tortilla de patatas. ¡Esto está espectacular!

—¿Nunca la has comido? —Edward niega. —Pues le diré a Mati que te pase la receta. Ella la sabe hacer mejor que yo. Es una cocinera estupenda —le explica Julio.

Después de comer, nos despedimos de mi amigo. Al día siguiente trabaja y no quiere acostarse demasiado tarde. Los dos han congeniado bien y eso es algo que me gusta, ya que los dos son importantes en mi vida, aunque no pueda ver a Julio siempre que quiera, ha demostrado que siempre está ahí para mí. A pesar de que me han quitado la escayola, aun no estoy muy en condiciones de pasear y me siento un poco cansada, por lo que decidimos irnos a su hotel en taxi.

Cuando llegamos allí, nos sentamos en el sofá de la habitación, frente a la gran cristalera que da al mar. Ya ha anochecido, por lo que no podemos disfrutar del atardecer como nos gusta, pero, aun así, la inmensidad de la

oscuridad sigue siendo un espectáculo, tanto visual como sonoro, que me deja sin aliento.

Edward se prepara un *whisky* con hielo del bar de la habitación. Me sorprende, ya que no lo he visto beber más que cerveza. Pero tampoco llevamos tanto tiempo juntos como para saberme al dedillo sus costumbres. Lo miro con cara de interrogación, levanta una ceja y señala el vaso mientras se acomoda a mi lado en el sofá.

—No suelo tomarlo. Solo muy de vez en cuando. Hoy me apetecía.

—¿Por algo en especial? —le pregunto con cautela. Estira el brazo por detrás de mis hombros y me pega a su cuerpo.

—Porque debemos hablar, Rebeca. Y porque no sé si los derroteros de la conversación nos van a gustar.

Me da un beso en la sien y aprieta su agarre. Busca mi mano y entrelaza nuestros dedos.

—La frase «tenemos que hablar» nunca depara nada bueno.

Lo miro con una sonrisa tímida en la boca y se me pone un nudo en el estómago. Esto no me está gustando demasiado.

—Quizás lo que tenga que decirte no te va a gustar demasiado —me dice con un deje de voz cansado.

—Suéltalo ya. Nunca me han gustado los rodeos. Y si me gusta o no, eso debo decidirlo yo, ¿no crees?

Me reincorporo un poco y me deshago de su agarre porque necesito tomar distancia. Pero Edward no lo permite y vuelve a colocarme en la misma posición.

—Creo que debemos hablar de nuestro futuro. Sobre todo... no, no me he explicado bien. —Le da un sorbo a su vaso—. Creo que...

—Habla directo, teniente —lo corto tajante y ansiosa por saber qué quiere decirme.

—¡Odio la idea de que te reincorpores de nuevo al ejército! ¡No lo soporto y, aunque sé que es tu vida, me gustaría que no volvieras y me aterra decirte esto, porque sé, que, en parte, te estoy cortando las alas, pero lo he pasado tan mal, que ni yo mismo sé si quiero volver!

Muda. Así me he quedado. Por primera vez en mi vida no sé qué decir ni qué contestar. Aunque yo casi había tomado la decisión, no me gusta que me digan lo que tengo que hacer. Me repatea, joder. Paso por alto el comentario de que tampoco sabe si él quiere volver. ¿Tampoco sabe si él quiere volver?

—¿Por qué no sabes si quieres volver? —Vale, no lo he pasado por alto.

—No lo sé. Pero me aterra la idea de que algún día tú pases por lo mismo que yo. Cualquier día tengo que ir a alguna misión y la idea de dejarte me aterra. ¡Joder, me aterra la idea de irme en unos días y dejarte aquí! ¡Me aterra el no poder disfrutarte cada puto minuto de mi día durante el resto de nuestras vidas, Reb! —me dice con una mirada tierna en sus bellos ojos y su mano acariciando mis cabellos—. Cuando miro hacia el futuro, no veo que estemos los dos en el ejército. Me lo imagino con el lote completo; una casa enorme, con valla blanca, con hijos; que me recibas cuando llegue del trabajo con un beso y tu sonrisa en la cara...

Ahora si me empieza a dar urticaria.

—Vale, vale. Para —lo corto—. Sabes que yo no me llevo demasiado bien con los quehaceres de la casa. Me conoces lo suficiente como para saber que yo no sirvo para esa vida. Necesito currar. La vida contemplativa no va conmigo. Necesito que la adrenalina corra por mi cuerpo, si no, te aseguro que me volveré insufrible y a los dos meses nos estaríamos tirando la casa encima. Esa no es una opción. Lo siento, pero no.

—No te pido que dejes de trabajar, Rebeca. Te pido que busquemos otras opciones. Que cambiemos de vida radicalmente y nos demos una oportunidad de ser... «normales». En el ejército, ninguno puede llevar una vida normal. Estamos expuestos a que nos manden en cualquier momento a un destino de conflicto. ¿No te cansas siempre de lo mismo? De tener que obedecer órdenes; de tener que estar todo el día como si tuvieras un palo metido en el culo; de estar expuesto a que te manden al otro lado del planeta sin poder rechistar ni tener la opción de negarte. Solo quiero estar tranquilo. Buscar otras opciones que nos hagan felices a los dos y vivir el resto de nuestros días juntos. Tú y yo y lo que nos depare el destino. Solo te pido que lo medites. Que no te niegues de inmediato. No quiero que te sientas obligada a nada.

—No me siento obligada, Edward. Estoy sobrepasada... Siempre pensé que mi vida sería jubilarme en el ejército; terminar mis días como instructora en West Point, pero, a raíz del secuestro, te aseguro que mis prioridades han cambiado. —Hago una pausa. Vale, ha llegado el momento de decirle que va a ser papá—. Edward yo he descubierto... en el hospital...

Y en ese momento, le suena el puto teléfono. ¡También es mala suerte! Edward se levanta y atiende la llamada. Durante media hora, habla con alguien en francés. No me entero de nada de la conversación, así que me dedico a

morderme las uñas y a mirar la oscuridad de la ventana. Cuando cuelga, su semblante es aún más serio.

—Era mamá. El tío Fabien ha fallecido. Debo marcharme mañana para el funeral. Mamá está destrozada. No para de llorar. Debo hacerme cargo de todo.

Se sienta en el sofá con una expresión de estar completamente destrozado. Le acaricio la espalda, mientras le digo palabras de consuelo; aunque sé que, en estos momentos, nada de lo que diga va a aliviarlo.

—No estoy destrozado por la muerte del tío. Bueno, no solo por eso. En realidad, tampoco tenía una relación tan estrecha. Me duele, por ver a mamá tan destrozada. Era la única familia que le quedaba. —Para de hablar un momento, traga saliva, se mueve hasta encararme y me coge de las manos, entrelazando nuestros dedos—. Pero, sobre todo, me duele tener que separarme de ti. Había esperado poder quedarme al menos un par de días más y disfrutarlos contigo. Estos días han sido maravillosos, después de todo lo que ha pasado es justo lo que necesitaba y lo que necesito para estar bien. Mira, Reb —vuelve a hacer una pausa, mientras acaricia mi mejilla— ahora..., esta noche vamos a aprovecharla. No pensar en el futuro, ni en lo que nos deparará. Vamos a crear este recuerdo para los días que se nos vienen encima de separación y poder sobrellevarlos. Estaremos en contacto de una manera u otra. Prométeme que vas a llamarme, que todos los días hablaremos. Y haremos planes para cuando te recuperes y puedas volver.

—Te prometo que hablaremos todos los días, que te mandaré *wasaps*, te enviaré fotos y tú a mí. Prometo incluso mandarte fotos guarras —le digo al final para hacerlo reír y destensar un poco el ambiente, que se ha vuelto demasiado intenso.

Y funciona, porque Edward se ríe a carcajadas.

—Yo también te mandaré fotos de tu parte favorita de mi anatomía.

—¡No seas cerdo! —le digo riendo y dándole un pequeño puñetazo en el brazo en broma. Edward se pone la mano en el sitio que le he dado y se toca como si le hubiese dolido mucho. Incluso se queja, el muy pillín—. Con fotos guarras me refería a fotos de mi herida. —le digo con un tono de voz de falsa indignación.

Edward se vuelve a reír.

—Te quiero. Lo sabes, ¿verdad? No puedo imaginarme la vida sin ti.

Me vuelve a acariciar la mejilla, se acerca a mí y me da un beso en la

boca, que no se queda en uno solo. Son besos ansiosos, besos que saben a gloria; el sabor de su boca mezclado con el *whisky* hace que sea mi nuevo sabor favorito. Debería patentarlo y crear un helado con este sabor. ¡Bueno y otro que me gusta más, pero que solo es mío! Sus manos acarician cada rincón de mi piel, encendiéndola por el camino; dejando un rastro de fuego allí por donde pasa. Pronto, la ropa se convierte en un amasijo en el suelo, cambiándonos de posición para acomodarnos. Sin la escayola, tengo un poco más de libertad de movimiento. Me subo encima mientras disfruta del placer de besarme los pechos. Nuestra temperatura sube. Los sonidos entrecortados de nuestra jadeante respiración aumentan de velocidad y de intensidad.

Nos dejemos llevar por lo que nuestro cuerpo nos pide. Vivimos el aquí. Ahora, es lo importante. Debemos olvidar el resto. Caricias, besos húmedos, un revoltijo de brazos y piernas encima de una cama, sábanas con olor a sexo, una capa de sudor resbaladiza en nuestro cuerpo... Más jadeos. Querer estar lo más cerca posible de la persona amada. Querer llegar a tocar su alma justo en este momento, mientras llegas al éxtasis total, expulsando en esos momentos los demonios que te atormentan, porque es la felicidad absoluta; el tener a la persona que amas justo entre tus brazos y no recordar nada más. Ni su partida, ni el cambio de vida radical al que te tienes que someter en poco tiempo. Solo la necesidad de que te haga suya y de hacerlo tuyo, aunque solo sean por las pocas horas que nos quedan por estar juntos.

Juntos, de nuevo, llegamos al final, sudorosos, pero no saciados, a pesar de todo. Sabiendo que, en pocas horas, la separación será inminente y dejándonos llevar por nuestros silencios, nos dedicamos a amarnos. Sobran las palabras, faltan horas para nosotros.

Y así, con los colores anaranjados del sol reflejado en el mar, con ese amanecer de fondo en las cristaleras de la habitación del hotel, nos prometemos un «hasta luego». No es una despedida, es un hasta pronto, aunque, para mí, sí que suena a despedida. Las lágrimas no paran de correr por mis mejillas, mientras hacemos el amor de manera casi desesperada, intentando dejar una huella clavada a fuego en la piel de otro para no olvidar que los últimos días que hemos vivido aquí han sido los mejores de nuestra vida.

Edward me mira cuando lloro y en sus ojos puedo deslumbrar la tristeza de la partida. La tristeza de separarte de la persona amada. La tristeza por no poder tocarla y hacerla tuya siempre que puedes. A pesar de las promesas, a

veces, en la distancia se dejan morir. Y eso es precisamente lo que me provoca un nudo en la garganta que me impide respirar con normalidad. Ya no soy la misma Rebeca de siempre; aquella que no se enamoraba; aquella que era un alma libre sin más atadura que una tabla de surf y un chute de adrenalina por cabalgar la ola perfecta. Ya no soy esa misma Rebeca y, aun así, me gusta la nueva Rebeca en la que me estoy convirtiendo. A pesar de ser una llorona por las malditas hormonas del embarazo. Embarazo que, por ahora, no he compartido con nadie. Y ahora que Edward se marcha y nuestro futuro está más en el aire que nunca, no sé si voy a ser capaz de decírselo. Y eso me provoca más lágrimas.

Edward me acaricia las mejillas, limpiando mis lágrimas, entre promesas que, ahora mismo, me saben amargas y vacías. Entre besos que saben a despedida más ahora que anoche. A pesar del cansancio por habernos mantenido toda la noche despiertos en una larga despedida, no puedo dormir; ni siquiera el par de horas que nos quedan antes de que lo acompañe al aeropuerto.

—Reb, antes de que te des cuenta, volveremos a estar juntos para no separarnos más. Confía en mí.

Quiero confiar en él. Quiero que la última imagen que se lleve de mí sea bonita y no mi cara llorona, que no va para nada con mi carácter, pero me es imposible ahora mismo. Durante el par de horas que quedan, nos dedicamos simplemente a las caricias mientras estamos en la cama. Ninguno de los dos hablamos. Sobran las palabras. Tumbados en una cama con mi cabeza en su pecho, mientras acaricio sus fuertes abdominales y los memorizo a fuego en mi mente. Mientras que su mano viaja vaga a través de mi espalda, mi cabello o mi hombro.

Desayunamos con la asolación haciendo presencia. No es un sentimiento bueno. No es un sentimiento para nada especial. Un nudo en nuestras gargantas que hace que apenas toquemos nuestro desayuno. Y, simplemente, lo acompaño al aeropuerto, mientras el nudo se agranda y tengo unas irrefrenables ganas de gritar. Y después de otros besos más amargos aún, me quedo con el recuerdo de su espalda entrando en la terminal del aeropuerto..., dejándome vacía.

Cojo un taxi, le digo que me lleve al paseo marítimo y, con todo el esfuerzo que requiere el ir a la playa, me mojo los pies y grito al mar. Grito desesperada, llorando y dejando salir todo lo que en las últimas semanas me ha ocurrido, lo bueno y, sobre todo lo malo; dejando que las olas del mar se

lleven todo, la frustración que tengo en el cuerpo por no haber sido capaz de decirle a la persona que amo y que me ama, que llevo en mi vientre el fruto de nuestro amor. Grito de desesperación por haberlo dejado marcharse sin saber que va a ser padre y con la certeza de que será lo que más feliz le haga.

Pero, por encima de todo lo demás, es un grito para dejar ir los miedos que me provoca el que me hayan secuestrado y que, durante días, nadie supiese donde estaba. El hecho de que me trasladaron de un lugar a otro sin que yo tuviese conocimiento de ello. Que ese hecho, junto a mi embarazo, sea lo que provoque que mis lágrimas rebosen ahora; aquí, en la orilla del mar, para dejarlas fluir con el devenir de las olas y que igual que se deshace la arena en contacto con el mar lo haga todo lo malo que me ha ocurrido.

Sorbo los mocos, hipo fruto de la desesperación. Y al más puro estilo Escarlata O'Hara, juro ante el mar que nada malo me va a ocurrir de ahora en adelante. Juro, aquí, en la orilla del mar, que voy a dejar atrás los horrores de las guerras de las que he sido testigo directo. Juro, en este momento, que le procuraré una infancia feliz al bebé que crece en mi vientre.

Este bebé que no se merece que su madre sea una cabra loca que ande por el mundo pegando tiros por una patria que castiga a su grupo por el solo hecho de seguir buscándola; una patria que castiga a un padre por desobedecer las órdenes de parar la búsqueda de su hija. Este bebé se merece un padre que dé la vida por él. Y ahora, más que nunca, tengo la certeza de que Edward daría la vida por su hijo, igual que desobedeció las órdenes de sus superiores por proseguir la búsqueda de su madre. Por eso duele tanto la separación, porque, a pesar de todo, debemos separarnos.

Pero también juro que lucharé por seguir adelante con esta relación y haré todo lo posible para que nuestro final sea ver crecer a nuestro hijo sano, a salvo y feliz.

Poco a poco me voy tranquilizando. Esto de las hormonas es un puto cachondeo, de momento estoy feliz para acto seguido tener una llorera. Aunque creo que todo lo que me ha pasado bien merece un momento de debilidad por mi parte. Porque ser fuerte no significa obligatoriamente no llorar. Ser fuerte bien puede ser pararte a llorar, lamerte las heridas y salir reforzada. La determinación produce ese fenómeno en el ser humano. Te caes, te levantas. Eso es vivir.

Cuando consigo estar lo suficientemente calmada, simplemente respiro y me lleno los pulmones del olor a salitre, inundándome de la energía suficiente

para seguir adelante; infundiéndome la paz que necesito para tomar las decisiones que debo tomar.

Me agacho como puedo, recojo un poco de agua de la orilla del mar y me limpio la cara. Debo comenzar a recomponerme para ir a casa de mamá. Una hora más tarde, cojo un taxi.

Cuando entro en casa, la abuela Mara y su amiga están viendo algo en la tele del salón. Las saludo y me voy a mi habitación, dispuesta a coger algo de ropa y darme una larga ducha.

—Te he preparado algo de cenar. Lo tienes en el microondas —me dice la abuela una vez que salgo de la ducha.

—Gracias, abuela. —Al verme, se levanta del sofá con agilidad y viene a la cocina.

—¿Qué te pasa, tesoro? —me pregunta con ternura.

—Nada, abuela. Edward se ha tenido que marchar. Solo estoy un poco triste por ello.

—¿Y qué piensas hacer al respecto?

—¿Por qué dices eso?

—Porque en la vida, niña, hay que tomar las decisiones que te hagan feliz. Durante un tiempo, el ejército te hizo feliz, pero ahora, en los días que te he visto con él, tus prioridades han cambiado. Las cosas debes hacerlas tú, no puedes esperar a que nadie haga nada por ti. Solo si haces eso, te defraudarán. Tú nunca has esperado que nadie haga nada, siempre has sido valiente e independiente. Sigue haciéndolo. Recupérate y, mientras, decide sobre tu futuro. Creo que tienes mucho en lo que pensar. —Dicho eso, me da un beso en la cabeza y se marcha de nuevo al salón con su amiga.

Los días pasan en una sucesión monótona, pero con una recuperación constante. Cuando llego de la rehabilitación, estoy cansada, dolorida y necesito dormir. Los mejores momentos son cuando recibo las llamadas frecuentes de Edward y nuestras largas conversaciones por WhatsApp hasta las tantas de la madrugada, hora española, donde siempre me recuerda lo mucho que me ama y me extraña. La verdad es que, con el cambio horario, nos resulta más difícil ponernos en contacto, pero siempre hacemos lo imposible por conseguirlo.

Una semana después de la marcha de Edward, no tengo nada que hacer en

todo el día, y eso lo único que provoca es que mis hormonas se den un festín a costa de mis estados de ánimo. Lo mismo soy Blancanieves que, momentos después, Cruella De Vil. He hablado con papá y hoy me ha llegado el correo con la baja definitiva del ejército. He firmado los papeles y me han entrado ganas de llorar, pero, acto seguido, he puesto música y he bailado. Ya es hora de que anuncie a los míos mi decisión irrevocable. Cuando llega mamá y escucha la música estridente de Metallica, entra en mi dormitorio como un tsunami, dispuesta a apagarla.

—Hija, ¿no había una música más fea que poner? —me dice, mientras se dirige a los altavoces y baja el volumen.

—Estoy de celebración, mamá —le digo con una sonrisa en la cara.

Le enseño los papeles, los lee, mientras apago los altavoces, y disfruto de ver las diferentes expresiones en el rostro de mi madre. Pasa de la sorpresa a la alegría y, por fin, al alivio cuando entiende lo que el escrito significa.

Me da un abrazo. Me besa y llora; llora por los momentos malos que ha pasado y que ya no se repetirán; llora de alegría por saber que su hija no va a estar más expuesta de lo que lo ha estado hasta el momento; y llora porque ve en mi rostro el alivio que ese papel supone para mí, a pesar de todo lo que el ejército ha supuesto en mi vida. Ahora mismo, me siento como una pluma flotando en el aire.

Capítulo 19

Ha pasado cerca de un mes desde que Edward se marchó. Mi vida contemplativa se ha limitado a leer mucho, hacer rehabilitación, salir a pasear un poco con Julio, conocer a Eva, alias *Avispa21*, una chica fantástica malagueña, con la que Julio ha comenzado una relación. Hablo a diario con Edward, cada vez tengo más ganas de verlo. El primer día que se marchó, cuando llegó del velatorio, lo noté demasiado triste. Para animarlo le dije que le iba a enviar una foto «guarra». Cuando vio la foto de mi herida, se desternilló de risa y me hizo prometer que le enviaría fotos *guarras de verdad*. Se lo prometí.

A pesar de la distancia y de estar en casa de mamá, lugar donde la intimidad está sobrevalorada, pude escabullirme al cuarto de baño y enviarle una foto desnuda en la ducha, lo que siguió a una sesión de sexo telefónico que, aunque satisfactoria, nos recordaba que aún nos quedaban más días de separación de los que quisiéramos.

A pesar de todo, los días han pasado rápido y la boda de Taylor y Eli es la semana próxima. Estoy preparando las maletas, fruto de la impaciencia, ya sé que aún quedan dos días para marcharnos y tengo tiempo, pero... estoy nerviosa. Mamá viene conmigo y, cómo no, la abuela Mara. Ambas me dicen que soy una exagerada, pero he tomado la decisión. Quiero vender mi apartamento de Nueva York y comprar algo aquí, en España, cerca de las dos mujeres que más amo en el mundo, y encontrar trabajo aquí. Espero que

Edward me siga en mi última locura. Pero la verdad es que es una decisión bastante meditada.

Cuando le dije que había renunciado al ejército se alegró tanto que comenzó a buscarme alternativas. Cada vez me habla con más frecuencia de dejarlo él también. De renunciar a su vida militar. Dice que está cansado.

Me levanto de la cama y miro la hora en el móvil. Ya no me hace falta usar muletas, aunque sigo cojeando un poco. Aún no estoy para salir corriendo, pero poco a poco. Desayuno, pillo por Internet los vuelos para dentro de un par de días a Nueva York y rezaré para que la abuela Mara no me la dé durante el largo viaje.

Reb

Billetes comprados.

Edward

Estoy impaciente por verte, abrazarte y besarte.

Reb

Siento ansiedad. También estoy loca por besarte.

Edward

Amor, tú estás loca siempre. Eso no es una novedad.

Reb

Ummm. ¿Me estás llamando loca?

Edward

Sí, pero eres *mi* loca. ¿A qué hora llega el vuelo? Para ir a recogerte al aeropuerto.

Reb

He cogido el último vuelo nocturno. Te avisaré cuando llegue.

Edward

Ok. Muchos besos... húmedos. Buenas noches, mi amor.

Reb

Acabo de desayunar.

Edward

Jajajaja. Con tanta diferencia horaria, ya no sé ni en qué hora vivo ni yo. Buenos días, mi dama, que tenga un maravilloso día por delante. ¿Te gusta más así?

Reb

Mejor. Muchos besos a ti también.

Edward

¿Dónde?

Reb

Donde tú quieras.

Edward

Eso no se hace, te echo demasiado en falta.

Reb

Entonces, en la mejilla. Te quiero.

Edward

Yo también te amo.

Después de desayunar y seguir preparando la maleta, hablo con Eli para ultimar los detalles de la recogida del vestido. Los chicos ya se han puesto en contacto conmigo. Tengo también unas enormes ganas de verlos y va a ser una ocasión única y diferente a todas las demás. Porque, en el fondo, sé que esta será nuestra despedida definitiva.

La llegada al aeropuerto parece una peli de Alfredo Landa de los sesenta. Mi abuela, a pesar de que ya ha viajado en más de una ocasión a EEUU, parece novata en esto. Se ha traído medio armario y no quiere soltar las maletas por si se las abren, se las roban o qué sé yo. Será porque le tiene mucho aprecio a su ropa interior, ya que se ha traído el cajón completo. Se pelea con medio aeropuerto, ya que quiere viajar con las maletas en la cabina; no se fía de nadie.

Tras sortear este pequeño detalle, facturar el equipaje y esperar lo correspondiente; por fin, entramos en el avión y nos sentamos en nuestros asientos. Me pongo los auriculares y busco la lista de reproducción. Me he bajado algunas de las canciones que escuchamos Edward y yo durante los días que estuvo aquí. Son canciones tranquilas, de las que te incitan a dormir durante un largo vuelo.

El vuelo transcurre sin el más mínimo interés, entre momentos de sueño, de lectura o pedir algo de beber a la azafata. Menos mal que mamá se acordó

de llevar algo que relajara a la abuela Mara y se ha pasado todo el vuelo roncando.

Cuando, por fin, pisamos el aeropuerto de JFK, estamos cansadas. A lo lejos, diviso la figura esbelta de papá que viene a recogernos y, a su lado, la magnífica espalda de Edward. Dejo las maletas en el suelo y, como puedo, salgo corriendo hacia él. Mi maravilloso amor, como si presintiera mi presencia, se da la vuelta y me mira... y cómo me mira. Se le ensancha la sonrisa y sale corriendo hacia mí. ¡Claro, él corre más rápido! Nos encontramos a medio camino; me alza en brazos y me monto encima de él con las piernas alrededor de su cintura y mis brazos por su cuello; nos miramos y chocamos nuestras bocas fruto de la ansiedad..., de la felicidad que nos embarga el reencuentro.

Y nos besamos. ¡Y cómo nos besamos! Su boca invade la mía en un acto desesperado. Mi lengua recorre cada milímetro de su boca, saboreándolo, recreándome en su sabor, que tanto he extrañado en este largo mes. De repente, escucho el carraspeo inconfundible de mi padre. A duras penas, y a regañadientes, nos separamos.

Mamá y la abuela Mara se van a alojar en mi casa de Nueva York, mientras que yo, he alquilado una habitación de hotel. Necesito intimidad con Edward. Cada uno se va por su camino. Papá acerca a mamá y a la abuela a mi piso, mientras que Edward y yo vamos al hotel en su coche.

—Mañana debo regresar a la base. Con tantas vacaciones, los únicos días que me he podido coger son los previos a la boda para la despedida. Pero como la boda es el sábado, también tengo libre el domingo —me dice, encogiéndose de hombros a modo de disculpa, mientras cambia la marcha y gira a la derecha para coger el desvío.

—No te preocupes. Tenía pensado aprovechar que estoy aquí para acercarme a la base y terminar de recoger mis cosas. Ya no tiene sentido que las siga manteniendo allí. Además, recibí una carta muy amable en la que se me «invita» a hacerlo en menos de dos meses, ya que no pertenezco al cuerpo.

Ambos reímos. Durante el trayecto hablamos de nuestros planes, entrelazamos nuestros dedos y a la menor ocasión posible, nos damos un beso. Cuando llegamos al hotel, me registro y subimos a toda prisa. A estas alturas, nos sobra la ropa y nos faltan manos para prodigarnos toda clase de caricias.

El reencuentro es maravilloso. Edward, me coge en brazos, me lleva a la cama y me posa con delicadeza en ella. Se incorpora un poco, se saca la

camiseta que lleva por la cabeza y, en ese momento, me sobreviene una arcada. Salgo corriendo para el cuarto de baño y todo el contenido de mi estómago termina en el wáter. Edward se asusta, viene corriendo detrás de mí y entra como una exhalación. Se coloca a mi espalda y, con suaves movimientos, me la acaricia. Esperamos a que se me pase. Cuando lo hace, me lavo la cara y los dientes, para quitarme el sabor amargo de la boca.

—¿Has consultado lo de las náuseas con el médico? Quizás deberías tomar un protector para el estómago o algo. Si te están haciendo mal las pastillas...

Lo corto poniéndole la mano sobre los labios. Creo que ha llegado el momento de decírselo. Tiene derecho a saberlo. Lo cojo de la mano y lo siento en el sofá de la habitación. Me siento con mis brazos en las rodillas.

—En mi estado es normal que tenga estas náuseas. —Espero que pille lo de «mi estado». Porque no sé de qué manera decirlo de forma más suave.

—¿En tu estado? No lo entiendo. ¿Estás bien? ¿Te han dicho algo más los médicos? —Vale, no lo ha pillado, tendré que ser un poco más específica.

—Estoy embarazada, Edward. —No he podido ser más clara... ni más burra. El semblante de Edward va demudando de color. Respira, intenta hablar hasta en tres ocasiones diferentes, pero se para.

—¿De cuándo te... secuestraron? —pregunta al fin, con delicadeza, pero también con miedo.

—No, ¡joder! Ellos no me tocaron, Edward. Me hicieron pruebas de violación y no me tocaron un pelo.

Entonces, prácticamente lo escucho pensar desde el lugar en el que estoy sentada. Sé el momento en que se da cuenta porque se le ilumina el rostro, me sonrío, y ¡qué sonrisa más bonita! Mira mi vientre, me lo acaricia por encima de la ropa; se acerca a mí y me besa con una delicadeza extrema, donde me demuestra su amor, ya no son los besos del ascensor, donde se reflejaba el anhelo y la desesperación por el tiempo de separación, sino que me demuestra el infinito amor que siente hacia mí. Y así, suave, lento y con los sentimientos a flor de piel me hace el amor con una ternura infinita, donde se dedica en todo momento a acariciar mi vientre, ese vientre donde crece el fruto de nuestro amor. Durante horas permanecemos en la cama, simplemente besándonos, recordándonos de alguna manera el amor que nos tenemos, empapándonos del sabor y del olor del otro. Hasta el amanecer. Hasta que los primeros rayos débiles de sol se cuelan por la vidriera del hotel e inunda la habitación de una

cálida luz, rodeándonos a nosotros con su estela.

Me quedo dormida con mi cabeza en su pecho, mientras Edward acaricia de nuevo mi espalda y mi vientre, saciada, satisfecha y feliz. Pedimos el desayuno que nos traen enseguida, ya que Edward debe regresar a la base.

—¿Qué vas a hacer hoy? —me pregunta, mientras unta mantequilla en su tostada.

—Extrañarte mucho —le digo con una sonrisa picarona en los labios.

—¿Y aparte de eso? Cosa que también haré yo.

—Pues tengo que ir con mamá a la prueba del traje de dama de honor. También iré con ella de tiendas para los complementos. Necesito comprarme unos zapatos. A mamá le encanta ir de compras cuando viene a Nueva York. Dice que coge ideas para su *boutique*, pero la verdad es que también se funde la tarjeta. —Este último comentario, se lo digo entre risas—. En estos días, también debo enseñar mi apartamento. Lo he puesto a la venta. —Edward me mira con una ceja levantada. Bien, soltemos ya la segunda bomba. Le cojo las manos, entrelazo nuestros dedos y lo miro fijamente—. Verás, con esto del embarazo he pensado mucho. He tenido muchos días en los que creí que me volvería loca. Al estar en mi tierra, me ha hecho recordar mi infancia, los veranos allí y lo feliz que era. Quiero que mi hijo, nuestro hijo, crezca en un ambiente mucho más relajado que el de Nueva York. Aún no he decidido nada, porque creo justo que tú también debes formar parte de la decisión. Pero... primero, dejé el ejército porque no quiero que mi hijo crezca en un ambiente donde su padre o su madre estén tan expuestos y algún día le pueda faltar alguno. Creo que llegó la hora de retirarme, pero también quiero que mi hijo se desarrolle en una ambiente mucho más tranquilo y feliz y, aunque Nueva York es una ciudad maravillosa, cosmopolita y todo lo que quieras, en...

—Ehhhh. Tranquila. —Edward me besa. —Comprendo lo que me dices. Y creo que debemos meditarlo. Si antes quería dejar el ejército, ahora con tu embarazo, con nuestro hijo en camino, estoy más que feliz de dejarlo definitivamente. Yo tampoco quiero perderme nada de la vida de mi hijo. Tampoco quiero que se críe en una base militar, con todas sus normas y sus peligros.

Edward vuelve a besarme. Acaricia mis manos, dibujando pequeños círculos en ellas.

—Está bien.

Después de rato charlando sobre nuestro futuro, Edward se marcha a

trabajar. Comenzaré a prepararlo todo para retirarse del ejército. Entre los dos, con todas las misiones en las que hemos estado, tenemos los suficientes ahorros como para poder empezar de cero de nuevo. Además, con la venta de mi apartamento, puedo comprarme una casa mejor en España. Edward también tiene otro apartamento. Saldremos adelante, aunque me preocupa que, con el paro que hay en España, no logremos encontrar un puesto de trabajo mejor.

Salgo de la habitación del hotel y me dirijo a mi apartamento para buscar a mamá y a la abuela. Sin más entretenimientos, nos pasamos la mañana de tiendas; no solo compramos los complementos para mi vestido, también me lo pruebo y me queda perfecto. Menos mal que aún no he engordado con el embarazo.

Comemos en un pequeño restaurante de la Quinta Avenida, entre risas porque la abuela se queja de la comida, alegando que en España se come mejor y más barato. Paseamos por las calles neoyorquinas, nos hacemos mil fotos, aunque con mis quejas y las de la abuela, ya que ninguna de las dos queremos posar. Pero, claro, mi madre se empeña y, al final, las dos obedecemos.

Por la tarde, le enseño el apartamento a una pareja joven. Quieren comprarlo para casarse. Les gusta, pero intentan regatear con el precio. Por la tarde, envío un mail a la inmobiliaria para que ellos se encarguen de todo y no tener que hacer la visita yo. Me cansa y no soy capaz de venderlo. Aunque esa pareja en concreto se ha quedado prendada con la terraza. Esa terraza que ha sido testigo directo de mis quedadas con Eme y los chicos, que me daba la posibilidad de poder entrenar, de salir al frescor de la noche en verano o en invierno, aunque hiciese frío. Esa terraza ha sido testigo de mis días de soledad, de mis días de reflexión o desconexión, pero también de tardes al sol. La nostalgia hace acto de presencia y me rueda una lágrima por la mejilla. Me la limpio rápidamente, porque, a pesar de lo que pueda parecer, mi decisión es firme. Estas lágrimas son fruto de las hormonas. Ahora que Edward sabe que va a ser papá, no tiene sentido que se lo siga ocultando a mi madre.

La llevo a la terraza. Este lugar va a ser testigo de la charla más importante que voy a tener con mi madre. Y con mi abuela, que a ver por dónde nos sale la buena mujer.

—Mamá, abuela. Tengo una noticia que daros. —Las dos se miran con una sonrisa en la boca.

—Estás *preñá*. —Mi abuela se me ha adelantado. La miro con cara de

sorpresa.

—¡Hombre, por fin se digna a decirlo! —exclama mi madre, mientras alza las manos al cielo en plan teatrero.

—¿Vosotras lo sabíais?

—Rebeca Wilson, la duda ofende. Soy yo la que te ha parido. Lo hemos sabido prácticamente desde el principio, cuando empezabas con las náuseas. Además, fui a tu cajón para ver los medicamentos que te habían recetado y vi las vitaminas prenatales y el ácido fólico.

—¡Mamá! —la riño.

—Oye, no me culpes. Como tu madre, debo saber qué medicamentos estás tomando. Es mi deber —me explica, tomando una posición altanera. Después mueve la mano quitándole importancia al asunto—. Bueno, lo importante. ¿Qué vas a hacer?

—¿Y quién es el padre, *coñi*? —pregunta la abuela en plan cotilla. Me río porque estas dos no tienen remedio.

—Ya he dejado el ejército. El padre es Edward y esta mañana se lo he dicho. Está loco de contento con el tema. Mi idea es mudarnos de Nueva York. Quiero criar a mi hijo en un ambiente más relajado —les digo en voz baja. Mi madre asiente, con una bonita sonrisa en la boca—. En un principio, quería mudarme a Málaga. —Al escuchar esto último a mi madre se le ilumina la mirada y se le ensancha la sonrisa. Me abraza y suspira, otra vez, de manera teatral.

—Haz lo que creas conveniente, pero nosotras estaremos encantadas de poder estar cerca de ti y del bebé que viene en camino. ¡Tenemos que salir de compras! —Mi madre aplaude como una niña pequeña con su «regalo» de Navidad.

Decido que también es el momento de decírselo a mi padre. Cojo el teléfono y, con temor, marco su número mientras me alejo de la terraza para darle la noticia. Al tercer tono, escucho su cansada voz.

—Hija, ¿Estás bien?

—Sí, papá, perfectamente. Te llamaba porque tengo algo importante que contarte.

—Dime, ¿necesitas algo? —Mi padre, tan protector como siempre. Sonríe y decido que lo mejor es hacerlo sin rodeos.

—No, papá. No necesito nada. Simplemente... —Joder, esto es más difícil de lo que esperaba—. Estoy embarazada. Quería decírtelo cuanto antes.

Se hace un silencio en la línea que me lleva a pensar que se ha cortado pero, acto seguido escucho las carcajadas de mi padre.

—Enhorabuena, hija. Me alegro mucho por ti. Estoy seguro de que esta nueva aventura te dará mucha felicidad.

Durante un rato más charlamos tranquilos. Le explico todo con calma e ilusión por la nueva etapa que voy a vivir. Bueno, todo no. Gran parte de la historia no necesita detalles. Y, con una gran sonrisa y mucho más despejada, cuelgo el teléfono.

Esa noche cenamos con todo el grupo. El reencuentro con Eme, Taylor, George, Tony y Eric es de lo más emotivo. Bueno, emotivo para mí, que no he parado de llorar en una hora. Todos se lo han pasado de lo lindo mofándose de mis llantos. Me han acusado de estar ablandándome y de empezar a ser una mujer.

—Al final, vemos a la Capi con el delantal puesto y el collar de perlas, perfectamente vestida, peinada y maquillada hasta para ir a la compra —se cachondea Eme entre risas.

—No te pases de listo. No sé cocinar. Y el maquillaje me sigue dando alergia.

Edward está con nosotros. Todos beben cervezas bien frías mientras esperamos a que nos sirvan la cena. El local elegido por Eli no es el típico al que solíamos ir aquí en Nueva York cuando nos reuníamos. Es un restaurante que, aunque no es de los más elegantes, para nosotros lo es de sobra. Todos me miran expectantes cuando pido un zumo de naranja natural, en lugar de mi cerveza bien fresquita.

Aún no le hemos dicho nada a los chicos, ya que no queremos robarle protagonismo a Taylor y Eli en su día especial, aunque sí les he dicho que he dejado el ejército. La cena transcurre con normalidad, entre bromas y burlas los unos con los otros, en el mismo ambiente relajado que siempre tenemos cuando nos reunimos. Se burlan constantemente de Taylor por casarse, de Eli por haberlo cazado, de Edward por cambiarme y de mí por beber zumo en lugar de una cerveza.

—Estoy con medicamentos y no puedo beber —alego en mi defensa.

—¿Y eso cuando te ha parado? Aún recuerdo cuando te lastimaste la muñeca, estuviste tomando unos calmantes fuertes que ni siquiera te recetó el médico, te bebiste media taberna a base de chupitos y, al día siguiente, nos fuimos a cabalgar las olas con tu muñeca vendada y un *resacón* que ni el de

Las Vegas —cuenta George entre risas.

—¿Recuerdas? No nos sosteníamos ni en la tabla. No podíamos ni siquiera abrir los ojos entre el sol y la resaca —prosigue Taylor.

—Parecíamos unos putos principiantes. Estábamos más tiempo en el agua que encima de la tabla. No sabíamos ni dónde estábamos —contesta Eme, muerto de la risa.

—Si hasta unos críos nos quisieron dar unas clases de surf —replica Tony.

Entre carcajadas, recordando anécdotas, se desvía el tema y seguimos con la velada. Terminamos en un antro a los que ya estábamos acostumbrados a ir. Un local de mala muerte, donde sirven buena cerveza, hay billares y máquinas para jugar a los dardos. Durante un par de horas más, nos afanamos a la sensación de que, a pesar de todo lo que ha pasado, entre nosotros no ha habido distancia; nada ha cambiado, aunque, en el fondo, ya nunca será igual. Edward se ha pasado toda la noche a mi lado, con nuestras manos cogidas o con su brazo por encima de mi hombro. No ha parado de darme pequeños besos, preocupándose por si estaba mal o bien, e intentando que me comiese todo el plato de comida.

Después de un par de horas en el billar, me siento cansada y regresamos al hotel. Tan solo quedan dos días para la boda y mañana será la cena prenupcial. De nuevo, he quedado con mamá para ir de compras. Cuando lo dije en la cena, tuvimos media hora de burlas sobre los trapos que me iba a comprar y, ya de paso, para recordar el famoso vestido de dama de honor horroroso. Les seguí la corriente, porque, por primera vez en mi vida, quería que Edward me viera maravillosa y guapa. Por primera vez en mi vida, me importaba mi aspecto. Quería comprarme algo para la cena.

El resto de la noche lo dedicamos a descansar después de hacernos suavemente el amor; de desnudarnos el alma, para dejar todo nuestro amor en ese encuentro. Es sexo suave, a veces desesperado, en ocasiones duro, pero siempre, terminamos saciados, satisfechos y felices y, lo más importante, abrazados durante el resto de la noche para amanecer desnudos en la cama con el olor a sexo flotando en el ambiente. Despertarme al lado de Edward es la sensación más maravillosa del mundo.

Después de mil discusiones con mamá en varias tiendas donde no me decido por nada de lo que veo, entramos en una pequeña *boutique*. Revisamos todo su muestrario hasta que veo algo que llama mi atención. Es un traje de

chaqueta en color blanco roto, elegante y sencillo. El pantalón tiene la pierna ancha y la chaqueta, aunque entallada, no lo es lo suficiente. Me deja respirar. Mi madre aprueba la elección, alegando que podemos escoger una bonita camisa lencera. Me lo pruebo y me queda perfecto. Me miro en el espejo mientras mamá va a buscar la camisa. Es un top negro, elegante y sexi a la vez. Me lo pruebo y la combinación me encanta. También me ha traído unos zapatos negros con un tacón no demasiado alto.

—Estos zapatos te irán bien y, aunque al traje realmente lo que le pega es un taconazo de infarto, con la pierna no podrás andar. Pero estos te irán bien. Pruébatelos, ya verás lo cómodos que son —me dice mi madre con una mirada de ilusión. ¡Por fin está vistiendo a su Barbie! Aunque no como ella quisiera en el fondo. Le sonrío, me los pruebo y asiento con la cabeza.

Han pasado varias horas desde que mamá y yo salimos de compras y estoy realmente exhausta. Empiezo a recordar por qué no me gustaba a mí salir con ella. De nuevo creo que se ha fundido media tarjeta y digo media, porque la otra mitad, creo que la reserva para comprar cosas para el bebé. Aunque ya lo ha intentado, le he quitado la idea de la cabeza. Tras descansar un rato y comer en un pequeño restaurante italiano, volvemos a casa, donde encontramos a la abuela Mara regando las plantas que están completamente muertas.

La velada de la cena prenupcial es más formal que la del día anterior. El restaurante más elegante y fino. Entre los invitados, se encuentra toda la familia tanto de Taylor como de Eli. Ella está radiante, destila felicidad por todos los poros. Mi madre me mira cuando entramos en el gran salón.

—Y vuestra boda, ¿para cuándo la vais a celebrar?

¡Madre mía! En todas las conversaciones que hemos tenido, ninguno de los dos ha hablado de boda. Yo no creo en ellas, y tampoco me apetece hacer una gran ceremonia con toda la parafernalia que están haciendo ahora mismo Taylor y Eli. Edward escucha la pregunta de mi madre y me mira expectante, con una sonrisa en sus labios.

—Cuando ella quiera y como ella quiera —le contesta, mientras me guiña un ojo.

Esa es la respuesta escueta de mi amado. Pero, a pesar de escueta, dice más de lo que pretende porque, en realidad, me está pidiendo que me case con él, pero bajo mis condiciones y me ablanda un poquito más el corazón, si eso es posible. No contesto, ya que ni yo misma sé lo que quiero. Pero tengo claro

que algo tan rimbombante como esto no es lo mío.

La cena transcurre en un ambiente relajado, con música suave de fondo, con unos novios recibiendo regalos típicos con una sonrisa en la boca y con miradas entre ellos que demuestran lo felices que son. Eli está radiante. El brillo de sus ojos la delata. Y Taylor se la come con la mirada y con los labios, a la mínima ocasión. Todos nos retiramos temprano, ya que la ceremonia es al día siguiente.

Como todas las noches, Edward y yo dormimos juntos y revueltos, pero, por la mañana me marcho a mi apartamento para poder ducharme en condiciones, arreglarme y peinarme bajo la estricta supervisión de mi madre. Quiero también que sea una sorpresa para cuando Edward me vea.

Con la puntualidad militar que tanto caracteriza a mi novio, aparece por mi apartamento para recogernos. Debo presentarme en la iglesia antes que el resto de los invitados para estar con la novia. Cuando Edward me ve, se queda sin palabras. Mi vestido largo de color *nude*, con los hombros al aire y media manga, con toda la espalda abierta y tela caída, se amolda a mi cuerpo perfectamente. Lleva un fino cinturón y, a partir de ahí la tela es caída hasta el suelo. Me he peinado con una sencilla horquilla de brillantes, y lo he dejado con suaves hondas, cayendo hasta mis hombros. Como único adorno llevo una pequeña cadena de oro blanco con un pequeño brillante. El maquillaje que me he puesto es muy natural; en los labios solo brillo.

—Estás preciosa, Reb —dice al fin, después de carraspear.

Cuando llegamos, la iglesia está decorada con adornos florales de vivos colores. Está preciosa. El aroma que desprenden las flores le da un toque especial. Me alejo de Edward después de darle un breve beso en los labios y me dirijo al lugar donde se encuentra Eli, con dos primas y un par de amigas que también van a ser damas de honor. Cuando la veo me quedo sin palabras de lo bonita que está. Su vestido de novia es espectacular y elegante, pero con un toque sexi que sé que a Taylor le va a costar una barbaridad contenerse. Sonríe porque me parecen una pareja preciosa. Cuando me ve, se acerca y me da un abrazo, agradeciéndome el estar aquí este día.

La organizadora de bodas llega, el padre de Eli, nervioso, también anda por ahí metiendo prisa y, a la orden de la organizadora, comenzamos a salir todas antes que la novia. Al abrirse las puertas, escucho como comienza la marcha nupcial y la chica se acerca a todas nosotras para darnos una única flor como adorno; una flor amarilla preciosa, con un lazo de raso blanco formando

una lazada. Se me escapa una lágrima, miro a Eli que sonrío satisfecha. Días antes le había comentado que la flor amarilla es la que me regaló Edward en nuestro primer encuentro. Claro está que callé los detalles morbosos del mismo.

Comenzamos a desfilar despacio rumbo al altar. Por el camino observo a los invitados, tan elegantes, con sus sonrisas en la boca. Veo a la madre de Eli, feliz, pero también llorando y, sin poder remediarlo, a mí también se me escapan unas cuantas. Paso por el lado de los chicos, que, aunque sonrientes, también están emocionados. Veo como Eme traga saliva. Miro al frente y veo a Taylor espectacular con su uniforme de gala, igual que el resto del grupo; con una sonrisa en la cara que le ilumina su hermoso rostro. Sé exactamente en qué momento sale Eli porque la cara de Taylor cambia de sonreír a mirarla con un amor infinito, con un gesto de ternura que no se lo había visto nunca.

La ceremonia, aunque se me hace interminable, es bonita. Tras el habitual intercambio de anillos y el beso que sella el amor de mis dos amigos, llega el momento de las fotos. Una sesión eterna, donde salgo más cansada y fatigada de lo habitual.

—No deberías hacer tantos esfuerzos. Siéntate un rato y descansa. Hazme caso y sé una chica buena, por favor —me pide Edward, haciendo un puchero. Desde que se ha enterado de mi embarazo está siempre pendiente de mis necesidades—. Hazlo por el bebé —me chantajea.

Me dejo guiar por él y nos vamos un rato antes de que termine la sesión hacia el salón donde se va a celebrar el banquete nupcial. Nada más llegar, me acerca una silla y me siento. Conforme van llegando los invitados, nos vamos mezclando con ellos, charlando amigablemente.

Alrededor de la mesa estamos el grupo completo, por lo que es un desmadre de risas y recuerdos; terminando la mayoría de ellos con las corbatas en la frente y cantando viejas canciones militares, mientras los novios pasean entre los invitados regalándoles un llavero con la caricatura de un militar y una navaja multiusos de plata para los caballeros, y un set de diferentes jabones y perfumes para las mujeres. Taylor y Eli dejan nuestra mesa para la última parada. Deduzco que se van a quedar más tiempo con nosotros.

—Y para nuestra dama de honor particular... —dice Taylor, mirándome mientras aguanta la risa y mete la mano en una bolsa. Saca la navaja y el llavero personalizado; en esta ocasión, el llavero, en lugar de ser un soldado,

es una caricatura mía donde se exageran mis rasgos, con un cartel donde reza «Para la Capi, con cariño» y la navaja multiusos, diferente a las demás, incluye una maquinilla de afeitar.

—Para que ya no tengas excusas.

—Ahora te tienes que depilar, Capi, ya no tienes más remedio —contesta Eme entre risas.

Todos estallan en carcajadas, incluida yo, pero, acto seguido, me da la llorera y las lágrimas corren por mis mejillas como un río desbocado. Todos se quedan en silencio, mirándome con cara extraña.

—Es una broma, Capi. ¡Joder, si sé que te iba a sentar mal, no lo hacemos! —explica Taylor, mientras se acerca a mi lado preocupado—. También te hemos apartado el set de perfumes y jabones.

—No te preocupes —le digo como puedo, mientras hipo, lloro y me sorbo los mocos—. Me ha encantado, de verdad.

—No os preocupéis, simplemente está un poco más sensible de lo normal.

—¡Estará con la regla, aunque eso nunca le ha afectado! —dice Tony entre risas.

—¡No estoy con la regla y eso es un comentario demasiado machista hasta para vosotros! Nunca os he considerado machistas, pero esos comentarios ya pasan de castaño oscuro. ¡No estoy con la regla, estoy con las putas hormonas!

El silencio se hace en la mesa, se miran unos a otros sin saber qué decir.

—Está embarazada. Pensábamos decirlo después de la boda para no robarle protagonismo a los novios —explica con voz suave Edward, mientras me acaricia la espalda y entrelaza con la otra mano nuestros dedos.

Comienza a sonar la canción de Bryan Adams, (*Everything I Do*) *I Do It For You*. Edward me coge de la mano y me arrastra a la pista de baile y, por primera vez, comenzamos a bailar esta balada lentamente, mientras acaricia mi espalda desnuda y me canta la canción al oído. Es un momento en el que solo estamos los dos. Nada ni nadie alrededor. Solo Edward y yo, nuestra canción y su voz.

Simplemente perfecto.

Capítulo 20

Los días posteriores a la boda de Taylor, han sido un sinfín de vaivenes emocionales. La agencia inmobiliaria a la que le encargué la venta del apartamento lo ha hecho efectivo tres días después. Además de pasar por mi casa de la base, he tenido que recoger todo el apartamento para dejarlo listo para los nuevos dueños. Ya había llevado la mayor parte de mis cosas a West Point cuando me instalé allí. He llorado de tristeza por dejar el apartamento definitivamente, pero también lo hice de alegría por la nueva vida que vamos a llevar juntos.

Edward ha solicitado la baja definitiva del ejército y solo está a la espera de que lleguen los papeles, mientras está formando al nuevo teniente coronel que se hará cargo de la base. Por las noches, llega al apartamento agotado, pero, aun así, quiere ayudarme, aunque sea un poco. También ha puesto a la venta su apartamento y, entre los dos, queremos comprar una casita cerca del mar, como la que tiene mamá. La verdad es que le he sacado bastante rentabilidad a la venta del apartamento y, como no tengo hipoteca, la operación me ha salido bien.

Dentro de dos días regreso a España. Debo continuar con la rehabilitación y dentro de dos semanas, tengo cita con la ginecóloga. Edward abre la puerta con un juego de llaves que le he dado para estos días.

—Reb, ya he llegado. —Entro en casa desde la terraza, llego hasta él y

nos damos un beso. Acaricia mi vientre y le da un beso—. He traído la compra para la cena.

—Umm, perfecto, tengo mucha hambre.

—Le he pedido a tu madre la receta de la tortilla de patatas española. Te vas a comer la mejor tortilla que hayas probado nunca. Y una crema de calabacines. Tienes que comer verduras para que el bebé crezca sano. —Hago una mueca de asco. No me gusta la crema de calabacines—. Hagamos una cosa —me propone, mientras se acerca; me agarra por la cintura y me da un beso—, hoy te comes la tortilla y la crema de calabacines y mañana traigo unas hamburguesas grasientas.

Vale, me ha convencido.

—De acuerdo, pero con sus patatas fritas —negocio con una sonrisa en la boca. Edward asiente y me vuelve a besar. Se lava las manos y comienza a trastear en la cocina.

Todas las noches, desde que nos hemos instalado aquí provisionalmente, prepara la cena. El almuerzo me lo preparo yo y, generalmente, consiste en un sándwich o comida preparada de cualquiera de los restaurantes cercanos. No quiero aprender a cocinar, total, Edward lo hace de maravilla, además verlo preparar el desayuno sin camiseta es todo un espectáculo. O la cena, como en este caso.

Me quedo admirándolo un rato, hasta que salgo de mi peculiar ensoñación con la voz de Edward.

—¿Dónde estabas?

—En el mundo de mi *buenorro* particular. —Edward suelta una carcajada mientras se limpia las manos y deja el paño en la isla de la cocina.

—Te decía que voy a pegarme una ducha. Que estuvieras pendiente de los calabacines.

—¿No prefieres que me duche contigo? —le pregunto con voz seductora mientras me acerco a él, pongo mis brazos sobre su cuello y lo beso—. Que te enjabone la espalda...

—No me tientes —me contesta jadeante, tras el beso—. Sabes que no puedo negarte nada, pero primero debes comer. Te necesito recuperada.

Se separa y se marcha hacia el cuarto de baño. Escucho el agua correr, pero en ningún momento, escucho el ruido de la caldera. Se está duchando con agua fría y eso, en cierto modo, me hace sonreír. Cojo una manta y salgo de nuevo a la terraza, me tapo con ella y prosigo con la lectura. Durante unos

momentos desconecto de todo. Hasta que veo a Edward salir a la terraza con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre? —le pregunto.

—¿No te dije que estuvieras pendiente de los calabacines? —me reprocha.

¡Mierda, los calabacines! ¡Se me han olvidado!

—Lo siento —me disculpo con cara arrepentida.

—Se han quedado sin agua y, bueno, se han estropeado. Por poco no provocas un incendio. Debes tener más cuidado, Reb. Además, nos hemos quedado sin cena.

Me acerco a él, lo más seductora que puedo, contoneando mis caderas, intentando que se olvide del tema. Me pego a él y le susurro al oído.

—No te preocupes, aún nos queda la tortilla de patatas.

—Pero debes comer sano.

—Te prometo que mañana para el almuerzo me preparo una ensalada — vuelvo a susurrar, mientras le doy un beso.

—César. Que sea César, para que contenga también proteínas —claudica de manera jadeante. Ya lo tengo de nuevo donde quiero—. ¡Joder, Reb, haces conmigo lo que quieres!

Me besa con pasión, mientras me agarra por los muslos, me levanta y, conmigo en brazos, entra en el piso y me lleva a la isla de la cocina. Me sube la camiseta y besa mis pechos.

—¿Sabes que tienes los pechos hinchados? —me pregunta mientras prosigue con su ataque y yo lo disfruto.

—Umm. —Es toda la respuesta que puedo dar.

Sigue bajando mientras recorre todo mi cuerpo con su boca. Me disfruta y lo disfruto. Con un dedo, acaricia mi centro del placer y, al verme tan dispuesta, suelta un gruñido. Termina de desnudarme y, con prisas, se desata el cinturón y se baja los pantalones. Continúa besándome. Son besos apasionados, húmedos; entremezclándose el sabor de nuestras bocas. Respiramos con dificultad, buscando la ansiada explosión final, dedicándonos a buscar el placer del otro a través del nuestro.

No nos cansamos de amarnos. La fina capa de sudor que nos envuelve, nuestras respiraciones entrecortadas, las caricias de nuestras manos por todo el cuerpo del otro, provoca un estallido de mil colores y sabores...

—*Je t'aime*^[6], Reb, mi Reb.

Tras varios minutos en los que esperamos que nuestras respiraciones se acompasen, nos aseamos. Edward prosigue con la cena mientras yo lo observo sentada en la encimera de la isla de la cocina. Hablamos de mil cosas a la vez y me explica que aún no ha recibido la carta. Hoy he hablado con papá y me ha asegurado que va a intentar agilizar los trámites todo lo que pueda. He recurrido a influencias por primera vez en mi vida, porque no quiero pasar mucho tiempo sin él a mi lado.

Los dos días pasan en un suspiro y nos encontramos otra vez en un aeropuerto, para una nueva despedida. Pero esta es diferente. Tenemos mil planes de futuro juntos, ya no me quedan lazos que me unan a Nueva York, no tengo un apartamento al que ir, ni siquiera un trabajo que me una de alguna manera a esa tierra que ha sido mi hogar durante tantos años.

Las despedidas son siempre tristes. Lloro de nuevo, pero sé que son por las hormonas. En realidad, siento una nueva ilusión por llegar a España y visitar casitas en las que vamos a pasar el resto de nuestros días; ilusión por preparar un hogar en el que vivirá nuestro bebé; ilusión porque esta separación no será demasiado larga.

—Te mandaré muchas fotos de todas las casas que visite —le digo agarrada a su cuello, mientras nos besamos antes de coger el avión.

—Estaremos en contacto todos los días.

—A todas horas.

Después de mil besos en la terminal, cojo el vuelo que me llevará de vuelta a una nueva vida. Con ilusión, pero también con un poco de temor, aunque esto último es normal. Siempre que nos enfrentamos a un cambio, lo hacemos con temor; el temor a no saber qué te deparará el destino; el temor a salir de nuestra zona de confort.

En mi caso, lo único que conocía era mi vida en el ejército y salía de mi zona de confort cada vez que me enfrentaba a una nueva misión, a un nuevo operativo en algún lugar bélico o a un nuevo destino impuesto por mis superiores. De nuevo, vuelvo a salir de mi zona de confort, para enfrentarme esta vez al reto más importante de mi vida como es encarar la vida civil y criar a un hijo.

Creo que este es el mayor reto al que me voy a enfrentar en mi vida. Hay que ser valiente y luchadora para salir indemne de este nuevo destino al que

me enfrenta la vida. Pero jamás he dejado un desafío a medias, siempre lo he enfrentado con valor, honor y haciéndolo lo mejor posible, dando lo mejor de mí.

Después de muchas horas de vuelo y un agotamiento tanto físico como mental, salgo de la terminal y veo a mi madre y mi abuela Mara esperándome, ambas con una sonrisa en la boca. He tenido que facturar muchas maletas; además, he contratado una empresa de mudanzas para que traigan el resto de mis cosas. No son muchas, pero a algunas les tengo especial cariño.

Llegamos a casa de mamá. La chimenea está encendida, aunque no hace demasiado frío. Aquí, aunque estemos en el mes de noviembre no hace tanto frío como en Nueva York. Me acomodo de nuevo en mi antiguo dormitorio y me estiro en la cama para descansar. Cuando quiero darme cuenta, me he quedado dormida. Este es otro de los síntomas de mi embarazo, siempre me estoy quedando dormida en cualquier rincón.

Cuando despierto, la voz suave de mi madre me pide que salga para cenar. Nos sentamos las tres alrededor de la mesa, donde mi madre ha desplegado todas sus artes culinarias para ofrecerme un festín propio de reyes. Además de carne asada con verduras al vapor, que mucho me temo que es por orden directa de Edward, también ha cocinado una crema de verduras y tarta de manzana, mi preferida.

Durante el siguiente día me dedico a buscar una agencia inmobiliaria para encargarme de la compra de lo que será mi próximo hogar. Porque esta vez no busco un pequeño apartamento, sino una casita cerca de la playa; a ser posible en un pueblo tranquilo, cerca de mamá, y donde tengamos algunas comodidades en los alrededores, como algún colegio, o una pequeña tienda para ir a comprar el pan. Una casita con un pequeño jardín donde nuestro hijo pueda salir a jugar los días de sol.

Reb

He contactado con la inmobiliaria. Ya están en ello. He quedado mañana para ver un par de casitas.

Edward

¡Fantástico! ¡Qué ganas de estar ahí acompañándote! Y besándote, abrazándote. Te echo de menos, nena.

Reb

Yo también te extraño. Me encantaría *probar* las casas contigo a mi lado, o encima, o detrás.

Edward

No sigas o tendré que darme una ducha fría.

Reb

Has empezado tú. No me culpes.

Edward

Jajajaja. Tienes toda la razón.

Reb

Como siempre.

Al día siguiente, quedo con Fernando Gómez, un agente inmobiliario muy joven. Me quiere enseñar hoy tres casitas, en diferentes pueblos malagueños que reúnen las características que le he comentado; tranquilidad, playa y colegios. Recorremos unos cien kilómetros hasta llegar a la localidad de Estepona. Me enseña una casita con la fachada pintada de blanco. La casa está situada en el centro histórico, en una calle peatonal rodeada de árboles. Se nota que es una edificación antigua. La parte delantera tiene una pequeña valla baja con un pequeño jardín bastante descuidado. La entrada que da a la casa es un arco con un pequeñísimo porche. La puerta de entrada es de aluminio pintada en verde. Consta de tres dormitorios y un baño. Los azulejos de la cocina son un horror y, aunque Fernando me recite las virtudes de una edificación de manera que puedo hacer obras y que el precio está por debajo del mercado, no me convence para nada. Tanto la distribución, como... todo; me parece espantosa. No obstante, le hago un par de fotos para mostrárselas a Edward y que opine, pero... ¡Dios, es horrible!

Durante este día me muestra viviendas, cada una más desastrosa que la anterior y más lejos de mi madre y de la abuela. Mis ánimos van decayendo conforme va pasando el día. Cuando llego a casa de mi madre, le envío por WhatsApp a Edward todas las fotos. Durante un rato, mientras hablamos por teléfono, estamos riéndonos de los azulejos de la cocina de una casa, del color

de la pintura de otra, del antiguo mobiliario de la tercera de las viviendas que he visitado. Edward me da ánimos y me dice que es el primer día, que ya encontraremos nuestro lugar. Y con muchas palabras cariñosas, nos despedimos con pesar hasta el día siguiente.

Cuando mamá llega de trabajar, me pregunta. La abuela Mara y yo nos reímos del estado de las viviendas y mamá se suma a nosotras.

—Mira, esta parece sacada de un episodio de *Verano Azul*. ¿Recuerdas esa serie? —me pregunta entre risas.

Durante toda la semana, me dedico en cuerpo y alma a buscar la casita de nuestros sueños, sin llegar a encontrar nada. Cada vez lo veo más difícil. Durante las tardes, tengo que ir a rehabilitación, aunque la pierna ya apenas me duele y he recuperado casi toda la movilidad. Las cosas marchan bien, excepto que a Edward no le llega el dichoso papel y yo no encuentro una casa en la que me vea viviendo el resto de nuestras vidas.

Esta tarde tengo cita con la ginecóloga. Las náuseas apenas hacen acto de presencia ya, salvo en esporádicas ocasiones y en los momentos más inoportunos. Edward no podrá acudir tampoco a esta cita. Pero pienso mandarle por WhatsApp las fotos de la ecografía.

Cuando vuelvo a escuchar el sonido del corazón de mi hijo o hija, vuelvo a llorar abrazada, esta vez, a mi madre y a la abuela, que se han empeñado en acompañarme. Cuando salimos de la consulta, entramos en una cafetería a tomar algo. Allí, mi madre se encuentra con una antigua amiga.

—¡Vero! ¡Qué alegría verte! —exclama, mientras se acerca a ella y le da un enorme abrazo—. Ven, siéntate con nosotras.

Vero, una mujer de la edad de mi madre, elegante y delgada, con el pelo recogido en una coleta alta se acerca hasta la mesa seguida por mi madre y se sienta en la silla libre, justo a mi lado.

—Ella es mi hija Rebeca.

—De la que tanto me hablas. Encantada de conocerte, Rebeca. Aunque tu madre me habla tanto de ti, que tengo la impresión de que te conozco desde siempre. —Mi madre suelta una carcajada. Ambas nos acercamos y nos damos dos besos en las mejillas.

—Encantada, Vero. Mi madre también me ha hablado de ti en alguna ocasión que otra.

—Bueno, Mati, ¿qué tal la *boutique*?

—Fabulosa, como siempre. Bastante ocupada. Esta tarde he dejado que

la abriese la chica que tengo allí conmigo, porque venimos del ginecólogo con la nena. Voy a ser abuela, por fin —suelta, dando pequeñas palmaditas.

—¡Qué alegría! Ahora estarás más tiempo en Nueva York.

—No, lo mejor de todo es que la nena se viene a España a vivir. Está buscando una casita para vivir con su pareja y el crío.

—¿En qué zona la estás buscando?

—En realidad, no busco en una zona específica, pero sí me gustaría que fuese cerca de casa de mamá.

—Pues mira qué casualidad, yo vendo la casa de la mía. Está a unas calles de la de tu madre.

—¿Y eso, Vero?, ¿cómo es que vendes la casa?

—Ya sabes, mamá ya es mayor y la casa es demasiado grande para ella sola. Se va a venir a vivir a la mía. Si quieres, mañana podemos quedar y te la enseño. Hoy he venido porque iba a ir a la inmobiliaria para ponerla en venta. Pero si te apetece, la vemos primero. Está completamente reformada. Hace un par de años que lo decidimos y está todo nuevo.

—Me encantará verla.

Durante un rato más, charlamos tranquilamente mientras merendamos y quedamos para el día siguiente por la mañana para ver la casa. De nuevo estoy ilusionada, incluso, aplaudo como mamá cuando recuerdo la casa.

Esa noche, cuando se lo digo a Edward, se emociona como yo, aunque ninguno de los dos nos queramos hacer ilusiones. Durante un rato, más breve de lo que me gustaría, hablo con Edward, pero claro, él tiene cosas que hacer aún. Nos despedimos a duras penas.

A la mañana siguiente, me levanto con energías renovadas. Estoy eufórica. Me visto y salgo de mi dormitorio. En el salón encuentro a Vero charlando con mamá y, en cuanto desayuno, nos ponemos rumbo a la casa. Vamos caminando, lo cual me encanta, porque significa que está más cerca de lo que en un principio pensé.

En cuanto llegamos a la calle y me señala la casa, me quedo sin respiración. Es una edificación moderna con dos plantas, aunque Vero me indica que también tiene un sótano. ¡Madre mía! Consta de cinco dormitorios y tres cuartos de baño. Además de tener acceso por la parte trasera a la playa, tiene una piscina enorme. Vamos recorriendo cada estancia, donde Vero nos indica si hay un armario empotrado o cualquier otra característica de la casa. Los suelos de madera son impresionantes. Pero lo mejor de todo, son las

vistas desde el dormitorio principal, ya que, aunque tiene una terraza, desde la cama se puede ver la inmensidad del mar. Durante todo el recorrido he hecho mil fotos, cada cual más bonita. La casa, indiscutiblemente, es la de mis sueños, incluso cuando aún no tenía claro cuales eran esos sueños.

De repente, nos veo amaneciendo en esa cama, mientras que un pequeño corretea alrededor de ella. Nos veo haciendo barbacoas en el jardín los domingos, paseando por la playa, agarrados de la mano mientras que nuestro bebé salta a nuestro lado. ¡Lo veo tan claro!

—Vero, dame un minuto —le pido.

Enseguida y con manos casi temblorosas, le adjunto las fotos a Edward, que me responde enseguida.

Edward

¡Preciosa! Tú también.

Me responde haciendo alusión a la foto que le he enviado del *selfie*, sentada en la cama con el mar de fondo.

Reb

Es maravillosa, Edward.

Edward

Cómprala. Ni te lo pienses. Ya he vendido mi apartamento.

Reb

¡Bien!

—Me la quedo —le digo con firmeza a Vero. Mi madre aplaude como una niña pequeña; yo me sumo a su aplauso, pletórica de felicidad.

—Vaya dos. La niña ha pasado de ser un Geyperman a una Barbie Casitas en pocos meses. ¡Ese nieto tuyo nos la ha cambiado! —replica mi abuela. Madre mía, nunca está conforme con lo que hago.

—¡Abuela! Siempre me has dicho que busque un buen hombre y te dé bisnietos. Ahora que lo hago, ¿soy una *Barbie Casitas*?

—Hija, es que pasas de un extremo a otro. ¡Oye, que yo encantada! Además, puedo venir andando.

—Claro, abuela. Puedes venir cuando quieras a ver al bebé.

Después de quedar con Vero en el precio y demás condiciones, quedamos varios días después, para firmar un contrato de compra venta, a la espera de

que Edward pueda venir para hacerla efectiva en firme.

Las semanas pasan y empiezo a inquietarme porque las llamadas de Edward son menos frecuentes y más cortas. Cada vez que le pregunto, alega que está cansado por el trabajo, pero de un par de días a hoy, apenas responde a mis *wasaps* y ya no bromeamos. Algo le pasa y eso me inquieta y me molesta a partes iguales, ya que no tiene la confianza suficiente como para decirme qué le ocurre.

Mientras, sin querer caer en lo negativo, paso el día consultando catálogos de muebles, de pinturas y de telas. Aunque estoy ilusionada, algo se pone en la boca del estómago cada vez que escucho las evasivas de Edward.

—¡Si no quieres venir, no lo hagas! ¡Nadie te obliga a hacerlo! —le grito, después de haber contactado con él tras un millón de intentos en los últimos tres días.

—Nadie me obliga, Rebeca, pero... ¡Joder, estoy presionado, ¿vale?! ¡Necesito un poco de tranquilidad mental!

—No te preocupes, te dejo toda la tranquilidad mental que necesites. No volveré a llamarte. Cuando quieras, ya sabes mi número.

Y cuelgo la maldita llamada. Después, me tiro en la cama del dormitorio principal de la casa que, cada día, dudo más que vaya a ser nuestra. Lloro desconsoladamente porque es la primera bronca que tenemos, pero además lloro porque no sé qué le ocurre a Edward y, sin saberlo, no lo puedo ayudar. No quiero que me deje al margen de sus preocupaciones.

Durante horas, lloro encima de la cama. Aunque tienen que venir los de la mudanza para llevarse todos los muebles de la dueña; aún no lo han hecho. Vengo a menudo, para coger medidas e ideas para la decoración. Vero me ha dado un juego de llaves. Eso es lo que tiene que sea amiga de mi madre.

Cuando salgo, cierro bien la puerta y me dirijo dando un paseo a casa de mi madre. Necesito que no se me note que he llorado. Julio me llama para quedar a tomar algo, pero decido declinar la invitación. No tengo cuerpo para hablar con nadie.

Al llegar a casa, veo a mamá sentada en el sofá junto a la abuela Mara. Ambas al verme, se alarman y enseguida vienen hacia mí. Me dejo caer derrotada en el sofá, cosa que no es propio de mí, pero ahora mismo no tengo fuerzas para más.

Entre las dos me acurrucan y, aunque parezca mentira, mi abuela no dice ningún comentario ni jocoso, ni fuera de tono; simplemente me mima, tal y como necesito ahora. Me preparan la cena que como sin apenas tomarle el sabor, no tengo hambre. Si su padre no quiere saber nada del bebé, aquí está su madre, que hará todo lo posible para que sea feliz. Así que me como la sopa entera.

Tras cenar, me acuesto agotada. Mañana será otro día. Recuerdo con amargura los días que antes de irme a dormir, le enviaba un mensaje a Edward para desearle buenas noches, aunque allí fuese mediodía. Releo todos los mensajes que nos hemos intercambiado; los «te quiero» que duelen tanto ahora; los «te amo, mi amor» que me parecen un poco falsos. Vuelvo a llorar. ¡Malditas hormonas que me mantienen en un carrusel de emociones! Y recordando tantos buenos momentos, repasándolos mentalmente una y otra vez, mientras me torturo con ellos y lloro desconsolada, me quedo dormida profundamente a las cuatro y media de la madrugada.

Por la mañana temprano, me suena el despertador. Como realmente no tengo nada urgente que hacer en todo el día, lo apago y, con los ojos con el rastro del llanto de la noche anterior, me vuelvo a quedar dormida. Así paso el día completo. Hoy no tengo fuerzas ni siquiera para salir a almorzar, aunque mi madre, tan buena como siempre, me trae una bandeja con leche y unas galletas.

El día pasa en una nebulosa. Ni siquiera me he lavado la cara y tengo que tener los ojos hinchados de tanto llorar. Miro el móvil tantas veces que creo que le he borrado el táctil, si es que eso es posible.

La noche la paso igual que el día, entre ratos de llantos y ratos de calma. Pero, cuando suena el despertador a la mañana siguiente, en lugar de apagarlo y continuar durmiendo, me levanto con el propósito de continuar mi vida. En estos dos días, ninguna de las cotorras me ha preguntado nada, han respetado mi intimidad como hacen siempre, por lo que creo que se merecen, al menos, una explicación.

Salgo de mi habitación, me voy hacia la cocina y, al pasar por el salón, veo una mata de pelo conocida. Me vuelvo y, al entrar en la estancia, veo un montón de maletas y, sentado junto a mi madre y a mi abuela, está Edward con su bonita sonrisa en la cara.

Corro hacia él y, lo primero que hago es besarlo, con ansiedad y con la alegría del reencuentro, pero, cuando me quiero dar cuenta, le estoy dando porrazos en sus musculosos brazos.

—¡Qué coño haces y a qué juegas, pedazo de imbécil! ¿Tienes idea de lo mal que lo he pasado? ¿Por qué no me has dicho que ibas a venir?

—Para, para, fiero. —Me agarra de los brazos y me los pone atrás, de modo que estoy inmovilizada—. Hace una semana, me dieron por fin el dichoso papel. Entonces, trabajé día y noche para organizar mi traslado lo antes posible. Quería darte una sorpresa, así que no podía decirte nada. Había vendido mi apartamento, pero surgió un problema con el cambio al euro; por eso he tardado más. Me he pasado tres días hablando con el banco para solucionar el problema, además de coordinar el traslado de mis pertenencias. Ya estoy aquí, para no volver a marcharme nunca, nena. —Me coge las mejillas entre sus manos y me besa suavemente—. Ya estoy aquí y no dudes ni un solo instante en que voy a volver a dejarte sola. Ni a ti ni al bebé que estamos esperando.

Me abraza y nos besamos. En ese momento escucho el carraspeo de la abuela Mara. Ambos la miramos y nos reímos.

—He alquilado una habitación en el hotel de la vez anterior, cerca de aquí, para poder estar, al menos, hasta que podamos ir a nuestra casa.

Asiento y, nerviosa, entrelazamos nuestras manos, nos despedimos de mi madre y de la abuela y ponemos rumbo al hotel con la urgencia de dos adolescentes que, aunque no lo seamos, la separación que hemos tenido ha sido suficiente para que nos amemos con la misma urgencia, pero con el corazón de dos adultos que saben lo que hacen. Dos adultos con la madurez suficiente para saber que su amor es duradero. Tan definitivo que te cambia radicalmente de vida. Sí, juntos para siempre.

EPÍLOGO

EDWARD, TRES AÑOS Y SEIS MESES DESPUÉS.

Hoy es el cumpleaños de la enana. Nuestra enana. Tenemos preparada una fiesta en el jardín para celebrarlo, pero, además de ser su cumpleaños, es nuestro aniversario de boda. Sí, el día en que nos casamos, es el día que nació Mara, nuestra Mara. Igual de sabionda que su puñetera... digo, igual de *salá'* que su bisabuela.

¡Joder, cómo ha pasado el tiempo! ¡Y todo lo que nos ha ocurrido! Después de mudarme a España y arreglar esta maravillosa casa donde vivimos ahora, decidimos viajar a una isla caribeña para casarnos en la playa. Aún quedaba un mes para el nacimiento de la niña. Lo calculamos todo milimétricamente, como si de una operación militar se tratara. Lo único que no calculamos fue la prisa que tenía la niña por verlo todo.

Era un momento idílico; Rebeca, mi Reb, estaba preciosa con un vestido tipo ibicenco blanco, descalza y con su vientre al aire. Había mandado construir un altar a base de flores amarillas. Tulipanes amarillos traídos expresamente desde Holanda para la ocasión. Un vino especial de nuestra bodega iba a regar nuestro brindis. Había alquilado media isla para nosotros y nuestros invitados. La cabaña era preciosa, acogedora, con unas vistas

espectaculares en el *jacuzzi*, que pensaba hacer uso en cuanto terminásemos con la fiesta. La música preparada. ¡Todo! Una veintena de invitados llegados desde diferentes puntos de España, Francia y EEUU; multicultural, vamos.

Intercambiamos nuestros anillos y dijimos nuestros votos con la banda sonora de Bryan Adams y su *I Do It For You*, de fondo. El mar detrás de nosotros. Nada podía fallar. Excepto que la novia, mientras me recitaba los votos, reía y contraía su hermoso rostro. «Desde que te conocí, parece que me estoy... meando, Edward». «¿EH? ¿Parece que te estás meando? ¿Qué clase de votos son esos?», pensé que era una broma de ella. Pero no, no eran votos ni una broma; era que estaba rompiendo aguas. Pero, como una campeona, aguantó a que terminásemos de jurarnos nuestro amor; eso sí, un poquitín más deprisa de lo previsto.

—Edward, joder, he roto aguas —me dijo, una vez que terminamos la ceremonia.

A partir de ahí, todos nos pusimos de acuerdo.

—«Papa pato» a «Doctor Buenorro». ¡Madre mía! ¡Esto es una estupidez! ¿Te he dicho alguna vez que estás loca?

—Veinte millones de veces en el último mes, pero Edward, ahora déjate de gilipolleces y llévame al hospital —me chilló mientras me agarraba con todas sus fuerzas por las solapas de la impoluta camisa blanca que llevaba.

—¡Joder, aquí no hay hospitales! —le grité casi desesperado.

—¿Y qué clase de militar eres que no prevés que mi nieta puede dar a luz en la gran puñeta? —La abuela Mara, cómo no, metiendo el dedo en llaga. Tan oportuna como siempre.

—Abuela, calla.

—Mamá, tranquilízate. Edward seguro que sabe lo que hace. —Esa era la madre, intentando calmar a la abuela, pero... mis cojones, sabía lo que me hacía. No tenía ni la más remota idea de qué hacer.

—A ver, quitaos. Hice un curso de primeros auxilios y también de asistencia al parto. —Ese era Eme.

—Y una mierda vas a tocar tú a mi mujer —le dije, apartándolo de Reb.

A todo esto, Rebeca estaba practicando las respiraciones que le enseñaron en las clases de parto sin dolor. La miré y me volvió a sujetar por las solapas. Estaba claro que no me iba a dejar separarme de ella.

—¿Parto sin dolor? ¡Y una mierda, sin dolor! Yo pedí epidural, quería epidural, pero claro, estamos en el quinto coño, donde los antibióticos aún no

han llegado...

Después de un sinfín de inconvenientes, llegamos a nuestra cabaña. Una lugareña se hizo cargo del resto y, después de tres horas interminables de sufrimiento, nació nuestra preciosa niña.

Es rubia, como su madre, y con su mismo carácter, pero con la verborrea de su querida bisabuela. He aprendido español a marchas casi forzadas. Estoy orgulloso de mi niña, que se confunde en tres idiomas y no habla bien casi ninguno. Pero oye, todos la entendemos.

Cuando le pregunté qué quería para su cumpleaños, me pidió una fiesta en casa, donde mamá preparara una tarta y así teníamos un espectáculo pirotécnico asegurado. ¡*Jodía* niña!

Y aquí me encuentro, colocando vasos de plástico multicolores, botellas de refrescos, y diferentes tipos de sándwiches, galletas, zumos...; todo un alarde de azúcar para que los niños se mantengan bien activos. Rebeca está intentando hacer la tarta de manzana, tal y como le ha pedido su niña, pero la pobre no se aclara. De todos modos, tengo un plan B. No puede fallar. Le he pedido a Mati que haga otra tarta y le daremos el cambiazo. Esperemos que ninguna de las dos se dé cuenta.

Entro en la cocina y encuentro a Reb mirando la tarta antes de meterla a hornear.

—¿Qué ocurre, amor? —le pregunto suavemente

—No sé. Me da la impresión de que se me ha olvidado algo. —Está concentrada y tan bonita que me da igual qué se le ha olvidado. Agarro su cintura suavemente, me acerco a ella y la beso en el cuello, justo en ese lugar que la hace gemir y ronronear. Después de la fiesta infantil tengo preparada otra, pero solo estamos invitados mi mujer y yo.

El timbre de la casa suena. Los invitados comienzan a llegar. La madre de Rebeca entra por la puerta de la cocina con la tarta escondida. Me la da y enseguida la escondo donde Rebeca no pueda localizarla. No quiero partirla el corazón, pero entre sus virtudes, no se encuentran las artes culinarias. Eso lo sabe hasta su hija. Entro en la cocina después de abrir la puerta y sigue mirando la tarta.

—Está más aplastada por este lado que por este otro. —Miro la tarta y la verdad es que es redonda porque está dentro del molde. Los trozos de las manzanas son más bien bloques—. ¿Me puedes ayudar, por favor? A la niña le hace ilusión que le haga su tarta de cumpleaños. No quiero defraudarla.

Eme entra en la cocina en ese momento.

—¿Capi, pretendes envenenarnos haciendo la tarta?

—Emmerson, ni se te ocurra hacer ni decir ninguna palabrota delante de la niña. Esta tarta tiene que quedar estupenda —le dice mi mujer a su amigo con el dedo en alto.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunta suavemente Gloria.

Gloria ha venido también a la fiesta de cumpleaños de Mara, junto a Eme. Hace un par de años decidimos montar una empresa de seguridad privada. Ninguno de los dos valíamos para la vida contemplativa. Hace un año, cuando las cosas empezaron a irnos bien, le propusimos a Eme y a Gloria que se unieran a nosotros en esta aventura. Ellos aceptaron encantados, así que nos vemos más a menudo. Entre el dinero que sacamos de la empresa de seguridad y los beneficios de la bodega familiar, no nos podemos quejar, vivimos más que holgados. Además, la casa la compramos sin hipoteca, con lo que sacamos de la venta del apartamento de Rebeca y de mi casa neoyorquina.

—No te preocupes, creo que lo tengo controlado —le contesta Rebeca. Los tres nos miramos incrédulos, pero no decimos nada. Aguantamos la risa y nos vamos.

Después de tres horas saltando con diez niñas y dejar que me pinten la cara en mil tonalidades de rosa diferentes, por fin, llega el momento de servir la tarta. He tenido que venir a escondidas para apagar el horno y que no tuviesen que venir los bomberos. Rebeca, mientras esperaba a que se hornease la tarta, se fue a jugar con las niñas a la Wii y se olvidó de ella. ¡Es tan desastre y... tan bonita!

Cuando saco la tarta del frigorífico donde se está enfriando, corto un trozo minúsculo y la pruebo antes de sacarla ¡Joder, le ha echado sal en lugar de azúcar! ¡Menos mal que Mati ha traído una! Y con bloques de manzana, como la hace Rebeca, para que no se dé cuenta.

—Mami, al final vas a aprender a cocinar.

—¿Esta rica, mi vida? —le pregunta Reb, con una sonrisa en la boca, mientras le acaricia el cabello.

—Sí, mamá, esta vez te has superado.

Una expresión de orgullo cruza la cara de mi esposa y, solo por ese momento, ha valido la pena el cambiazo. Espero que no se dé cuenta o de esta me corta los huevos. La fiesta termina a las ocho de la noche. La niña está ya cansada. Como siempre, nos repartimos las tareas. Yo me encargo de

recogerlo todo, mientras mi mujer ducha a la niña.

Escucho su discusión sobre la ropa. Es una de las trifulcas que siempre tienen. La niña quiere acostarse con el traje de princesa que le ha regalado su abuela Mati, horroroso a más no poder. Demasiado rosa, demasiado volante y demasiado... demasiado.

—Mi vida, mejor dejemos el traje de la abuelita para otra ocasión. Ahora, nos ponemos el pijama. ¡Mira qué bonito, es rosa también y tiene un unicornio!

—*Mamiiii*, pero la *abu* Mara dice que el pijama de unicornio es... ¡Tiene pantalón! ¡Los pantalones son para los hombres!

Las dejo discutiendo mientras me voy a la cocina a terminar de recoger y hacer algo para la cena de la niña. Después de un rato, llegan a la cocina cogidas de la mano.

—¡Mira que camión más bonito, papá!

—Sí que es bonito. ¿De dónde lo has sacado? —le pregunto porque no me suena de nada.

—*Abu* Mara —contesta mi mujer con cara de derrotada—. De verdad, voy a tener que hablar con ella seriamente. Los pijamas de unicornio rosas son apropiados para una niña de su edad. ¡Ya no quiere ni que le ponga un simple vaquero!

Me río porque esa mujer sigue siendo un caso, a pesar de su edad.

Cenamos los tres tranquilamente en la barra de la cocina, unos simples sándwiches, con unas patatas fritas. Después de la cena, Rebeca se va al dormitorio de Mara para leerle un cuento antes de dormir. ¡De princesas! Niego con la cabeza, porque, a pesar de todo, a veces, Rebeca se inventa el cuento e introduce alguna parte en la que el caballero de la blanca armadura lleva un fusil.

Aprovechando que está entretenida, me voy a nuestro dormitorio, entro en el cuarto de baño y preparo la bañera con agua caliente, le añado sales y arrojó tulipanes amarillos. Ahora viene nuestra celebración particular. Descorcho una botella de vino de nuestra bodega. Cuando está todo preparado, llega Rebeca, *mi* Reb. Sonríe, entra en el cuarto de baño, cierra la puerta con pestillo y comienza a desnudarse lentamente, mientras pongo la música de Bryan Adams, nuestra canción.

Me acerco a ella, la beso suavemente, mientras acaricio todo su cuerpo con las mismas ganas que tuve la primera vez. Y haciendo el amor suavemente

en la bañera y, luego en nuestra cama, vemos amanecer en un revoltijo de brazos, piernas y sábanas con olor a sexo.

Si esto no es la felicidad más absoluta, que venga Dios y me lo diga. Porque para mí, lo es.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Tras pasar seis meses conviviendo con la historia de Rebeca, llega la hora de despedirme de ellos. De Rebeca, esa chica militar, malhablada y un tanto burra, casada con el ejército. De Edward, un teniente coronel sexi, serio en su trabajo, pero todo un amor fuera de él. De todo el grupo que forman su escuadrón, Eme, George, Tony, Taylor y Eric. De la siempre servicial y correcta Gloria. De la original abuela Mara y, por supuesto, de Mati, elegante, buena madre y habladora por los codos.

A todos y cada uno de ellos les debo agradecer las risas y llantos que me ha provocado crearlos. De todos y cada uno de ellos me llevo un trocito en mi corazón. Ahora es vuestro turno para que los disfrutéis, espero, tanto o más que yo.

Estos agradecimientos van dirigidos, en primer lugar, a mi familia; los moradores de mi casa que, en alguna ocasión más que en otra, han tenido que soportar estoicamente las idas de olla de su madre, aunque sin entender muy bien qué es lo que ocurría. Han tenido que soportar la música *heavy* que, en ocasiones, escuchaba para meterme en el papel de nuestra Rebeca. Han aguantado que, algunas veces, no tuviera la ropa lista porque me había metido tanto en la historia, que el tiempo se pasaba casi sin darme cuenta. A los fines de semana en los que me metía en mi dormitorio y me olvidaba del resto del mundo. A ellos, GRACIAS. Os amo con locura.

Agradecer, cómo no, su colaboración a la gran Elisa Mayo. Para mí, ha

sido un honor poder trabajar contigo. Eres fantástica. Gracias por atenderme siempre con una sonrisa. Por aportar a este proyecto todo lo bueno que has aportado. Por las risas a través de WhatsApp; por las horas intempestivas a las que te mandaba un mensaje para una duda. Por las charlas sobre otras lecturas. Por los comentarios en las correcciones que me sacaban la sonrisa o simplemente estallaba en carcajadas. Por las veces que me mandabas un mensaje comentándome algo a lo que le estabas dando vueltas. Por rapar a Edward. Por aportarme tanto siempre desde un punto de vista crítico constructivo. Ha sido un gran placer trabajar contigo. Espero poder continuar trabajando junto a ti.

A Marisa Gallén, por ser como es. Por aportar sus ideas y estar siempre ahí. Por no mandarme lejos cuando me ponía un poco intensa (lo que quiere decir, *jartible*). Por ser mi lectora cero, aunque la haya cogido en un mal momento, pero atenderme siempre con una sonrisa en la boca.

A Roma, por su espectacular portada. ¡Me encanta! Como siempre, haces un trabajo maravilloso. Ha sido muy fácil trabajar contigo en ese aspecto. Por los *banners* fantásticos que has creado y por ese *booktrailer* que me tiene enamorada. Por todo ello, gracias.

No quiero terminar estas líneas, sin agradecer enormemente su esfuerzo a Niusha. Gracias, simplemente por existir, por dedicarme tu tiempo, por convertirte en una amiga incombustible, por ser mi LECTORA CERO, con mayúsculas. Por las horas enganchadas al WhatsApp dándome tu opinión, por tus críticas siempre constructivas, que van sumando valor a este proyecto que he realizado con muchísima ilusión. Por todas y cada una de las horas que hemos estado enganchadas hablando y riendo de algunas de mis meteduras de pata, para qué mentir. Pero también riendo de cosas sin importancia, de las charlas sobre la vida en general o de recetas de cocina, en particular. Por aportarme lecturas muy buenas y hacer alguna que otra conjunta. Por aportarme y contagiarme tu optimismo y tu sonrisa. Por darme ánimos en mis momentos de bajón. Tengo tanto que agradecerle que estas líneas no hacen justicia a lo que siento ahora mismo. Por todo ello, gracias, mi Melusina. Sin tu aportación, Rebeca no sería igual. Y mi vida tampoco. MIL MILLONES DE GRACIAS.

Y, por último, a vosotros, que, si habéis llegado hasta aquí, es porque os he robado un poquito de vuestro tiempo para leerme. Espero que lo hayáis disfrutado, tanto o más que yo al crearlo. Por ello, gracias de corazón.

[1] ¡Dios Reb! ¡Otra vez estoy cachondo! ¿Te gusta? Mira... sí, te gusta. Si te vieras ahora mismo... Dios, me estás poniendo como una puta moto. Eso es nena...

[2]

Por Dios, Reb, eres todo lo que siempre he soñado y soñado ... ten la seguridad de que nunca te dejaré escapar.

[3] Me he dado cuenta de lo mucho que te excita cuando te hablo en mi idioma. Me encanta verte tan entregada.

[4] Mi pequeña flor delicada ... Dios, eres perfecta. Perfecta para mí. Te deseo y creo que me estoy enamorando locamente de ti.

[5] Déjate llevar, mi pequeña flor delicada.

[6] Te amo.